

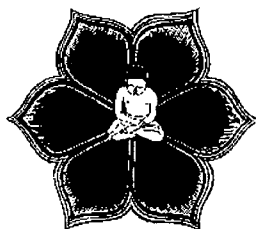


Miguel Serrano

MEMORIAS DE EL y YO

Volumen IV

El Regreso



AÑO 110

Ediciones La Nueva Edad

La ilustración de la portada de este Cuarto Volumen ha sido hecha por *EL*.

Como en los libros anteriores, debo de nuevo agradecer la valiosa colaboración de Sabela, la *meiga* de Galicia, quien, con su magia blanca, neutraliza la magia negra del computador.

© Miguel Serrano F., 1999
MEMORIAS DE EL Y YO
N° de Inscripción: 109.211
I.S.B.N.: 956-288-290-X

IMPRESO EN CHILE

Impreso por
Ediciones Mar del Plata, que sólo actúa como impresor.

INTRODUCCION

Hoy es el 5 de noviembre del año 109 de Nuestra Era y doy comienzo a este cuarto y último libro de mi *Opus Alchimicum*. El “cuatro del tres”, como diría Jung. Yo no sabía que una cuarta etapa era necesaria para completar la *Opera Magna*; pero mi *El*, sí. Y me ha llevado hasta ese punto donde el dorado impera, color del *soma* de Hiperbórea, del oro líquido, del *aurum potabile*, el que se bebe y entrega la vida eterna: negro (*nigredo*), blanco (*albedo*), rojo (*rubedo*), dorado (*aurum*).

Y aquí estoy. Por aquí voy, por el más difícil de los caminos. Por el filo de este “sable de equilibrista”, en el borde de dos abismos. Por el filo de este País mágico, llamado Chile.

Dos cosas tengo en mi casa de Valparaíso: un espejo muy antiguo, en el pórtico. Pido a los visitantes que allí se miren, antes de permitirles entrar, pues el rostro que se refleja no es el de ahora, sino el de encarnaciones anteriores. Según lo que allí aparezca, será mi recepción.

También tengo un reloj de colgar, de palo de rosa. Pero algo no funciona en el reloj. Da unas campanadas cristalinan que resueñan en toda la casa y que nada tienen que ver con la hora de “acá”, de este mundo, sino de otro. Lo he dejado así, pues me comunica con “los de allá”, como diría Barreto, con los que ya se fueron, con los que están al otro lado del espejo, o en el viejo espejo de allí afuera. Ese reloj me da la hora del otro mundo. Es la comunicación entre esta casa y la “otra”. Entre *El* y *yo*.

Ahora, por ejemplo, cuando he comenzado a escribir este cuarto tomo, son las ocho de la mañana de un día gris de la tierra. Y el reloj ha dado doce campanadas, su máximo. Aún estoy lejos de ese otro mundo. Y sé que ahí, a ese “otro lado”, es un día de sol. Es la Edad Dorada.

Al final de este Libro el reloj deberá dar trece campanadas, o tal vez menos de una, marcando así la hora de recomenzarlo todo.



Este es nuestro camino: vamos en equilibrio por una cuerda que nosotros mismos sostenemos, sobre el abismo, desde la torre de la Orden Guerrera hacia *Oiyehue*, Venus, la Estrella de la Mañana. Sólo la Voluntad y la Fe nos permiten continuar. Si dudamos, soltaremos la cuerda y nos precipitaremos en el abismo.

PRIMERA PARTE

LO QUE ESTA SUCEDIENDO

UNA CONVERSACION INEXISTENTE

Vengo de regreso de Concepción. Hacía muchos años que no recorría esa hermosa ciudad. Desde los tiempos de Julio Escámez, o con el artista Eduardo Meissner. Recuerdo una fiesta alucinante, a pleno campo, organizada por la esposa de Meissner, en la inauguración de un jardín infantil. Era 1973, se acababa de efectuar el golpe militar y el recinto al aire libre se hallaba cercado por fuerzas armadas con ametralladoras, mientras adentro el pueblo comía, bebía y danzaba como en una pintura de Bruegel. Yo había invitado a Ute, una amiga austríaca de visita en Chile. La orquesta de la ciudad ejecutaba a Mozart, con sus músicos vestidos de etiqueta mientras, en otro lado, se cantaban cuecas: “Acelera, saco de peras. Aserrucha..., saco de peras otra vez!...”. En ese mismo año se me invitó a dar una charla en la Universidad. La invitación la hizo Hagen Gleissner, a cargo de las relaciones públicas, o algo así. Me pagaron por mi intervención. Leí un trabajo en homenaje a Ezra Pound, en dos días consecutivos, viniendo a convertirse este ensayo en el primer volumen de mi “Trilogía del Hitlerismo Esotérico”, que publiqué con el título “El Cordón Dorado”. Lo había escrito en Montagnola, en el Ticino, en la vieja Casa Camuzzi, de Hermann Hesse, y le había dado fin en el refugio de Nietzsche, en Sils Maria, en las alturas de la Engadina, en los Alpes suizos.

Pero mi primera visita a la ciudad de Concepción fue en 1962, si mal no recuerdo. Fui traído desde India a una conferencia internacional, organizada por el poeta Gonzalo Rojas y siendo rector de la Universidad, Stichkin. Esa Facultad tan importante en Chile fue dirigida en otros tiempos por don Enrique Molina, filósofo y fundador de la Revista “Atenea”, la más prestigiosa del país y donde yo colaboré con ensayos y cuentos, desde muy joven.

Fue durante ese simposium, donde encontré también al médium Galté. Habiéndome equivocado de cuarto, me hallé frente a una persona sentada tras un pupitre, que dictaba una charla a un grupo de estudiantes. Era el abogado y profesor universitario, Jaime Galté. Nos miramos por un instante. Y me retiré en silencio, sin decir nada.

La intelectualidad de esos años, tal como hoy, era de izquierda, casi toda comunista, salvo escasas excepciones. La lideraba Pablo Neruda, figura estrella de esa convocatoria. Nos ingeniamos para no encontrarnos. Llegué un día después de su intervención, cuando él ya había partido. Quedaban, sí, el mexicano Carlos Fuentes y Alejo Carpentier, de Cuba. Este último estuvo hasta el final de mi charla e hizo varias preguntas. Creo que mi trabajo se titulaba “La Verdadera Revolución” y la había leído antes, en inglés, en India y la volvería a repetir diez años después en Nueva York, en la Universidad de Columbia y en Santiago, durante el Gobierno de Allende. Interpretaba la Historia como un movimiento pendular entre las diferentes “instancias” del hombre (“instancias”, o *shakras*). Los sudamericanos se hallaban condicionados por el *shakra muladhara* o el *swadistana*, de modo que la Antártica vendría a representar geográficamente algo así como el sexo del mundo (la serpiente *Kundalini*). Los japoneses, por ejemplo, “pensaban” con el *shakra* Manipura, del plexo solar, centro de su alma. Por eso, para liberarla, allí se hacen el *harakiri*. El cambio de épocas de la Historia humana equivalía a la activación y expresión de una nueva “instancia”, que entraba a reemplazar a la antigua, ya estratificada en una “civilización”. Por ello esa expresión de alegría, de renacer de la energía al entrar a una nueva “época”, expresado en el grito de Ulrich von Hutten, el amigo de Erasmo: “¡Qué bello es vivir!”. Con la decadencia y muerte de la civilización, de la “instancia” occidental, estaría llegando el turno para la expresión de Sudamérica.

Recuerdo con cuánto interés me escuchaban los delegados japoneses, en especial cuando recité un poema de la antiquísima civilización de Mohenjo Daro, en una lengua más antigua que el sánscrito, tal vez con semejanzas a la de la primera Rapa Nui, y vaya uno a saber si con el japonés arcaico, o con el idioma de la Atlántida.

*"Nan rururu Tuku Karamugil
Uruli orur Edu etu ru uyarel
Ir ar ire per Kadavul" ¹*

Los japoneses comentaron: "Ya no hay tiempo para eso, para el cambio que usted propicia". Y esto lo dijeron hace ya casi cuarenta años.

Algo vibraba en el aire de esos días, un entusiasmo, una fe, una esperanza entre los asistentes y los jóvenes universitarios comunistas. Recuerdo haber llegado también de improviso y sin saberlo a un recinto donde se efectuaba una reunión con los delegados rusos y donde se cantaban marchas e himnos de la revolución. Cuando entré, se callaron. Los dejé, recordando nuestros tiempos y a los camaradas nacionalsocialistas, con nuestras canciones de combate. Para mí era el pasado; para ellos, el presente y tal vez el futuro.

El filósofo Jorge Millas, antiguo alumno del Internado Barros Arana, estaba preocupado. Me llevó aparte para expresarme su inquietud: "Esta es una reunión de los stalinistas y nosotros estamos haciendo de comparsa. Ese rector Stichkin, con una actitud típica, se ha esfumado y no está presente ni siquiera en la ciudad de Concepción. Convocó y ahora no da la cara. Tú eres el único que se ha referido al comunismo como a una "instancia estratificada" y las radios nacionales lo han mencionado. Pero todos los otros delegados, que han venido del resto del mundo, son el coro de Stalin. Salvo tú, los japoneses y yo, los únicos...".

Después, un delegado ruso habló del materialismo biológico, o algo por el estilo, con argumentos científicos para débiles mentales, pero que, sin embargo, fueron los mismos que hicieron estragos en varias generaciones de jóvenes soviéticos. Años después, en una visita a Leningrado, un jerarca stalinista creyó impresionarnos, en la vieja catedral, al mostrarnos un péndulo colgado desde la cúpula. Balanceándolo, nos explicó la ley de gravedad. "No hay nada milagroso en esto", nos dijo, "pura ciencia". Y nos miraba compasivamente, como pensando: "Al fin

-
1. "El dios verde quien posee los dos senderos del alto sol sonoro
está llegando afuera al año de Orur
al país de las nubes de la lluvia
a la aproximante escala del sonoro trueno".

alguien les enseña la verdad”. Nosotros no pudimos reprimir la risa. El no entendió nada y decidió dar por terminada su clase magistral de “materialismo científico”.

Ahora, en Concepción, discutí con el delegado soviético. Le pregunté si el hombre perduraba después de la muerte. Pensó un momento y respondió: “Posiblemente, en sus ideas”.

“—¿Qué es la *Idea*?”, insistí.

Entonces, Gonzalo Rojas me tomó del brazo y me interrumpió: “—Estás cansado, tras tu intensa charla, vamos a recorrer la ciudad; te la enseñaré...”.

El se hallaba sentado en el estrado con los organizadores y mientras hablé le vi emocionarse cuando me refería a las humildes ramitas de las cimas andinas, con las que yo conversaba en mi adolescencia.

Ahora, después de cuarenta años, otra vez en Concepción y en el mismo escenario, en un homenaje en su honor y rodeado igualmente de los intelectuales de izquierda, aun cuando el marxismo leninista ya no existe y Stalin desapareció, voy de nuevo a hablar. Y digo:

“No asisto a eventos ni a reuniones. En verdad, nunca lo he hecho, casi nunca. Sólo aquí, en Concepción, invitado, y en honor de mi amigo Gonzalo Rojas. La última vez fue hace ya casi cuarenta años, en un simposium internacional. Salvo Gonzalo y yo, casi todos los que asistieron ya no están. They passed away —pasaron afuera. Pauli, Carpentier, Jorge Millas, Neruda, Luis Oyarzún (y el Dr. San Martín, ¿vive aún?). Recuerdo el entusiasmo de los stalinistas. Entusiasmo lleno de ilusiones y de sueños. Y sus canciones, junto a los delegados rusos. Y mi discusión con un delegado sobre la vida más allá de la muerte. Y tú, Gonzalo, con gran discreción y diplomacia, tomándome del brazo e invitándome a recorrer y a conocer la ciudad, la que por primera vez yo visitaba.

“Después, las fiestas, los bailes, con Nilda Núñez del Prado, la orfebre, bella y delicada, y Nemesio Antúnez y Luis Oyarzún, coronado Baco. Lo recuerdo todo como si fuera ayer. Y cuando hablé en mi charla sobre los montes de nuestra patria, sobre las altas cumbres y las ramitas encontradas allí, preguntándome: ¿qué sería ahora de ellas, si aún se acordarían de lo que conversábamos, en el lenguaje de las laderas y las nieves? Vi que tú te emocionabas. Hoy sé que aún están allí y que recuerdan, porque para ellas todo

es sólo ayer, o es hoy, pues su tiempo es el del País de los Elfos. Y a su pequeña memoria y su inmortalidad sólo las alteran el viento...

"Te vi emocionado entonces, y tal vez lo estés también hoy, al recordar los años, los rostros, los sueños, los ideales destruidos por el tiempo de este otro lado, de la historia de esta tierra nuestra, cada vez más distante del País de los Duendes, que nos albergara antaño.

"He querido estar presente en este homenaje tan merecido a un gran poeta, que ha vivido como poeta, con valor y consecuencia, y que ha hecho de la amistad un culto, como antes lo fuera en nuestra Patria. El culto, la religión de la amistad, sin temores a manifestarse, sin miedo a las consecuencias, sin titubear porque el amigo sea un poeta maldito, o sostenga otras ideas, otros ideales.

"Con Gonzalo Rojas, al igual que con Jorge Teillier, no me he encontrado más de tres veces en mi vida. Y, sin embargo, a ambos los he considerado amigos entrañables, como si este asunto fuera más bien una relación de eternidades o, como diría un hindú, de reencarnaciones pasadas, de modo que no necesitáramos vernos a menudo aquí, porque ya nos hemos visto mucho en las largas edades del pasado, más allá de este tiempo (en el Tiempo de los Elfos).

"Sé que tú también fuiste amigo de Jorge Teillier. ¡Cómo le habría gustado a él estar aquí para rendirte un homenaje de poeta a poeta!... Bueno, yo he querido traerlo ahora conmigo y, por eso, él está sentado aquí, a nuestro lado. Tú y yo lo sentimos y lo vemos. ¿No es cierto, Gonzalo?...

"Querido amigo, gracias por haberme permitido estar de nuevo contigo y en una ocasión tan especial.

"¿Cuándo nos volveremos a ver? Mi camino ya no es otro que el de escalar las altas cumbres de nuestras montañas sagradas, con gran dificultad ahora, en busca otra vez de las ramitas perdidas, dejadas allí en mi juventud, para reiniciar el cuento y la leyenda, interrumpidos antaño.

"Quiero terminar estas palabras en honor del poeta, con el verso de mi amigo eterno, Ezra Pound: "¡Mantente firme en los viejos sueños para que nuestro mundo no pierda la esperanza!".

"De poeta a poeta"...

Me aplaudieron, porque el público de Concepción me ha sido siempre favorable. Gonzalo Rojas me abrazó con emoción y se sentó a mi lado. El escritor Antonio Avaria era el "moderador"

(nunca he sabido qué es eso); también hablaron Vicuña y Volodia Teitelboim, antes que yo. Esto de Volodia se ha hecho ya una costumbre necesaria. Lo invitan junto conmigo como para justificarse, como para “disculparse”; como si dijeran: “Si invitamos a un comunista también podemos invitar a un nazi”.

A Concepción vino mi hijo José Miguel a acompañarme y otro joven camarada de Santiago. Además, encontré allí a un camarada alemán, veterano SS de la Gran Guerra. Con ellos y otro joven de Concepción fuimos a visitar a los colonos de Villa Baviera (ex Colonia Dignidad) en su restaurante de Bulnes. Y fue conmovedor el recibimiento que me hicieron, agradeciéndome la defensa que de ellos he hecho en estos terribles tiempos que les ha tocado vivir. Las mujeres me dieron una bella rosa roja, que preservaré siempre en mi santuario de la meditación. Y fuimos a ver el zodiaco al aire libre, que allí construyeron. Aldebarán tiene preferencia. Es su último refugio y ahí partirán, como los sumerios, cansados ya de tanta persecución. Pero cuando lo hagan, Chile se acabará. Porque ellos y yo somos la protección mágica que aún esta Patria tiene.

* * *

No en vano ha pasado el tiempo y tantas cosas. Otro es el ambiente aquí. La bella ciudad ha sido destruida con edificios de altura y una movilización complicada, como en Santiago. Tal vez sus habitantes no se den cuenta y se enorgullezcan con el “progreso”. Pero yo no puedo dejar de recordar esa vibración alegre de otros años, del alma y del entorno, que daban la fe, el ideal y la esperanza, cualquiera que ellos fueran. Nemesio Antúnez, el pintor, aún muy joven; Luis Oyarzún, el Dr. Hernán San Martín, el Dr. Lara, la bella y delicada Nilda Núñez del Prado. Sus fiestas, sus sueños. Y ya entonces me admitían entre ellos, al igual que hoy. Pero ahora soy yo el que mantengo la esperanza y ellos la han perdido para siempre.

Esto se nota en el aire, en las cosas.

Nilda, la gran Nilda... Tez muy blanca y ojos claros. Era orfebre y su hermana, Marina, escultora. Ambas exponían en Concepción, en esa reunión de hace casi cuarenta años. Murieron ya (*they passed away*). Ni Alvaro Flaño ni yo olvidaremos jamás a Nilda. Esa vez fui a ver su exposición de joyas. Ella era boliviana y las creaba con materiales muy antiguos, con turquesas encontra-



Collar de la Reina de Saba, hecho por la gran orfebre boliviana Nilda Núñez del Prado. Me lo regaló diciéndome: "Ella me ha ordenado que se lo entregue".

das en las tumbas de los incas. Recorriendo lo expuesto en los muros, me detuve frente a una joya extraña. Debajo estaba escrito: "Collar de la Reina de Saba". Escucho una voz suave, con un acento encantador, del país vecino. Era Nilda, a quien aún yo no conocía. Con delicadeza, descolgó el collar del muro y me lo puso al cuello.

"Es suyo", me dijo. "Anoche he tenido un sueño con la Reina de Saba. Ella me explicó hace tiempo cómo hacer este collar. Y ahora me habló, diciéndome: ¡Dáselo a él, le pertenece...!. ¡Es de usted!...".

Yo acababa de publicar en la India mi libro "Las Visitas de la Reina de Saba".

* * *

Sí, nada es lo mismo. Ni nadie. Tal vez sólo Gonzalo Rojas se mantenga fiel a los viejos sueños y a los amigos de esos años. Sólo él, leal conmigo hasta el final, como yo a él. Volodia Teitelboim, por ejemplo, ya no es el mismo. Hay una tristeza que no oculta, como si algo hubiera muerto de pronto, antes de tiempo, y que se desprende de su presencia como un halo gris.

Para el mundo habría que explicar quién fue Volodia Teitelboim. Voy a hablar aquí de él, porque él ha hablado bastante de mí en sus libros, todos publicados en los últimos tiempos y sólo después de la destrucción del bolchevismo. Al revés mío, que nunca dejé de escribir en todos los largos años, desde nuestra adolescen-

cia, Volodia no publicó casi nada, pues perteneció al “Vaticano” de la “Tercera Internacional”, o “Tercera Roma de Moscú”. Y a él, como a los curas (como a mi camarada nazista Roberto Vega Blanlot, quien, habiéndose hecho sacerdote, obtuvo la autorización de la jerarquía eclesiástica para escribir la “Historia del Nazismo Chileno”, pero nunca la obtuvo para publicarla), la “curia bolchevique-stalinista” no le debe haber permitido a Volodia escribir por cuarenta años, o más. Ahora trata, desesperadamente, de recuperar el tiempo perdido.

Nos conocimos hace más de sesenta años, en casa de mi tío Vicente Huidobro, en las tertulias literarias nocturnas, en su casa-departamento de la “Alameda de las Delicias”, como entonces se llamaba la actual Avenida O’Higgins. Yo no era asiduo de estas reuniones, asistiendo esporádicamente. Allí llegaban Eduardo Anguita, Braulio Arenas, Teófilo Cid, Eduardo Molina Ventura, Enrique Gómez Correa, Carlos Vattier. Salvo este último, todos no tendríamos más de dieciocho años de edad. Las mujeres entonces no frecuentaban este tipo de reuniones literarias, como hoy. Se charlaba, se bebía y fumaba. Yo sólo conversaba o discutía –con Volodia–, pues no bebía ni fumaba. Vicente se paseaba con su “habano” y repartía con moderación su vino Santa Rita entre los discípulos y concurrentes. Una sola mujer asistía, y no siempre, arrellanada en un sofá, sobre cojines, como un gato de oro, sin pronunciar palabra y observándolo todo con unos grandes ojos azules. Era Ximena Amunátegui, la amada del poeta.

Una vez llevé allí a Julio Molina Müller y a Héctor Barreto. Julio volvió por su cuenta, varias veces; pero Héctor, no.

Era tan distinta esa atmósfera a la de nuestra “bohemia” del bar “La Miss Universo”, de la calle San Diego, con nuestro humor chileno y las reminiscencias de la Grecia heroica y clásica. Aquí se adoraba a Francia y se mezclaban al castellano voces francesas, citas de poemas surrealistas o del “Creacionismo” de Vicente Huidobro. Yo tampoco tenía nada que hacer allí, pues mi formación, ya entonces, era en el pensamiento y la filosofía alemanes. Con el único que podría entrar en discusión era con Volodia Teitelboim, como he dicho, por ser marxista y conocer –más bien dicho, “usar”– la dialéctica de Hegel, distorsionándola con el materialismo histórico. Yo le decía –y él lo recuerda en sus libros de memorias sobre Huidobro y otros– que “la Dialéctica era una

máquina infernal”, pues “bien servía para un barrido como para un fregado”.

¡Qué curioso! Pero Teitelboim y Barreto no llegaron a conocerse, a pesar de que el primero ya era comunista y Héctor entró al Partido Socialista, por esos años. Pero lo hizo por razones poéticas, digamos, y nunca se interesó por el marxismo: “Le producían tristeza los niños pobres, descalzos bajo la lluvia”.

Aunque las mujeres no participaban en esas fiestas de la poesía y del intelecto, mucho menos en nuestras reuniones nocturnas de los bares, algunas bellezas de la época se aparecían de vez en cuando en la casa de Huidobro. María Galliano, por ejemplo. Su hermana Elena se casó con Carlos Vasallo, abogado e intelectual de izquierda, quien fuera Subsecretario del Ministerio de Relaciones Exteriores cuando yo estaba en India. Ahora, en nuestro reencuentro en Concepción, tras tantos años, se me ocurrió mencionarle a Volodia a María Galliano, preguntándole si aún se acordaba de ella. “No hay un día que no la recuerde”, me dijo, “y también a todos los demás”.

Pero aunque no estuvieran físicamente presentes las mujeres en nuestras reuniones, lo estaban en cambio en la conversación, en la mente, en la imaginación. La imagen ideal de la mujer, como una herencia de antaño, transmitida en la sangre de nuestros padres, desde los lejanos trovadores del Languedoc y las Cortes españolas de Aragón, aún no había sido destruida, como hoy, y se preservaba intacta, gloriosa y sufriente.

Fue por aquellos años cuando Eduardo Anguita y Volodia Teitelboim publicaron su magnífica “Antología de la Poesía Nueva”. Por haber “sacrílegamente” recortado algunos poemas de Omar Cáceres, éste envió a unos matones a que golpearan a Anguita. Volodia se salvó, como siempre, sin un rasguño. Y digo como siempre, porque ésta ha sido la tónica suya a través del tiempo; es al único que no le ha pasado absolutamente nada, pues, en los momentos más críticos y habiendo tomado parte de un modo decisivo en los acontecimientos, se las ha arreglado –o “lo han arreglado”– para ponerse a salvo en lugares seguros y lejanos. Como hoy mismo, cuando se extiende algo así como un manto de olvido sobre su actividad revolucionaria, de sólo ayer. Conspiró y trabajó, algunas veces a plena luz –muy pocas–, la mayor parte de ellas en la sombra.

En verdad, de aquellos personajes de antaño, incluyéndolos a todos –menos Barreto, por supuesto, a quienes los Dioses se lo llevaron joven–, el de mayor relevancia, lejos, y de importancia esencial, es Volodia Teitelboim. Su acción en el Partido Comunista debe haber sido importantísima, aunque desconocida, no visible para la mayoría de los adherentes y hasta del público. Actuó en forma decisiva, como un agitador y un revolucionario, de mente acerada y pensamiento agudo, racional y escatológico, finalista, conforme a un fin. Porque, además de revolucionario y comunista, es judío. Y, por serlo, fue comunista y revolucionario. He aquí la diferencia –trascendental y fundamental diferencia– con el resto.

Resulta que ahora, en Concepción, por fin, después de más de sesenta años, se me presenta la oportunidad de estar a solas con Volodia y poder intentar una conversación en la que repasemos todo, frente a frente, como nunca lo hemos hecho, ni jamás lo podremos intentar de nuevo, antes de que a ambos nos lleven *nuestros “Discos Voladores” opuestos*.

Nos hemos quedado solos en el “Hotel Araucano”, el último día del *simposium*, pues no hemos ido a Lebu, la tierra natal del poeta Gonzalo Rojas. Estoy sentado en la sala de entrada y llega Volodia. “He estado descansando”, me dice, “pues aquí hay tranquilidad. Aunque la tranquilidad no depende de lo de afuera, sino de lo de adentro”, agrega.

Es el momento, pienso, si ahora yo le invitara a sentarse a conversar... ¡Ah, tantos años! Y me retengo, en el límite, pensando que yo le diría la verdad, pero él nunca. Me pondría, así, en desventaja para siempre. La imagen de Tito, el gobernante comunista de Yugoslavia, se me ha aparecido en ese momento. En su viaje a Chile, interrogado por los periodistas sobre la razón de su enorme protección policial, respondió que “esto jamás sucedería en Yugoslavia, pues, allá lo cuidaba el pueblo”. Mentira increíble, por supuesto, y que sólo Fidel Castro, Stalin, Mao Tsé Tung y Allende podrían repetir. Mentira esencial, estratégica y táctica, de la dialéctica (la “maquinita infernal”) comunista, impuesta en el fondo y en la forma por el judío, de quien Alfred Rosenberg diría que representa la “mentira orgánica” y que Nicolás Palacios descubrió con mucha antelación, en su libro *“Raza Chilena”*.

Es así como he dejado pasar esa ocasión y me quedo allí solo, sentado en un sillón del hotel, pues Volodia se va. Y es, entonces, cuando decido tener una conversación inexistente; pero que será

más real que cualquiera otra que yo pudiera tener con él, aquí, en este otro “mundo existente”, que es mucho más suyo que mío, después de todo.

Así, no le voy a permitir que me mienta. Sólo podrá permanecer en silencio, y no responderme, lo que será la mayor parte del tiempo, estoy seguro. Por razones obvias, no le haré en voz alta las preguntas. Conversaré también con él en silencio.

* * *

“—A ver, Volodia, siéntate aquí al frente, ponte cómodo. Al fin, tú y yo tenemos que conversar alguna vez en esta vida”.

Se mueve inquieto, pareciera como que deseara partir:

“—¿Crees, tú? ¿Para qué? Ya está todo dicho. Es como si lo hubiésemos dicho todo, sin decirlo, entre nosotros... Mejor será dejarlo así...”.

“—No. Porque tú, en tus escritos te estás refiriendo a mí y no siempre con la verdad”.

“—Es inevitable que me refiera a ti. Y no he mentado”.

“—Has dicho que cuando recibí en la India a Neruda era tal mi fascinación por el poeta, que casi dejo mi Embajada por irme con él.... No sé de dónde has sacado eso. Neruda nunca fue “*my cup of tea*”, ni como poeta; un sensorial, romántico y superficial “sobajeador” de las palabras; ni como hombre, un ególatra, egoísta y “mal bicho”, usado y proyectado por el stalinismo y el resentimiento de clase y el odio universal, hasta hacer de él un mito equivalente; algo así como una “animita”, cultivada y proyectada ahora por el capitalismo de izquierda, por la Telefónica española, que financia su museo en Valparaíso. Tú sabes todo esto mejor que yo. En los tiempos de Anguita y tuyos, acusaban a Neruda de plagiar a Rabindranath Tagore y de poeta “calugoso”, según la expresión de tu maestro de esos tiempos, Vicente Huidobro. Todo cambia para ti cuando entras a tener injerencia en la directiva secreta del “Komintern” y participas en la creación marxista del mito nerudiano, del que ahora también te beneficias, como muchos otros literatos de aquí y de allá... Aunque debo decirte que los verdaderos comunistas, los idealistas, que no están en el secreto, en Rusia y en Yugoslavia, por ejemplo, no leen ni creen en Neruda, pues lo encuentran un mal poeta”.

“—¡Bueno! ¿Y a qué viene todo esto de Neruda?”.

“–Nada más que como muestra de una mentira. En tu libro “En el País Prohibido”, donde declaras haber venido a Chile disfrazado, con peluca y otro nombre, durante la dictadura de Pinochet, también afirmas que te encontraste conmigo; pero esto no sucedió jamás. Es como cuando el “héroe” Neruda escapó cruzando la cordillera a caballo durante el Gobierno de Gabriel González Videla. Ni siquiera sabría montar a caballo, ni en su vida lo hizo; ni tampoco González Videla le puso nunca en prisión... La mentira como “dialéctica” del marxismo-leninismo, en su misma esencia, como marca de su origen judío...”.

“–Eres un antisemita... Te haces así partícipe del horror de las cámaras de gas de tu dios, Hitler, en tu culto a la personalidad...”.

“–Volodia, nuestro diálogo tardío pretendo que vaya en serio, no te burles de mí refiriéndote a la mentira cósmica de tu anti-raza: las cámaras de gas y el holocausto de seis millones..., ni yo tampoco mencionaré los crímenes de Stalin, tu héroe, tu guía, al que has exaltado en poemas ditirámicos, al igual que Neruda: *“Por ti, joh, Stalin!, crecen las manzanas en el invierno de las estepas”*... algo así”.

Se queda en silencio y mueve la cabeza, como si aceptara:

“–Yo no fui más que un simple y disciplinado militante, en pos de un ideal”...

“–No, Volodia, no lo creo. Tú, al revés de todos nosotros, has jugado un papel muy serio e importante en una Gran Conspiración; porque tú, por tu procedencia, tuviste los contactos secretos y el conocimiento del que hasta los dirigentes visibles y de primera plana del comunismo carecían aquí. Tú sabías hacia dónde se iba y de lo que en verdad se trataba. Tenías la información anticipada, que te permitía ponerte a salvo en momentos difíciles, como en el golpe militar de 1973... El Almirante Merino cuenta que una vez solicitaron al Presidente Salvador Allende que tomara una decisión y éste les respondió que te lo pidieran a ti, pues él carecía de poder para ello. Y otra vez, conversando con Darío Sainte Marie, me describió una visita que le había hecho a su casa de la montaña, en San José de Maipo, el Secretario General del Partido Comunista, Luis Corvalán, acompañado sólo por ti. Tú le corregías y le censurabas sus opiniones... Darío me explicó, en su peculiar modo de expresarse: “Llegaron dos curas de la nueva religión a verme. Uno era un mercedario, Corvalán; el otro, un dominico, Volodia.

Este último representaba a la Inquisición y controlaba al otro, para que no se fuera a salir del dogma y cometiera alguna herejía"...".

Volodia no dijo nada; pero no pudo menos que sonreírse.

Yo continué:

“—Recuerdo que cuando tú eras Senador y visitaste Yugoslavia, para asistir a una de esas frecuentes “conferencias por la paz”, organizadas por los comunistas en distintas ciudades del mundo, yo era Embajador en Belgrado y te invité a almorzar en mi casa, con el agrado de reencontrar al antiguo compañero de discusiones y poesía del cenáculo de Vicente Huidobro, en los años treinta. Llegaste acompañado de un poeta yugoslavo, que era judío e importante miembro del Comité Central del Partido Comunista yugoslavo. Misteriosamente, te dejó en la puerta de mi casa y, tras decirte algo inaudible, partió. Este personaje te acompañó todo el tiempo de tu permanencia y siempre ustedes conversaban aparte de los demás. Puedo imaginarme que hasta asistieron a alguna oculta sinagoga, en secreto, y no para ceremonias religiosas, precisamente. En tu libro cuentas de esa visita a mi casa, tratando de excusarte con el hecho de ser la Embajada de Chile y de encontrarse allí el pintor comunista, Julio Escámez. Ironizando un poco, entras a describir cómo éste pintaba el cuadro de “la amada muerta” y cómo yo, desde el cuarto del lado, trataba de transmitirle telepáticamente el rostro de la mujer... Todo esto es cierto y habría sido hermoso que lo recordaras, si le hubieras puesto un poco de emoción, de poesía,... Después, te mostré el libro tuyo y de Anguita sobre “La Poesía Nueva”, que había empastado en India, en Pondichery, y te pedí le escribieras algo en su portada. Pusiste: “Esta obra de juventud”. Aquí se revela todo, aquí se dice todo. El militante comunista, el dirigente secreto de esos trascendentales tiempos, no podía hacerse responsable de una obra antigua, no autorizada por la “curia”, por la “jerarquía”, cuando aún, por su juventud, no había sido iniciado ni entrado a participar en las esferas superiores”.

“—¡Qué memoria tienes...!”

“—La misma tuya. Por alguna misteriosa razón, que se nos escapa, tú y yo estamos condenados a recordar, a no olvidar nada. Yo, para dejarlo estampado. Tú, para no decirlo jamás, lo esencial, lo secreto”.

“—¿Te das cuenta, Miguel, que estás siendo víctima de tu imaginación delirante, de tu obsesión conspiracionista, que en todas partes ves conspiraciones de sinarquías ocultas, de judíos malvados? Harías bien en ir a un psiquiatra”.

“—¿Crees que no me lo he dicho a mí mismo?... Hubo un tiempo, cuando viví cerca de diez años en Suiza, solo, en la vieja mansión de Hermann Hesse, y antes de comenzar a revelar mis investigaciones, entonces estuve concentrado en una muy seria introspección y en un análisis autocrítico. No me bastó, de ninguna manera, la lectura y relectura de “Los Protocolos de los Sabios de Sión” para convencerme de la existencia real de una gran conspiración universal, aun cuando me decía, con Julius Evola, que si esos “protocolos” no eran auténticos, eran verídicos, cumpliéndose hasta en los menores detalles en la historia de los hombres, y hoy más que nunca, cuando predicen que “producirán en la tierra una ola de atrocidades, crímenes, asaltos, robos y destrucciones individuales y colectivas, de tal magnitud, que la única solución será la entrega del poder al Mesías de Israel y a sus ejércitos, que en veinticuatro horas pondrán orden y fin a los desmanes. Los humanos los bendecirán... A ti no te puede parecer curioso y a mí tampoco, que en la ola de asaltos y de crímenes, aquí en Chile, por ejemplo, las víctimas nunca sean judías... ¡Qué cosa extraña! Sin embargo, ni todo esto fue, ni habría sido suficiente para convencerme sobre la gran conspiración, para llegar a arriesgarme a denunciarla, más aún cuando no parece ya cosa de humanos...”.

Necesito darme un descanso, para saber cómo continuar. Volodia está en silencio, con el ceño apretado y las manos cruzadas. Espera. Yo continúo:

“—¿Y sabes tú qué fue lo que vino a convencerme de un modo irrefutable, lanzándome a revelarlo todo, a dejar Suiza y a venir aquí, a Chile, esta Patria mágica del fin del mundo, del borde del mundo, y a escribir mi “Trilogía del Hitlerismo” y todo lo que sigue, arriesgando hasta mi obra literaria, de más de sesenta años...? Fue la lectura del libro del *Apocalipsis*, de dos mil años de antigüedad, atribuido a un tal “San Juan”. Eso me convenció de la existencia de una conspiración absoluta, obra de no-humanos, anterior aún a la aparición del hombre sobre la tierra y que se cumplía en todo el universo visible, bajo el dominio y control de una Fuerza Maligna. La Historia que conocemos y que vivimos no es

más que la alternativa final de una Guerra desesperada y, al parecer, perdida; una guerra terrible...”.

Ni siquiera estoy mirando a Teitelboim. Hablo como para mí mismo.

“—Fíjate tú, en el *Apocalipsis* se adelanta, se profetiza —y esto hace más de dos mil años—, que al final del tiempo, cuando triunfe la Gran Bestia, cuyo Número es 666, todos en la tierra, hasta los hombres, llevarán grabados en su carne este Número; porque si no, ¡no podrán comprar ni vender!... ¿Te das cuenta lo que esto significa, cuando precisamente hoy, en el “Código de Barras” (sin el cual nadie puede comprar ni vender) se encuentra el 666 (el Número de la Bestia, el Número del Hombre) en las tres barras dobles, que sobresalen al comienzo, al medio y al final del Código y que al ser descifradas con el *scanner*, dan precisamente ese *Número*, que no tiene nada que ver con el resto de las barras que simbolizan el precio, el origen, el nombre del producto, etcétera? Cuando las lleves impresas con láser en tu carne... (bueno, tú no, por supuesto), contarán tu historia, desde tu nacimiento y, especialmente, tu capacidad de producción y, por lo tanto, de consumo... El próximo año, en Chile, hasta el carnet de identidad va a ser un Código de Barras... Y, después del dinero plástico, de la tarjeta de crédito, vendrá la marca en el brazo, en la muñeca, en la palma de la mano, o en la frente.... Al darme cuenta de lo terrible de esta profecía supe que yo no estaba obseso, ni loco, ni exageraba al ver y delatar una *Conspiración* mundial, desarrollándose en múltiples formas y destinada a una esclavitud total, totalitaria, atroz. Y descubrí que todos aquellos que, como Orwell, y el mismo Huxley, escribían novelas de ciencia-ficción sobre el mismo tema, sin ir al meollo del Drama, estaban desviando la atención y desinformando. A conciencia, o sin saberlo, pasaban a formar parte del Gran Plan. Ante la revelación del “*Apocalipsis*”, “Los Protocolos de los Sabios de Sión” parecían juego de niños; sin embargo, ambos combinados nos llevan a un punto —a quienes aún seamos capaces de analizar y comprender— en el que nuestro entendimiento se paraliza y los pelos se nos ponen de punta; porque si aún somos capaces de continuar y tenemos el valor de sacar la conclusión última (o penúltima), parados allí, con los ojos muy abiertos, empuñando fuertemente la Espada del Guerrero, nos encontraremos frente a frente con un Monstruo no Humano,

con la Gran Bestia extraterrestre... cuyo Número es el 666... Y esto fue visto por alguien hace más de dos mil años...”.

Volodia permanece siempre inmóvil, en silencio, con un gesto casi irónico.

Continúo:

“—El cumplimiento de los “Protocolos”, sin embargo, tiene explicación racional, dentro de la capacidad superior de un grupo dirigente conspiracionista, capaz de financiar, o inducir, a la violencia a la masa, o a la juventud drogada y desesperada, hasta transformar a la sociedad en un hato de criminales sin control y, al resto de la sociedad, en un hacinamiento de personas aterrizadas, sólo entregadas a la protección de fuerzas policiales ineficaces, también violentas, para conseguir el fin último ya descrito del Imperio del Mesías robótico y de la esclavitud total, no lograda ni con el bolchevismo, ni con el capitalismo... Todo esto tiene explicación; pero lo que no la tiene es que en medio del caos, aparentemente sin control, y que es el límite y preludio de la Dictadura final, sólo los judíos no son tocados, ni víctimas de asesinatos, de violaciones, ni de robos... ¿Quién los protege, qué los protege...? Nuevamente aquí deberemos recurrir a lo desconocido, a lo que está más allá de lo visible”.

Volodia Teitelboim hace un gesto extraño, como un tic que no controla, como si una máquina hubiese sido puesta en movimiento por una energía ajena, con un ruido como de rechinar de dientes y que él no produce a voluntad.

“—Si uno habla o escribe sobre estas cosas, la gente —y aun la más inteligente y cultivada— pareciera al comienzo como que lo escuchan; pero no son capaces de mantener la atención hasta el último. Luego, se distraen, dejan de interesarse, para olvidarse por completo del asunto, como si jamás lo hubiesen escuchado. No les interesa, o bien se asustan, o piensan que son cosas demasiado complicadas, limitándose la vida al quehacer diario y a la subsistencia, que ese conocimiento perjudica. Instintivamente, presienten un Poder en la sombra y lo temen...”

“Sí. Fue hace muchos años que lo descubrí. Y supe que esta *Cosa* no comenzaba ni terminaba aquí, que no era asunto de humanos. La mayoría en la tierra se haya como hipnotizada, idiotizada. Y eso se ha logrado por medios muy hábiles, sutiles y tenebrosos, gracias a bebidas populares y de masa, como la coca-cola, que contiene una droga que predispone a la recepción de los

mensajes subliminales de la televisión y de la propaganda escrita, también a la energía negativa que desata el Código de Barras, al ser descifrado por el láser, contaminando los alimentos y los medicamentos que se consumen a diario.

“Sin embargo, así como existe un Poder que protege a los agentes de la Voluntad de las Tinieblas, existe otro superior, que al final vencerá”.

Con rabia y casi gritando, Volodia exclama:

“—¿Y qué tengo que ver yo con todo esto? Con toda esta locura de la que estás hablando...”

“—Sí. Es imposible que no con toda; pero únicamente con una parte, sólo con el marxismo-leninista, habiendo sido tú usado y, ahora, ya puesto afuera. Te protegieron y te darán algún premio. Tengo la impresión de que a ti también te tomó de sorpresa el final tan repentino del bolchevismo ruso, en sólo una semana, y que aquello, que aún no asimilas, te dejó confundido, sin reponerte hasta el presente. Por un corto tiempo y recién llegado a Chile, seguiste repitiendo públicamente el antiguo idioma revolucionario de las “guerrillas armadas” y de la “subversión del orden establecido”, como si nada hubiera pasado, hasta que te diste cuenta del Gran Drama. Me pareció que, al igual que los románticos del comunismo de nuestra generación, como aquellos que antaño cantaban aquí los himnos soviéticos en ruso, tú tampoco podías asimilar el terremoto provocado y acaecido hacía sólo unos pocos días en el planeta. Concluyo que esto significa que aún tú no estabas en conocimiento del plan total, sino sólo de una de sus etapas y que, de lo que hablabas secretamente en Belgrado con tu homónimo judío y poeta del *Kominform*, quizás tuviera que ver con las intrigas más menudas del conflicto ruso-yugoslavo. A lo mejor me equivoco; pero en lo que te tocó actuar, ahí, sí supiste a dónde ibas. Lo prueban las declaraciones de Allende al Almirante Merino. Estuviste en el centro de las acciones, involucrándote con el stalinismo, aun cuando Stalin hizo un pacto con Hitler. Tú sabías que el pacto sería violado en el momento preciso, porque los judíos aún permanecían en la dirección última de Rusia. Jamás perdonaron a Stalin ese Acuerdo, menos aún la liquidación de Trotsky, de Sinoviev, de Kamenev y otros.

“Es curioso; pero pareciera que ni tú fuiste capaz de leer los signos ominosos de Kruschev, Breshnev y Gorbachov, para adaptarte con ellos. Puede que hayas pertenecido al secreto equipo

trotskista de “la revolución universal” y, contra todas las advertencias, quisiste imponer en Chile una ortodoxia, superada ya por Yalta y por Kissinger. Ciertamente, te guardaron y te pusieron a salvo; pero te quedaste afuera... Y ahora, ¿qué va a ser de ti? Ni siquiera te darán el Premio Nacional de Literatura. ¿Y sabes por qué? Por culpa mía... Porque si te lo dan a ti, tendrían que dármelo también a mí. Y eso no lo pueden permitir los judíos. ¡Sería demasiado! Literariamente, te sacrificarán... No se puede obtenerlo todo..., ni siquiera tú...”.

Nos quedamos en silencio. Entonces, Volodia dice:

“—¡Tú y yo hemos buscado lo mismo por caminos opuestos!”.

“—Sí, totalmente opuestos, cósmicamente opuestos, por la eternidad opuestos”...

LA LUCHA DE LAS INTERNACIONALES

Sin una visión del conjunto, sin una cosmogonía que se extienda a la ante-Historia y a la ante-Tierra, es imposible analizar la porción de la Historia que nos es visible a los humanos. Desde los comienzos, aparentemente cíclicos, y a través de catástrofes-cataclismos, hay como una mancha sombría que aspira a extenderse sobre todo lo terreno, a universalizarse, globalizarse, como se diría hoy, en pos del dominio planetario. Sin respetar las diferencias, las desigualdades naturales, aspira a imponer una sola de ellas. Algo innatural —o sobrenatural— está forzando desde siempre las leyes, tradiciones y alegrías de los hombres, en busca de confirmar el universalismo, el internacionalismo. En nuestro ciclo, o ronda, es a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX cuando el asunto se hace más visible, para los que hoy estudian el hecho. A través de los “Iluminados de Baviera” y de la “Liga de los Justos”, de trabajadores alemanes, obligados a emigrar a París, estos toman contacto con organizaciones similares francesas, como la “*Société de Saisons*”, aglutinándose por medio de la Masonería en pos de un internacionalismo irredento y contrarios al orden monárquico y aristocrático. Así, son obligados a huir a Londres, tras haber participado en una revuelta, dando de este modo un gran paso para su internacionalismo, ya que allí siguen el mismo trabajo, al margen de cualquier espíritu nacional. Y es en 1847 cuando la “Liga de los Justos” se pone en contacto desde Londres con Karl Marx, que entonces residía en Bruselas, para proponerle

la redacción de un Manifiesto. Mientras tanto, la Liga cambia de nombre, pasando a llamarse “Liga Comunista”, realizando su primer congreso en Londres, en 1847, y declarándose en lucha con la burguesía, por la desaparición de la propiedad privada y la dictadura del proletariado. La influencia de Marx fue decisiva. En 1848 aparece el “Manifiesto Comunista”, de Marx y Engels, donde se postula la lucha de clases, el materialismo histórico y a la clase obrera como la única depositaria de la energía revolucionaria para implantar el comunismo. El Manifiesto termina con la frase famosa: “¡Proletarios de todos los países uníos!”.

En 1852 la “Liga Comunista” se disolvió para dar paso a la creación en Londres, en 1864, de la “Primera Internacional”, con asistencia de muchos países europeos, entre ellos España. Marx representó a Alemania, en el Comité de 32 miembros, de la “Asociación Internacional de los Trabajadores” (AIT), e impuso sus concepciones de la lucha de clases, el materialismo histórico y la importancia única de la economía en los acontecimientos humanos, sobre las de Mazzini. Así, todos los años debería reunirse la “Primera Internacional”, en un Congreso mundial de los trabajadores, para mantener informada a la clase obrera. Se acepta la huelga como medio de intervenir en la política y para lograr la socialización de los medios de producción.

En 1876, debido al conflicto interno entre Marx y Bakunin, la “Primera Internacional” también se disuelve y da paso a la “Segunda Internacional”, creada en 1889, con sede en Bruselas y con base exclusiva marxista, conformada principalmente por socialistas, aun cuando no centralizada, siendo dirigida por un grupo de partidos políticos nacionales autónomos. Sin embargo, muy pronto los socialistas pasan a deshacerse de los dogmas de la revolución violenta y hasta entran a participar como miembros de parlamentos elegidos por sufragios. En el fondo, la fuerza aglutinadora subterránea deberán ser las logias masónicas secretas a las que una mayoría de los miembros de la “Segunda Internacional” pertenece. Si en la “Primera Internacional” el conflicto se presentó entre marxistas y anarquistas de Bakunin, en la “Segunda” será entre marxistas y socialistas revisionistas (“proudonianos” moderados que no creen en la lucha de clases ni en la abolición de la propiedad privada). Aquí, la porción marxista, ortodoxa y violentista, pasa a estar representada por Lenin y Rosa de Luxemburgo. Los que aspiran a alcanzar el poder por medio de

las elecciones son sostenidos por Berstein, en Alemania. Como podrá verse, el sustrato judío sigue siendo fundamental en cualquiera de las posiciones del internacionalismo.

El estallido de la Primera Guerra Mundial, al despertar sentimientos nacionalistas entre los obreros, hace desaparecer la “Segunda Internacional”, al mismo tiempo que da ocasión a Lenin de hacer triunfar, con la Revolución Rusa de 1917, la tesis marxista violentista y la Dictadura del Proletariado, que para Marx era una etapa imprescindible para la imposición final del comunismo y de una sociedad sin clases, sin un Estado director; un “paraíso de los trabajadores”, con los medios de producción socializados.

En 1919 se lleva a cabo en Berna una reunión con objeto de resucitar la Segunda Internacional socialista y oponerse a la distorsión “marxista-violentista-bolchevique”, triunfante en Rusia. A su vez, en Moscú y en el mismo año, con el objeto de imponer su tesis estratégica extremista y revolucionaria, marxista-leninista, se da a luz la “Tercera Internacional Comunista”, por oposición a la “Segunda Internacional Socialista”, moderada, semidemocrática y revisionista, de los “social-traidores”, según el temible lenguaje descalificador, que los comunistas imponen y usan en la historia contemporánea, como un sello típico del fanatismo e intolerancia judaica, a ambos lados del espectro revolucionario que ellos controlan.

Y así entramos de lleno en la Historia nuestra, que a mi generación le ha tocado vivir, ya sea como actora o como espectadora.

En 1923, se celebra en Hamburgo un Congreso de los partidos socialistas que pretenden resucitar la Segunda Internacional, para combatir a la “Tercera Internacional” bolchevique. Ambas se declaran representantes del proletariado y marxistas, aunque proponen soluciones diferentes, hasta la fundación de la socialdemocracia, con muchos de sus miembros abiertamente antimarxistas, aunque una minoría influyente lo seguirá siendo, en el laborismo inglés y en la socialdemocracia alemana.

* * *

Aquí debemos detenernos, para hacer un alto tratando de penetrar en los acontecimientos y descifrar su sentido, su significado. Desconozco si alguien ha analizado a fondo estos sucesos, que

parecen detener la Historia, desviarla o, cuando menos, poner un plazo de espera de más de setenta años.

Con la aparición de Stalin, el internacionalismo sufre una detención, entrando en conflicto con el nacionalismo ruso y eslavo, heredado de la Iglesia Ortodoxa, que aspiró a establecer en Moscú la “Tercera Roma”. De este modo, y aunque no se declare, ésta se reinstala en la “Tercera Internacional” de Stalin. La oposición de Trotsky, que desea la revolución universal, sin hacer un alto en Rusia, para continuarla de inmediato en Alemania y demás países industrializados, es la ortodoxia marxista judía del proletariado universal, a la que se opone el estalinismo con la consolidación de la dictadura del proletariado en un solo país, para luego imponerlo a la fuerza en los otros, por medio de un “imperialismo ruso-bolchevique-eslavo”, que fue lo que se intentó y logró por un tiempo, tras la Segunda Guerra Mundial.

Así, la pugna de las tendencias de la “Segunda Internacional” mundialista y de la “Tercera Internacional” nacionalista, por así decir, representada en Trotsky y Stalin respectivamente, adquiere en esos años caracteres dramáticos, con la expulsión de Trotsky de Rusia y su posterior asesinato en México. Pero el trotskismo sigue actuando por un largo tiempo, dividiendo a los militantes de la Revolución mundial violentista. Los trotskistas, para diferenciarse de los socialistas de la “Segunda Internacional”, crean la “Cuarta Internacional”, que tendrá una muy corta vida. Yo recuerdo a mi amigo uruguayo, Pacul, conversando en los cafés nocturnos y tratando de reclutarnos en el trotskismo, mientras acusaba a los bolcheviques y a Stalin de haber traicionado a la Revolución.

¿STALIN, UN SACERDOTE?

Se puede ver que la Historia no es la corriente de un río que se desliza de un modo continuo hacia un lugar determinado y sin tropiezos, desvíos ni interrupciones. No es el argumento de una novela que alcance fácilmente su fin. Ni lo logra, por lo mismo, la Conspiración a la que nos hemos referido. Y esto, porque la Historia de los hombres en la tierra, hecha a través de ellos y por su intermedio, no es algo idílico, sino una Guerra (ver en mi libro “Manú. Por el Hombre que Vendrá” el capítulo “Cosmogonía Revelada”). La Creación misma lo es, desde el primer “*Big Bang*”, una explosión inexplicable, causante del Universo visible y mate-

rial, que comienza a extenderse infinitamente, eternamente, y que es contaminante.

Las zonas impolutas, incólumes, prístinas, hacia donde la Creación material y visible a los ojos de carne de los terrestres se extiende, se defienden y proyectan sus huestes arcangélicas, por así expresarlo, hacia el centro de la materia expansiva, para librar allí mismo el Combate, sin comienzo ni fin. Y es la razón de por qué aquí en la Tierra y de seguro en todo el Universo, el acontecer no es lineal sino espiral y cíclico, con altos, interrupciones y retornos. La Guerra, lo hemos dicho, no comenzó aquí, ni termina aquí. Y esa “conspiración de la materia” (no ha existido nunca un término más apropiado que “materialismo histórico”) tampoco ha logrado imponerse sin dificultades y detenciones, que le han hecho perder terreno, aun cuando luego lo recupere y logre recomenzar con renovados y siniestros bríos. Avanza, aunque a tropezones, como por sobre ruedas cuadradas, impulsada por las voluntades ocultas en las Logias y llevada a cabo por los “robots” de las Tinieblas.

He aquí que se creyó que la Revolución Francesa, de 1789, lograría un éxito fácil, siendo un paso decisivo en el dominio del igualitarismo nivelador y universal, en las manos de una minoría oculta y secreta, en la Masonería y en el *Kahal*. Aparece Napoleón y da al traste con todo, creando un alto, un interregno de más de un siglo, hasta llegar al holocausto de la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa, de 1917, la que se produce y se piensa como una ampliación y profundización perfeccionada de la Francesa. Y todo habría sido así, de no aparecer Stalin, quien, ya lo hemos visto, altera el suceder, como lo hiciera Napoleón antes. Es decir, con mayor o menor claridad y a través de los individuos, las fuerzas que en el Universo (por medio de los *Arquetipos*) luchan y se proyectan aquí en la Tierra, para tratar de combatir al Poder de las Tinieblas, entran a actuar produciendo estas interrupciones e inconvenientes inesperados en el Plan de los conspiradores. El trabajo no es completamente claro, las Fuerzas de la Luz no logran proyectarse aquí en luminosidad total, como si no les estuviera permitido; o bien, la materia no les facilita una encarnación suficientemente transparente. Ni Napoleón, ni Stalin, al parecer, supieron lo que estaban haciendo y actuaron por instinto, como “llevados”. Y lograron cambiar por un largo tiempo el curso de la Conspiración histórica, en la “Batalla de la Historia”. Sin embargo, ambos seguirán siendo a la vez usados por las fuerzas

conspiracionistas, porque han sido incapaces de liberarse totalmente de ellas, al haber sido colocados por estas mismas fuerzas en el poder, creyéndoles dóciles sirvientes de sus planes. Aun cuando Stalin prohíbe la Masonería en la Rusia bolchevique y en la Tercera Internacional, sigue rodeado de judíos, a pesar de su lucha con Trotsky —y quizás por esto mismo— y de los terribles procesos en contra de los “traidores” y “krumiros”. El *Komintern* está controlado por ellos y todos los “comisarios” e instructores del Ejército, que adoctrinan a la oficialidad y a la tropa, son judíos. También los guardianes de los campos de concentración, de los “*Goulag*”. Los Servicios de Inteligencia, la G.P.U. y, luego, la K.G.B., son también dirigidos (Beria) por judíos. De modo que cuando Stalin pudo llegar a pensar que, con el Pacto con Hitler, llegaría a deshacerse de ellos (Stalin, según las “Memorias” de su hija, era anti-judío), muy pronto éstos logran arrastrarlo a provocaciones expansionistas que obligan a Hitler a la ruptura y a la guerra. Rusia se queda con media Polonia y con Escandinavia. Molotov exige, una y otra vez, los Balcanes y una salida a los mares cálidos. Esto Hitler no lo podía aceptar. Ya el Pacto en sí le había significado una “tortura mental”, según le declarara a Mussolini. Y Otto Skorzeni me lo confirmaba, diciéndome: “Era una contradicción con nuestra *Weltanschauung*, con nuestra concepción del mundo”... Sí, el Führer libró una batalla de principios inclaudicables, que le llevó a la derrota material en el mundo material (“víctima de sus propias creaciones mentales”, como le dijeron a mi Maestro); mas, dado que era un *Avātara*, un representante auténtico y total de la Luz Increada, no podía hacer otra cosa. Y su concepción racial le llevó a creer en los ingleses, como el único aliado posible de los alemanes y a no creer en los rusos. Salvó a los ingleses en Dunkerke; pero no salvó a Stalin.

El día del ataque a Rusia, recuerdo a mi amigo yugoslavo Marco Vodanovic, venir muy de amanecida a mi casa. Cogiéndose la cabeza a dos manos, exclamaba: “¡Ya todo está perdido!”. Y Hammersmith, el hombre de von Ribbentrop en la Embajada del *Reich* en Santiago, decirme: “Tuve que viajar en tren a través de toda Rusia para venir a Chile por el Pacífico. Los rusos nos consideraban a los alemanes como a Dioses”. Y con el poeta Eduardo Anguita recordábamos la declaración de Dostoiewsky: “Quizás el destino de Rusia sea servir a una raza superior”.

El “*Guagua*”, un famoso vendedor de periódicos de esos años, con su kiosco en la Alameda con la calle Ahumada, lloraba desconsoladamente cuando se inició la guerra con Rusia. Era comunista stalinista.

Yo tuve un sueño extrañísimo, algo más que un sueño y que hasta el día de hoy recuerdo y me impresiona. Vi a Stalin, de pie sobre un balcón, en una semipenumbra, frente al pueblo. Se hallaba destrozado, como un hombre que descubre que todo su trabajo se halla en peligro de ser destruido, porque *él representaba una obra religiosa*. Stalin hacía unos gestos mágicos con las manos.

¡Qué cosa tan extraña! ¿Acaso Stalin era un sacerdote, y sólo con Hitler pensó poder realizar su *Obra* y llegar a librarse definitivamente de los judíos? Casi al final de la guerra mandó un mensaje a Hitler para hacer la paz. Y los judíos desviaron este mensaje hacia von Papen, Embajador en Turquía, que era católico y no se lo entregó a von Ribbentrop, su jefe, sino a Roosevelt, quien impidió que se realizara la paz solicitada por Rusia.

Stalin supo que Hitler no había muerto en el *Bunker* de Berlín y se lo declaró a los “aliados”. Al final de sus días, reveló también un “complot de médicos judíos”, que estarían planeando asesinarlo.

En mis libros sobre el “Hitlerismo Esotérico” he reproducido opiniones en boga entre los nacionalsocialistas de postguerra, de que Stalin era judío; pero dado estos antecedentes, que hoy aquí revelo, no puede haber sido de ese modo. Su misma hija nos lo confirma en sus escritos: Hitler admiró a Stalin y Stalin admiró a Hitler. Y la verdad es que Stalin perdió la guerra con la derrota material de Hitler. Lo supo y trató de evitarlo, al final; pero los judíos se lo impidieron.

Alguna iniciación secreta y misteriosa pudo haber existido en el seno del bolchevismo stalinista. Y, de ser así, solamente con Hitler Stalin podría haber realizado sus más ocultos designios, para cambiar “religiosamente” el mundo.

Pero los Arquetipos de la Luz Increada, que desde fuera dirigen todo esto, ya habían decidido otra cosa: *Hitler ganaría perdiendo*. Pues, al conservar incólume los Principios, los preservaría como la Divina Energía en reserva para la próxima Ronda del Eterno Retorno, donde se repetirá la Gran Batalla.

* * *

Si yo no escribo y revelo estas cosas, nadie más lo hará; porque no las saben o porque no se atreverán a hacerlo. Conocen el peligro que se corre: se les aislará, se les silenciará, o se les asesinará. A no ser que los poderes de la Luz los protejan. Por lo demás, éstas son las revelaciones de los Últimos Días, hechas en el límite, en el confin, en el borde de la catástrofe, cuando ya nadie las oye, o si las oyen se olvidan. Y son inaudibles, porque el ruido infernal y el mugido de la Gran Bestia Apocalíptica las cubre. Su aliento fétido ya envuelve el mundo.

Desde el primer día de la Tierra, la lucha se plantea por su dominio, para llegar a imponer un gobierno absoluto sobre los seres y las cosas. Así, paso a paso y con tropiezos, se avanza hacia el Universalismo, destruyendo todas las diferencias humanas y divinas. Ronda tras Ronda, en el Eterno Retorno de un acontecer cósmico y terrestre, circular, o espiral, pues los indicios arqueológicos y antropológicos nos están indicando que esto mismo ya sucedió eternamente, en la infinitud del tiempo de las estrellas esclavizadas. Nuestra América, por ejemplo, hoy lo sabemos, estuvo habitada por judíos, chinos, egipcios, japoneses y vikingos desde miles de años, repitiendo la misma historia y destruyendo todos sus vestigios, para no favorecernos en el combate, e impedir que nos hagamos conscientes y nos salgamos hacia “algo jamás soñado ni por los más grandes utopistas”, como dijera Nietzsche.

La Historia entera tendrá que ser revisada a la luz de estas verdades. Colón no vino a América en busca de la India legendaria, ni de las especies, sino de sus congéneres judíos, que él sabía se hallaban aquí por siglos, repitiendo su historia antigua. Ni la Reina de España vendió sus joyas para poder costear la empresa, financiada por los judíos, ni Colón traía aquí la Cruz del Cristianismo, sino a un rabino, que habló en hebreo a los aborígenes de las Antillas.

El conflicto y la partida de Quetzalcoalt de Tenochtitlan no fueron voluntarios, sino una derrota sufrida por el Reformador y mago vikingo a manos de los sacrificadores judíos, en los altares de su religión de sangre. Casi todos los aztecas y toltecas eran judíos. Investigadores actuales lo confirman. (Ver, entre otros, “América, 5000 años de Historia” de Alexander von Wuthenau, “El Primer Descubrimiento” de Pierre Carnac y también mi libro “Manú, Por el Hombre que Vendrá”, en el capítulo sobre los “judíos cabañistas” y su infiltración entre los frisonos-araucanos).

* * *

Finalizada la Segunda Guerra Mundial, era sólo cosa de poco tiempo la desaparición de Stalin, y, para que los médicos judíos dieran cuenta de él. El gran obstáculo de Hitler había también desaparecido, abandonando la “superficie de la tierra conocida”. La “Tercera Internacional” ha dejado prácticamente de existir. Con Krushev empieza la erosión del mundo soviético, mientras la “Segunda Internacional” se va asomando nuevamente a la superficie con los partidos socialistas y laboristas en Occidente y en Asia, y con el partido Radical, entre nosotros. Todos ellos tienen como aglutinantes a la Masonería, cuando no a la Iglesia Católica, que también ha dado origen a la Democracia Cristiana y al *Opus-Dei*, internacionalistas por igual, con el consabido bagaje intelectual “humanista”, aportado por judíos como Bergson, Maritain o Escribá de Balaguer.

No demorará mucho la destrucción del Imperio Soviético, con la aniquilación y degeneración total de la Nación rusa. Y todo esto como por decreto y en el plazo de una semana, por decirlo así.

Sin embargo, antes de finalizar este siniestro Drama, otros importantes acontecimientos se han ido cumpliendo, de un modo alternativo, a fin de ir dando forma al plan del Gobierno Mundial. Las Naciones Unidas, la Carta de San Francisco, ya las hemos mencionado; pero, además, se buscaba el triunfo del “socialismo democrático”, impuesto por sufragio. Para lo cual se necesitaba comenzar con un País. Debiendo elegirse, por designio extraño, a un pequeño Estado del fin del mundo, del confín de la tierra y de los hielos del Polo Sur. Y no sería la primera vez que esta misteriosa tierra sirve para un experimento trascendental.

Chile era el elegido.

SALVADOR ALLENDE

Trás la Gran Guerra, momentáneamente se aceptó la bipolarización del mundo en dos potencias, como un medio de distraer la atención de los habitantes de la tierra, tensos y temerosos. En Yalta, se ha dividido el mundo. América del Sur queda para los EE.UU., Europa Oriental para la Unión Soviética. A Rusia no le conviene que países distantes, que no puede controlar con sus ejércitos, se hagan comunistas. Lo impone en Hungría, Bulgaria, Rumania (China es asunto aparte); pero no le conviene en el muy distante Chile, siendo la razón de que el Partido

Comunista chileno, uno de los más antiguos del mundo, pase a disfrazarse de democrático y forme parte del Parlamento de la Nación, predicando la vía pacífica, mientras, paradójicamente, el Partido Socialista se “guevariza”, acercándose al camino de la revolución violenta, y esto aún después de haber llegado al poder por votación democrática, con Salvador Allende, siendo el mayor triunfo del internacionalismo pacífico y llenando de ilusiones y de grandes expectativas a la “Segunda Internacional”.

Hubo un momento, y en el hecho así sucedió, en que tanto la “Segunda” como la “Tercera Internacional”, estuvieron interesadas en la desaparición del “Ché” Guevara y de su guerrilla revolucionaria, de su vía violenta. Es decir, la CIA y la KGB, más los Servicios Secretos de la Francia masónica, actuando a través de su agente, Régis Debray, lograron deshacerse de Guevara. Y Fidel Castro estuvo de acuerdo.

Una vez en el Gobierno, del cambio de posición del Partido Socialista fueron responsables su Secretario General, Carlos Altamirano, y el Presidente de Chile, Salvador Allende.

Por primera vez en el mundo un Partido Socialista y Marxista llegaba al poder por la vía democrática. El comunista Joaquín Gutiérrez me declaraba: “¡Haremos un socialismo precioso, único!”... Pero todo se desmoronó, de la noche a la mañana. Debióse ello a la personalidad de Salvador Allende, un nuevo escollo histórico en el cumplimiento del Gran Plan. Alteró los acontecimientos y los designios mundiales, produciendo una catástrofe.

En el volumen III de estas “Memorias” reproduje una conversación en España con Darío Saint Marie, dueño del Diario “Clarín”, hasta su apropiación por Salvador Allende. Ya nadie se acuerda de Darío Sainte Marie, gran amigo de sus amigos, terrible enemigo y polemista, culto y de aguda inteligencia. Difícil es sí olvidar “Clarín”, más aún cuando recientemente Joan Garcés, un español y colaborador de Allende, está cobrando a Pinochet la expropiación del diario. En aquella conversación, en Madrid, Darío me leyó una larga carta manuscrita de Salvador Allende, en la que le declaraba que si alguna vez llegaba al poder en Chile, iba a producir tal convulsión que el País ya nunca volvería ser el mismo. Y esa carta profética se cumplió.

* * *

¿Qué pasó con Allende? Le conocí hace muchos años, en la oficina del abogado Eduardo Palacios. Me lo presentó el escritor Roberto Otaegui. Allende llegaba acompañado del socialista Armando Mallet, con quien eran socios en el negocio de los “Bares Lácteos”. Se me hizo simpático por la forma en que trató delante de nosotros a otro de sus socios, un judío. Le dijo: “¡Usted nos engaña!”. Así era: directo y con un especial sentido del humor. Recuerdo una vez que le visité en su casa de la calle Guardia Vieja, con Elena Larraín, hija de don Jaime y políticamente partidaria de Jorge Alessandri. Nos recibió en la puerta de entrada y nos hizo entrar, diciéndole a ella: “Usted por aquí, *a la derecha*”. Y la hizo entrar a un cuarto con un gran crucifijo antiguo. De seguro el cuarto de la izquierda estaría adornado con la hoz y el martillo.

También he contado mi sorpresa cuando, hablando con él por teléfono a Praga, desde Roma, para informarle sobre el fracaso de su amigo Hernán Santa Cruz, en la elección para la presidencia de la FAO, me respondió diciéndome: “¿Ves? ¡Ya no hay más que la guerrilla armada, la Revolución, para llegar al poder!”. Y él sabía que en Praga comunista su conversación telefónica estaba siendo controlada. Esa era la posición del “Che” Guevara, del “OLAS”, Organización a la que ya pertenecía; pero no era la de Moscú, ni la de Praga en ese momento. Aquí Allende se equivocaba; porque, como decía Darío Sainte Marie, carecía de sutileza y de una amplia visión política, la que nunca tuvo, por falta de penetración, de estudio y de idiosincracia para ello. Fue un político “actualista”, del momento, improvisador, y, en el fondo, con una visión muy limitada, criolla y provinciana, un maniobrador y especialista del “muñequero”. Por ello, en las grandes líneas se dejó dirigir por Fidel Castro, sin conocer que este mismo ya había abandonado al “Ché” Guevara y no iría en contra de los dictados de Moscú. Necesitaba reafirmarse él mismo.

* * *

Yo quisiera hacer aquí un breve análisis objetivo, hasta donde sea posible, de la destrucción del Chile vernáculo y mágico, del que conocí en mi juventud y describí en “Ni por Mar ni por Tierra” y en el tomo primero de estas “Memorias”. Su existencia residía en el paisaje sublime, en la agricultura tradicional y patriarcal. No es, por lo tanto, casual que los que inician la “reforma agraria” en

Chile sean de origen extranjero, o afincados en esta tierra no hace mucho. Así, por ejemplo, Jorge Alessandri es quien comienza con esta reforma, bajo la fuerte presión de Kennedy con su "Alianza para el Progreso". Le sigue Eduardo Frei Montalva. Y con él la acción ya se transforma, pues el impulso principal es un odio instintivo al campo y a la tradición campesina de Chile. Le continuará Salvador Allende, quien lleva ese odio al paroxismo, organizándolo e institucionalizándolo. Tanto Frei, como Allende, ponen a cargo de las expropiaciones y de la "reforma" a un judío: Jacques Chonchol, quien, luego de la caída de Allende, por supuesto se pone a salvo (como Volodia) y se traslada a Cuba, a colaborar con Castro.

No existe en mí una obsesión por interpretar los hechos, los acontecimientos históricos de mi patria y del mundo relacionándolos con el accionar del judío, como su promotor principal. No. Por desgracia, siempre los encontramos allí. La diferencia mía con el resto de los analistas o historiadores es que ellos se niegan a ver, o se callan, por temor a las represalias del judío todopoderoso, precisamente. Mas, yo me encuentro obligado a decirlo, por honradez y por amor a Chile, por respeto a mis ancestros y por sentido del honor. Ningún bien obtengo de esto; muy por el contrario, como cualquiera podrá comprobarlo.

¿Qué impulsó a Frei? ¿Qué impulsó a Allende a movilizar ese odio vesánico y a institucionalizarlo en contra de los dueños de fundos, del universo agrario, del entero paisaje, incluyendo al peón, al inquilino, que decían amar y proteger? Ellos pertenecían a la clase media alta, más Allende que Frei; ambos, Allende (Alliende-Salazar) Gossens y Frei Montalva (Montalva-Quindo) tenían vertientes hispánicas en su sangre. También los radicales en Chile pertenecían a la clase media y estuvieron por diez años en el poder. En lugar de destruir la agricultura fueron sus defensores, como el mismo Pedro Aguirre Cerda, o Cristóbal Sáenz. Ellos fueron dueños de fundos; no lo fue ni Juan Antonio Ríos, ni mucho menos Gabriel González Videla. Sin embargo, industrializaron a Chile sin destruir la agricultura. Durante el Frente Popular nadie pensó en destrozar el corazón del cuerpo de Chile, la tierra mágica, con el pretexto marxista de acabar con el latifundio y el feudalismo colonial, lenguaje jamás usado, por ejemplo, en la Austria socialista, donde los Príncipes conservan sus viejas propiedades históricas, trabajándolas ellos mismos, manejando sus tractores, sin que

les haya afectado ninguna reforma insensata. Instruyeron a sus antiguos inquilinos y ahora son todos copartícipes, sin que se hayan subdividido los grandes predios, los “latifundios”, aniquilando la economía de la Nación.

Para lo sucedido en Chile durante Frei y Allende, donde se usó el odio como el motor esencial de la “reforma” y de la “revolución”, no encuentro explicación, por más que la busco, fuera de la personalidad misma de sus promotores.

Por razones semejantes ambos odian a la aristocracia y a la raza chilena. Por lo Frei y por lo Gossens. Y utilizaron a un congénere, a Chonchol, como Ministro de Agricultura. Ahora, el hijo del primero, también en la Presidencia de la República, urgido por el instinto nómade e internacionalista de sus ancestros, predica y nos impone el “globalismo”, viajando, moviéndose por el mundo, de un lado a otro, sin poder centrarse en la tierra que hoy dirige. Y autoriza a un extranjero, Douglas Tompkins, a comprar a vil precio miles y miles de hectáreas de nuestro más rico territorio del Sur. Ha entregado la totalidad de “Laguna del Desierto” y está dispuesto a hacer otro tanto con el “Campo de Hielo Sur” y con lo que los extranjeros le exijan, en el cumplimiento del “Plan Andinia”.

Allende admiró siempre el suicidio de Balmaceda. No recuerdo si lo mencionaba en la carta en referencia; pero es muy posible que lo previera, para después de esa “hecatombe” que él iba a producir. Ya no le quedaría otro camino que volarse la tapa de los sesos. Desde que llegó a la Presidencia, su actuar fue el de un suicida, como si algo dentro de sí lo llevara a la autodestrucción, junto con la de Chile.

No quisiera, a continuación, entrar a contar cosas y actuaciones chocantes y hasta repugnantes en la personalidad de Salvador Allende y que a mí me tocó conocer y presenciar. En esto voy a seguir la actitud de los militares chilenos, quienes, al enterarse y poseer las pruebas materiales, después del Golpe, prefirieron ocultarlas o destruirlas. Lo cierto es que Allende, desde que alcanzó el poder, vivió en una permanente orgía. En el Arrayán, pueblito de la pre-cordillera, zona que perteneciera a mi familia (ver volumen I), en dirección a lo que hoy son los campos de esquí de Farellones, el arquitecto Ignacio (“Nacho”) Tagle se construyó una bella y original casa: “El Cañaveral”, a la orilla del río y rodeada de montañas. Allí me dieron una fiesta de despedida

cuando partí a India, a la que asistieron Juan José Fernández, quien iba a ser mi secretario en la Representación diplomática; el General Tassara, ya designado en Cachemira, en la Delegación de las Naciones Unidas para India y Pakistán, y la bella “Puci” Berio, hija del Embajador de Italia, también trasladado a India. Esta casa la compró luego Flavián Levín, muy amigo de Carlos Altamirano y editor de Neruda, quien la vendió, a su vez, al pintor Pablo Burchard, casado con una hermana de la “Pallita”. Allende envió a Burchard a España, como Agregado Cultural, donde le hizo llegar un cheque por diez mil dólares, diciéndole: “Este es el precio por tu casa de “El Cañaveral” y no me reclames, porque me ha costado mucho mantenerte como Agregado Cultural en Madrid”. Y así se quedó con esta propiedad. Cuando, después del Golpe, la allanaron los militares, encontraron allí toda clase de evidencias y fotos de las orgías del “Presidente de la Unidad Popular”, de los años 71 al 73, comprometedoras también para Fidel Castro, en el mes de su “visita oficial” a Chile. Esto lo supe por una fuente directa: mi cuñado, Luis Rosselot. Por sus contactos comerciales con la televisión de los EE.UU. debió entrar de los primeros a “El Cañaveral”. Allí encontró las evidencias y las pruebas de que Darío Sainte Marie no mentía, cuando me contó en Madrid que había hecho un viaje especial a Copenhagen, por encargo de Allende, para comprarle algunos “objetos”. Allí estaban. Y el escritor Enrique Bunster completó y confirmó esta historia al relatarme un almuerzo a que lo invitara el Almirante Merino, en el Ministerio de Defensa de la época, acompañado de su Estado Mayor, para relatarle los pormenores del histórico “Pronunciamiento”, como le llamaban. Deseaban que este escritor de temas navales escribiera sobre estos hechos trascendentales. Cosa que, por desgracia, no hizo. Me confesó: “Yo no escribo por encargo”. Pero me dijo que le habían mostrado fotos, enormemente comprometedoras de Allende y Fidel Castro, más el infaltable “Perro” Olivares, el periodista, “en las que el único vestido era el General Prats”. Cuando Bunster les preguntó: “¿Y por qué no las publican y las dan a conocer al mundo, como el mejor medio de terminar con el mito y la leyenda del revolucionario y reformador social, insobornable, sin máculas, que ustedes han derrocado?”. Le respondieron que había sido Presidente de Chile y estaba de por medio el prestigio del Estado y la Nación.

Conociendo la mentalidad de nuestros militares y, en especial, de los marinos, católicos a ultranza, esto es posible. Mas, hay también otra explicación, pues tontos no son. Una hábil estrategia: ¿Hicieron acaso conocer estos documentos a Fidel Castro, estableciendo un acuerdo tácito? Es extraño que durante todo el tiempo que duró el Gobierno Militar, Fidel Castro nunca atacó verbalmente a Pinochet. Y ahora, cuando ha sido “secuestrado” en Londres, Fidel hizo declaraciones públicas a su favor. También es posible que hayan aparecido fotos del Comandante en Jefe, General Prats.

En un gran balance, aún no es posible saber quién habrá salido ganando con el tiempo. En todo caso, hay que trasladarse a aquellos momentos históricos y trascendentes, no sólo para Chile, sino para el mundo, y colocarnos en la perspectiva del contexto mundial que aquí hemos analizado. Allende, al igual que Napoleón, después de la Revolución Francesa, y Stalin, después de la Rusa, interrumpe y transforma el acontecer de la Historia, la que tendrá que dar un largo rodeo para encontrar de nuevo el curso internacionalista de la Gran Conspiración.

Entre orgía y orgía, él da el primer impulso revolucionario, tipo Fidel, o “Che” Guevara. Muy luego será sobrepasado por Altamirano y el *MIR*, por Chonchol y, al parecer, curiosamente, por Volodia (“No me pregunten a mí, preguntenle a Volodia”). De ahí hasta el final, pudiendo haberse salvado y salvar al país, con los militares de Prats, no pudo, o no lo quiso. O bien, no lo quiso el General Prats.

Y aquí debo hacer un paréntesis. ¡Qué curioso ha sido todo para mí! También yo me he encontrado en el centro de tantos acontecimientos históricos, los que (en especial después de la Gran Guerra) no me interesaban mayormente. Y ahí he estado, captándolos y grabándolos para siempre en la memoria, como si un Destino o una mano (EL) así lo dispusiera, obligándome a tener que revelarlos un día (el “Último Día”), de modo, quizás, de que puedan traspasar el “umbral de los eventos”, antes de que el Hoyo Negro absorba y desintegre la entera Galaxia.

* * *

Ya he relatado cómo viví la ascensión de Salvador Allende al poder y encontré en Ginebra a Raúl Ampuero, socialista, ex-Secretario General del Partido, de la corriente antimasónica, muy

respetado por el General Ibáñez y amigo de Héctor Barreto. La pugna con el “masón” Allende había hecho crisis con mucha anterioridad. Ampuero se exiliaba voluntariamente y me declaró: “En Chile viene el desastre. Si hubiera triunfado Alessandri, se habría provocado la revolución; con Allende, es la tragedia”.

Cuando Allende ganó la elección y llevó el socialismo al Gobierno por la vía democrática, me encontraba en el extranjero, sirviendo como Embajador en Austria. Entonces, viajé a Chile.

Pues bien, una noche, en Santiago, en medio de esa euforia triunfante, me encontré en una cena, en algún lugar del barrio alto. Una mujer allí presente se dirigió a mí, diciéndome: “Sé que usted es muy amigo de Oscar Jiménez, quien va a ser Ministro de Salud de Allende; dígame que el General Prats es el hombre que el Presidente debe tener a su lado; porque sus sobrinos son marxistas y lo han convencido de sus ideas. Prats será su mejor colaborador”.

Nunca di este recado a Oscar Jiménez, mi antiguo camarada del Nazismo, quien también terminó colaborando con el marxismo y con la democracia cristiana, como sus hijos e hijas, en la actualidad. Pero Prats pasó a ser el hombre de confianza de Allende y el partícipe de su catástrofe.

Recuerdo haberme encontrado ocasionalmente en Chile, un año después, con Bernardo Leighton, quien me demostró su gran preocupación por el rumbo que habían tomado los acontecimientos en el Gobierno de Allende. Le hablé de Prats y de mi conocimiento de su posición pro-marxista. Se escandalizó, diciéndome que eso era una locura, un absurdo, algo impensable. En el fondo eran ellos los que estaban locos, casi todos los políticos, sin excepción y sin saber nunca lo que realmente acontecía.

En Chile, nadie oye, nadie escucha, no analizan, ni conectan. Carecen de una visión amplia del acontecer mundial. Sólo con una persona he podido conversar, analizando, relacionando y traspasando mi experiencia de política internacional y de la historia contemporánea, para aplicarla a lo nuestro: el periodista Silva Carballo, dueño del desaparecido diario “La Unión”, de Valparaíso, también muerto, por desgracia. Nos sentábamos a charlar largamente en el Club de la Unión, de Santiago, en cada una de mis visitas al país.

Cuando Allende era ya Presidente electo y aún no asumía, se produjo el asesinato del General Schneider, Comandante en Jefe del Ejército. Allende me dijo: “Esto era para mí. Le tocó a él, por

casualidad". Si hablaba en serio, sólo probaba su ignorancia, o su falta de información verídica. Nadie había pensado asesinar a Schneider entre los que idearon el rapto. Lo sabe y lo declaró Juan Diego Dávila. Fueron infiltrados por los traficantes de droga del norte de Chile, que lo asesinaron como un acto de venganza por la acción eficaz del General Schneider en contra de ese tráfico en la frontera con Bolivia.

Allende me pidió entonces que "regresara a Viena", porque "quería que todos sus Embajadores estuvieran en sus puestos, cuando él asumiera como Presidente de Chile".

Y aquí comienza una sórdida historia, que de nuevo voy a relatar, pero ampliándola, para tratar de descubrir sus verdaderas causas y explicaciones, si las hay.

* * *

Ya no recuerdo bien cuando mi relación con Allende pasó a ser más estrecha y cordial, siendo que yo vivía en el extranjero y mis venidas a Chile eran espaciadas. Me visitó en Yugoslavia, como Presidente del Senado y en el almuerzo que le di en mi casa, observando a mi empleada, Elena, de sesenta años y de gran belleza, exclamó: "Muy bella; pero, ¿no hay que tocarla!". Luego, como iba de visita oficial a la Dalmacia, con Carlos Altamirano y su secretario, Miguel Labarca, me pidió que le "prestara" a mi hijo menor, Cristián; "porque le serviría de cebo para las mujeres yugoeslavas, ¡que eran heroicas!".

Después, mi hijo me contó que en las "boites" nocturnas le pedía que sacara a bailar a una bella chica, diciéndole: "¡Me la presentas!".

Bien, fue en una de sus elecciones que él me hizo saber que se hallaba mal de fondos y le hice entrega de un cheque de mil dólares, que era mucho en la época, especialmente para mí, siempre con grandes dificultades para poder cubrir los gastos de mi Representación. La elección presidencial se perdió y me olvidé del asunto, pensando que el cheque habría sido cobrado y gastado en los trabajos electorales.

Debo aquí declarar que he sido siempre un ingenuo, un ignorante total en asuntos de dineros, de negocios y, sobre todo, de comisiones, o "coimas". En mis tiempos, los diplomáticos (lo vine a saber por Horacio Serrano) acostumbraban a reservar de sus

sueldos en dólares ciertas cantidades para “ayudar” a los políticos y congresales, que a su vez los apoyaban y los mantenían en sus puestos, moviendo sus influencias. Horacio me aconsejaba hacer lo mismo. Jamás le escuché. Me habría sentido deshonrado al humillar (pensaba yo) a un funcionario de mi País. Menos aún a un Presidente, o candidato a la Presidencia. Cuando entregué ese cheque a Allende, lo hice a un amigo, como una ayuda, sin esperar jamás una retribución, aunque ésta llegara, sin que yo me lo hubiera propuesto.

Por ejemplo, cuando don Jorge Alessandri Rodríguez se presentó nuevamente como candidato, jamás se me habría ocurrido hacerle llegar una ayuda en dinero para su reelección. Mi ayuda era de otro tipo, era “mental”. Y él, con su sensibilidad finísima, lo supo siempre. Mi hermano Diego me lo contó. Le veía a diario, pues era un activo colaborador en su campaña. Un día, le preguntó:

“—Don Jorge, ¿y Miguel no le ha enviado una ayuda económica para su campaña?”. (“No lo hubiera hecho”, me agregó. “Nunca le había visto más enojado”).

“—¿Cómo puede decir eso?”, le replicó. “Jamás a Miguel le pediría ese tipo de ayuda, y no lo vaya a hacer usted, por ningún motivo. Aquí, en el bolsillo (y se tocó el lado del corazón) tengo una carta que él me ha enviado... ¡Esa es su mejor ayuda!”.

También con don Jorge Alessandri, como con el General Ibáñez, la relación se estableció en el mundo mágico de “*EL*”. Eran seres superiores, especiales. En cambio, con Allende no fue así. Lo que Darío Sainte Marie me explicara y que ya he relatado en los tomos anteriores de estas “Memorias”, era verdad: “Sólo entendía de cantidades de votos y de dinero; sólo eso le interesaba”. Y ya en el poder, según decía con mucha gracia el “Chopo” de la Fuente, aplicó su programa de “economía marxista”: “Siete por tres veintiuno. Me quedo con veinte y te doy uno...”. “Hasta aquí llegaba su interpretación del materialismo histórico...”, agregaba

Y Chile sufrió las consecuencias. Y también yo, al final, como explicaré.

Pero antes debo contar algo que hasta ahora he guardado siempre para mí. Cuando Allende perdió la elección presidencial y la ganó Eduardo Frei Montalva, ante mi enorme sorpresa, Frei me sacó de la Embajada en Yugoslavia y me dejó fuera de la diplomacia. Y digo que me sorprendió, porque Frei me era conocido desde la adolescencia, cuando fuera mi profesor en el Instituto de

Humanidades. Ya he contado todo esto en los volúmenes anteriores y de cómo logré, ante la sorpresa del Gobierno y, en especial, del Ministro de Relaciones Exteriores, Gabriel Valdés, revertir la acción de la Contraloría, que ya había dado curso al Decreto de mi despido. La verdad es que esto lo logró Salvador Allende, yendo en persona a hablar con su “hermano” de Logias, el Contralor General, Enrique Silva Cimma. Y esto Allende lo hizo por el cheque de mil dólares que yo le diera y las razones que pasaré a explicar. Este cheque estaba impago.

¡De nuevo el Destino, la casualidad (que no existe)! Alberto Cantuarias, el Secretario General de la Contraloría, me había sugerido recurrir a Allende, por su amistad con Silva Cimma, para lograr retirar el Decreto. Y ésta era la única persona capaz de conseguirlo, y nadie más. (Véase el volumen III de estas “Memorias”).

Antes de mi regreso a Europa, me fui a despedir de Salvador Allende. Llegué de mañana a su casa y él me pidió que subiera al segundo piso, “donde su mujer, Tencha, tenía que hablar conmigo”. La encontré en su cuarto, en cama y con un chal de lana tejido sobre los hombros. Tencha fue siempre muy hermosa y distinguida. Allende la trataba mal, muchas veces delante de otras personas. Estaba sonriente y me hizo sentarme a los pies de su cama. Ella siempre se interesó por los ejercicios de yoga y, a veces, los practicábamos juntos, como una vez en el aeropuerto de Viena, ante la curiosidad y risa de los espectadores. Ahora, para mi sorpresa, me extendió el cheque que yo le había entregado a Salvador para las elecciones, diciéndome: “Se nos pasó la fecha de cobrarlo y se ha vencido”.

Volví a Yugoslavia, reconfirmado en mi puesto. Después, Frei me trasladó a Austria y no volví a pensar en el cheque. Transcurrió el tiempo y llegaron las nuevas elecciones en Chile, las más trascendentales de toda su historia: Allende contra Alessandri. No fui a votar, pues no podía abandonar mi Embajada, ni apoyar a Salvador Allende contra don Jorge. Cuando ganó el primero, nunca creí que fuera a producir esa catástrofe, a pesar de la carta que ya conocía y de las anécdotas aquí contadas. Viajé a Chile y Allende me pidió retornar, a “hacerme cargo de mi Embajada en Viena”. Pensé que era una forma de confirmarme en el cargo.

Lo que paso a narrar ahora es una de las experiencias más traumáticas que me ha tocado vivir en mis años de Embajador. También fue la última, pues marcó el fin de mi vida diplomática.

Mis amigos en el Ministerio de Relaciones austríaco me consultaron si me quedaría en Viena y les respondí con las palabras del Presidente Allende, de que “regresaba a hacerme cargo de la Embajada”. Allende había ganado la elección por una exigua mayoría y la Cámara debió aprobarla. Se había hablado de un “no reconocimiento”. Escribí al ex Presidente, Jorge Alessandri, pidiéndole que influyera para su aprobación. Esta carta se desconoce —nunca informé de esto a Allende—, a no ser que se haya encontrado entre los papeles de don Jorge Alessandri, como otra mía que se ha publicado en un libro, después de su muerte. Me respondió, apreciando mis palabras y diciéndome —aún lo recuerdo— que “Allende estaba muy ligado a su familia, por lazos de amistad”, cosa que yo desconocía.

Y fue en la recepción del Año Nuevo de 1971, cuando el cuerpo diplomático acreditado en Viena saludaba al Presidente, que mi viejo amigo, el Embajador Halusa, a la sazón Secretario General del Ministerio de Relaciones Exteriores de Austria, se me acercó para decirme que solicitara para ese mismo día una audiencia con el Jefe del Protocolo, Embajador Winsterstein.

Así lo hice y esa tarde estuve en su oficina del Ministerio. Empezó preguntándome si yo tenía alguna relación de amistad con el Presidente Allende. Le respondí que “creía conocerle; pero amigo, no podría afirmarlo”. Entonces, él me mostró un oficio del Embajador de Austria en Santiago, donde se solicitaba el *Agreement* para el nuevo Embajador de Chile, un miembro del Partido Radical. Y el Ministro de Relaciones Exteriores chileno, Clodomiro Almeyda, correligionario socialista de Allende, le pedía al Embajador de Austria que su Gobierno en Viena *me ocultara el nombramiento y solicitud de Agreement*.

El Jefe del Protocolo austríaco estaba indignado y sorprendido por el gesto desleal y la solicitud ofensiva para ellos (los autores de los “Convenios Diplomáticos de Viena”), confesándome que hacía ya más de un mes que retenían sin respuesta ese pedido de *Agreement*. Y me agregó: “Usted es nuestro amigo; si nos autoriza, no daremos el *Agreement*”.

Mi confusión era total. Debo haber estado rojo de vergüenza y también de emoción por el gesto de los austríacos. Jamás me

había sucedido algo así y, como representante de Chile, me sentía humillado por la actitud increíblemente baja y vergonzosa de ese Ministro llamado Almeyda, y que no habría actuado de ese modo sin la autorización y recomendación del Presidente de Chile, Salvador Allende.

Le pedí a ese gran señor austríaco, el Embajador Winsterstein, que de inmediato le diera el *Agreement* al nuevo Embajador, diciéndole que si yo pudiera abandonar mañana mi puesto, lo haría, pues no podía representar a un Gobierno que actuaba de ese modo.

Y así lo hice, apenas mi renuncia fue aceptada.

Envié una carta personal a Allende, manuscrita, la que entregó en sus manos mi hermana Berta, en Viña del Mar, en el Palacio Presidencial del Cerro Castillo.

En ella le decía: “Cuando usted ganó la elección, yo no pretendí quedarme en la Representación de Chile, pues mi posición ideológica era diferente a la suya; sin embargo, cuando me pidió retornar a Austria creí que me confirmaría en la Misión, la que yo habría servido con la misma lealtad de siempre, por mi País y por su Presidente. Pero jamás podría entender el procedimiento usado, dado el grado de confianza que había existido entre nosotros. Me pudo decir que no me dejaría en el servicio y así yo también me habría preocupado a tiempo por mi futuro”. Y terminaba mi carta pidiéndole, “en nombre de Galté (el médium chileno que atendió a su padre), que me explicara porqué había actuado en esa forma tan extraña y doble. Necesitaba saberlo, para tranquilidad de mi propia conciencia y la preservación de la imagen de un País, al que yo había tratado de servir en el extranjero al límite de mis posibilidades y de mis fuerzas, sin jamás permitir que mi personal ideología se interpusiera o lo dañara”. También le reconocía mi deuda voluntaria con él; pero con delicadeza y sin estampar la palabra dinero.

De más está decir que nunca obtuve respuesta, aunque de nuevo fue Darío Sainte Marie quien me contó que Allende le confesó haber recibido una carta mía, que le había “tocado”.

Estoy seguro que, cuando Allende recibió a mi hermana y la carta, lo hizo pensando que allí venía el cheque en dólares, nuevamente extendido y reactualizado. Pero, dado mi modo de ser, esto lo he venido a comprender mucho después. Así y todo, nunca habría cometido la grosería de incluirle un cheque en una carta al

Presidente de Chile. Para mí y mi estirpe esto aparece como impensable. Y fue la razón última de que jamás pudiese destinar esas “cuotas mensuales” a los senadores y a ningún funcionario público para “comprar” mi Embajada. También fue la causa de que, una vez triunfante y elegido ya Presidente Allende, no pudiese entregarle el cheque sin considerarlo una ofensa y una deshonra a la Patria y a su esforzada Historia, representada precisamente en el Jefe del Estado chileno, al que yo servía. Y esto así lo entendieron siempre gobernantes como el Presidente Carlos Ibáñez (ver tomo II de estas “Memorias”) y Jorge Alessandri. Por eso yo me sentí orgulloso de poder servir bajo sus órdenes.

* * *

Al ir a despedirme protocolariamente del Primer Ministro de Austria se produjo, sin que me lo esperara, una conversación muy trascendental y que, al reproducirla aquí, me permite retornar a las líneas centrales de este análisis sobre el Plan Mundial, o Mundialista. Bruno Kreisky era judío y un personaje muy influyente, colaborador de Tito, de Naser y de Nehru, en el grupo de los países “No Alineados”. Curiosamente, fue él quien puso bajo control a su congénere Wissenthal, acallándolo en sus vociferantes declaraciones sobre Bormann, la “Colonia Dignidad” y algunos ex-nazis austríacos. Kreisky pretendía retornar al “internacionalismo suave”, sin mayores sobresaltos, el que fuera interrumpido por Stalin y por la Guerra. Seguramente se había entusiasmado con el triunfo “democrático” del socialismo chileno. Veía en Nixon un obstáculo a sus planes y me habló muy mal de él, cosa que me sorprendió, como una falta de tino ante un Embajador extranjero. Pero la verdad es que ya se hallaba en marcha la “Operación Golda Meier”, que muy pronto sacaría a Nixon del poder.

Kreisky me pidió que hablara de inmediato con el Presidente Allende para pedirle, de parte de él y del canciller alemán, Willi Brandt, que no fuera a reconocer a Alemania Oriental, pues pensaban invitarlo a participar en la próxima conferencia de la “Segunda Internacional”, a realizarse en Helsinki. Esta conferencia sería presidida por Brandt, quien “no podría sentarse junto a Allende, si éste reconocía a la Alemania Comunista”. (“Tercera Internacional”).

Debí sorprenderme, pues nada sabía de todo eso. Ni del reconocimiento de Alemania Oriental por Chile, ni de la invitación a Salvador Allende a la reunión de Helsinki. Mas, en una segunda reflexión no debí extrañarme del establecimiento de relaciones con la “República Democrática de Alemania”, pues ya había recibido a Tencha de Allende en mi casa de Viena, cuando ésta venía de visitar esa Alemania y se hallaba preparando la campaña electoral de su esposo, recolectando fondos. Al parecer, era su tesorera. Conociendo ahora la mentalidad de Allende, al haber recibido ayuda económica, era seguro que pagaría esa deuda, a la espera de nuevos aportes.

Como Kreisky notara mi sorpresa, la que tomó por duda, marcó unos números en el teléfono, que tenía a su lado, y, de inmediato, tuvo en línea a Willi Brandt. Habló breve con él, en alemán, colgó el fono y me dijo: “Es un hecho, el Canciller Brandt me confirma que el Presidente Allende va a reconocer a Alemania Oriental el próximo mes”. Y me dio una fecha, que no recuerdo bien, pero que pudo ser el 17 de octubre, o algo así.

Entonces, Kreisky agregó algo que no olvidaré nunca, por su importancia e implicaciones. Recalcando cada palabra y en un tono misterioso: “Llame por teléfono y dígame a Salvador Allende que no cometa el error de reconocer a la Alemania comunista; porque nosotros podemos ayudarle mucho, mucho...”. Lo dijo en inglés: “*We can help him very much, very much*”. Y repitió dos veces la palabra: mucho.

Recuerdo que argumenté que Allende era socialista y que el Partido Socialista chileno era marxista y no pertenecía a la “Segunda Internacional”. En cambio, el Partido Radical chileno sí era miembro. Entonces, Kreisky me respondió con algo nuevamente sorprendente: “Pero Salvador Allende es masón”.

* * *

Mas, los dados ya estaban echados. Allende reconoció a la “República Democrática Alemana” y no fue a la reunión de Helsinki, de la “Segunda Internacional”. Allende “cambió de caballo en medio de la carrera” y de dirección, produciendo un nuevo quiebre en el acontecer mundial. Cuando Chile había sido destinado como laboratorio inicial para el “Socialismo Democrático”, él pretendió imponer, insensatamente, la “dictadura del proletariado”, plegán-

dose a la “Tercera Internacional”, sin el beneplácito de Moscú, que para nada le ayudó, quedando esto en evidencia con el fracaso de su visita a Rusia. Los Soviets ya tenían bastante con el millón de dólares diarios en la mantención de Cuba. Además, como hemos dicho, existía el Acuerdo de Yalta, con la repartición del mundo, que debían respetar. La organización ALAS (Alianza Latinoamericana de Solidaridad) liderada y controlada por Fidel Castro, ya estaba agónica y a Fidel sólo le interesaba no perder el control de lo que sucedía en Chile, ni de Salvador Allende, en especial: uno de sus agentes de Inteligencia se casó con la hija de Allende, su secretaria privada, con oficina al lado de la del Presidente, en La Moneda.

Los comunistas rusos sabían que no podrían ir muy lejos en Chile, ni repetir aquí lo de Cuba. Intentaron aprovecharse, mientras pudieron, de las posibilidades estratégicas que se les ofrecían, para hacer un levantamiento topográfico de los canales del sur, hasta la Antártica, y enterarse del “*know how*” estadounidense en las minas de cobre del norte chileno.

Aun cuando el “Che” Guevara había muerto asesinado en Bolivia, en Chile quedaba el MIR. Ambos fueron absolutamente idealistas y actuaron siempre de buena fe. Si al final Allende aún era libre para tomar decisiones por cuenta propia o, en cambio, se hallaba inhibido para ello por su incapacidad, falta total de visión, por su tendencia autodestructiva, revelada en su carta a Sainte Marie, por su vida público-privada, por su contradicción en la propia sangre, con su odio a lo vernáculo de esta tierra, o bien, se hallaba superado y controlado por el MIR, Altamirano y, curiosamente, por Volodia Teitelboim (miembro de la “Tercera Internacional”), ya no importa saberlo, pues lo cierto es que su predicción se cumpliría: la *hecatombe*. Y Chile y el mundo ya no volverían a ser los mismos, ni se cumpliría lo que la “Segunda Internacional”, Willi Brandt, Kreisky y la Masonería, habían planeado para un tiempo más corto. Ahora, habría que dar un gran rodeo, de casi treinta años, para retomar de nuevo el rumbo y comenzar de “fojas cero”.

El Golpe Militar se hizo inevitable, como la única forma de cumplir con Yalta y que la influencia de los yankis se mantuviera en el Cono Sur de las Américas.

EL GOLPE MILITAR EN CHILE

En la lucha sin fin entre el Poder de las Tinieblas y las Jerarquías de la Luz, estas últimas actúan con delicadeza extrema aquí en la Tierra, siguiendo a menudo caminos extraños y utilizando casi siempre personajes ajenos, a no ser cuando un “Hijo de la Luz” desciende, como su Enviado, y es un *Avatâra*. Entonces, la contienda es frontal y el Enviado deberá ganar perdiendo. Este es el mejor signo para reconocerlo.

En el pasado, los Nacionalsocialistas chilenos intentaron golpes militares, los que nunca resultaron. Ni el del General Ariosto Herrera, ni el de las “Patitas de Chanco” (que yo mismo ayudé a que no se realizara), ni el del General Viaux. Los hombres de armas son siempre reacios a salirse de la Constitución, siendo ellos mismos una creación del sistema liberal y burgués. Además, deberán cuidar sus situaciones pecuniarias, siempre difíciles. Y sus mujeres no les acompañarían en una asonada, que pone en peligro a sus familias, a no ser que exista un respaldo económico poderoso, venido desde el exterior, y una situación favorable interna y externa. Los militares no son revolucionarios; los revolucionarios son siempre civiles. En Chile lo fueron los nazistas y los “miristas”. Y pare de contar. No lo fueron los comunistas, por las razones ya explicadas en este análisis. Ahora bien, otros revolucionarios, digamos mejor, los revolucionarios por antonomasia y que no dejarán de serlo ni aun después de alcanzar el poder total (donde conspirarán contra ellos mismos) son los judíos. Y ésta puede haber sido la razón última de que Volodia no siguiera siempre las instrucciones de Moscú. Al igual que Allende y Frei y Chonchol, odia irracionalmente la tradición, la agricultura y la vida orgánica de Chile, nacida y asentada en la tierra, en el paisaje, en la raza visigodo-araucana y en la raigambre noble hispana.

Ellos fueron el verdadero motor. Por su posición de comando, pudieron evitar el desastre; pero lo precipitaron, sumándose o dando alas a los teóricos “guevaristas”, aportando la sustancia del odio y del resentimiento de una élite. Y esto, desde antes, desde el gobierno anterior de la Democracia Cristiana.

Aun cuando en otros libros ya me he referido a algunos de estos acontecimientos, en especial al Golpe Militar en Chile, nunca estará de más ser reiterativo con un acontecimiento de tal magnitud; menos ahora, cuando nos están reinsertando en el contexto de

un suceder mundial y de un Plan que se viene desarrollando desde los orígenes terrestres. Y en el que la mayoría de sus ejecutores son meros vehículos inconscientes.

A pesar de que me hallaba en el extranjero cuando casi todo esto sucedió, exiliado voluntario en el Ticino, en la casa de Hermann Hesse, me di cuenta de lo que en verdad sucedía, desde el primer momento. Mucho de ello ya ha sido relatado en estas mismas "Memorias", en el tomo III, también en "Adolf Hitler, el Último *Avatâra*", en el capítulo "El Golpe Militar Chileno". Pero deberé repetirlo, bajo el prisma ahora revelado.

El Golpe tuvo por objeto, primero, restituir el control de los Estados Unidos de América sobre los "Estados Desunidos del Cono Sur", especialmente del Pacífico Sur. En esto estaba de acuerdo - a la fuerza - la Unión Soviética. Segundo, se trataba de retrotraerse al camino pacífico y "democrático" de la imposición del mundialismo, de la "Segunda Internacional", con el regreso de la Democracia Cristiana, de Frei, como la última posibilidad restante, ya que el Socialismo y la Masonería habían quedado forzosamente dañados y al margen, por el momento. Después de todo, la Iglesia Romana, muy infiltrada desde su origen, -y por su origen-, no era hostil al "mundialismo" ni a los lazos judeo-masónicos. Aquí la Unión Soviética y la "Tercera Internacional" entraban en conflicto con el Plan de la "Segunda Internacional", porque ya lo estaban desde antes, como ha quedado expuesto en este relato. Siempre la URSS aspiraría a la imposición violenta (imperialista) del comunismo marxista-leninista, allí donde Yalta se lo permitiera. Respetaría este acuerdo en el Cono Sur, momentáneamente.

Pero un nuevo escollo debería introducirse en el girar de la rueda de la planificación de Occidente. De un modo imposible de controlar o de evitar, la Junta Militar en el poder inicia la liquidación del Partido Comunista de Chile. Y esto no estaba contemplado, menos permitido, por los Servicios de Inteligencia mundiales, muy activos en los hechos. La KGB y la CIA se combaten pero no se matan. "Entre bueyes no hay cornadas", como dice el refrán campesino.

El Partido Comunista chileno es uno de los más antiguos del mundo, anterior a la misma Revolución Soviética y el más leal a Moscú, habiendo apoyado a esa Nación en todas sus aventuras imperialistas de expansión ("imposición del comunismo" las llamarían) en Hungría, Checoslovaquia, etcétera. Por esto, Moscú,

que pudo aceptar como inevitable la caída de Allende, no podía, en cambio, permitir la destrucción de su Partido Comunista en Chile. Y cuando esto sucedió, su furia no tuvo límites y estuvo dispuesto a tomar represalias directas y también contra los Estados Unidos, considerando que sus intereses vitales habían sido afectados, no respetándose el pacto, en ese “juego de caballeros” de los Servicios de Inteligencia, tácitamente aceptado.

A través de tropas cubanas, destacadas en Perú, armadas de misiles, se propuso atacar a Chile. Y esto era tan real que el Dr. Hernán San Martín, Embajador de Allende en un país africano, lo declaró a la prensa mundial: “La Junta Militar chilena será derrocada por el ejército cubano”.

La segunda represalia era aún más peligrosa para Occidente: se impondría un Gobierno comunista en Portugal, afectando así a la “NATO”. Es decir, la tensión se hacía peligrosa al extremo entre los dos bloques de potencias mundiales. Y todo esto a causa de Chile. Y fue en ese momento cuando entró a intervenir el siniestro Henry Kissinger, produciendo un acuerdo con los rusos, que ha durado hasta nuestros días, aun cuando quedara obsoleto tras la caída del muro de Berlín y de la misma Unión Soviética. A cambio de Chile y del Cono Sur, entrega a Moscú el Vietnam, en el Asia sur-oriental y Angola, en Africa, con todas sus riquezas, a cambio del mismo Portugal. Y es así cómo se consigue sacar a los cubanos de Perú y llevarlos a patrullar Angola, con su ejército, en una misión francamente colonialista, contra un pueblo subdesarrollado y de color.

Y aquí, para nosotros, comienza una historia verdaderamente apasionante, una suerte de novela policial de intrigas y de muertes, las que podrán comprender sólo aquellos que, por su experiencia internacional y duras luchas, se han hecho un corazón fuerte como para resistirlas.

No todos los actores de esos años estarán conscientes y ni siquiera saben de la existencia del “Acuerdo Kissinger”. Y seguirán intentando la solución armada, para derrocar a la “Junta Militar”, con la ayuda de Cuba y de la Unión Soviética. Una de estas personas será el ex Ministro de Defensa de Allende, Orlando Letelier, desde Washington; la otra, la hija y ex secretaria de Allende, residente en la Habana, donde se refugiara con su marido, el agente cubano. Pero éste, cumplida su misión, se ha divorciado. El “incómodo” Letelier es asesinado en Washington y,

muy poco después, se “suicida” la hija de Allende, contacto de Letelier en la Habana.

De este modo, el Plan Kissinger puede cumplirse, sin grandes tropiezos y dificultades, fuera de los que la Junta Militar en Chile le pone, al quedarse mucho más tiempo del conveniente, obligando a establecer un nuevo “alto”, de los ya acostumbrados en la Historia. Y esto también debido a la personalidad muy especial del General Pinochet. Le harán pagar las cuentas, a su debido tiempo, cuando el mismo Kissinger y la “Segunda Internacional” masónica decidan que la hora ha llegado para recomenzar nuevamente, “desde fojas cero”.

* * *

Los graves errores cometidos por Pinochet fueron cinco:

Uno: quedarse más tiempo del permitido; dos: liquidar el Partido Comunista; tres: tratar de colonizar con chilenos el Melimoyu, en el sur patagónico, zona destinada a la “Nueva Judá” (“*Nai-Judá*”), con su capital en Viedma, al lado de Laguna del Desierto, entregada hoy por los demócratacristianos y los socialistas; cuatro: Pinochet se opuso en todos los foros internacionales a transformar el Ejército en una fuerza mundial de policía, bajo el mando de los Estados Unidos de América. Esto perjudica el plan de anexión total de la Patagonia, pues el Ejército sigue siendo nacionalista y patriota; cinco: permitir que el Jefe del Servicio de Inteligencia, DINA, el General Manuel Contreras, fuera puesto en prisión, cosa que por primera vez se ha realizado en el mundo. Esto último es como si George Bush, ex Jefe de la CIA, hubiera sido encarcelado. Existe un código de honor secreto entre los Servicios de Inteligencia, como en la Mafia, que debe respetarse a todo trance.

Pinochet debía pagar.

* * *

Más de una vez he relatado mi encuentro con los miembros de la Junta Militar a poco de su instalación en el poder en Chile, por intervención directa del Almirante Huerta, Ministro de Relaciones Exteriores en esos días, y mi exposición ante ellos, explicándoles precisamente lo mismo que he analizado ahora aquí más

detalladamente y en profundidad. Ya entonces se hablaba en el mundo de la intervención de la CIA. Recuerdo haberles dicho que si se deseaba negar esto, el argumento era que se “había destruido el Partido Comunista, algo que la CIA no habría hecho nunca, porque”, lo repetí: “entre bueyes no hay cornadas”, los servicios de Inteligencia de los EE.UU. combatían con la KGB, pero no afectaban sus intereses vitales. “A alguien se le había pasado el caballo”, expliqué, usando estas mismas palabras y dichos criollos, agregando que yo creía que “era a la Virgen del Carmen”. Con lo cual me estaba refiriendo –para mí mismo– a esa Fuerza y Poder de los Hijos de la Luz, que interviene y cambia el acontecer en la Confabulación de la Historia. El tablero de ajedrez mundial nuevamente iba a ser volcado y había que “amarrarse los pantalones”.

Sobre estos hechos y tiempos volveré a referirme nuevamente en este último tomo de las *“Memorias de El y Yo”*, casi al final y cuando trate del regreso definitivo a mi Patria.

Ahora, centrado en el presente y en sus acontecimientos fundamentales, de tan serias consecuencias para Chile, cuando el General Pinochet se encuentra secuestrado en Londres, deberé tratar de comprender y explicar estos hechos, que a primera vista aparecen extraños y misteriosos.

Sorpresivos acontecimientos, sólo para la mayoría, pues, si tenemos en cuenta el cuadro aquí diseñado, la prisión en Londres del General Pinochet era una trampa, preparada con bastante antelación y que únicamente debería tomar de sorpresa a sus partidarios. El resto, incluyendo el Gobierno, fueron todos partícipes en el complot.

Mundialmente, se ha pretendido retrotraer los hechos a casi cuarenta años atrás, con la gran ventaja de que la Unión Soviética ya no existe, ni la “Tercera Internacional”. Y que la “Segunda Internacional” masónica ha logrado imponer, en casi todos los países de Occidente, a gobernantes socialdemócratas. Debería entonces darse el espectáculo público y mundial de un castigo ejemplar en la persona de un ex dictador sudamericano –como en un nuevo “Tribunal de Nürenberg”– para que el hecho no se volviera a repetir, por lo menos en Occidente, ni en el “patio de atrás de los EE.UU.”, la América Hispana (donde, según Eden, había una revolución *“every other day”*). Para lo cual se elegiría a España, como “responsable racial” de este Continente, algo así

como el Jefe de otro "*Commonwealth*", para iniciar el proceso de acusación y pedido de extradición del ex Gobernante chileno.

Se seleccionó a Chile por ser éste un país que había aceptado toda clase de atropellos, teniéndose en cuenta la entrega increíble de Laguna del Desierto y la que se prepara del Campo de Hielo Sur patagónico. Con un Ministro de Relaciones Exteriores socialista, comprometido en el plan, y un Presidente demócratacristiano, mundialista, globalista y de apellido Frei, más los comandantes de las Fuerzas Armadas, nombrados y manejados por este Gobierno. Era así Chile de nuevo el País ideal para intentar el experimento. Además, aquí se preparaba la elección a Presidente de un social-demócrata y masón, amigo de los "ecologistas" y partidario del nuevo Reino de Judá en la Patagonia, un "*Rockefeller-boy*", adocinado en la *Duque University*, de Norteamérica.

Los detalles de este drama son más o menos conocidos. A Pinochet le han hecho pagar las faltas enumeradas. Como al General Manuel Contreras, le tomaron preso en un hospital y recién operado. El Ejército de Chile, al igual que entonces, no hizo nada. Sólo protestas verbales. El Gobierno, por su cuenta, decidió defender el principio de territorialidad de la Ley (mientras no existiera un "Tribunal Penal Internacional", del que es partidario) y la inmunidad diplomática. Pero no defendió la persona del Senador Vitalicio, ni el Ministro de Relaciones, en su viaje a Londres, le visitó, a pesar de su cargo parlamentario y de ser un compatriota, un chileno, ilegalmente preso y criminalmente secuestrado. Pienso que el cinismo no le habría dado para tanto, al encontrarse frente a frente a quien él mismo habría contribuido a hacer caer en una trampa.

La débil protesta por la soberanía atropellada ha sido considerada desde un comienzo como un medio propicio para ocultar las verdaderas intenciones y tranquilizar a la oposición, a los partidarios de Pinochet, a las Fuerzas Armadas chilenas y a los patriotas humillados y ofendidos por la enorme ofensa hecha a la soberanía de la Nación. Y esto se ha logrado plenamente, dada la mentalidad consumista, economicista y materialista que el mismo Pinochet contribuyó a imponer en el país, durante los largos años de su Gobierno. Al chileno ya no le interesa la Patria, sólo le importa el dinero.

Sin embargo, y para ser justos, las "generaciones sin Patria" no son nuevas ni de hoy, comienzan a aparecer en los años treinta

en Chile, con las prédicas del marxismo, su penetración en las Universidades y con la "Tercera Internacional" comunista. Luego, todo es "internacionalismo", la Democracia Cristiana y judaica, de Bergson y Maritain, y la misma Iglesia Católica, sin el patriotismo de antaño, reservado sólo a ciertos seres de excepción, como a los Padres Osvaldo Lira, Rafael Gandolfo y Raúl Hasbún.

Con la destrucción del Nazismo y la traición de Jorge González von Mareés, el sentido de Patria y de nacionalidad desaparece casi por completo en Chile. Se conserva formalmente en las Fuerzas Armadas, las que, sin embargo, han sido incapaces de defender la entrega de nuestro territorio.

¡Ah! Pero me olvidaba. En este Chile mágico, el patriotismo se alimenta y se mantiene por la Virgen del Carmen (y por eso es mágico), la que interviene en el momento preciso y menos pensado, cambiando todo el curso de los acontecimientos y haciendo de este País perdido, en el confín del mundo y de los hielos, un centro de importancia suma, capaz de alterar el rumbo de la Gran Conspiración de las edades.

Por un tiempo, al menos.

* * *



La que interfiere los planes del Enemigo: la Virgen del Carmen, *Camballa*, *Chamballah*, la Virgen Madre, con el "Hijo del Hombre", el Cuerpo Astral; Isis con Horus. *Oiyehue*, la Estrella de la Mañana, con *Yepun*, la Estrella de la Tarde, en sus brazos.

Cuando los *golens* (no Golem) infiltran a los frisones en Africa y vuelven con ellos al Norte de Europa, haciendo un alto en Albión, en *Engeland* –“tierra de ángeles”, de los “muertos de Hiperborea”–, esas islas se contaminan y los galeses (los *welches*) pasan a bastardizarse con los judíos *golens*. Hasta los mismos druidas inician los sacrificios de sangre. Hoy, todo el famoso “*establishment*” inglés es de origen galo-judaico. La Cámara de los Lores, por ejemplo, se encuentra plagada de judíos. Y así pudimos ver en el juicio al General Pinochet, que, de los cinco Lores que decidieron su extradición a España, dos eran judíos, nacidos en Sudáfrica. Pero la Virgen del Carmen introdujo la punta de su manto y se encargó de uno de ellos (Lord Hoffmann) y lo inhabilitó. Algo increíble y nunca sucedido antes en toda la Historia de *Great Britain* (*Kniai-Brith*). Algo profundamente simbólico y significativo. El número cinco (los cinco Lores) es Número Hiperbóreo. Nos es favorable.

En la historia mundial de la Conspiración, Gran Bretaña ha sido elegida como el Centro principal, hasta nuestros días, debiendo pagar un alto precio en infamias para poder mantenerse como tal. Es el tributo que se otorga al Señor de las Tinieblas. Recordemos su comportamiento con Napoleón, el bombardeo de Dresden y de *Helgoland*, el asesinato de Rudolf Hess, usando tal vez el mismo organismo de Inteligencia que se ha encargado de la siniestra “Operación Pinochet”, el M.I. 16. Fueron los ingleses, con Balfour, los responsables de la creación del Estado de Israel y fueron ellos los que llenaron los mares de piratas, de ladrones, de asaltantes y asesinos, autorizados por una Reina o por un Rey, que les otorgaba títulos de nobleza, en premio por sus fechorías. Así, desde siempre, su Cámara de los Lores ha estado plagada de criminales y asaltantes honorables. O de judíos.

España fue siempre su principal víctima. Y sigue siéndolo hoy, cuando, en apariencia, es un juez de este país el que ha iniciado el juicio de extradición de un ciudadano importante de Chile. Y digo víctima porque será España la más dañada, pues, por primera vez en todos los siglos de nuestra historia común, nos ha ofendido en forma irreparable y definitiva, despreciándonos y atropellando nuestra soberanía e independencia, conseguida en luchas gloriosas y nobles. Y esto ya no tiene remedio. Nuevamente España es víctima de los corsarios ingleses y de *Great Britain*

(*Knai Brith*). Ha ofendido al único país en esta América con verdadera tradición hispánica, y que la amaba.

¿Qué debilidad fundamental, qué mezcla de razas indeseables existe en la raza española que, en los instantes decisivos es llevada a caer en la traición y el deshonor, como en el caso de Franco con Alemania y ahora de Aznar con Chile, prestándose a cumplir un papel promotor en un tenebroso plan mundialista, en el que ella no tiene nada que ganar y todo que perder?

Gran Bretaña, en cambio, está pagando el tributo convenido con el Señor de las Tinieblas, su Amo desde siempre. Margaret Thatcher, la política conservadora, asesinó a Rudolf Hess y ahora, Tony Blair, el socialista, elige justo el día del cumpleaños de Pinochet, ni un día antes ni uno después, para decidir y comunicarle el fallo adverso de los Lores, descendientes de piratas y judíos. Nuevamente ha pagado el precio convenido. Y podrá, así, seguir siendo el Centro Mundial de la Infamia y de la Gran Conspiración.

* * *

Los muchos brazos del Plan se mueven, como los de Shiva, en un ritmo prefijado y con el fin último de poder abrazar a todo el mundo, al entero Universo visible a los ojos de la Tierra, encerrándolo y cercándolo. Después de instalar en Europa gobiernos socialdemócratas, de la Segunda Internacional, se pretende hacer lo mismo en nuestra América. Se creyó que sacando a Pinochet de Chile y poniéndolo en prisión, además de favorecer la candidatura del socialdemócrata chileno, Ricardo Lagos, apoyado económicamente por Tompkins y por la Telefónica española, también se avanzaría grandemente en la instalación del "*Juden Staat*", en el sur de la Patagonia, soñado y profetizado, hace cien años, por Theodor Herzt. Pinochet y su Ejército chileno eran un obstáculo para la realización del plan patagónico, pues aún sigue siendo un Ejército nacionalista. Pinochet se había opuesto siempre, como hemos dicho, a incluir a las Fuerzas Armadas chilenas en un Ejército globalista, bajo las órdenes de una Fuerza Armada Mundial, dirigida por los Estados Unidos de América. Es decir, una eficaz Fuerza de Policía, para combatir el desorden, la guerrilla y el tráfico de drogas, por el momento. El General se opuso tenazmente a este cambio trascendental y convenció a otros Comandan-

tes en Jefe de la región, en las conferencias internacionales, realizadas con ese propósito. Salvo a los argentinos, que han liquidado a sus Fuerzas Armadas y siguen las órdenes e instrucciones de los Estados Unidos, al igual que España. Debido a ello, Argentina ha llegado a merecer el Acuerdo de "Aliado Extra OTAN" con una relación tan estrecha con los yanquis como la de Israel. Es decir, Argentina hoy ya es una "Nueva Israel" y Buenos Aires posee una población judía sólo superada en cantidad por la de Nueva York. De este modo, si Chile no entrega el resto de su Patagonia, Argentina, apoyada por los Estados Unidos, se encargaría de apoderarse de ella, para hacer el traspaso necesario a Israel², planeado desde antaño. Mas, un próximo Presidente socialdemócrata chileno y la "Segunda Internacional" facilitarían la entrega. Tompkins a este lado y la Benetton al otro de la frontera. Miles y miles de hectáreas riquísimas, con los minerales necesarios para la era espacial, molibdeno, plutonio, plomo, uranio y las reservas hidrográficas más grandes del planeta. Junto con reservas ecológicas, de árboles vernáculos, que no existen en ninguna otra parte de la tierra, y que se "clonarán". Además, el paralelo cuarenta será el que se salve en las catástrofes geológicas, sincronísticas, que se avecinan. Porque esas regiones serán el futuro Ecuador.

Casi simultáneamente con la prisión de Pinochet y el decisivo paso dado hacia el mundialismo, se tenía pensado producir una gran crisis económica "virtual", cuyo objeto último sería terminar con el dinero papel (el billete, el cheque) y las monedas, para imponer el reinado momentáneo del dinero plástico (la tarjeta de crédito) hasta llegar al código de barras y el 666, el Número de la Bestia, el Número del Hombre, grabado en la carne de los esclavos (en la muñeca o en la frente) del Apocalipsis, del *Yuga de Plomo*. La crisis preparatoria actual se estaría realizando justo al cumplirse setenta años (70, número cabalístico) de la gran crisis de Wall Street. Comenzó ahora en Asia y ha alcanzado a afectar

-
2. El Pentágono le entregaría información secreta sobre tecnología y nuevas armas. Además, casi simultáneamente a la revelación de Margaret Thatcher de ayuda de Chile en la Guerra de las Malvinas, Inglaterra decide levantar el embargo de armamentos a Argentina. Maquiavelismo e intrigas.

gravemente a Japón. Esta crisis inventada, inexistente, “virtual”, es más peligrosa que una crisis real, por la misma razón de que no existe, fuera de la mente hipnotizada de los agentes del mundialismo.

* * *

Y todo esto lo pudo evitar Chile, sin esperar la intervención de lo que yo llamo la “Virgen del Carmen”, de las Jerarquías de la Luz, que siempre actúan con delicadeza. Fui partidario de responder con energía a tan grande ofensa y humillación de nuestra Patria. Debimos romper relaciones con España e Inglaterra, rodear de tanques las dos Embajadas y tomar presos a los Embajadores, como rehenes por el Senador, ex Comandante en Jefe del Ejército y ex Gobernante de Chile, secuestrado en Inglaterra. A él —que sería humillado y llevado a declarar— le recomendé el suicidio, tal como hacían los generales prusianos, al perder una batalla y los comandantes de la Marina alemana, al hundirse sus barcos; como los *samurai* y como el mismo Arturo Prat y los héroes de la Concepción, en Chile, entregando sus vidas en el combate.

Esto lo dije en una entrevista televisada, y en publicaciones en los diarios. Además, envié al Comandante en Jefe del Ejército, General Ricardo Izurieta, una carta, que aquí reproduzco.

Me entrevisté con el Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea, General Rojas Vender, y le sugerí realizar una operación comando (tipo Skorzeny) para rescatar al General Pinochet, en Londres. Le ofrecí jóvenes nuestros para participar simbólicamente. La Fuerza Aérea chilena tenía dos aviones esperando el fallo de los Lores en Inglaterra. Además, posee un equipo de comandos extraordinario, como la Marina y el Ejército. Y ahí están, inmovilizados, completamente inútiles.

Nos preguntamos: si a los judíos les hubiesen hecho algo semejante, secuestrando a Begin, por ejemplo, un ex Primer Ministro y ex terrorista, ¿qué habrían hecho? Sin pensarlo dos veces, lo habrían rescatado, en una exitosa operación de comandos.

La reacción de Chile fue muy débil y tardía, propia de un gobierno comprometido, demócratacristiano, socialista y social-demócrata.

El General Pinochet sería llevado al Tribunal de los Lores. Entonces le envié un fax, con fecha 5 de diciembre de 1998, a través del Jefe de la Misión Militar chilena en Inglaterra:

“Usted representa a Chile, como O’Higgins. No puede aceptar declarar ante ningún tribunal extranjero. ¡Viva Chile!”.

La carta al General Izurieta, Comandante en Jefe del Ejército, fue la siguiente:

“Valparaíso, 9 de Noviembre de 1998

“Sr. General don Ricardo Izurieta

“Comandante en Jefe del Ejército

“Santiago

“Muy apreciado General Izurieta:

“Somos un país de vascos, visigodos, araucanos y montañeses. País solitario y orgulloso, rodeado de enemigos, pero jamás humillado ni vencido. Por primera vez, desde nuestra independencia, se nos ha inferido una ofensa que afecta a la misma esencia de nuestra nacionalidad; nunca, ni siquiera cuando el bombardeo de Valparaíso, ni aún durante el Gobierno de Salvador Allende, nadie se había atrevido a poner en peligro nuestra soberanía en la forma en que España e Inglaterra lo han hecho hoy. Es la primera vez y debería ser la última. Si aceptamos la ofensa, dejaremos de existir como Nación libre y soberana. Habremos perdido nuestro honor, lo habremos perdido todo, y para siempre. En cambio, si nos enfrentamos solos contra los poderosos de este mundo, lo ganaremos también todo, pues la Virgen del Carmen y el Espíritu de nuestras cumbres sublimes nos ayudarán a vencer. Nos habremos salvado, subiendo a grandes alturas y ayudaremos también a toda nuestra América, pues, el ejemplo la inspirará y redimirá.

“Nuestro glorioso Ejército aún está intacto y a él corresponde, en este instante decisivo de nuestra Historia y de la del mundo insistir en la ruptura inmediata de relaciones con España y, luego, con Inglaterra. Es la existencia misma de Chile la que se halla en juego, porque la situación, como decíamos, es mucho más seria que la de 1970. Todo el duro y glorioso pasado, el oscuro presente y el futuro de este amado Chile están ahora en juego. Con una sola decisión lo habremos

ganado todo, y levantaremos a esta noble raza a alturas no soñadas, de las que ya nadie podrá jamás bajarnos, pase lo que pase.

“En sus manos, General, y en las de nuestro glorioso Ejército, el Destino y los Espíritus Tutelares de nuestra Tierra Mágica han puesto la decisión más importante y definitiva de su existencia.

“¡Este es el cuarto de hora decisivo!

*“Miguel Serrano
“Ex Embajador”.*

El General Izurieta me acusó recibo y “agradeció las sugerencias” con una carta suya de fecha 17 de noviembre de 1998.

Y el 18 de enero de 1999, le envié al General Pinochet, aún secuestrado en Londres y a tres días del nuevo juicio de los Lores, el último fax:

“El número 5 fue favorable en la votación de los Lores³, al inhabilitar a Hoffmann. El número 7 no lo es. Que sus abogados traten de conseguir –si aún fuera posible– una ampliación a 9 Lores. Sería más favorable para la votación final”⁴.

Yo recordaba las “Siete Proyecciones” de su Ministro Melnik, poco antes de la catástrofe del Plebiscito.

El 7 es el número de los Melnik.

LA PATRIA

NACIONALISMO TELURICO

Creo llegado el momento de explicar qué es la Patria. Desde siempre vengo hablando de “mi Patria”, desde las primeras líneas escritas en un libro. En mi generación esto no era extraño. Hoy es

-
3. Repetimos: el Número 5 es el Número de Hiperbórea (ver “Adolf Hitler, el Último Avatâra” y “Manú, Por el Hombre que Vendrá”).
 4. En la primera votación fueron 5 Lores. En la segunda se cambió el número a 7.

mal visto, como si fueran cosas del ayer, de gente pasada de moda, ignorante. Siendo casi un niño, encontré en un cuaderno de notas de mi abuela, Fresia Manterola de Serrano, una líneas escritas con su bella y cuidada letra: "Mamacita querida, si alguna vez tuviera que elegir entre tú y la Patria, lo haría por mi Patria". Más arriba, me he referido a las "generaciones sin Patria". Aún en mi generación —la del 38— hubo quienes no la tuvieron. Eduardo Anguita, Braulio Arenas, Eduardo Molina, Enrique Gómez Correa, Santiago del Campo, no la tuvieron. Y no fue únicamente cosa de los colegios en que se educaron, sino de las familias, pienso, y aún más, del paisaje, de la tierra. Ciertamente, ya se venía rompiendo el hilo familiar, creándose un foso insalvable entre los hijos y los padres; pero mucho más aún, entre el hombre, el habitante y su paisaje. En Chile, la desconexión con el paisaje venía tomando proporciones dramáticas, aunque no percibidas por la mayoría.

Y el paisaje es la Patria. La Patria del alma y de la sangre.

Porque la Tierra es un ser vivo, un gran cuerpo de un Dios-Diosa aprisionado y que, seguramente, tiene la misma forma del hombre, su "imagen y semejanza" (aunque a los "científicos" se les muestre redonda. A lo mejor nosotros también somos redondos). Y no es lo mismo nacer y existir en un lugar que en otro de la Tierra. De *Gerda*, como la llamaron los germanos.

Cuando los *Divyas*, los *Siddhas*, llegan a combatir en la Tierra, se instalan en Hiperborea. Involucionados en *Viryas*, pierden ese Continente paradisíaco, debiendo abandonarlo antes de la catástrofe. Serán peregrinos inconsolables y nostálgicos. Hiperbórea, en el Polo Norte, era como el cerebro, o el cráneo de *Gerda*. A través del cambio de las edades, su descendientes germanos-arios ("nacidos dos veces") se instalarán en las zonas boscosas del corazón de la Tierra, hoy Alemania. Alimentándose de sus raíces, de sus minerales, absorbiendo sus emanaciones, establecerán la conexión entre alma y paisaje, que predispone al *Ser* a vivir y morir allí, y a preferir morir defendiendo ese entorno, que ha pasado a ser una proyección del Sí-Mismo (del *Selbst*).

Si nos trasladamos al sur del mundo, encontramos algo similar en el araucano, el mapuche, que quiere decir "Hombre de la Tierra", de "*su* Tierra". Muestra aquí sus características extremas, pudiendo servirnos para analizar lo que el mismo germano habrá sido en un comienzo. El araucano no construye ciudades, vive en "rucas" de ramas y madera, en medio del bosque, del

paisaje intocado, de modo que el “guardabosque”, que es el “arquitecto” de las “rucas” y el ayudante de los “Machis” (o *Magis*, Magos; todos *Re-Che*, “doblemente hombre”, “nacidos dos veces”) antes de cortar un árbol ha “conversado” con él, le ha pedido permiso, como mi sirviente en la India, antes de cortar una flor.

Por casi cuatrocientos años, el araucano combatió y murió defendiendo sus bosques, sus ríos, sus montañas divinas, el entorno intocado de su alma y el alimento de sus huesos y su sangre. Murió por su Patria (*Pater-Mater*). Y el español, que aquí se mezcló y se “afincó” luchando, también se conectó y asimiló al paisaje, aunque no logró fundir su Dios con los Dioses del Paisaje. No lo logró con la mente consciente; pero sí con un “otro algo”, que hacía que mis antepasados, por ejemplo, derramaran lágrimas al embeberse en la contemplación de un atardecer de las cumbres, y a mi abuela escribir que “la Patria estaba primero que su madre”. O al Padre Lacunza decir en el exilio: “*Sólo sabe lo que es Chile quien lo ha perdido*”.

Con la educación impregnada de internacionalismo, luego con el marxismo y la politización de Chile, se va alejando a las generaciones de la comunión con el paisaje. La industrialización y las tendencias a construir megametrópolis, al mismo tiempo que a destruir la vida agraria y el campo, terminan por hacer invisible a los ojos y al sentimiento las divinas cumbres de los Andes, por las cuales yo y muchos de mi generación estábamos dispuestos a dar la vida. Sobre todo aquellos que murieron un 5 de septiembre de 1938⁵.

Y así hemos llegado a las prédicas del “mundialismo” y “globalismo” del presente, nuevos disfraces del marxismo judío, de los que no tienen Patria, porque son como células cancerosas que se extienden voraces de un órgano sano a otro de la tierra, desplazándose, devorando e infectando, hasta producir la muerte total del cuerpo vivo de la Diosa-Dios, de *Gerda*, la Tierra que nos ha recibido con amor, devolviéndonos el amor que nosotros le diéramos, “*recibiéndonos en sus brazos gigantes, cuando nuestro cuerpo muera*”, como escribía Teilhard de Chardin.

5. Los nazistas asesinados.

Los internacionalistas, los mundialistas, los globalistas, los economicistas (los hombres de negocios, los empresarios), los ecologistas (sin patria), los del Opus Dei, todos iguales a los marxistas, nos acusan de “retrógados”, de “nacionalistas trasnochados”, etcétera. Ellos no saben, porque no quieren saberlo, que en esto, como en todo lo demás, fueron los Nacionalsocialistas (socialistas-nacionales) los que dieron también la respuesta exacta y correcta al problema de la “unidad de la tierra”, de la Amistad en *Gerda*.

Todo en el Universo es diferente, nada es igual en la Naturaleza; hasta los cristales de nieve son distintos uno de otro. No hay dos huellas digitales semejantes. También las comunidades humanas tienden a diferenciarse desde un comienzo, debido a su entorno, a su sangre y a su raza. Su felicidad y su misión no es romper la diferencia, sino acentuarla, hasta llegar a proyectarla en la sinfonía cósmica de una nueva galaxia, es decir, eternizarla, llegando a incluirla en un Arquetipo, o en su Espíritu de Grupo; es decir, en su propio Dios. “En el Dios que ha creado a nuestro Pueblo”, como decía Adolf Hitler.

Y fueron así las SS Hitleristas las que, en 1945, casi al final de la Guerra, en respuesta a la “Carta Mundialista” de San Francisco, dieron a conocer su “Nuevo Orden”, con la “*Carta de Charlotemburgo*”, que es la respuesta definitiva y para siempre a todo el mundialismo y globalismo de los sin patria y de los internacionalistas, de cualquiera de las “Internacionales” de nuestros días.

A la igualdad innatural, contra natura, monstruosa, que hoy se predica y se impone, mezclando todas las razas, las lenguas y los pueblos, para crear aberraciones bastardas, con el objeto de llegar a dominar a ese conglomerado sin sentido alguno, sin voluntad ni dirección, ni destino propio, por una minoría de “tuertos”, que “serán los reyes en ese mundo de ciegos”, los hitleristas dieron su respuesta: la *colaboración de las patrias carnales*. Retrotrajeron la situación de Europa a las Patrias Naturales, que desde la Primera Guerra Mundial, y aun antes, venía siendo destruida por la Gran Conspiración. De este modo, y teniendo en cuenta las diferencias étnicas y lingüísticas, reformaron los conglomerados y delimitaron sus fronteras naturales, inviolables, publicando un mapa (ver mi libro “El Cordón Dorado”). Estas patrias se relacionarían entre ellas, tal como los individuos, por lazos de amistad y de intereses,



Respuesta hitlerista al “globalismo” de la Carta de San Francisco que crea las Naciones Unidas, sobre una base puramente materialista, con entidades artificiales, destinadas a desaparecer en aras de un Imperio Mundial totalitario, racionalista y esclavizante. La Carta de Charlotemburgo organizaba la tierra en base a unidades raciales y lingüísticas, con “patrias carnales”, relacionándose armoniosamente entre sí por medio de intercambios naturales y pacíficos, al margen de la explotación capitalista.



Aquí, en el dinero y sobre la base del dinero, se estampa el símbolo del “Nuevo Orden Secular”, la Pirámide Totalitaria, con el ojo abierto del “Hermano Mayor” en la cúspide. Y al frente, bajo las garras del águila, el escudo de seis barras, anticipo del “Código de Barras”, sin el cual “nadie puede comprar ni vender”. Sobre la cabeza del águila, la Estrella de David.

trabajando en conjunto y conectadas, por el *amor al alma de la Tierra*, para dar término, dentro de sus ciclos ineludibles, a un destino divino y superior en el que todas participaban, por tratarse de un Combate por la liberación de los Dioses prisioneros del Demiurgo y contra sus *robots* servidores, en este Campo de Batalla, que es nuestro Planeta.

Desde el final de la Gran Guerra, la situación se ha hecho desesperada para los que se quedaron combatiendo sobre la superficie de *Gerda*. La “*Carta de Charlotemburgo*” dejó de existir, desapareciendo del recuerdo de los hombres. La “*Carta de San Francisco*” fue la que se impuso, con su “Pan-Europa”, sus “*Mercados Comunes*”, sus “*Euro*” y, en América, con el “*Mercosur*”, etcétera⁶. El materialismo extremo sólo conoce de uniones comerciales. Es el “*Materialismo Histórico*” triunfante, al que se viene a sumar la cibernética, la robótica y la ciberbiología, como el último recurso para terminar con el ser humano superior y su mente divina, omnipotente, capaz de recuperar sus poderes hiperbóreos, creadores de nuevos mundos. Esto lo logró sólo una élite de Hitleristas y SS: el *Sonnenmensh*, el Hombre-sol, el Superhombre.

-
6. El fatídico Presidente de Argentina, el agente Menem, propone terminar con las monedas nacionales en América Latina e imponer el dólar, como la moneda única (ejército único, moneda única y un solo pueblo en control: la antirraza judía). No es extraño por esto que sea precisamente el dólar el que incorpora la simbología masónica de los *Iluminatis*. El Orden Mundial, simbolizado en una Pirámide con un Ojo abierto y vigilante en su cúspide, uno solo, controlando a los esclavos de la base. Y la leyenda: *Novus Ordo Seclorum* (Nuevo Orden Secular, Nuevo Orden Mundial, global, globalista). Y la fecha de 1777, que es la de la fundación de la cúpula de la Logia de los Iluminados de Baviera, por Adams Weishaupt, sometido a los Rothschild. Fue el símbolo de los *Iluminati*, llevado a América del Norte por George Washington e incorporado por Roosevelt a la moneda, en 1935. La imposición de esta moneda en todas las Américas sería mucho peor que el “*Euro*” en Occidente, pues significa el dominio imperial y la esclavitud total (totalitaria) de los pueblos de la base de la Pirámide, controlados por el Ojo abierto de la cima. De ser así, de realizarse esto, significaría el preludio del establecimiento del Imperio del Mesías Judío en el sur patagónico, con Laguna del Desierto y los Campos de Hielo, hasta la Antártica.

Difícil es escribir estas cosas hoy, para los que aún quedamos aquí, en las puertas del Apocalipsis, librando un Combate final y desesperado, de retaguardia, para salvar el alma de *Gerda*, en esta Patria Mística, Mágica y adorada, en la que aún somos libres. En Chile.

SEGUNDA PARTE

EN LA YUGOSLAVIA DE TITO

LA TRISTEZA DEL PASTO

Como he dicho, nulos eran mis deseos por ir a la Yugoslavia comunista. Había rechazado Cuba y no vislumbraba una gran diferencia entre una y otra, entre Tito y Fidel, ambos personajes no autónomos, manejados por hilos secretos y moviendo también hilos secretos. En India había conocido a los Embajadores de Tito y, para mi grata sorpresa, me había hecho de buenos amigos, hombres excelentes y leales. También había conocido al “Ché” Guevara, personaje reservado y cauteloso, interesado en la yoga, sin duda un idealista. Envuelto en un juego tenebroso, que él no controlaba, fue sacado joven de la partida.

Después de la India, con su alegría íntima, desprendida desde algún recóndito centro, con su miseria divina, propiciada y permitida por sus Dioses, iluminada por un sol interior, donde todo era fantasmagórico e inexistente, una ilusión más en la cadena sin fin de las reencarnaciones, este otro mundo, sin una fe grande, fuera de la creencia materialista de un marxismo medio-herético, impuesto por las armas y el terror, con su “socialismo de autogestión” (las fábricas dirigidas, “gestionadas” por sus operarios), Yugoslavia se me aparecía envuelta en una tristeza enorme, en una melancolía desesperada, que se desprendía de los seres, los hombres, los animales y el paisaje. Hasta el pasto estaba triste.

Esta fue la primera impresión de ese otro mundo, al que había sido trasladado como Embajador de Chile.

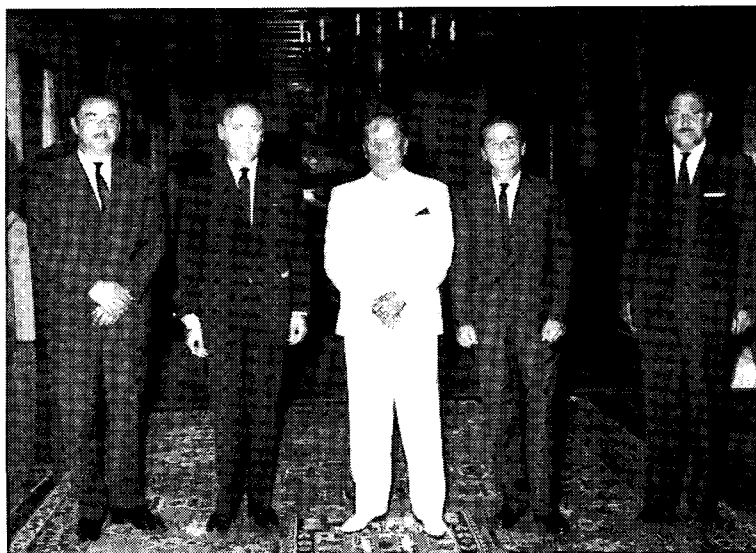
No es mi intención en estas “Memorias” entrar a contar mi vida diplomática en otros países, después de India. Deseo pasar lo más rápido posible por ellos, para regresar pronto a mi Patria. Sólo aspiro a poder explicar la emoción en el contacto humano con la gente de Yugoslavia, pueblo, raza extraordinaria y de una belleza sin par en hombres y mujeres, con cualidades heroicas y guerreras



Presentación de credenciales en Yugoslavia. En la Isla de Brioni, pasando revista a la guardia de Tito.



Entrego mis credenciales como Embajador al Presidente Tito, en su residencia de verano, en la Isla de Brioni, en el Adriático.



Tras la presentación de credenciales al Mariscal y Presidente Tito, con el Ministro de Relaciones Exteriores, Koča Popović, y el Secretario de la Presidencia, Crnobrajina.



Ofrenda floral en el monumento al soldado desconocido en Yugoslavia, destruido por los bombardeos de la OTAN.

inigualables y un amor entrañable por su tierra⁷. Y esto en los serbios, como en los croatas, en los montenegrinos, como en los bosnios. Muy pronto me conquistaron, también el paisaje, más allá de mi primera impresión depresiva. La Dalmacia, con Split (Spoleto), Dubrovnik y Rijeka, o Fiume, donde el poeta italiano y fascista Gabriele D'Annunzio quiso establecer una república independiente, con un minarete de donde leer en voz alta sus poemas al pueblo congregado en el atardecer, y con baños públicos, en que hombres y mujeres nadaran desnudos. Y la bellísima isla de *Hvar*, de la que partieron en dirección a Chile, estableciéndose en Punta Arenas, las valiosas colonias croatas de comienzo de siglo. "Austriacas" fueron llamadas, por viajar con pasaportes de esa nacionalidad.

Estas islas del Adriático, de la Dalmacia, son más bellas que las de Grecia.

Llegué a Yugoslavia en un verano de 1962, debiendo presentar mis credenciales en la Isla de Brioni, la "Isla de Tito", en la Dalmacia, y a la que ya me he referido en el tomo anterior de estas "Memorias". Desde el muelle me trasladaron hasta la residencia presidencial, en un coche rústico, tirado por caballos, que no eran lipizanos, precisamente. Todo era sencillo, sin mayor boato ni elaborado protocolo.

En una sala central, parados al medio, en fila y con las piernas abiertas, como si fueran soldados estadounidenses, había tres personas. La del medio debía ser Tito, de estatura media, muy bronceado por el sol. A su derecha un señor también de estatura media, con bigotes, debía ser el Ministro de Relaciones Exteriores, Koča Popović. Había hecho la Guerra de España en la "Legión Comunista" y hablaba perfectamente el castellano. En el extremo izquierdo, reconocí a mi amigo Crnobrnja, ex Embajador en la India y ahora Secretario de la Presidencia de Yugoslavia.

Entregué mis Cartas Credenciales a Tito, de pie, pero en la posición firme de un prusiano, con los talones juntos. Y pronuncié

7. Puede comprobarse hoy cuando Serbia luchó sola contra EE.UU. y los países de la OTAN. También elegida como "conejiillo de Indias", al mismo tiempo que Chile y Pinochet para imponer el Nuevo Orden Mundial, por medio del terror.

un breve discurso del que no recuerdo nada, salvo que debo haber mencionado a la esforzada colonia croata de Chile.

Se afirmaba que Tito era de origen croata. La verdad es que nada de cierto se conoce. Sus ojos eran de un azul frío, sin brillo, y su rostro se mantenía inexpresivo.

El Cónsul Honorario de Chile en Yugoslavia, nombrado por mi predecesor, el Embajador Enrique Berstein, el “*Yospodin*” (señor) Jovanovic, un hombre encantador, con quien nos entendíamos en francés, mezcla de primitivismo y de humanidad tremenda, aseguraba que Josip Broz Tito representaba un misterio, que no era el “guerrillero original”, sino que había sido cambiado por otro, por un agente secreto al servicio de Inglaterra, un judío polaco. A su vez, mi esposa, una vez que le tocó estar sentada a su lado en una comida, me contó que desprendía un olor extraño de todo su cuerpo. Pienso que puede haber sido la tintura del cabello y afeites que usaba para rejuvenecer. Muchas leyendas había; pero agente de un poder extranjero sí lo era, y no de Rusia, sino del Centro de la Conspiración Mundial, de Inglaterra. Por eso entregó al nacionalista General Mihajlovic, francófilo, para que lo fusilaran, algo que nunca le perdonó De Gaulle. En los Balkanes, Tito pasó a ser una pieza esencial de un comunismo herético, como hemos dicho, que detuvo el avance stalinista del imperialismo ruso, en su afán de alcanzar los mares cálidos, formando parte con Grecia del “Pacto Balcánico”, bajo la dirección y protección de Mr. Eden, Ministro de Relaciones Exteriores de *Great Britain* (*Knai’Brith*). Moscú terminó con el *Kominform* en Yugoslavia; pero dejó sus agentes, como el Vicepresidente Rankovic. Así la lucha sorda y secreta continuó.

Y es muy interesante poder ver que, al otro extremo del mundo, algo semejante se realizaba con Fidel Castro, aunque al revés, y como compensación. Estos dos personajes se repelían, por lo mismo. Eran dos agentes.

Sin embargo, y como llegaré a contar más adelante, también Tito pasó a estimarme, pudiendo tener conmigo gestos increíbles y desusados en los duros comunistas, pero no en los guerrilleros y “partisanos” (aunque sean agentes), que saben de la camaradería, del peligro y tienen su propio código de honor. Por eso, aún hoy, me encuentro confuso para dar un juicio definitivo sobre este hombre y prefiero mantener mi ambivalencia ante él, encontrándome

satisfecho de no haber querido intimar, pudiéndolo, y de haber preferido la distancia, cumpliendo también con mi Misión.

* * *

Es apasionante seguir el juego de ajedrez de los Servicios Mundiales de Inteligencia, sobre todo en estas zonas intermedias y estratégicas del mundo. La experiencia yugoslava me capacitó para poder entender a fondo lo sucedido en Chile con Allende, en especial después de los acontecimientos de la llamada “Primavera de Praga”, con la rebelión anti-rusa del agente inglés Dubcek, totalmente apoyado por Tito. La vuelta de mano, similar en su fracaso previsto, fue la aventura insensata de Salvador Allende, teledirigido por Fidel Castro. Por supuesto que los bolcheviques de Breshnev lo apoyaron, pero sin mayor entusiasmo, algo así como por “obligación de espías”, o “reflejo condicionado” de ajedrecistas.

En el lapso de tiempo entre la partida de mi predecesor, Enrique Berstein, que tenía su sede en Viena, como Embajador acreditado en Austria y Yugoslavia, estuvo como Encargado de Negocios un personaje excéntrico y atractivo, Gastón Wilson, quien odiaba a los comunistas y al comunismo. Me dejó una carta personal y confidencial con toda clase de instrucciones para poder “sobrevivir”: Cada seis meses debería cambiar las llaves de la oficina. En cuanto al personal de servicio, lo máximo que podía esperar era que no mintiera sobre mi persona, en el informe semanal que rendía ante sus inspectores o “comisarios”. Cuando asistiera a reuniones oficiales con autoridades, debería tener por seguro que me estaban grabando. Me aconsejaba llevar un lápiz para comenzar a dar golpes acompasados sobre la mesa. De este modo les echaba a perder la grabación.

Todo esto lo puse en práctica, con el resultado de que la puerta de mi oficina, pasado el tiempo, tenía una cantidad increíble de llaves y de chapas, las que yo dejaba en su sitio para que no quedaran las marcas, debiendo subirme en una escalera para poder abrirla. En cuanto al lápiz y golpeteo sobre una mesa, se me hizo algo automático, de modo que en mis viajes a Chile, más de una vez me sorprendí haciéndolo en mis reuniones con el Ministro de Relaciones Exteriores.

Deberé, sin embargo, declarar que estas precauciones no fueron manías excéntricas de Gastón Wilson. Aun cuando, desde

un comienzo establecí una relación de afecto con mis empleados, con Nevenka y Elena, las mucamas; con Milica, la cocinera; con Sveto, el vallet; con Mile, mi primer chofer y, más aún, con Branko, quien le sucediera en el trabajo, acompañándome casi todos en mi traslado a Austria. Ellos tenían que entregar informes sobre mi actividad y mi persona, según me confesaron después.

Por ejemplo, y esto es interesante relatarlo por las personas de las que se trata: me visitaban en Belgrado, el hijo del Presidente, Eduardo Frei Ruiz-Tagle, su hermana Carmen y su marido, Eugenio Ortega, con su pequeño hijo. Les alojé en mi casa. Eduardo Frei Ruiz-Tagle es el actual Presidente de Chile. Pues bien, me enteré que en mi ausencia, encontrándome en mi oficina de la Embajada y también mis huéspedes de paseo por la ciudad, habían venido unos “gasfiter”, con el pretexto de inspeccionar las cañerías del gas, y habían entrado a la pieza de los hijos del Presidente de Chile donde, de seguro, lo revisaron todo. Esto no lo podía permitir y solicité de inmediato una audiencia con el Jefe del Protocolo y presenté una protesta formal. En aquellos tiempos ya había establecido una relación muy especial con el Gobierno yugoslavo, pudiendo permitírseme la licencia de “actuar” y de ser escuchado.

Mas, al comienzo no fue así. En efecto, recién llegado a Belgrado se produjo la invasión de India por la China de Mao y Chou-en-lai. Fue un ataque traidor y sorpresivo, que encontró totalmente desprevenido a Nehru, aunque no podría asegurar lo mismo de su Ministro de Defensa (¿un *beni-Israel?*), Krishna Menon.

Como he contado, en India nunca tuve un secretario chileno, siendo todo el personal de la Embajada de la nacionalidad de ese país. Fue en Yugoslavia donde el Ministerio me envió mi primer colaborador; mejor dicho, colaboradora, pues fue una mujer: Marta Saunier. Si al comienzo tuve dudas respecto a su capacidad, muy pronto debí convencerme de lo contrario. Además, era muy fina y bella, con esa distinción, elegancia y simpatía de la mujer chilena de clase. Si con alguien pudiéramos compararla hoy, para dar una idea de lo que ella fue, sería con la diputada María Angélica Cristi, porque, además, era equitadora. Ojos verdes, pelo castaño, voz muy atractiva; tenía un sentido del humor espontáneo, que se manifestó en el primer encuentro en el aeropuerto, al decirme:

“¡Ay, Embajador! Aquí vengo a aumentar el caudal de las aguas del Danubio con mis lágrimas, pues estoy enamorada...”.

Luego me enteré: Marta era soltera y se había enamorado de un hombre casado, que le había prometido separarse (como siempre sucede en Chile) para casarse con ella, “pues le iba muy mal en su matrimonio” (¡la eterna explicación!).

Otro día me relató que, saltando a caballo, el animal se resistió justo en la vara y ella salió disparada, cayendo sentada al suelo. “Me pegué en el popi”, me dijo. “Pero, cuando vinieron a socorrerme y me preguntaron asustados si me dolía algo, les respondí que “me dolía la próstata”... Yo no sabía lo que era la próstata, y todavía no lo sé...”

Así era Marta (Martita) con todo el encanto y también la lealtad de la mujer chilena. Muy pronto tendría ocasión de demostrármelo.

* * *

A pesar de formar parte Yugoslavia de los países “no alineados”, con India y Egipto, Tito no apoyó abiertamente a Nehru cuando el ataque chino. No abrió la boca, no hizo declaración alguna. Fue ésta, para mí, la manifestación más clara de que Tito era un agente y de que Yugoslavia no era libre para actuar, habiéndose “infiltrado” en el grupo de los no alineados.

En el tomo anterior de estas “Memorias” he explicado cómo la invasión china de la India, en 1963, significó el derrumbe de Nehru, sacándole del primer plano de la política mundial en que se hallaba. Era el líder, el gobernante, que todos escuchaban y respetaban en el mundo, habiendo colocado a India entre las naciones más importantes de la tierra, cosa que no agradaba a las verdaderas potencias, dueñas de un poder real. Nehru, por arte de magia, por su sola calidad humana e inteligencia, había logrado un lugar increíble, no natural, según los cánones de este mundo. E igual sucedería con su hija Indira y con su nieto, Rajiv. Por idéntica causa, también se les hizo desaparecer. Nehru murió muy poco después de la invasión china, sin poder reponerse de ese golpe artero.

Yo acababa de partir de India cuando se produjo el ataque de Pekín en las fronteras himaláicas. Se detuvieron a voluntad, volviéndose, cuando pudieron alcanzar hasta la misma Calcutta.

Era como si hubieran atacado a mi Patria. Hablé con todos, donde pude, manifestando mi extrañeza y repudio por la pasividad y “neutralidad” yugoslava frente su “aliada” India. Hablé con mi amigo, el ex Embajador en Nueva Delhi, Crnobrnja, al que hice conocer mi opinión, creyendo encontrar un eco, una actitud semejante a la mía. No fue así. Sólo me dijo: “Hay que esperar”.

Conociendo que en este país estaba rodeado de oídos y de espías, empecé a hablar abiertamente y también con mis empleados, declarando mi indignación y llegando a decir que iba a “recomendar a mi Gobierno que cambiara la sede de la Embajada a Grecia, para atender desde allí a Yugoslavia”.

Si esto significó algo para el Gobierno de Belgrado, lo dudo; pero repercusiones en la directiva comunista, respecto a mi persona, sí las tuvo. Aunque se equivocaron, como explicaré.

VIAJE DE TITO A CHILE

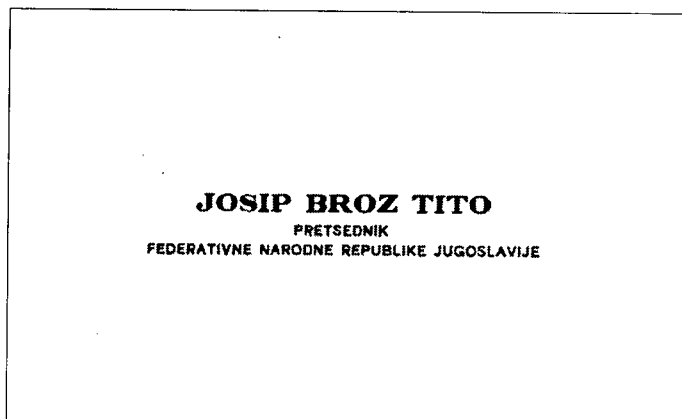
Varios acontecimientos se precipitaron. Bolivia comenzó a presionar por una salida al mar, haciendo campaña en todos los organismos internacionales y consiguiendo que varios países sudamericanos le dieran apoyo, entre ellos Uruguay, donde era Embajador de Chile el escritor Ricardo Latcham. Los esfuerzos bolivianos se dirigían ahora a lograr que los países “no alineados” también la respaldaran. En esos días, Tito preparaba su primera visita a los Estados Unidos de América, invitado por Kennedy. En una maniobra diplomática, que él creía estratégica, consiguió también ser invitado por varios países sudamericanos, entre ellos Brasil, Uruguay y Bolivia. Así, llegaría a Kennedy haciendo creer que era respaldado por el “Tercer Mundo”, por “el patio de atrás” de los EE.UU.

Temí que me pudiera suceder como a Ricardo Latcham y que Yugoslavia diera su apoyo a Bolivia, lo que habría sido fatal para nosotros, pudiendo arrastrar por lo menos a Egipto y, con éste, al mundo árabe.

Solicité ser llamado en consulta al Ministerio de Relaciones Exteriores de Santiago. Cuando comuniqué a Belgrado mi viaje, ellos pensaron que iba a pedir el pregonado cambio a Grecia, cuando mi verdadera intención era conseguir que Chile también invitara a Tito, como un medio de neutralizar la acción de Bolivia.



Tito me regala su foto dedicada.



Tarjeta de Tito.

El Presidente, Jorge Alessandri, se convenció de inmediato y aprobó la invitación, no así otros políticos, como el mismo Radomiro Tomic, de origen yugoslavo, demócrata cristiano y simpatizante de la izquierda. Temía que los croatas de Chile, anticomunistas, se opusieran violentamente. Lo mismo pensaba el Senador de derecha Francisco Bulnes, quien me envió una carta, diciéndome que él me había apoyado siempre en el Congreso (entonces el Senado debía ratificar el nombramiento de los Embajadores) y que no podía entender que yo trajera a un comunista a Chile, provocando una situación tensa en el país.

Y como si todo esto fuera poco, vino la acción inesperada del comunismo yugoslavo en contra de mí, típica en su malignidad y también en su torpeza.

Recibí en el Ministerio una llamada telefónica de mi secretaria en la Embajada de Belgrado, de Marta Saunier, para informarme que el Gobierno yugoslavo había reclamado oficialmente de que había pagado mi pasaje de avión, en la línea aérea de ese país, con dólares falsos. El asunto para mí era claro: con esto ellos pensaban desprestigiarme para el caso de que “yo pidiera el traslado de la Representación a Grecia”. (De más está decir que esto jamás lo había pensado en serio). Me acusarían de que me iba de Belgrado por cometer estafa. O bien, pensaban inhibirme para el presunto traslado de la Embajada de Chile. Jamás se pudieron imaginar que me encontraba en Santiago para conseguir la invitación a su Gobernante, el Mariscal Tito, algo que “los hizo caer de espaldas”, por así decir, cuando se enteraron.

A nadie había yo informado de la razón verdadera de mi venida a Chile, tampoco a mi secretaria, Martita Saunier. Por esto, es aún más meritoria su reacción leal y enérgica ante las autoridades yugoslavas. Rechazó la protesta y les acusó de “invención y falsedad”. Me lo reveló en el teléfono. La felicité y le pedí que siguiera manteniendo la misma actitud, hasta mi regreso.

Volví a Belgrado con la valiosa invitación en mi portafolios. Y solicité de inmediato una audiencia con el Jefe del Protocolo, el Embajador Makiedo.

Sin rodeos, fui derecho al tema de los dólares. Estaban preparados, además ya habían sido informados por su Embajada en Santiago del verdadero objetivo de mi viaje a Chile. Sin duda estaban confundidos y trataban de arreglar la “gaffe” (“metida de pata”) diplomática y de “Inteligencia”. Todo amabilidad y sonrisas,

frente a una taza de café turco, el Jefe del Protocolo llamó a su secretario, quien se apareció con un billete de cien dólares en la mano. Makiedo me lo pasó, diciéndome:

“—¡Véalo! ¿Es éste el dinero con que usted pagó?”.

Ni siquiera lo tomé. Me bastó con mirarlo. Era una imitación absurda, en un papel transparente, como el que sirve para envolver la mantequilla.

“—Es ridículo”, le respondí. “Y usted lo sabe. Jamás podría yo haber recibido, ni pasado algo como eso”.

“—Basta con su declaración”, respondió. “El asunto queda terminado”.

Me eché hacia atrás en mi asiento y, mirándolo de frente, le dije:

“—No, señor Makiedo, el asunto no queda terminado. Yo fui a Chile a conseguir que mi Gobierno invitara al Presidente Tito. Lo logré con bastante dificultad y oposición. Y aquí traigo la invitación oficial, que yo debo entregar personalmente al Mariscal Tito; pero no lo podré hacer, pues su Gobierno me ha ofendido gravemente, al poner en duda mi honorabilidad. Para llegar ante él, yo necesito una explicación formal, excusas oficiales y por escrito. Sólo entonces le podré entregar la invitación”.

El Embajador Makiedo no lo pensó dos veces y estuvo de acuerdo con hacerme llegar las excusas que yo pedía, por escrito y a mi Embajada.

Esa misma tarde tuve la nota oficial del Gobierno comunista yugoslavo.

Y pude, en breve plazo, hacer entrega al Mariscal Tito de la Invitación para visitar Chile.

Curiosamente, yo había tenido que comprar dólares en Belgrado para pagar mi pasaje en la línea aérea y me había ayudado a adquirirlos el Cónsul Honorario, *Yospodin Jovanovic*.

Así se movían las cosas en ese enrarecido mundo del comunismo, ya fuera en Yugoslavia o en cualquier otro país semejante.

* * *

Pero nada fue fácil. Muy pronto recibí una carta del Presidente Jorge Alessandri, en la que me comunicaba sus preocupaciones. Al parecer, los croatas de Chile amenazaban con atentados y me pedía ver que el Gobierno yugoslavo también se preocupara por la

seguridad de su Mandatario. Le respondí que ésas eran sólo bravatas, que él, como yo, sabía que jamás en Chile se atentaría contra un Jefe de Estado extranjero. Y así eran las cosas en esos años en nuestro país. Hoy ya no podemos estar seguros de nada. Entonces, se podía caminar solo y desarmado a cualquier hora de la noche, sin temor a ser asaltado. Hoy, en plena luz del día, se roba y se mata.

También los yugoslavos estaban preocupados. De sorpresa, me llegó a la Embajada el Jefe de la Policía Civil de Santiago, su Director, Emilio Hoelker. Me informó que se hallaba allí porque los yugoslavos le habían traído desde Helsinki, donde había asistido a una reunión internacional de la "INTERPOL". Estaban preocupadísimos por la seguridad de Tito en Chile. El les había tranquilizado con los mismos argumentos míos, además de asegurarles toda clase de protección. Hoelker, de origen alemán, era un hombre culto y me contó que también lo eran los jefes de seguridad yugoslavos, además de tremendos bebedores. Se habían pasado de comida en comida, bebiendo "slivowitza" y hablando de Goethe y de Shakespeare.

* * *

La importancia que la diplomacia mundial daba a Yugoslavia, quedaba de manifiesto en que los EE.UU. tenían como su Representante a George Kennan, quien había sido Embajador en la Rusia Soviética y fuera el impulsor del fatídico Plan "*Iron Mountain*". Me lo había recomendado John Galbraith, Embajador en India, diciéndome: "Ya puede usted deducir la importancia de India y de Yugoslavia: yo estoy aquí y Kennan en Belgrado...".

Así era en esos años, y en el "tablero de ajedrez" de la política mundial de entonces. Hoy, Yugoslavia no existe y la India no cuenta. Hay otros "peones" en el Gran Juego.

MONTESCOS Y CAPULETOS

Mucho deví recordar el sabio consejo del querido Embajador de Italia en India, Alberto Berio: "No hagas cosas importantes, trata de no destacarte, para no crear celos. No des trabajos extras a los funcionarios del Ministerio; pues te odiarán y tú estarás siempre en posición de desventaja, porque estás lejos. Trata de no

hacer nada, de pasar desapercibido, de que crean que no existes, que te has muerto... Y serás el mejor Embajador”.

Ni él ni yo seguimos el sabio consejo. Sin embargo, él debe de haber sido una excepción a la regla, pues llegó a Consejero de Estado. Y creo que yo, aunque no llegué a tanto, he sido reconocido en mi trabajo y mi esfuerzo; pero a *sotto voce* y sólo cuando ya no tenía ingerencia en las altas esferas de la política y, por lo tanto, no podía hacerle sombra a nadie.

¿Qué es lo que pasaba en Chile que sólo me bastó poner un pie en Santiago para darme cuenta de que una atmósfera enemiga me rodeaba? Traté de llegar antes que nuestros invitados de honor para tratar de ayudar; pero me encontré como si no fuera necesario para nada, siéndome muy difícil conectarme con cualquier funcionario. El Ministro de Relaciones Exteriores era interino, Enrique Ortúzar, Ministro del Interior en propiedad, así es que poco sabía del manejo del personal, careciendo de autoridad sobre él.

Recién llegado fui a ver al Presidente Jorge Alessandri. Me recibió de inmediato, interrumpiendo una reunión y haciendo esperar en el vestíbulo al Ministro Ortúzar. Estaba exultante de alegría por el éxito de la invitación a Tito. Hizo luego pasar al Ministro de Relaciones Ortúzar y, delante de mí, le ordenó: “Usted apoye al Embajador Serrano en todo y haga lo que él aconseje”.

Me sentí preocupado por sus palabras, que algo dejaban entrever, como si el Presidente sospechara de lo que se tramaba en mi contra.

El Ministro asintió, aceptando favorablemente el consejo presidencial, aunque, por supuesto, no hizo nada, o no pudo, para evitar lo que se preparaba.

Siempre, y en todas partes (salvo en el Cielo, ¿y quién sabe?), son los mandos medios confabulados los que al final deciden y producen los fatídicos acontecimientos. (Hasta que no interviene la “Virgen del Carmen” y lo cambia todo).

Tres fueron las razones para los hechos de que fui víctima en Chile: primero, “haber hecho cosas”; segundo, Enrique Berstein; y, tercero, algo increíble y de lo que me enteré después, al final de mi visita: el Presidente Alessandri había pensado en mí para Ministro de Relaciones Exteriores. Por eso mantenía, por el momento, interino a Enrique Ortúzar. Ante esta posibilidad había una agitación sorda e incontenible en los directores y en los funcionarios de carrera del Ministerio.

Dando una mirada hacia atrás, en la distancia de los años, veo que todo lo acontecido fue para mejor. Un cargo de Ministro habría sido de corto plazo, a lo más la duración de la Presidencia. Ello me habría cortado de mi búsqueda e investigación sobre el “Hitlerismo Esotérico”, que yo llevaba a cabo en forma secreta y privada, en una doble vida, por así decir. En India, en Yugoslavia y, luego, en la Austria natal del *Führer*. Todo esto habría quedado trunco. Por ello, lo que me sucedió en Chile –sin duda impulsado por mi *EL* en un balance final me fue favorable, aunque yo no lo apreciara de ese modo, en esos momentos tan incómodos.

Vino a agravarlo todo, una “*gaffe*” cometida por mí y que fue definitiva, pues me restó el apoyo del Presidente, muy necesario en esos momentos. Sin quererlo, ni pensarlo, herí su sensibilidad extrema. Y hoy sé que fue de nuevo *EL* quien me guió, porque si alguna vez el Presidente pensó en mí para Ministro de Relaciones Exteriores, allí se acabó todo.

El mismo día del arribo de Tito a Chile, en la tarde, se produjo la primera reunión oficial en “La Moneda”, el Palacio Presidencial. Asistí, porque era el Presidente el que invitaba. Fue una reunión pequeña.

Había dos filas de asientos, una frente a la otra, sin nada entre medio. En una se hallaba el Presidente de Chile, teniendo a su derecha al Ministro de Relaciones Exteriores, Ortúzar, y, al otro lado, a su Ministro de Economía, Julio Philippi. Este, que era un genio intelectual, como sus antepasados alemanes, resolvía cualquier consulta que el Presidente le hacía. En la otra fila se hallaba el Mariscal Tito, de uniforme, con su Ministro de Relaciones Exteriores, Koča Popović; el Secretario de la Presidencia, mi amigo Crnobrnja, y yo, como Embajador acreditado en ese país.

El Presidente Alessandri tomó la palabra, para ofrecérsela al Mariscal Tito, el cual pronunció un discurso breve, de seguro el mismo que venía repitiendo en los países que había visitado con anterioridad, Uruguay y Brasil. Luego, le tocó el turno a don Jorge, quien improvisó en forma que me llenó de admiración, con sencillez y modestia. En un momento dijo: “¡Qué lástima que seamos un país tan pequeño, para poder influir en los acontecimientos mundiales...!”.

Esta frase impresionó profundamente a los yugoslavos, al extremo de que, desde ese momento, pasaron a ser decididos admiradores de Jorge Alessandri. Cuando ya se acercaba una

nueva elección de Presidente en Chile, recuerdo que me dijeron: “Lo que deben hacer ustedes es reelegir o mantener al Presidente Alessandri en el Poder. No encontrarán otro igual”. Ellos no creían en la democracia. Y en eso nos parecíamos.

Esa tarde, al salir de la reunión, se nos acercaron los periodistas y empezaron a interrogarnos. Creían que Chile pasaría a formar parte de los “no alineados”. Julio Philippi no abrió la boca. Y fui yo quien habló, declarando mi admiración por las palabras del Presidente Alessandri y por la “coincidencia de apreciaciones” con el Mariscal Tito. Al otro día los diarios publicarían la noticia, sin dar mi nombre. Y esto bastó para que Jorge Alessandri, sospechando que yo era el autor, cambiara totalmente su actitud hacia mí. ¡Y aquí se acabó mi Ministerio!

Mientras tanto, seguía desarrollándose el programa de la visita. El Mariscal Tito fue alojado en el Palacio Cousiño, quedando gratamente impresionado por la belleza de su construcción antigua. No puedo dejar de recordar su llegada a esta mansión, con una protección policial que no había visto ni siquiera en Yugoslavia. Yo iba en la comitiva, en un automóvil, junto al Embajador de Yugoslavia en Chile y al Secretario General, Crnobrnja. A medida que nos aproximábamos a nuestro destino, la nerviosidad de mis acompañantes iba en aumento, al extremo de solicitar al chofer parar el auto, bajarse y alcanzar corriendo el grupo que rodeaba a Tito, a la entrada de la mansión. Pensaron, o tal vez habrán sido informados por sus Servicios de Inteligencia, que allí se produciría el atentado.

La protección a Tito fue fenomenal. No creo que se haya visto otra semejante en Chile. El Gobierno y Hoelker respondieron a lo prometido. Ello llamaba la atención de los chilenos, hasta entonces no acostumbrados a estos despliegues policiales. El mismo Presidente Alessandri se desplazaba a pie en las mañanas, desde su casa a la Presidencia, sólo acompañado por un amigo. Recuerdo que en la visita al Congreso, Tito, ya muy seguro y relajado, se reunió informalmente con los parlamentarios. En el grupo se incluyó Salvador Allende, quien me pidió que le tradujera, pues él no hablaba inglés (ni tampoco francés, ni ningún idioma, fuera del “chileno”). Le preguntó a Tito porqué se había rodeado de tanta protección policial, “que el pueblo no la entendía”. Tito le contestó que había que preguntarle a su Secretario de la Presidencia. Este estaba al lado y yo le repetí la consulta. Respondió, diciendo que no

era asunto de ellos, sino del Gobierno de Chile, que ellos también estaban sorprendidos. Le expliqué a Allende en español que esto no era cierto, que yo era testigo de la insistencia de los comunistas yugoslavos en pedir la máxima protección y que también Hoelker lo podía confirmar. En la Conferencia de Prensa, dada por el gobernante yugoslavo, también los periodistas le repitieron la pregunta. Y el Mariscal respondió con el más gran desparpajo: “En mi país nada de esto es necesario, pues allí me protege el pueblo”.

Siempre me había llamado la atención, tomando buena nota, esta técnica comunista de aplicar la mentira como sistema, en todo el mundo y aún entre ellos. En mi caso, primero, con el asunto de los dólares y, ahora, la impasividad de Tito para decir las mentiras sin arrugarse. Es “la mentira orgánica”, para usar la expresión exacta y genial de Alfred Rossenberg, transmitida por los “genes” en la “dialéctica marxista”, a los herederos del comunismo internacional y de cualquier Internacional.

Nunca me gustó Tito. Fui a Yugoslavia a contrapelo. Sabía de las crueldades y crímenes cometidos por sus partisanos con los soldados alemanes, a quienes colgaban vivos de los genitales, mutilándolos. Me lo había confirmado el Embajador de Italia en Belgrado, el socialista Roberto Duce, y me lo relataría también Otto Skorzeny, quien estuvo a cargo de una operación-comando, fracasada, para capturar a Tito. La invitación a Chile la hice no por él ni por su país, sino por los intereses de mi Patria. Y en este sentido fue un éxito, ya que en su próximo viaje a Bolivia no apoyó la petición de una salida al mar. El mismo Presidente del Senado, Francisco Bulnes, opositor a la visita, debió convencerse.

* * *

Hasta la Conferencia de Prensa, las cosas anduvieron más o menos bien para mí. Muy pronto, debí darme cuenta de que era discriminado de un modo evidente, en los lugares que se me reservaba en las comidas y, sobre todo, en la firma del Convenio Comercial, donde no se me invitó a estar presente, lo que sí era una ofensa premeditada. Y así me lo hizo ver el Embajador de Yugoslavia en Santiago, preguntándome por la causa de esa actitud de mi Gobierno. Le di como explicación el hecho de que yo había sido el promotor de la visita del Mariscal: “Hubo mucha oposición

conservadora, la que ahora actuaba en mi contra”. La explicación pareció convencerlo. Y esto tendría consecuencias insospechadas.

Mas, la cosa era de otro modo. Había sido nombrado Jefe del Protocolo, a cargo de la visita del Presidente Tito, Enrique Berstein, ex Embajador en Austria y Encargado de Negocios en Yugoslavia. Yo había tenido ocasión de encontrármelo en la India, también como Jefe del Protocolo de la Misión Chilena, dirigida por el Ministro de Relaciones Exteriores, Osvaldo Sainte Marie, y ya se habían producido algunos pequeños roces, por asuntos de la entrega de los regalos a la señora Gandhi, como relato en el tomo anterior de estas “Memorias”.

Ahora, él se sentía “descubridor” de Yugoslavia, por haber sido el primer representante chileno en ese país. Era demócrata-cristiano y muy celoso, aunque un buen Embajador y excelente diplomático, en todo lo que le tocó actuar en representación de Chile. La dificultad conmigo era más bien heredada. Odiaba a mi tío Joaquín Fernández, por haber servido como Ministro Consejero bajo sus órdenes, en la Embajada de Chile en Francia. Ahí se produjeron situaciones que obligaron a mi tío a pedir su traslado. El me explicó, diciéndome que Berstein era un intrigante. Y si yo debiera juzgar por lo que me estaba sucediendo, mi tío debe haber tenido razón de sobra. Era Berstein quien dirigía esa canallesca – y también diría tonta – acción en mi contra; pues iba en desmedro de la dignidad y efectividad de mi cargo y, por lo tanto, de nuestro País.

Pienso que ésta fue una pelea de Montescos y Capuletos, en la que yo no tuve arte ni parte, como debí decirle un día al mismo Berstein. (Ver tomo III, pág. 55). Uno de los diplomáticos chilenos que decidió –aconsejado por Berstein– mi inasistencia a la firma del Convenio Comercial, fue Willy Osorio. Y lo menciono, porque durante el Gobierno Militar estuvo complicado en el “affaire” de los pasaportes, extendidos en Paraguay, siendo luego “suicidado”.

Sin embargo, toda esta conspiración en mi contra debió tener un brusco e inesperado fin. Lo explicaré.

LA GRANDEZA DEL ALMA YUGOSLAVA

Tito debió dar su cena de despedida en honor del Presidente Alessandri. La ofreció en el Palacio Cousiño, con cerca de trescientos invitados, entre políticos, diplomáticos y parlamentarios. Era

un “*bufet-diner*” para la mayoría, que debió servirse de las mesas. Un reducido grupo entraría en una habitación donde se sentó en torno a una mesa redonda. Allí estarían los dos Presidentes, más los Ministros de Relaciones Exteriores, el Presidente de la Corte Suprema, del Senado y el Embajador de Yugoslavia. Yo no estaba.

Ahora mi indignación fue grande. Como la invitación venía de los yugoslavos, me dirigí al secretario de la Presidencia que, a su vez, hacía de Jefe del Protocolo de Tito y le pregunté por qué yo no estaba en la mesa presidencial. Me contestó, muy embarazado, que no era culpa suya, sino de los chilenos, y llamó a Hugo Leplaza, un diplomático chileno a cargo del Palacio Cousiño en esta ocasión. Este presentó una serie de excusas contradictorias, descargando la responsabilidad en el Jefe del Protocolo, un señor Amunátegui, que no era de la burocracia ministerial y que yo desconocía.

Dicho sea de paso, Hugo Leplaza era primo de mi antiguo camarada nazi, Alfredo Leplaza, y ambos se hallaban relacionados con mi familia materna. El embajador Crnobrnja me explicó que varias veces intentaron incluirme en la mesa de honor, pero el Jefe del Protocolo chileno se opuso, diciendo que, en ese caso, habría que invitar al ministro tal, o al parlamentario cual.

Yo corté la discusión en seco, diciéndole:

“-Veo, Embajador, que usted no tiene la culpa. Gracias”.

Y me retiré en compañía de mi mujer. Ella me dijo:

“-Quedémonos, pero no comamos nada”.

Ambos estábamos indignados y sin poder entender lo sucedido, pues era una ofensa increíble, que tendría repercusiones, porque a primera vista eran los yugoslavos los que aparecían cometiendo la falta. Las consecuencias serían dañinas para ambos países, si se contaba con mi reacción, que debió ser la renuncia a mi cargo. Nada de esto se habrá escapado a los cálculos de Enrique Berstein. A pesar de ello, aún hoy no me explico cómo se atrevió a llegar a tanto. ¿Qué lo impulsó? ¿Qué odio atávico y satánico de Montescos y Capuletos? Debe haberse sentido muy seguro de sus influencias y su poder para atreverse a obrar así, contando tal vez con el enojo (la “rabieta”) de Alessandri, del que tuvo que haberse enterado. Como sea, pero en todo caso él jamás contó, ni pudo siquiera imaginar la reacción de los yugoslavos.

Con mi esposa nos manteníamos apartados dentro del gran salón del banquete, donde circulaban los dirigentes comunistas y

socialistas. Estábamos pensando en encontrar la oportunidad para retirarnos, cuando vimos de pronto al Ministro de Relaciones Exteriores de Yugoslavia, Koča Popović, tratando de abrirse paso entre los invitados y haciéndonos señas con los brazos. Pronto llegó a nuestro lado y nos dijo, en castellano:

“—¿Dónde se han ocultado? Les estoy buscando hace un cuarto de hora. Tengo instrucciones del Presidente Tito de llevarlo a usted de inmediato a su mesa. Yo me voy, y usted ocupa mi lugar”.

Debe haber visto mi cara de sorpresa, pues continuó:

“—Es una orden. Usted aquí está en nuestra casa y en nuestra cena. Usted es Embajador en nuestro país. Debe estar adentro”.

Y dirigiéndose a mi esposa:

“—Lamento, señora, que mi mujer no esté conmigo para cederle su puesto...”.

Me resistí, diciendo que no podía dejar a mi mujer; pero entonces, ella fue quien me impulsó:

“—Anda, démosle una lección a estos desgraciados de Chile. Yo me quedo aquí feliz, esperándote...”.

Y seguí a Koča Popović, quien me llevó del brazo, ante la expectación de los invitados y el embarazo de los funcionarios ministeriales, que recibieron la más grande lección de su vida, estoy seguro.

Abrió una puerta y me hizo pasar frente a él. Me encontré dentro de la sala de honor, donde los comensales, incluido el Presidente de Chile, me miraron de reojo sorprendidos, sin entender bien lo que estaba pasando. Tito, con una amplia sonrisa y un ademán de gran señor, se dirigió a mí, en inglés:

“—Embajador, lo había echado de menos, aquí está su lugar, haga el favor de sentarse”.

Y el Ministro de Relaciones yugoslavo me llevó hasta su sitio, retiró la silla y me ayudó a sentarme. Luego, se retiró del cuarto.

Quedé junto al Ministro de Relaciones chileno, Ortúzar. Al frente, el Presidente, Jorge Alessandri, sólo abrió la boca para exclamar:

“—¡Menos mal que llegó al pavo!”.

En ese momento se estaba sirviendo el pavo.

El Presidente de la Corte Suprema, don Pedro Silva Fernández, un pariente mío, me miró y sonrió. Al lado, oí al Ministro Ortúzar decirme:

“—¡Qué bien se han portado los yugoslavos contigo!”.

“-Sí”, le respondí; “pero mañana tendrás mi renuncia”.

“-¡No, tú no puedes hacerme eso!”.

“-Pensándolo bien”, le agregué, “no será mañana, porque el Presidente Tito va a Valparaíso y deberé acompañarle, para cuidar de que todo salga bien. Le debo esa atención. Después de lo que está pasando, ya no estoy seguro de nada...”.

En el resto de la cena se habló de distintos temas, hasta de religión, y Tito dijo que en Yugoslavia había libertad para todos los cultos. Le apoyé, poniéndome de su lado en la discusión, apropiándome así la “dialéctica de la mentira”, por reacción ante la hipocresía y la cobardía, representada por el Ministro de Relaciones Exteriores y la diplomacia de mi país.

Entonces, Tito dijo:

“-Señores, afuera me están esperando otras personas para que las salude y debo ir”.

Y sin más, se levantó de la mesa, dejando al mismo Presidente Alessandri con un palmo de narices.

Me levanté con él. Creo que ésta fue la forma (a lo “partisano”) de demostrar su disgusto por la actitud del Presidente, al permitir que se me hubiese ofendido tan gravemente. Un hombre fuerte, como Tito, no podía entender que una cosa como ésta sucediera sin su conocimiento, o participación.

Jorge Alessandri se envolvió en su bufanda y partió. Con mi mujer lo hicimos casi enseguida. Y cuando íbamos ya en la puerta de la calle, sentí que nos alcanzaba Enrique Berstein, diciéndome:

“-¡Miguel, necesito hablar contigo, para explicarte...!”.

“-Nada tengo que hablar”, le repliqué.

Y subí al automóvil, sin siquiera volver el rostro.

SOY UN “PARTISANO”

Tito fue alojado en el Palacio Presidencial del Cerro Castillo, en Viña del Mar. Estaba feliz con la vista del mar y se reclinaba en las almenas a contemplarlo. Muy relajado, caminó por la costanera, saludando a los transeúntes. Encontró que el tipo nuestro era “mediterráneo”.

El resto de su delegación fue alojada en el “Hotel O’Higgins”, donde también me instalé, con mi esposa. Esa primera noche, el Ministro Koča Popović me pidió que le llevara a comer a algún lugar típico:



Tito con prismáticos en la bahía de Valparaíso, a bordo de la "Esmeralda".

Tito cambia opiniones con un oficial yugoslavo, en la cubierta del Buque-Escuela "Esmeralda".



Mi esposa, Carmen Rosselot, la mujer de Tito, Yovanka, y el Presidente Tito, a bordo de la "Esmeralda".

“-Todos los Hoteles Internacionales son iguales”, me dijo. “Además, deseo ver Valparaíso de noche. No cualquiera tiene esta oportunidad...”.

Me ponía en un duro aprieto, pues, con tantos años de ausencia, yo no conocía nada del puerto. Desde los años treinta, cuando mi experiencia con Blanca Luz Brum y Benjamín Subercaseaux, no había vuelto a repetir esa vida nocturna y su extraordinaria bohemia. ¿Qué hacer? Se me ocurrió visitar a mi amigo el escritor socialista, de origen yugoslavo, Marcos Vodanović, que entonces residía en Reñaca, pensando que él conocería bien el puerto. No era así; pero, en todo caso, me sacó en parte del apuro, llevándonos a cenar a un restaurante típico, a la orilla del mar.

A Marcos Vodanović, como a la familia montenegrina Casanegra, le ayudé en Yugoslavia a recibir indemnizaciones por propiedades confiscadas a sus padres por el gobierno comunista. El doctor Casanegra es hoy un famoso cardiólogo y su hermana fue Directora de Impuestos Internos en el Gobierno de don Jorge Alessandri. Treinta mil dólares les conseguí, una fortuna en esos tiempos. El doctor aún era estudiante y bogaba con mi hijo en Montenegro, tierra y mar de sus antepasados.

La historia que sigue ya la he contado en el volumen anterior de estas “Memorias”. Si lo han leído ustedes, se acordarán de mi accidente en el Puerto, cuando el Ministro Popović, al cerrar la puerta del auto, me cogió los dedos de la mano derecha y yo, sin pronunciar un quejido, le pedí: “Por favor, abra la puerta...”.

Esto le impresionó a él y a sus acompañantes, el Ministro de Defensa, un General, y al Presidente de la Cámara Legislativa de Belgrado. Se lo contaron a Tito. Y al otro día, cuando debí asistir a un almuerzo en el Buque-Escuela “Esmeralda”, me estaba esperando en la cubierta, junto a la escalinata, con su esposa Yovanka y su Ministro de Relaciones Exteriores. Yo llevaba mi mano vendada y el brazo en cabestrillo. Con su rostro serio, me saludó:

“-Me ha dicho mi Ministro que usted merece ser un “partisano”. Mis médicos van a ver su herida”.

Y Yovanka me entregó un pequeño tubo, diciéndome que era una pasta con “piel artificial”, para que la usara. Aún la conservo, más de treinta años después, y cuando Yovanka y Tito ya no existen.

3. XI. 64
Bespred

Querido embajador Serrano,

He leído su "Especial" con gran interés. Es Usted seguro que Kafka visitó a Dürer? En qué "cualidad"?

Además - una observación y una citación.

Observación: un aspecto capital de la materia - antimateria es el hecho que aún millones de hombres son crónicamente hambrientos.

Citación:

"(C'est en vérité sur une conclusion diamétralement opposée à la physique classique que nous débouchons sur une attitude était celle du biologiste qui aurait étudié sur un cadavre les lois de la vie." (Michel Duroy, "Le Roman de la Patrie", Galliard 1964)

Amistades

Koča Popović

Carta del Ministro de Relaciones Exteriores de Yugoslavia, Koča Popović, en español, sobre un libro que yo le enviara.

Neograd, 5 de noviembre 1964. -

Mi querido Ministro Popović:

No sabe cuánto aprecio su carta del 3 de este mismo mes y el hecho de que se haya dado usted tiempo para leer mis pequeñas reflexiones sobre Rilke en Duino. (que en medio de sus muchas preocupaciones usted se tome el tiempo para escribirme su profunda carta, con sus pensamientos condensados, hace que desee responderle en este papel tráfico del legionario país del Nepal, fabricado totalmente a mano por hombres (materia-antimateria, como usted dice) que muy posiblemente tienen hambre, pero que si usted les pregunta, puede que respondan con una frase de Picasso (no estoy seguro si es de él): "quiero tener el derecho a tener frío..." y hambre"., dirían ellos. Si, los hombres que fabrican este papel, son como aquellos que levantaron las pirámides, "esclavos libres" (materia-antimateria).

Sólo en raras ocasiones hago uso de este papel, porque no he tráfido mucho conmigo del Nepal. Lo uso para escribir a aquellos amigos que mucho aprecio, que mucho he llegado a admirar. Escribir en él es como ponerse en la línea de "La mañana Mágica"., en verdad, con munder el papel vacío, sin escribir nada, un gesto simbólico que diría mucho más que todo lo que se pueda escribir en él.

Actitud admirada del hombre que ni ha tenido hambre y que está así "estudiando" las leyes de la vida sobre un cadáver (como lo hiciera Leonardo); pero actitud que también forma parte del acervo del conocimiento humano (e "inhumano") que sube una escuela compuesta por peñones del hombre y del no-hombre.

Es posible que en la humanidad humana, en el "ser colectivo", el conocimiento de los que no tienen hambre se haya hecho posible gracias a los que tienen hambre. Por lo tanto, los resultados les pertenecen más a estos que a aquellos, y es a éstos a quienes al final libera. No a los que no tienen hambre sí. a los hoy, pero quienes, por no pertenecer a ninguna Iglesia comunista, no encuentran paz en esta tierra y padecen del hambre más atroz que se pueda sufrir: el hambre de la verdad, el hambre de la redención, el hambre de Dios, y la miseria de la nada.

Es cierto, no estoy seguro de que Kafka haya visitado Duino; pero oro que me lo dijo el actual dueño del Cuatillo, aun cuando no estoy cierto. Su abuelo fué quien invitara a escritores y filósofos, esto era sustrufo y pudo conocer a Kafka, como conoció a Rilke.

Como le prometí, le estoy enviando una copia del libro de Teilhard de Chardin, "Le Phenomène Humain", el cual trae hace tiempo de París para usted. No se lo había hecho llegar aun, ~~porque~~ pues temía importunarla.

Le ruego también aceptar un ejemplar de un librito mío, que he titulado "Las Visitas de la Reina de Saba" (esta reina ha sido encontrada y conocida por muchos hombres; aunque tal vez no muchos). Lo escribí en India, en una época solar, tratando de nadar-de pescar" - en ~~la~~ las mareas profundas de viejos mitos y leyendas. En verdad es un doloroso juego con la sombra que el amor proyecta, como le explicaba este verano a mi hijo en las doradas costas de su bella Balmacia.

Le hago envío de estos pequeños cosas con gran admiración y afecto, y con mi más sincera amistad

Miguel Serrano

Respuesta mía a la carta de Koca Popović.

También he contado las consecuencias de ese accidente y cómo me ayudó a que fueran los yugoslavos los que me llevaron en su avión a los funerales de Nehru. Además del emocionante reencuentro con el chofer del taxi chileno, años después en Santiago, testigo de mi actitud en la noche del accidente. No me quiso cobrar porque “se había sentido orgulloso de ser chileno”.

Es seguro que él nunca leerá estas “Memorias”, para poder saber cuánto le recuerdo, porque él también me hizo sentir orgulloso de ser chileno, al recordar a otros choferes de taxis suizos e ingleses que discuten el monto de las propinas, y a los malos chilenos, como esos funcionarios y políticos de antaño. Y también de hoy.

Ahí donde esté ahora, si aún vive, aspiro a que le llegue mi pensamiento agradecido y mi admiración.

En cuanto a Tito y su Ministro de Relaciones Exteriores de esos años, el intelectual y guerrillero, Koča Popović (antiguo estudiante de filosofía en la Sorbona, hijo de burgueses, quien había hecho toda la Guerra de España en las brigadas comunistas internacionales, aprendiendo a hablar el castellano y a admirar al combatiente español), mantengo una gran confusión de sentimientos. Ellos representaron ideológicamente lo más opuesto a mis convicciones y también en su manera de ser y en su estilo político. Sin embargo, al fondo, en la esencia de ellos había quizás algo intocado y que pervive en los guerreros de verdad. En el caso de Koča Popović, en especial, aunque ambos servían como agentes de una Conspiración que ellos no dirigían y cuyo fin tal vez desconocieron, al igual que los guerrilleros de este otro lado del mundo, incluyendo al “Ché” Guevara y al mismo Miguel Enríquez. Tito fue un agente del “Intelligence Service” inglés; Koča Popović, no lo sé. Ambos, sin que mediara interés personal, nacional ni internacional alguno “rompieron lanzas” por mí. ¿Por qué? Solamente por la grandeza del alma yugoslava y por solidaridad del hombre con el hombre, con el luchador y el guerrero solitario que ellos habían visto en mi persona. Sí, porque yo también habría sido capaz de hacer lo mismo por ellos, en un caso semejante, y aún mas. Lo he dicho y confesado en una entrevista de prensa de hace veinte años: si yo hubiera presenciado llevar de verdad a un judío a una cámara de gas (y lo digo pensando especialmente en mi amigo el Embajador de Israel en Yugoslavia, en el Senador Angel Faivovic y en el mismo Volodia Teitelboim), habría entrado allí con él.

Bien, en el Buque “Esmeralda” se me presentó la ocasión única de tener una conversación a solas y a fondo con el “partisano”, el guerrillero, el comunista, el gobernante y, por último, con el hombre, Josip Broz Tito, o como se llamara de verdad. Y la dejé pasar, a conciencia.

Después del almuerzo, mientras navegábamos lentamente y a vela por la bahía de Valparaíso, en un bello día de sol, Tito se sentó solo en la cubierta, bajo el palo mayor. Y al lado suyo había una silla vacía. Al verme también en cubierta, me hizo señas para que me acercara y me sentara a su lado. Así, por un largo rato, estuvimos allí uno al lado del otro y sin decir nada. Hoy sé que yo no quise interrogarlo, pudiendo hacerlo. Y seguramente él lo esperaba, para revelarme su íntimo pensar, sin recurrir al “reflejo condicionado” de la mentira, tal vez por primera vez en su vida. Pensé que no era justo valerme de ese especial momento en la existencia de un ser, que nada sabía de mí y que, en el fondo, era mi enemigo, representando yo todo lo más opuesto a su concepción del mundo. Porque, si otras hubieran sido las circunstancias, bien me pudo haber torturado y masacrado, junto a mis camaradas hitleristas alemanes de la Gran Guerra. Y por lealtad a mí mismo, a mi juventud, a mis sueños y a mi pasado, por lealtad a mi *Führer* y también a él, permanecí en silencio, sentado allí en esa silla, en el Buque-Escuela de nuestra Marina, en ese verano de hace ya tantos años, en la misma bahía de Valparaíso, que hoy contemplo desde mi ventana.

BOJANA

Mi permanencia en Yugoslavia significó también fertilidad en mi trabajo literario. Allí escribí “El Círculo Hermético”, con los recuerdos de Hermann Hesse y de C. G. Jung, publicado por primera vez en la Editorial “Zig-Zag”, de Santiago, por mi amigo Ignacio Cousiño, y por “Routledge & Kegan Paul”, en Londres, y “Shoken Books”, en Nueva York, traducido por Frank MacShane. También escribí “La Flor Inexistente”, que ilustró Julio Escámez, en unas preciosas ediciones en castellano y en inglés, de “Routledge & Kegan Paul”; joya bibliográfica, de la que conservo algunos ejemplares. Antes de partir de la India, había escrito “La Serpiente del Paraíso”, sobre esa Patria oculta y misteriosa, editada por “Nascimento”, en Chile, y “Rider and Co”, en Inglaterra, habiendo

Lovaina 29 de Abril /65

EMBAJADA DE CHILE

Sr. Miguel Serrano

Estimado Don Miguel:

Desde hace varios días pensaba mandarle unas notas para agradecerle, junto con Eugenio y Carmen las miles de atenciones que recibimos de Ud. y las múltiples molestias causadas por nuestra "invasión".

Demás estará decirle lo utilísimo que ha resultado nuestra visita, por los excelentes contactos y toda su ayuda para que nuestra estada resultara lo más provechosa posible; junto con esto, podemos sentirnos como en nuestra casa, hizo más agradable el viaje. Siempre recordaremos con emoción esos días inolvidables en Belgrado.

La visita a Budapest fue también muy útil; espero que Andrés le haya contado detalles. Después pasamos por Viena, Salzburgo y Zurich. Ahora estoy pasando unos días para luego seguir a París y regresar a Chile.

He estado leyendo con gran interés su libro, pues como le decía quería comprender más a fondo muchos aspectos de India que me apasionaban; espero llegar a Chile y poder leer sus otros libros.

Carta (fecha da el 29 de abril de 1965, en Lovaina) que me enviara a Yugoslavia Eduardo Frei Ruiz-Tagle, después de haberse alojado en mi casa con su hermana Carmen y su cuñado Ortega. Me agradece y comenta mi libro "La Serpiente del Paraíso" en forma seria y profunda. Volví a recibirle en Austria y, desde entonces, mantuvimos una relación delicada y afectuosa, en algo que creí

EMBAJADA DE CHILE

Yo no se si le molestara que toque otros temas que me interesan; yo conozco muy poco de su vida, pero a través de su libro, me parece que más que una búsqueda de India y toda su realidad, hay una búsqueda más profunda de todos los problemas de la vida y de nuestra vida; veo en su libro una lucha grande por encontrar una respuesta y significación total de la vida; le digo esto pues con toda sinceridad, le estádo y sigo en esa lucha; al verlo a Ud. solo en Belgrado me ha dejado esa impresión; yo le tratado de hacerlo solo pero creo que no le tenido éxito; me gustaría poder llegar a un punto de mayor tranquilidad y paz espiritual.

Todo esto acompañado con problemas de la vida práctica que todos tenemos y que en muchos casos contribuyen a dificultar esta búsqueda.

Le pido miles de excusas por mi atrevimiento; si algún día tiene un rato libre estaré muy contento de poder recibir alguna respuesta. Con sincera admiración y estimación, agradeciendo una vez más sus atenciones

Pardone la carta a usted Eduardo Frei R-V
pero creo es una oportunidad. -

fuera una amistad sólida, hasta que él asumió la Presidencia de Chile y no me recibió, negándome la audiencia por dos veces, cuando intentara pedirle no entregar la Laguna del Desierto, nuestro sagrado territorio. Cuando yo estuve arriba, fue obsecuente. Cuando él llegó a las alturas, fue grosero.

sido recomendado por el Lama Govinda al excéntrico gentleman inglés, Gerald Yorke, asesor literario de la Editorial. Por este libro se me dio en Chile un premio Municipal que, en mi ausencia, recibió mi esposa. El único que se me ha otorgado en Chile en toda mi vida literaria⁸. “La Serpiente del Paraíso” fue publicado después en los EE.UU. por “Harper and Row”, también en hindi, en la India y en japonés, en Japón.

Un día, en Belgrado, recibí una carta de la “Editorial Kier”, de Buenos Aires, proponiéndome editar mis obras. Accedí y, desde entonces, ellos son mis editores en castellano, gente extraordinaria y de gran corrección, verdaderos amigos. Han editado casi toda mi obra literaria, ignorando la comprometida con el Hitlerismo Esotérico, la que yo he preferido dejar al margen, para no dañarlos ni dañar nuestra amistad, la que aprecio enormemente, en especial recordando cómo trabajamos con don Pedro, los dos, separados por miles de kilómetros de distancias terrestres (pero no del alma) para escribir y editar “Nos. Libro de la Resurrección”. Allí en donde ahora se encuentre debería saber que siempre pienso en él. Y también en los dueños de “Routledge & Kegan Paul”, los gentlemen judíos, Collin y Norman Franklin, amigos muy queridos. Y en Gela Jacobson, extraordinaria y bella, capaz de traducir “Nos” a un inglés perfecto.

También en Yugoslavia recibí una carta del director y dueño del importante diario “La Prensa”, de Buenos Aires, Alberto Gainza-Paz. Este periódico era como “El Mercurio”, de Chile, y su dueño, un gran señor. Con él y su hijo llegamos a establecer muy buena amistad. Gainza Paz venía a ser lo que Agustín Edwards en Chile. Me pedía colaborar en su importante diario. Me había recomendado Jaime Eyzaguirre, el historiador y escritor católico e hispanista chileno, quien conocía muy bien mi trayectoria nacionalsocialista. Mas, así eran las cosas entonces, nadie hacía cuestión de las ideologías, donde primaba la amistad. Hoy, después de tantos años de terminada la Gran Guerra, cada vez es peor y el círculo infernal se cierra. Acepté colaborar en “La Prensa” e

8. De este premio me había olvidado totalmente. Por ello digo, en el Volumen III, que sólo había recibido un premio de la “Sociedad Protectora de Animales” de Argentina, por un artículo a la muerte de mi perra “Dolma”.



Visita de socialistas y comunistas chilenos a Yugoslavia. Puede verse a Aniceto Rodríguez y a Volodia Teitelboim, junto a Tito, en una recepción en Belgrado.



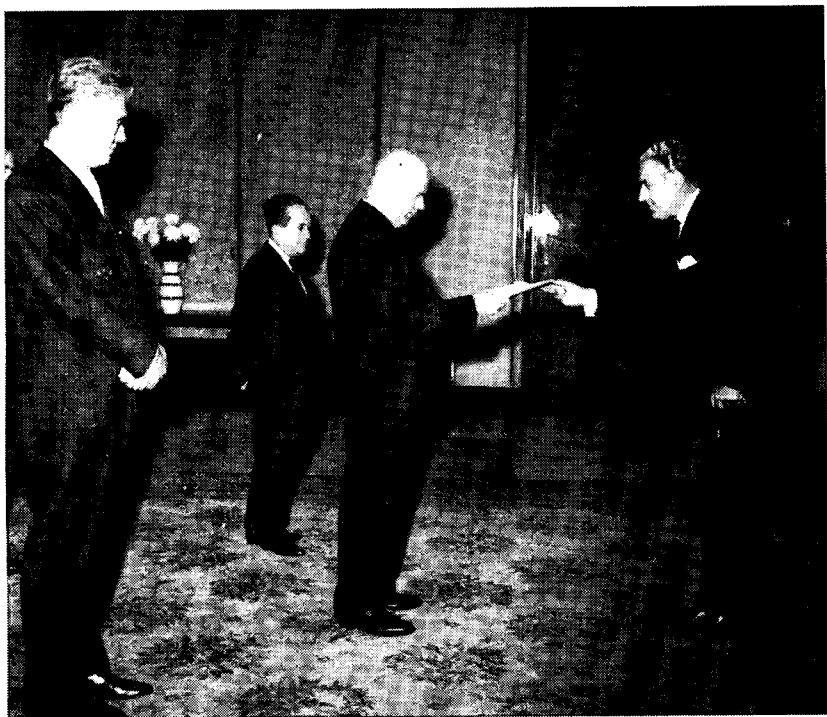
El segundo a la izquierda, Jaime Coutts, Secretario; luego, Sergio Figueroa Tagle; detrás, el Cónsul Honorario Jovanovic.



Saludo del Jefe de la Guardia ceremonial, en Bulgaria.



Entrega de credenciales al Jefe de Estado en Bulgaria.



Entrega de credenciales en Rumania.

Nicolae Ceausescu

Tarjeta del Secretario General del Partido Comunista rumano y Primer Ministro Nicolae Ceausescu.

impuse mi estilo, ocupando páginas completas del magnífico suplemento literario ilustrado, con ensayos y artículos que al mismo tiempo se publicaban en “El Mercurio” de Santiago, en la Página Literaria de los Domingos. Y así fue, de este modo, hasta que el diario “La Prensa”, como todo lo grande y bueno, se acabó, junto con morir su dueño.

En Chile, “El Mercurio” continúa. Por muchos años fui un colaborador de este diario, desde los tiempos de Rafael Maluenda, de Armando Donoso, de René Silva Espejo y del crítico literario “Alone”. “El Mercurio” me envió también a la Antártida, en 1947, como su corresponsal.

* * *

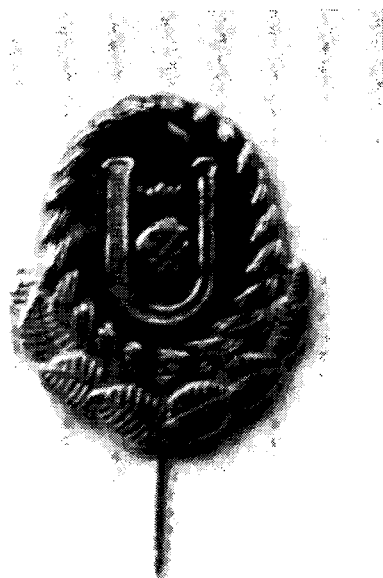
En Yugoslavia estuvo de visita casi toda la plana mayor del socialismo chileno: Raúl Ampuero, Aniceto Rodríguez y el mismo Salvador Allende, acompañado de Carlos Altamirano, como ya he contado. Eugenio González Rojas, el filósofo y Rector de la Universidad de Chile, se interesó en firmar un Acuerdo Cultural con Yugoslavia.

También conseguí ampliar nuestra representación diplomática a Rumania y Bulgaria. Me acompañaron a presentar credenciales el Cónsul Honorario, Jovanovic, mi viejo amigo Sergio Figueroa Tagle, ahora Agregado Cultural a la Embajada de Chile en Francia, y mi nuevo secretario, Jaime Coutts. Al entrar a Sofía, la capital búlgara, Jovanovic se sintió como un romano antiguo, o un inglés de visita por sus colonias: “*ils sont des primitives*”, decía. En la noche, hubo una fiesta del pueblo en la plaza de la capital. Consistía en levantar los automóviles en vilo y lanzarlos varios metros más lejos. Jovanovic, que se hallaba asomado al balcón del hotel, donde se alojaba, descubrió que uno de los autos era el suyo y comenzó a vociferar a voz en cuello: “*¡Vagina matrix!*”. Lo decía en latín.

Tal como en India, mi mujer y mis hijos debieron partir de regreso a Chile, para continuar con sus estudios. No existía posibilidad alguna de hacerlo en Yugoslavia. Mi soledad fue mitigada por la familia de Jaime Coutts, primero, y, luego por la de Carlos Costanora, magnífico secretario, quien moriría como Embajador en un incendio en Caracas, durante el Gobierno del General Pinochet.



Retrato al óleo de Bojana,
joven yugoslava, pintada por
Julio Escámez.



Insignia de los fascistas croatas,
los *Ustachi*, que combatieron junto
a Italia y Alemania.

Y así llegamos a Bojana, una joven mujer yugoslava, a cargo del “Dispensario” médico para los diplomáticos acreditados en Belgrado. A ella la retrató también Julio Escámez. Y toda pintura hecha por este artista, todo retrato, me une a ese ser por la eternidad. Esos cuadros son como el espejo antiguo a la entrada de mi casa de Valparaíso: La visión de una reencarnación pasada, de alguien a quien estuve estrechamente unido. Y que volverá, en las Rondas del Eterno Retorno⁹.

UNA PINTURA DEL MAS ALLA

¿Cómo hacer ahora para que Julio Escámez, que ha venido a Yugoslavia, pueda pintar también el Retrato de Allouine, de Papán, muerta en los años, robada por la leyenda y el tiempo irreparable? Le llevo a mi casa y nos sentamos en la terraza a contemplar los bosques del otoño de Beograd. Lentamente, empiezo a relatarle la historia de *Avris* (*Ar-Bar-Is*), que viajara desde Hiperbórea, sobre las alas del Ave Fénix, a encontrar a Allouine, la que junto a Opis y Argo estableció el culto de Apolo en Delos. Y allí cantaban las canciones del bardo Olen. *Avris* amaba a Allouine y Apolo, celoso, se la llevó a una Estrella, a Venus, tal vez a Aldebaran.

Con las palabras de un canto, trato de describir la belleza de Allouine, su mirada azul de Hiperbórea, sus cabellos dorados, agitados por el viento, como las copas de las encinas patriarcales. Y estoy llorando, sin darme cuenta... ¡Dioses míos, cómo es posible que después de tantos años, de siglos y caminos recorridos en la

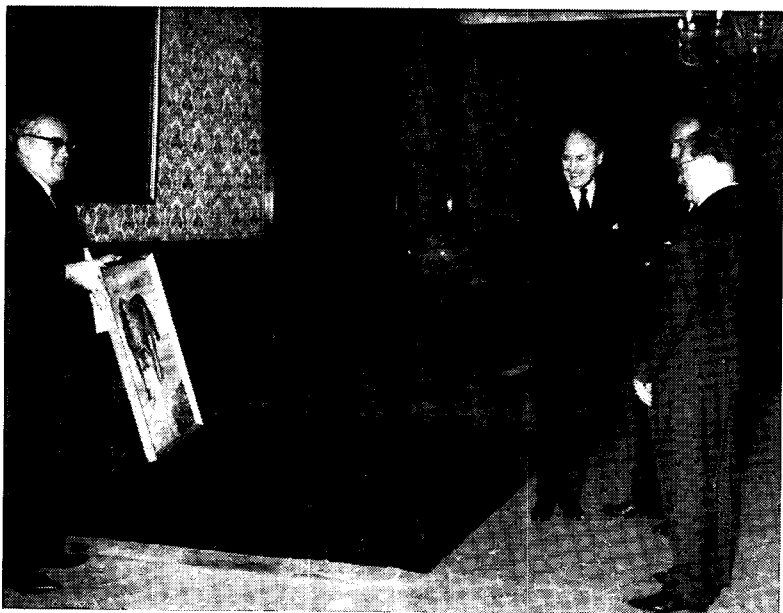
-
9. En cumplimiento del Plan para establecer el Gobierno Mundial y el “Tribunal Punitivo Internacional”, dirigidos por la Minoría Secreta y Oculta, tras el secuestro y “juzgamiento” de Pinochet, los países europeos de la OTAN, comandados por los EE.UU., han comenzado el bombardeo destructor de la ex Yugoslavia, la actual Serbia. Logré sacar a tiempo de Beograd a Bojana y su hija para traerlas a Chile, con la ayuda del valiente Representante de Chile en Belgrado, el socialista Pío García, y su colaborador, señor González. Después de treinta y seis años, ella está aquí en Chile, en esta Ronda del Eterno Retorno. Pero ha vuelto a partir, para luchar por su Patria. Así, la vida se parece a un sueño.



Codreanu, Jefe y creador de “La Guardia de Hierro”, movimiento rumano nacionalsocialista y místico. Asesinado por Antonescu. Una masacre parecida a la del “Seguro Obrero” en Chile.



Este perrito chino me lo trajo Tencha de Allende, la mujer de Salvador, desde Pekín, diciéndome que era un sello con las iniciales de mi nombre (cosa difícil de comprobar).



A mi partida de Yugoslavia, regalo a Tito un óleo del pintor chileno Julio Escámez.



Tito me condecora al partir de Yugoslavia.

tierra, yo siga amándola con igual intensidad, sin poder olvidarla ni un segundo, en el tiempo del alma!

Julio Escámez se ha ido a un cuarto interior y ha comenzado a pintar el retrato de Allouine, de la Princesa Papán, de nuevo resucitada, por la magia de sus pinceles. Y por mi canto.

Fue en Belgrado donde mi amigo, el artista chileno Julio Escámez realizó la pintura de esa mujer que él no conoció y que trajo a la vida por un instante, todavía muerta, desde el más allá. La sentó en un banco, teniendo de fondo los bosques de Beograd en el otoño y junto a un hada, que era su “Espíritu de la Lluvia” y también la “Primavera”, de Botticelli. Sin saberlo ha pintado también mi árbol amigo, detrás del hada, de modo que ahora sé que es *Ella* quien me habla a través de él.

Cuando mostré este retrato a la madre de Allouine, a *Muti*, ella no la reconoció de inmediato (como los discípulos de Cristo en el camino de Emaús) y sólo después (por su manera de “partir el Pan de la Vida Eterna”). Y entonces, nuestra *Muti* me dijo: “Sí, es Ella; pero es *Ella Muerta*”.

Porque los muertos sólo se parecen a los vivos.

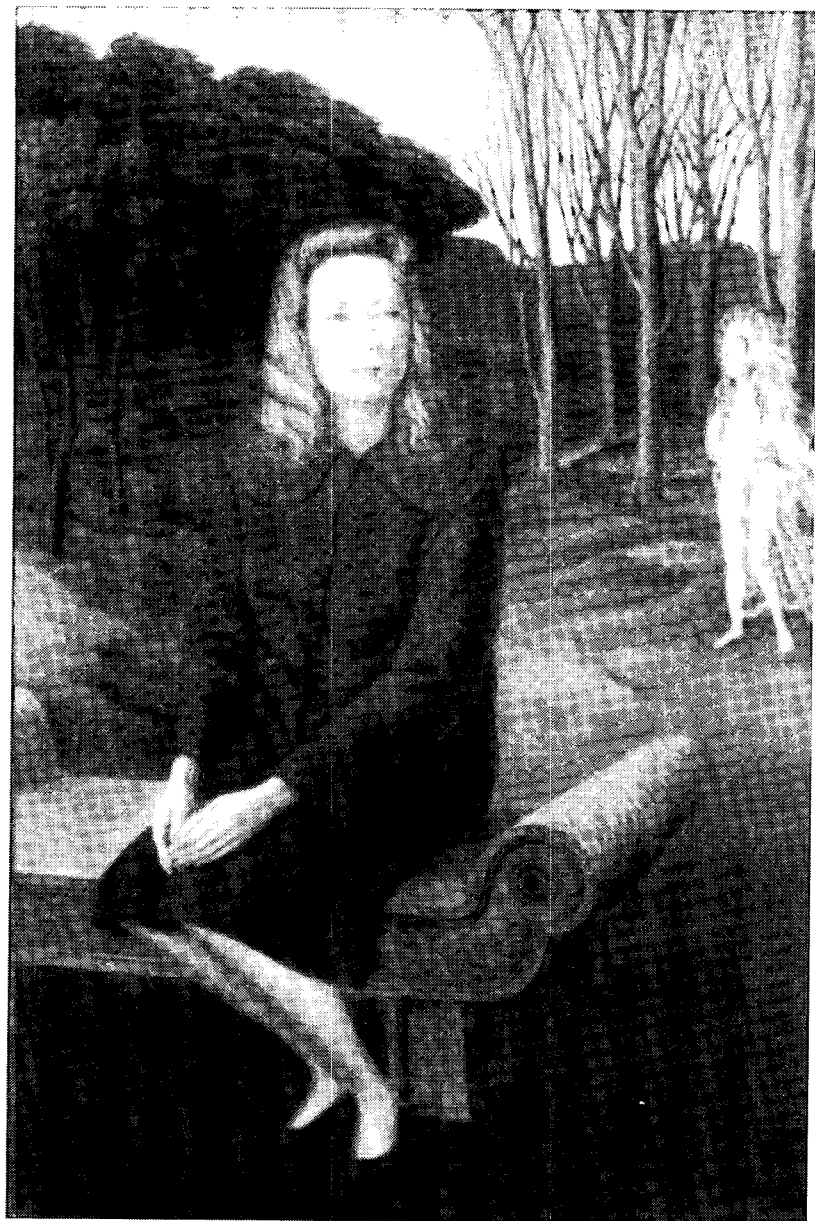
LLEGA A LA PRESIDENCIA DE CHILE EL PRIMER FREI

Las elecciones presidenciales en Chile, las ganó Eduardo Frei Montalva, con el apoyo de la Derecha, en contra de Salvador Allende. Y ahí empieza la desgracia de Chile, desde un punto de vista más profundo que el político. Desde un punto de vista “esotérico”, diría.

El Maestro nos lo explicó: “Frei es un hombre débil, lleno de resentimientos, sólo el desastre espera a la Nación...”. Nosotros le escuchamos, y aún hoy lo recuerdo. El Maestro nunca se equivocó:

“Le he visto en astral, donde nadie puede engañar a nadie”, nos agregó. “Tenía un aura y un cuerpo gris, color de la debilidad y del resentimiento: ‘-Usted es un débil-’, le dije. ‘-Sí, pero tengo la palabra-’, me respondió”.

Presenté mi renuncia, como se debía hacer en estos casos, por ser el cargo de Embajador de exclusiva confianza del Presidente. El puede aceptar la renuncia o confirmar en el puesto. Con gran sorpresa, recibí la aceptación. He dicho que conocí a Frei siendo un niño, en el “Instituto de Humanidades”, donde fue mi profesor.



El bosque de Belgrado como fondo del cuadro de Allouine y el *Arbol* donde *Ella* reside. *Nuestro Arbol*.



Santiago de Chile, 12 de agosto de 1965.

Señor

Embajador de Chile en Yugoslavia

Don Miguel Serrano,

Belgrado.

Estimado Miguel:

proyectaba escribirte desde que el Senado aceptó extender tu imperio diplomático hacia el oriente. En esa oportunidad, como en las anteriores, los socialistas quisimos confirmar la óptima impresión que tenemos de tu trabajo, olvidándonos de los aspectos políticos que nos separan cada vez mas del actual inquilino de La Moneda. Recibe, entonces, mis felicitaciones mas cordiales y mis votos entusiastas por el feliz desempeño de tu nueva misión.

No creo que podamos vernos pronto, pero mantengo el propósito de viajar a Europa, con Alda, el año que viene. No he querido hacerlo en setiembre próximo, con la delegación chilena que visitará la Unión Soviética en un intercambio interparlamentario, porque creo que es justo hacerlo con mi mujer. A éste respecto, me permito recordarte que cualquier gestión tuya para materializar alguna invitación (de Rumania, por ejemplo) me podría aliviar considerablemente el esfuerzo que estoy dispuesto a hacer para efectuar la jira con mis muy limitados recursos personales. Tengo la decisión, por otra parte, de no recurrir a los amigos comunistas de aquí para estos efectos... Te agradeceré cualquier nota que pudieras darme sobre la materia.

En la actualidad me estoy dedicando casi exclusivamente al trabajo parlamentario, con buenas posibilidades dada la actual composición del Senado. Ayer se me designó Presidente de la Comisión de Defensa Nacional y espero promover desde allí algunas cosas de positivo interés. En el orden partidista, me dedicaré preferentemente a las actividades de educación política y a escribir algunos ensayos que hace tiempo me dan vueltas en la cabeza.

Un cordial abrazo, estimado Miguel, y espero tus noticias saludos muy afectuosos a los innumerables amigos yugoslavos.

Carta del Senador y Secretario General del Partido Socialista chileno,
Raúl Ampuero.

¿Qué había pasado? Viajé de inmediato a Chile y ahí me enteré que el Subsecretario del Ministerio de Relaciones Exteriores era el “Capuleto” Enrique Berstein. Seguramente éste pidió a Frei que me sacara. Y el “débil” aceptó. Ministro de Relaciones Exteriores había sido nombrado Gabriel Valdés Subercaseaux. La atmósfera era muy distinta en el País. En tan poco tiempo ya se respiraba un aire de proselitismo, de soberbia, de “*vendetta*”, donde no valía la capacidad, ni se respetaba la amistad, por sobre la ideología política. Allí mismo se destruyó la grandeza del alma de un Chile tradicional y hermoso.

No voy a repetir lo ya contado muchas veces: cómo me echaron. El mismo día de la llegada al poder del primer Frei y de la Democracia Cristiana, se borra del Diccionario Nacional la palabra Patria, así como con la llegada del segundo, del hijo, se hace desaparecer el lema del Escudo Nacional y se entregan en regalo y en venta enormes territorios del País, bajo la impavidez total de las Fuerzas Armadas.

Fue por miedo que me repusieron en mi cargo. Miedo a Darío Sainte Marie y a su diario “Clarín”.

El rechazo del Senado de la República al nombramiento de un nuevo Embajador demócrata cristiano en Yugoslavia, “descolocó”, como se diría hoy, al Gobierno y al Ministerio de Gabriel Valdés. Sin saber qué hacer, la única solución, para no tener que recurrir de nuevo al Parlamento, fue mi reposición en la Embajada. Pero no fue fácil para ellos, porque ahora yo exigí una explicación escrita, con excusas al Gobierno de Tito, por mi retiro y por el pedido de *Agreement* para otro Representante. Ya no recuerdo las razones que se dieron; pero se dieron. Y así, logrando plena satisfacción y confirmando a la vez la definición dada por el Maestro de “debilidad” de los demócrata cristianos, volví a Yugoslavia.

Un poco antes tuve una conversación con Enrique Berstein, sobre Shakespeare, mi tío Joaquín y los Montescos y los Capuletos. Y ambos quedamos de acuerdo en dejar de representar para siempre el papel de actores shakespearianos.

Mi colaboración con Berstein y con Gabriel Valdés fue muy fructífera, durante todos los años del Gobierno de Frei padre. Y fueron ellos lo que me trasladaron de Yugoslavia a Austria, permitiéndome instalarme en el corazón mismo donde se encarna el *Avatâra* y nace la leyenda del Hitlerismo Esotérico.

* * *

Raúl Ampuero, en una nueva visita a Yugoslavia, me trajo el recado de Eugenio González de leer “*Le Matin des Magiciens*” de Louis Powel y Jacques Bergier¹⁰. Ampuero también estaba impresionado por este libro y las revelaciones hechas sobre las raíces ocultas del Hitlerismo. Bergier era judío y había sido un agente de Inteligencia durante los Procesos de Nürenberg.

Por esos tiempos yo me hallaba estudiando el catarismo, cuyo origen se encontraba muy cerca de Belgrado, en los Bogomiles de Bulgaria. Y planeaba un viaje a Montsegur, tras las huellas del SS Otto Rahn y de su libro “La Cruzada contra el Gral”. Había comenzado a escribir una trilogía de ensayos sobre este tema, la que terminé en Austria y envié a “La Prensa” y a “El Mercurio”.

Creo necesario reproducirla en estas “Memorias”, a objeto de que no desaparezca del recuerdo de algunos hombres y para que sirva de introducción a mi peripecia austríaca, ahorrándome así nuevas exposiciones sobre el fundamental tema.

I LA LEYENDA DE THULE

El Libro de Enoch es más antiguo que la Biblia, y es el único manuscrito antediluviano existente o conocido. Hay sólo tres ejemplares, dos en Inglaterra y uno en París, en arameo, en hebreo y en caldeo. Las copias fueron halladas en Abisinia, alrededor de 1772, por el erudito escocés James Bruce. Enoch sería originario de la Alta Mesopotamia, de la Armenia antigua, o del Cáucaso. Fue un gran profeta, un iniciado. En el Zohar, que es la parte más antigua de la Cábala hebrea, se menciona varias veces El Libro de Enoch como una obra legendaria, transmitida de generación en generación.

El Libro de Enoch es también una fuente para la leyenda de los hiperbóreos, habitantes del Norte mítico. Se cuenta

10. Eugenio González estaba sorprendido de que yo, con anticipación de más de veinte años, hubiese hecho idénticas revelaciones en mi revista “La Nueva Edad”. Cuando nos volvimos a encontrar, me interrogó largamente sobre la fuente de mi información, cosa que me guardé de revelar, a pesar de la mucha estimación que le profesaba.

que, al comienzo, la Tierra estuvo habitada por una raza de gigantes. Los Hijos de Dios, pobladores del Otro Mundo, descendieron sobre la tierra y cohabitaron con las hijas de los hombres, de los gigantes, de los Nephilim de la Biblia (que significa gigante en hebreo). Sus descendientes son los héroes de la Edad Dorada y de la leyenda. Los Venidos del Otro Mundo son también los Angeles y Arcángeles, quienes enseñan a los hombres el uso del fuego, de las armas, la observación de las estrellas, la astrología y la magia. A las mujeres les enseñan a vestirse, a acicalarse, a usar joyas y adornos.

Existirían así dos humanidades: una, la descendiente de los hombres; otra, la mezclada con los ángeles.

Se ha hecho notar, con extrañeza, que esos Venidos del Otro Lado carecen de los atributos de los ángeles, no son asexuados, practican la magia, observan el curso de los astros y, al mismo tiempo, conocen el uso de las armas. Han llegado a la Tierra, al parecer, como derrotados en una guerra cósmica, como “caídos sobre la Tierra”. Serán, entonces, los Angeles Caídos. O bien, los Angeles Caídos serían combatientes cósmicos extraterrestres, llegados a este planeta en un lejano pasado. Son ellos los que enseñan a los hijos de los hombres, los sacan de un sueño de milenios. Así se estaría dando respuesta a la pregunta de Toynbee: ¿Por qué el hombre no progresa por cientos de miles de años y, de pronto, inicia la civilización?

Al partir de la Tierra, los extraterrestres se llevan a Enoch en un carro de fuego. (El interesante libro “Los Extraterrestres”, de Paul Thomas –Editorial Plon, París– se refiere a este apasionante tema).

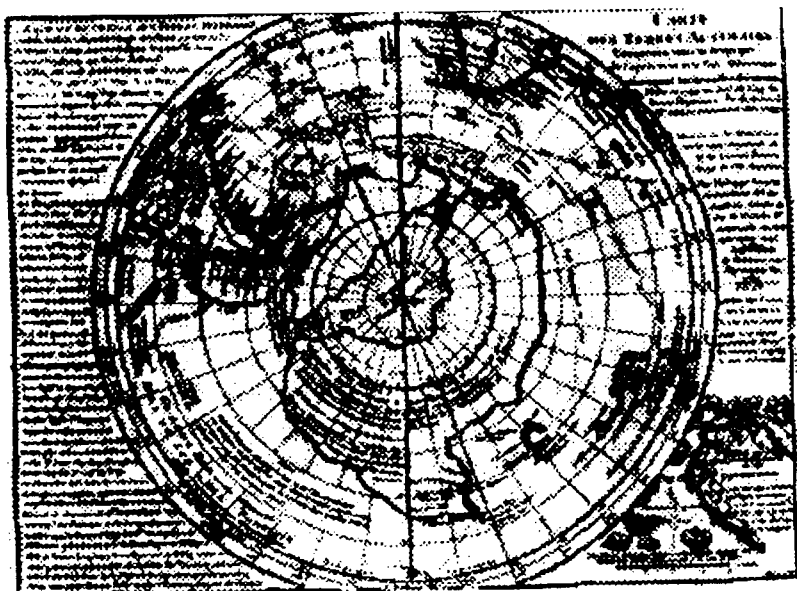
Los Hiperbóreos

El Libro de Enoch nos cuenta que los hiperbóreos, habitantes del Norte de la tierra, son los Hijos de las Inteligencias del Otro Lado. Se los describe de piel blanca como de nieve, rosada como pétalo transparente. Sus cabellos son también blancos, como de lana, y sus ojos bellos como el cielo. Todos los pueblos nos hablan de estos hombres y de esta tierra mítica. Heródoto dice de Hiperbórea y de su capital, Thule, que “es una isla de glaciares, situada en el Gran Norte, donde

viven los hombres transparentes". Sin embargo, esta Isla, aun cuando rodeada de montañas de hielo, en su centro tiene un clima templado y delicioso. La habita el pueblo hiperbóreo, nórdico. En su capital, Thule, residen los sabios que guardan el secreto revelado por las Inteligencias del Otro Lado y los Doce Miembros de la Iniciación Suprema. Sus mujeres son de una extraordinaria belleza. La que nace quinta en una familia tiene el don de la clarividencia. Son magas y sus cabellos dorados flotan al viento, contra los hielos transparentes del Gran Norte.

Pero he aquí que, por un acontecimiento desconocido, la Isla Hiperbórea (donde Apolo viajaba a rejuvenecerse todos los inviernos, regresando siempre más joven en las primaveras) con su capital, Thule, es sumergida. Tal vez a causa de una catástrofe cósmica.

Séneca escribirá después: "En los siglos futuros vendrá una hora en que el gran secreto perdido en el Océano será descubierto. Se reencontrará la Isla Poderosa; Tethys revelará de nuevo sus comarcas y Thule ya no será más el país de la extremidad de la Tierra..."



La Antártica en el antiquísimo mapa de Piri Reis.

En 1957 se descubren en el Museo Topkapi de Estambul, las cartas geográficas del almirante otomano del siglo XVI, Piri Reis. Estas cartas habrían sido trazadas teniendo en vista otras cartas portuguesas y griegas muy antiguas, que a su vez reproducirían cartas de más de once mil años, anteriores a la última época glacial. Las cartas de Piri Reis nos muestran dos mesetas continentales emergiendo una cerca de donde hoy se encuentran las Islas Azores y la otra en el norte, en el Artico, entre la actual Groenlandia y el sur de Noruega.

(De paso, mencionamos que Thule es hoy una base aérea americana en Groenlandia, fundada en 1910 por el explorador danés Knud Rasmussen, al norte de la bahía de Baffin y bautizada Thule en recuerdo de la legendaria capital hiperbórea).

Atlántida y Antártida

La meseta cercana a las Azores vendría a ser la Atlántida, de la que nos habla Platón, también desaparecida.

Después del reciente descubrimiento en la Antártida del fósil de un reptil, réplica del hipopótamo, no parecerá tan fantástico todo esto. La teoría de Wegener sobre la traslación de los continentes, debido a la precesión de los equinoccios, da un trasfondo científico a la leyenda. En mi libro "Quién Llama en los Hielos", me refiero a la Antártida como la vieja Atlántida. Mi búsqueda en 1947 de los oasis antárticos (descubiertos por el almirante Byrd), de agua y clima templados, en medio de los hielos del polo sur, se inspiraba también en la descripción de la Thule hiperbórea, de El Libro de Enoch y en los antiguos poetas clásicos; en Píndaro, en especial. Mi libro tiene como epígrafe el verso del poeta griego: "Ni por mar ni por tierra encontrarás el camino que lleva a la región de los eternos hielos..."

Para volver a la leyenda (que bien puede no ser leyenda). No todos los hiperbóreos perecen con la destrucción de Thule. Algunos Guías conducen a los sobrevivientes hasta las regiones donde hoy se encuentra el desierto del Gobi. Allí fundan una alta civilización, la que también es destruida, quizás por una conflagración atómica que transforma esa región en un desierto. La destrucción de Sodoma y Gomorra estaría seña-

lándonos la posibilidad de esta catástrofe, producida por los mismos hombres, o por los extraterrestres.

Las Dos Ciudades

Otra vez, no todos los descendientes de los hiperbóreos perecen. Se salvan ahora en el interior de las montañas himaláyicas, en un sistema de cavernas piramidales. Allí se erigen dos centros, o ciudades, en los que se preserva la sabiduría de la raza nórdica primigenia: Agarti y Shampulah. La primera se concentra únicamente en el conocimiento y en la magia contemplativa, dirigida a los planos sutiles y a los “mundos paralelos”. La segunda, hace uso de una magia destinada a controlar las energías planetarias, a moldearlas, tratando de producir una mutación en la raza humana, para hacerla nacer por segunda vez. Ario significa, precisamente, nacidos dos veces. Desde Shampulah los antiguos guías y jerarquías superiores proyectan una corriente de energía que puede llegar a ser captada por los iniciados descendientes de los antiguos nórdicos, para producir el Mesías de los arios, el cual usará las fuerzas directrices colectivas que promuevan la mutación de la raza y el advenimiento del Superhombre. Porque la evolución del hombre no se ha detenido (Teilhard de Chardin) debiendo continuarse por el esfuerzo individual. El hombre deberá terminar lo que la naturaleza ha dejado inconcluso, canalizando las energías que vienen de las Jerarquías Ocultas, residentes en Shampulah, centro y refugio también de los Guías hiperbóreos.

De estos dos centros, o ciudades, nos cuenta Ossendowski, en su libro “Bestias, Hombres y Dioses”, y René Guenon, en “El Señor del Mundo”; a ellos también hacen referencia varios Jefes de las SS Negras, durante los interrogatorios del Proceso de Nüremberg.

Es desde esas altas zonas del mundo, desde el Tibet, desde el Pamir, de donde emigran, en dos corrientes, hacia el suroeste, los hombres de cabellos de lana y de piel transparente, los nacidos dos veces, los arios. Unos siguen el camino de la mano derecha, otros el de la mano izquierda. Son guiados por sus héroes y altas jerarquías, sin perder el contacto con los centros de energía suprema, Agarti y Shampulah.

Una Nueva Civilización

Así llegan los arios a las regiones del Cáucaso, donde levantan otra gran civilización. Las sagas germánicas cuentan que el Dios Wotan, el más grande los Dioses nórdicos, reinó sobre el pueblos de los ases, u oses, habitantes de un gran país, cuya capital era Asgard, situada en un punto “donde el Volga y el Don se aproximan mayormente”. A causa de invasiones venidas del Asia, Wotan se ve obligado a guiar a su pueblo a través de lo que hoy es Europa, hasta el Báltico. Las leyendas y profecías escandinavas afirman que, un día, el pueblo de los ases, conducido por las Walkirias y el Gran Iniciado Blanco, regresará para reconquistar la ciudad santa de Asgard, la tierra de los antepasados, custodiada por la Montaña Mágica, Elbruz, sobre la que se habría posado el Arca de Noé, después del Diluvio¹¹.

Los ases u oses son grandes, rubios y de ojos azules, serían originarios del Cáucaso, donde se encuentra hoy Osetia del Norte, con 8.000 kilómetros cuadrados y con 451.000 habitantes –su capital es Ordjonikidse– y Osetia del Sur, con 3.900 kilómetros cuadrados y 9.700 habitantes –su capital es Tchkhivali–.

II EL PRISIONERO DEL MITO

“La vida sólo tiene sentido cuando se la entrega totalmente. Hay que ser poseído por una idea, transmutar la persona, para alcanzar la personalidad absoluta”.

Más o menos éstos son los conceptos de una carta de Rudolf Hess, el prisionero de Spandau, escrita a su hijo desde la prisión.

Entregarse, ser poseído. Su hijo, que sólo tenía tres años de edad cuando Hess fue hecho prisionero, hace ya casi treinta años, ha seguido el consejo de su padre. Se ha entregado totalmente a una idea, a una misión: la de conseguir la libertad de su padre.

11. Este artículo fue escrito en 1969.

Habrá que preguntarse, sin embargo, qué piensa Hess, despu  de treinta años de reclusión y cercano tal vez al fin de su vida.  Querr  ser liberado? Y, en un sentido más profundo,  podr  serlo?¹²

Para tratar de responderse habrá que ir muy lejos y muy hondo, intentando penetrar las brumas, las sombras, los abismos y misterios del tiempo transcurrido. Aún hoy, cuando los archivos ingleses y americanos sobre los procesos de N remberg y los documentos anteriores a la última gran guerra, y sobre la guerra, empiezan a abrirse a los investigadores, esto es casi imposible. Algo, no mucho, se puede conjeturar. Y la realidad, a medias vislumbrada, es tan increíble para los que nada sabían, tan apasionante y estremecedora, que hay quienes preferirán no conocerla u olvidarla porque no est n preparados para resistirla. Entra en las zonas del realismo mágico.

Rudolf Hess

Cuando en 1953 fui enviado a la India, conocí all  a la aviadora alemana Hanna Reitsch, huésped de Nehru y entrenadora de pilotos indios en el vuelo con planeadores. Esta extraordinaria mujer fue un piloto de prueba alemán durante la segunda gran guerra y una de las últimas personas que estuvieron con Hitler y Eva Braun en el Bunker de la Cancillería de Berlín. En Nueva Delhi conversamos largamente. Me reveló sucesos de esos tiempos.

Tras casi diez años de permanencia en India, partí a Yugoslavia. En Belgrado fui amigo de un ex prisionero de guerra serbio, internado por los alemanes en la prisión austríaca de Rossauer Lende¹³. Me contó lo siguiente: “Me hallaba solo en un pequeño calabozo. Era de noche. De pronto se abrió la puerta y una sombra entr . Se sentó frente a mí. Poco a poco distinguí un rostro y dos ojos fijos, como carb nclos

-
12. Casi veinte años más en prisión pasaría Rudolf Hess antes que *Great Britain* (Knai 'Brith), el Centro Mundial de la Infamia, le asesinara.
 13. En verdad, era nuestro Cónsul Honorario, Jovanovic. Hoy puedo dar su nombre. Ya no est  más aquí.

reluciendo en la oscuridad. Le hablé pero no me respondió. Así pasó la noche. Al amanecer la sombra aún seguía allí. Entonces habló y supe que era también un prisionero. Le pregunté por qué había sido internado. Me explicó que era un astrólogo y que casi todos los astrólogos y quirománticos vieneses habían sido encarcelados debido a que Rudolf Hess, aconsejado por astrólogos, había volado a Inglaterra. La Gestapo creía en una maniobra del Servicio de Inteligencia Británico”.

(Recientemente se ha discutido en “The Times”, de Londres, si Ian Fleming—el autor de James Bond—, quien al igual que Graham Greene trabajó para el Servicio Secreto inglés durante la guerra, intervino en el “plan astrológico” que habría llevado a Hess a Inglaterra. El hermano de Fleming lo ha negado en carta dirigida a ese mismo diario).

Mi amigo yugoslavo agregaba: “Le pedí al astrólogo que me predijera el futuro. Me vio las líneas de las manos, me consultó sobre la fecha de mi nacimiento, y me aseguró que saldría con vida al final de la guerra. También me predijo la derrota de Hitler”.

Esto sucedía en 1941, un día después del vuelo de Hess a Inglaterra y en vísperas del ataque alemán a Rusia.

En ese año, tal vez en ese mismo día, caminaba yo por la calle Morandé con mi tío Vicente Huidobro. De pronto él se volvió y me dijo: “Hitler tiene perdida la guerra. Y él lo sabe...”. Luego agregó estas misteriosas palabras: “Miguel, si te portas bien te presentaré a una poderosa sociedad, donde te ayudarán a triunfar...”. Seguramente Huidobro se refería a una sociedad secreta, quién sabe si a la misma a que perteneciera el astrólogo vienés y donde se hacían predicciones sobre el resultado final de la guerra¹⁴.

Rudolf Hess nació en Egipto, en Alejandría, el 26 de abril de 1876; hijo de alemanes, se educó en Suiza y Alemania; pero mantuvo siempre una gran atracción por Egipto. Volvía a Alejandría por largos períodos. Después de la primera guerra mundial, en la que fue herido, se inscribió en un curso de economía política en la Universidad de Munich y tuvo como

14. Sin duda, la Masonería.

profesor al general Karl Haushofer, creador de la geopolítica, quien pasaría a tener una influencia decisiva en Hess. Haushofer le hace entrar a la Sociedad de Thule y a la Sociedad del Vril, donde también se encuentra con Alfred Rosenberg. Pero de esto hablaremos más adelante.

Hess practica la yoga, se medicina con drogas homeopáticas y yerbas traídas del Tibet, es vegetariano y a veces sus ojos muy claros y fijos se ponen aún más claros, como si sufriera un desmayo repentino. Luego explica: “Me he salido en astral”.

Hess es un consumado aviador. En su vuelo a Inglaterra lleva muchas de sus drogas medicinales. Durante los años de prisión vive concentrado en sí mismo, y no ha permitido a su esposa ni a su hijo que le visiten (“para que no le debiliten y no tengan un recuerdo de él en prisión”, según escribe Jack Fischmann, en su libro “Los Siete Hombres de Spandau”. “Porque es un ‘doble’, un Doppelgänger del verdadero Rudolf Hess”, según el inglés Dr. Thomas). A menudo se le encuentra tendido, inmóvil, en el piso de su celda. Está como ausente; se ha “escapado en astral.”

A Munich, centro del espiritualismo, de la magia y del médiumnismo, por la década del 20, y por distintos caminos, desde direcciones diferentes, llega también otro personaje extraordinario: Adolfo Hitler. Dietrich Eckart, “el Hombre que dio las ideas a Hitler”, según el título de la obra del investigador austríaco Wilfred Daim, les juntará en la secreta Sociedad de Thule. Este encuentro tendrá una influencia decisiva en la vida de ambos, y en la historia de la humanidad.

La Swástika

El símbolo de la Swástika (el término es sánscrito) aparece en todo el mundo y viene de muy antiguo. Se expande en la Epoca del Bronce. Representa, al parecer, la rotación de la tierra en torno a un eje y la de las siete estrellas de la Osa Mayor en torno a la Estrella Polar. Es por eso también el símbolo del Sol, del fuego y de la sangre, de todo lo que gira, se proyecta, avanza, fecunda. Simboliza la evolución, especialmente la mutación.

René Guenon escribe, en “El Señor del Mundo”, que el punto donde todas las tradiciones concuerdan en que se sitúa el centro de la energía superior, sitial de la Gran Jerarquía, es simbólicamente el Polo; porque es en torno a éste que se efectúa la rotación de la tierra, representada por la Swastika. No se debe entonces confundir la Thule atlántida con la Thule hiperbórea, siendo esta última la que simboliza el centro supremo para el ciclo actual de la humanidad. Fue la Isla Sagrada y su situación fue polar en su origen.

Hay dos Swastikas; una, la destrógira, donde las líneas quebradas hacia la izquierda indican que el movimiento giratorio es hacia la derecha, en el sentido de la rotación de la tierra y de las manecillas del reloj. Esta es la Swastika emblemática con que el pueblo ario de los ases emigra del Cáucaso y abandona la sagrada ciudad de Asgard; es también la Swastika budista y el símbolo de la fecundidad en los pueblos americanos precolombinos. La otra Swastika, la levógira, la que gira hacia la izquierda, en sentido contrario a la rotación de la tierra y de las manecillas del reloj, es más difícil de hallar. En el Tibet sólo se la encuentra en la secta de la religión Bö, anterior al budismo lamaísta, que preserva la más antigua tradición del Tibet anterior, entre los Lamas de Bonetes Negros.

Es también la Swastika que elige el Nacionalsocialismo. Es la Swastika del regreso a la tierra primigenia, a la mágica Asgard; la Swastika que gira al revés, que va al origen.

La Sociedad de Thule

Nos llevaría lejos describir el origen de esta sociedad secreta. Bástenos decir que dos de sus miembros más importantes fueron Dietrich Eckart y Rudolf Hess. Eckart lleva a la sociedad a Alfred Rosenberg y a Adolf Hitler. La Sociedad de Thule revela la parte esotérica de la leyenda de Thule y de los hiperbóreos y busca el Mesías de los arios, que sea el transmisor de las Voluntades Jerárquicas de los Superiores Desconocidos e Invisibles de Thule, de Shampulah y de Asgard.

La teoría geopolítica de Haushofer está también basada en el simbolismo de la swástika, es decir, es una proyección espacial (en el “Espacio Vital” –“Lebensraum”), una energía

que se expande en lo externo, girando desde un centro (Alemania, en este caso). Vemos así que las conquistas de Hitler llevan una dirección levógira, girando en Europa y Africa en sentido contrario a la rotación de la tierra y de los punteros del reloj, para intentar el "regreso" al Cáucaso, a la ciudad de Asgard, vale decir, a "la tierra prometida", donde hoy se encuentran las Repúblicas de Osetia. Y, desde ahí, a Hiperbórea, al Norte Polar.

Se dice que la geopolítica fue concebida por Haushofer en el Tibet y en Japón. Haushofer fue amigo y continuador del gran explorador sueco de los Transhimalaya, Sven Hedin; sigue sus huellas en el Tibet, donde se le encuentra junto al misterioso mago Gurdjieff. Haushofer se inicia en una Lamasería tibetana y en un monasterio japonés.

Haushofer es dirigente de la Sociedad del Vril. Vril es un término sánscrito y designa un nervio, un centro psíquico (conocido entre los jainas de India), productor de la energía vital que no es utilizada en su totalidad por los humanos mientras viven. La sociedad enseña el modo de utilizar esta energía al máximo y recuperar el centro eléctrico-magnético transmisor y receptor que antaño poseyeran los hiperbóreos.

Sin embargo, Hitler, como lo hemos dicho, viene de otras fuentes, desde otra dirección. Es austríaco. Ha nacido en Braunau-am-Inn, cerca de Linz. Es éste un punto geográfico muy interesante, conocido por los ocultistas como un centro psíquico terrestre que ha producido los más grandes médiums de nuestro siglo, entre ellos los famosos hermanos Willy y Rudi Schneider, que impresionaron a toda Europa.

Hitler es educado cuando niño en el convento benedictino austríaco de Lambach, donde el Prior es Theodor Hagen, un personaje misterioso, quien después de un viaje de varios años por el Medio Oriente y los países del este europeo, hasta el Cáucaso, hace grabar la Swastika levógira en los lugares más importantes y visibles del Monasterio y en el coro de la capilla. Hitler la contemplaría cuando niño. Luego, en sus años secretos en Viena, Hitler habría entrado en contacto con otro personaje aún más misterioso, el ex monje cisterciense Adolf Joseph Lanz (luego, Georg Lanz von Liebenfels), fundador de la Orden del Nuevo Templo, y en relación, según se dice, con los últimos templarios. (Se piensa que una cierta

transmisión criptográfica de los secretos templarios podría haberse efectuado a través de las antiguas Ordenes de los Caballeros de Calatrava, en España, y de los Caballeros de Poseidón, en Portugal). Lanz edita, además, la Revista "Ostara", donde da a conocer y predica la leyenda de Thule "y sobre la recuperación del nervio proyector y receptor" de energía cósmica que poseyeran los hiperbóreos.

No me ha sido posible en Austria conseguir un número de esta Revista. Lanz muere en 1954; pero deben existir aún discípulos suyos¹⁵.

Ahora bien, una vez llegado al poder Hitler parece cortar sus principales lazos con la Sociedad (nunca con Eckart, mientras éste vive). Hitler liquida en Alemania todas las sociedades secretas y masónicas y crea su propia Orden Iniciática: la S.S. Negra. Esta Orden nazista trata de restablecer por su cuenta el contacto con los Superiores Desconocidos de Thule y de Asgard, edifica sus centros de iniciación (el Castillo de Wewelsburg, en Westfalia, es el principal), crea toda una liturgia iniciática y una yoga occidental de la concentración, con ejercicios que hoy nos son desconocidos. Las teorías raciales de la sangre de Rosenberg y de Gunther no serían comprendidas exclusivamente de un modo biológico en los círculos más restringidos e iniciáticos de las S.S. Negras. En el Templo Interior de Wewelsburg, Sangre y raza significarían también el Vril, el centro de energía intangible, el fluido mágico, solar, donde se guardan las Imágenes Arquetípicas del Mito. Algo parecido a lo que se ha denominado Inconsciente Colectivo.

Al final de la guerra, las Waffen S.S. están formadas por élites nacionales de casi toda Europa y no sólo por alemanes. Fueron las Waffen S.S. francesas, de la Brigada Carlo Magno, las que defendieron hasta el último el Bunker de Hitler en Berlín.

Los dirigentes S.S. organizan, además, esa institución científica sui generis: el Instituto Ahnenerbe –"Herencia de los Antepasados"–, fundado en 1935, en Berlín, y dirigido por

15. En Austria conocí a Mundt, su sucesor y autor del libro "El Rasputín de Himmler". Ver volumen III de estas "Memorias".

el Doctor Walter Wust, miembro de la Academia de Ciencias de Munich, y por Wolfram Sievens, discípulo de Frederic Hiefscher, amigo también del famoso explorador sueco del Tibet, Sven Hedin. El Ahnenerbe estudia la magia, el rosacruzismo, el Rayo de la Muerte, entre otras cosas, y emprende investigaciones y exploraciones en distintas partes del planeta. Es este Instituto el que envía a científicos disfrazados de milicianos franceses a explorar las cavernas de los Pirineos del Languedoc, en busca del Gral de los Cátaros. Es el Instituto Ahnenerbe el que realiza experimentos con radar en una isla del Báltico, para comprobar la teoría de la Tierra Hueca, habitada por dentro, e investiga también la Cosmología Glacial, del austríaco Hörbiger. Es también el Ahnenerbe quien prepara una expedición al Tibet, dirigida por el etnólogo Dr. Scheffer, para descubrir las huellas de los hiperbóreos en el Techo del Mundo, los contactos de los arios con esas zonas, el origen esotérico de nórdicos, judíos y gitanos, su relación con los extraterrestres –con los “Arcángeles”–, y la existencia real de las cavernas y los centros secretos de las Jerarquías, en las cumbres himaláyicas y transhimaláyicas, desde los tiempos de la desaparición de Thule y la civilización del Gobi. Los archivos en microfilm, existentes en Washington, aun cuando incompletos, parecieran revelar algo extraordinario sobre esta expedición, si debiéramos creer al investigador francés Brissaud, quien afirma haber tenido acceso a ellos. Sin embargo, los miembros del Ahnenerbe, al ser interrogados en Nüremberg, se encierran en un mutismo total. Y los documentos principales se han hecho desaparecer.

El Vuelo de Hess

¿Cuándo se cortó el lazo del iniciado Hitler con la Sociedad de Thule? ¿En qué momento Hitler comienza a actuar por su cuenta, para mantener sus contactos con los Superiores Desconocidos, con las Jerarquías Ocultas? ¿Siguen siendo estas entidades las mismas de Dietrich Eckart, de Karl Haushofer y... de Rudolf Hess?

En un momento dado parece que Haushofer se entera de que se estaría preparando, en el más estricto secreto, el ataque a Rusia. Se lo comunica a Rudolf Hess. Le aconseja tratar de

intervenir ante los ingleses para hacer la paz y evitar la lucha de Alemania en dos frentes. Hess consulta a su astrólogo personal, Schulte-Strathaus, quien le predice que deberá cumplir una misión en el noroeste europeo. El astrólogo estudia los astros y le indica a Hess la fecha más propicia para su acción. Haushofer piensa que los contactos deberán efectuarse sólo con ciertos miembros de la sociedad secreta inglesa Golden Dawn, la que mantiene relación antigua con la Sociedad del Vril. Uno de los impulsores de la Golden Dawn fue el famoso mago inglés Aleister Crowley¹⁶ (autoapodado La Gran Bestia 666). Crowley es el maestro de Ron Hubbard, actual jefe de la sociedad de Cientología, en California, de donde se ha propagado la demonología que influenció a Charles Manson y al grupo de muchachos que cometiera los crímenes rituales que ha comentado ampliamente la prensa mundial. De allí sale también John Parson (autoapodado El Anticristo) y un grupo de científicos atómicos semidemoníacos. Parson muere en 1952, en un experimento con proyectiles de retropropulsión, en Pasadena.

A la Golden Dawn han pertenecido importantes personalidades inglesas y mundiales: Mac Gregor Mathers y su esposa, hermana del filósofo Bergson; el poeta y premio Nobel, Yeats; A. E. Waite, escritor de temas masónicos; el astrónomo Peck, y el escritor Arthur Machen, entre otros. También el Duque de Hamilton, en busca del cual se dirigirá Hess.

La nobleza inglesa mantiene ciertas organizaciones secretas muy cerradas, ciertos cultos, como el de la Orden Real de Escocia, poco conocidos y que se inspiran en prácticas alquímicas y tradiciones célticas anteriores al cristianismo, como remanentes de órdenes templarias. La pompa y el ritual son altamente sugestivos e iniciáticos. Hoy ya todos están controlados por la Masonería.

Hess intenta, por tres veces, emprender el vuelo y fracasa, debido a distintas circunstancias. Decide, entonces, entrevis-

16. No hay seguridad alguna de que sea efectiva la reunión de Crowley, ni la de Gurdjieff con Hitler. Esos personajes fueron agentes secretos de Inglaterra y Rusia.

tarse con Hitler y se sabe que ambos hombres permanecen encerrados por más de dos horas.

No hay testigos de esa conversación. Lo más probable es que Hitler haya comunicado a Hess su proyecto de ataque a Rusia. Nadie logrará nunca hacer cambiar las decisiones a Hitler. Antes del ataque a Stalingrado, Hitler se aísla en un bosque, parece entrar en trance. Conversa con entidades invisibles y ordena tomar a toda costa Stalingrado. Luego dice: "Nadie puede entender por qué debo tomar esa ciudad". Es ésta su guerra mágica, su ofensiva mítica hacia el Cáucaso, hacia la ciudad de Asgard. También se cumple la ascensión a la cumbre del Elbruz. El capitán Groth, a cargo de la Primera y Cuarta Divisiones de Montaña, se hace cargo de esta empresa. El 21 de agosto de 1942, el Ayudante-Jefe. Kummerle, logra clavar en la cima del Monte la bandera con la Swastika Levógira, la del retorno. Es ésta una de las grandes gestas del montañismo mundial y ha sido llevada a cabo en las más difíciles circunstancias y con un clima tormentoso. Es más que un símbolo y representa el homenaje a Los de Allá, a los Dioses vernáculos, un acto propiciatorio a las entidades ocultas, a los ancestros, a las Jerarquías invisibles.

Según Raymond Cartier –en "Hitler y sus Generales"–, Hitler habría aceptado la misión de Hess en Inglaterra, para proponer a los ingleses hacer la paz, antes del ataque a Rusia. Inglaterra sería la potencia marítima, Alemania la terrestre.

Hess logra alcanzar hasta el Duque de Hamilton en Inglaterra (desciende en Escocia); pero no llega a los círculos más herméticos, con los cuales Thule y el Vril también mantuvieron contactos y que no se hallan muy lejos del Rey Jorge VI. Estos círculos son contrarios a la persona y a la política de Churchill. Conocedor de ello, Churchill hace encerrar de inmediato a Hess en la Torre de Londres. En las Memorias de Churchill, el episodio está descrito con poca claridad.

Misterios de una Misión

Dos obras aparecidas en Francia se refieren también a estos temas: "Hitler y la Orden Negra", de André Brissaud, y

“El Nacismo, Sociedad Secreta”, de Werner Gerson. En “Los Heréticos”, Saint Loup nos narra la historia de la Waffen S.S. francesa, “Carlo Magno”. En la misteriosa obra “Lo que Hitler me dijo”, Hermann Rauschning se adelantó a levantar una parte del velo que aún cubre y cubrirá para siempre estos estremecedores sucesos.

Para dar una visión aún más verídica, se debe señalar que muchos de los personajes “esotéricos” ingleses han estado, de un modo u otro, mezclados con el Intelligence Service, o Servicio Secreto británico. Así, por ejemplo, Trebitsch-Lincoln, nacido en una familia judía de Budapest, cuyo verdadero nombre es Timoteo-Ignatz Trebitsch, naturalizado inglés, luego reaparecido como monje budista y lamaísta, conoce a Hess y a Haushofer, viaja al Tibet y, desde allí, le envía a este último plantas medicinales y también al médico de Hitler, el discutido Doctor Morell, miembro de la Sociedad de Thule, quien tratará de usarlas, de seguro, en su cliente. Trebitsch-Lincoln fue agente del Servicio Secreto inglés y muere en un hospital de Shangai, en 1942, después de haber espiado también en Japón. Su muerte es anunciada por la radio nipona.

Aleister Crowley, gran impulsor de la Golden Dawn, como hemos dicho, Maestro del demonólogo de la Cientología de San Francisco, Ron Hubbard, se vinculó también al Intelligence Service. Por otra parte, el mago Gurdjieff, quien se educara en el mismo convento que Stalin, trabajó para el servicio de inteligencia ruso en el Tibet. Los ingleses, que tienen información sobre Gurdjieff, no lo dejan instalarse en Inglaterra, donde, en cambio, se radica y adquiere gran notoriedad su discípulo Ouspensky. El general Haushofer efectuó en Asia trabajos de inteligencia para su propio país y sus contactos con algunos de los “iniciados” ingleses eran, en verdad, con agentes secretos o con miembros de las órdenes masónicas que Hitler perseguía. ¿Lo sabía él cuando empujó a su discípulo Hess a volar a Inglaterra? Haushofer se suicida en 1946, haciéndose el harakiri, según la confusa y contradictoria versión que hoy existe; su esposa, de origen judío, también aparece muerta junto a él y su hijo ha sido ejecutado en 1944, por estar comprometido en el atentado contra Hitler. Haushofer declara en los procesos de Nüremberg

a favor de Hess, afirmando que “sus facultades no eran normales y que actuaba bajo influencia”. Lo que tal vez sea cierto, pero en un sentido más profundo y diferente.

Esta es la historia que nos proponíamos narrar aquí, cuando el drama de Rudolf Hess, el último prisionero de Spandau, aún no llega a su fin. Y quisiéramos terminar con la misma pregunta hecha al comienzo: Ese hombre, que fuera también devorado por el Arquetipo (llamémoslo así), poseído por el Mito, ¿deseará hoy, en su último cuarto de hora, salirse de ese círculo de fuego? Tal vez esta pregunta esté mal formulada. Porque, con seguridad, no es él, ni nadie, quien pueda decidirla ya, aparte del mismo Arquetipo que lo hiciera prisionero mucho antes que los hombres. Y el Arquetipo tremendo no libera sino con la muerte... Y quién sabe.

Viena, febrero de 1970

III

LA RESURRECCIÓN DEL MITO

Lo que vamos a narrar pareciera fabuloso y, en verdad, lo es; tiene el sabor de la Leyenda y el misterio del Mito. Sucede, sin embargo, en pleno siglo XX y, en cierto modo, ha envuelto nuestra propia vida. Aunque viene de muy lejos, el hilo se retoma entre nosotros, alcanza a nuestra generación y deberá encender de nuevo la antorcha que, pasando de mano en mano, volará quizás a otras estrellas.

La leyenda es la del Gral.

Una vez conversé con el doctor Jung sobre este Mito legendario. Desgraciadamente, debido a que su esposa investigaba en el tema, el doctor no escribió mayormente sobre la misteriosa Leyenda. Para Jung, el Gral era un “Arquetipo”, una exteriorización de eso que él llamara el “Sí-Mismo”, ese punto central, ideal, de la persona, equidistante entre el Inconsciente y el Consciente; una totalidad perdida e inalcanzable, quizás. La Flor Inexistente, el Ideal, el Cielo, la Inmortalidad.

En la historia, la leyenda del Gral tiene orígenes desconocidos. Es un Mito pagano, que a veces se conecta con la leyenda de la Atlántida y del Diluvio Universal. El Gral es también esa “Piedra de la Lluvia”, que Noé salvara del

Diluvio, es el “Talismán” que detiene las aguas desbordadas. Es la “Piedra” que los mongoles llamaron “Yedeh” y los árabes “Hajar-al-mater”. Para los Arios, el Gral es la “Clave” perdida, la “Piedra” donde se grabó la sabiduría esencial, la “Ley” de la raza y del pueblo hiperbóreo, antes de dejar para siempre la patria de los hielos, el norte legendario, la tierra mítica de “Aryana Vaiji”, hecha inhabitable por la Epoca glacial. Son las claves de la sabiduría de la Atlántida, aquellas que, de encontrarse y descifrarse, harían posible entender realmente la “Yoga”, la verdadera, la “Tántrica”, la que haría al hombre inmortal como el Dios que un día fue, ante del gran hundimiento y desborde de las aguas. Porque la yoga que hoy se conoce y se practica, sería un alfabeto incompleto, un remedo de una magia sublime y de una sabiduría grandiosa. Mientras no se encuentren las claves y no se descifren, la yoga actual no pasará de ser como un juego con signos rúnicos, que produce efectos contrarios o incompletos. Así lo sostenía, en la India, por ejemplo, Sri Janardana, jefe del “Suddha-Dharma Mandalam”, con una rama importante y numerosos adeptos en Chile¹⁷.

Para Janardana, la verdadera yoga era la “Siddha Yoga”, conservada en un secreto Ashram de los Himalaya, donde habitaría el mítico Bhagavan Sri Mitra Deva, Mesías de nuestra época.

La situación hoy es semejante a la que se daría a un hombre del futuro, sobreviviente de una guerra atómica y que hubiera encontrado, en las ruinas de la civilización desaparecida, un tubo de metal con una película guardando la síntesis de todos los conocimientos, con las fórmulas matemáticas, químicas y físicas que hicieron posible producir la bomba atómica y los más altos adelantos tecnológicos de la civilización desaparecida. Nada serán esos signos mientras no pueda descifrarlos, entenderlos.

El Gral pagano sería entonces una piedra grabada, conteniendo las claves de la sabiduría de una civilización de

17. En aquellos años. Hoy ya no sé si la sociedad aún existe. Ver mi libro “La Serpiente del Paraíso”.

Hombres-Dioses, que habría logrado detener el tiempo, superar la historia.

El “Santo Grial” que se busca en la Edad Media es una metamorfosis voluntaria del mito pagano. Se ha transformado a la “Piedra” en el “Cáliz” en que se habría recibido la sangre de Cristo, al ser herido en el costado por la Lanza, sobre la Cruz. Lo buscan, a través de selvas y montañas, los caballeros de la “Mesa Redonda”, los templarios y los peregrinos de la Edad Media.

Los Cátaros

Cada vez más, se oye hoy hablar de la herejía cátara. ¿Quiénes fueron los cátaros? Aparecen en el siglo X y XI, en el Languedoc, hoy sur de la Francia, y son destruidos en el siglo XIII por la “Cruzada Albiguense”, organizada por el Papa Inocencio III, el Rey de Francia y el monje Domingo de Guzmán. En verdad, la Inquisición se crea para perseguir y destruir la herejía cátara y es puesta en manos de los monjes dominicos. El Languedoc mantenía vínculos mucho más estrechos con Cataluña y España que con Francia. Al triunfar la “Cruzada Albiguense”, tras treinta años de una guerra cruel y bárbara, el Languedoc es anexado a la Francia del norte. De no haber acontecido de este modo, otra también sería la historia de España, pudiendo haberse desarrollado en toda su gloria la civilización de los Trovadores de Cataluña y del Languedoc.

Cátaro es una palabra griega que significa “puro”. Nos llevaría lejos explicar el origen –muy desconocido– de los cátaros. Hay quienes sostienen que fueron sacerdotes druidas convertidos al maniqueísmo por los misioneros de Manes. Luego se hacen cristianos, aunque dualistas absolutos, al parecer, al estilo de algunos gnósticos. Visten siempre un hábito de lana negra de los Pirineos, creen en la reencarnación, son estrictamente vegetarianos y sostienen que el Antiguo Testamento es obra del Demonio, que Jehová no es Dios, sino Satán. El Mundo, más abajo del “Quinto Cielo”, no es creación de Dios. La Tierra es obra de Jehová, el Demonio. Por eso son contrarios al matrimonio y a la procreación, que obliga a encarnarse en esta tierra a los espíritus angélicos.

Parece que también aceptaban una especie de suicidio místico, llamado "Endura". Los cátaros sólo creían en el Evangelio de San Juan y afirmaban que Cristo no se encarna en el mundo de la materia y sólo actúa desde el plano astral, pudiendo ser, en verdad, el Arcángel Gabriel. Todo esto es lo que se sabe de los cátaros. Lo que no se sabe es mucho más. Practicaban la magia y eran videntes. Su relación con la civilización de los trovadores y la iniciación del "amor puro", de la "locura de amor", está documentada, habiendo existido trovadores que profesaron abiertamente el catarismo.

En el sur de Francia, en la vecindad de la bellísima ciudad medieval de Carcasona, los Cátaros construyen, sobre la cumbre de una empinada montaña, conforme a leyes astrológicas, según afirma Fernand Niel, un castillo de leyenda: Montsegur. Ahí residen sus más altos sacerdotes, hasta que esa fortaleza, conjuntamente con las grutas fortificadas de los Pirineos, cae en manos de la Cruzada Albiguense, dirigida por Simón de Mont Fort. Todo es destruido, todo... salvo el Gral.

Un Alemán

En 1932 se publica un libro extraordinario, que al ser traducido al francés produce una verdadera conmoción en toda la región del Languedoc: "La Cruzada Contra el Gral"¹⁸, de Otto Rahn. Su autor sostiene que los cátaros, en su castillo de Montsegur, custodiaban el Gral pagano, las "Tablas de la Ley" de los Arios, de los hiperbóreos. Cuando la caída del castillo, cuatro iniciados cátaros logran escapar con el "Tesoro" y lo ocultan en una de las cavernas de los Pirineos. Los nombres de tres de estos cátaros se encuentran en los Archivos de la Inquisición de Carcasona. El nombre del cuarto se desconoce.

Por años Otto Rahn viajó e investigó en la región. Fue en verdad un precursor de la espeleología moderna. Su libro es sin duda un documento de la leyenda y también de la ciencia. Se basa en el poema del Gral, "Parsival", de Wolfram von

18. Hoy ha sido traducido al castellano y publicado en España.

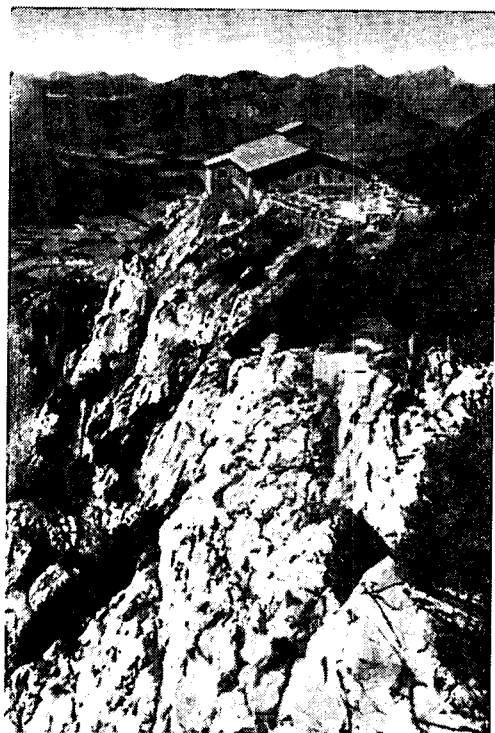
Eschenbach (que también sirviera de base al “Parsival” de Wagner), en la filología y en la literatura que sobre los cátaros existe. Conversa con los eruditos y los místicos del Languedoc, revisa los archivos, no deja nada por investigar. Luego, continúa su búsqueda a través de Europa y escribe otro libro: “La Corte de Lucifer”¹⁹. Es también su último libro. Porque Otto Rahn se suicida, a la manera de sus héroes, poco antes de comenzar la segunda guerra mundial. Voluntariamente, al parecer, se huela en una montaña de los Alpes tirolenses, en la frontera actual entre Alemania y Austria. Mucho después, se le encuentra muerto, sentado sobre una roca, con el rostro apoyado sobre una mano y contemplando apaciblemente los glaciares. Otto Rahn tenía sólo treinta y nueve años.

Un Francés

He conversado largamente y mantengo correspondencia con René Nelli, erudito del catarismo y de la civilización y literatura de los trovadores provenzales, autor de “El Misterio Cátaro” y “El Erotismo de los Trovadores”, entre otras importantes obras. Fue él quien me dio a conocer a Otto Rahn. En su casa de Carcasona, rodeado de reliquias y de textos raros, en una atmósfera de antigua civilización occitana, me contó lo siguiente: “Si los alemanes hubieran ganado la guerra habrían reconstruido el castillo de Montsegur. Al cumplirse los 700 años de la caída de Montsegur, el 16 de marzo de 1944, un avión alemán sobrevoló la ruina de Montsegur y trazó con humo en el cielo la cruz céltica. ¿Quién iba en ese avión? ¿Qué posible conexión pudo existir entre el Nacional Socialismo y los “Perfectos, los Puros” cátaros, que creían que este mundo era obra de Satán y sólo aspiraban a dejarlo, hasta suicidándose en la “Endura” (ayuno, penitencia extrema)?”.

Un libro recién aparecido: “Nuevos Cátaros para Montsegur” (“Nouveaux Cathares Pour Montségur”), de Saint-Loup, autor de “El Rey de la Patagonia”, “La Noche Comienza

19. También ha sido traducido y publicado en España.



“Kehlsteinhaus”, el “Nido de Aguila”, refugio de Hitler en la cima de una montaña en Berchtesgaden. Su semejanza con Montsegur llama la atención.

en el Cabo de Hornos”, “Desde el Aconcagua al Cabo de Hornos”, “Los Heréticos. Historia de la División SS Carlo Magno”, “Los Voluntarios. His-

toria de la Legión Voluntaria Francesa”, “Los Nostálgicos”, etcétera, pretende dar la respuesta. Dice que quien volaba sobre Montsegur era Alfred Rosenberg, el filósofo del Nacional Socialismo, autor de “El Mito del Siglo XX”.

Saint-Loup sostiene que Otto Rahn, después de la aparición de su libro, “Cruzada contra el Grial”, es decir, después de 1933, fue hecho miembro dirigente de las SS Negras de Hitler –Orden secreta e iniciática, al estilo de los Templarios, según Saint-Loup– y que, por instrucciones de Rosenberg, volvió a buscar el Grial en las cavernas de los Pirineos, donde lo ocultaran los cátaros en el siglo XIII, después de la caída de Montsegur.

Siempre según Saint-Loup, Otto Rahn no encontró el Grial.

Difícil es saber cómo Saint-Loup ha obtenido esta información. Existen coincidencias de un tipo más bien externo (hábitos negros en los cátaros y las SS; el Castillo de Montsegur y el Nido del Aguila de Hitler, en Berchtesgaden). Es cierto,

se desconoce hasta la fecha lo que el catarismo realmente fue y lo que detrás de la Orden SS Negra funcionaba. Los más importantes documentos cátaros habrían sido quemados por la Inquisición (su tradición era más bien oral, como la védica), o se han hecho desaparecer voluntariamente. También los de las SS y los de los centros nacional-socialistas de investigación sobre la magia, que se constituyeron en Munich, por ejemplo. Se sabe de un profesor joven de la Universidad de Viena, erudito en magia, investigador serio en la historia de esta arte, que fue llevado por los alemanes a su Instituto de Munich y no regresó a Austria después de la guerra. Nunca más se ha vuelto a saber de él.

René Nelli se encuentra perplejo y vacilante. Saint-Loup, al ser interrogado sobre las fuentes de su información, se niega a revelarlas.

Las SS Negras continúan, por su cuenta, en plena guerra ya, la búsqueda del Gral en los Pirineos del Languedoc.

René Nelli confirma que científicos alemanes, geólogos, etnólogos, antropólogos, disfrazados de milicianos franceses, recorrieron frenéticamente las cavernas de los Pirineos, durante la ocupación alemana del Languedoc. Investigaban en esas grutas, que hace más de siete siglos sirvieran de último refugio a los sacerdotes, guerreros y señores cátaros. ¿Qué buscaban? El Gral.

Según Saint-Loup, las SS de Hitler encuentran el Gral y lo transportan a Berchtesgaden, ya al final de la guerra. El libro de Saint-Loup "Nuevos Cátaros para Montsegur" se inspira en la epopeya grandiosa y dramática del Languedoc (tan parecida a la irlandesa) y su lucha por alcanzar nuevamente su independencia dentro de una "Europa de patrias carnales", como él y los SS la llaman²⁰. Cree que esto se habría logrado con el triunfo alemán. La mayor parte de su libro está basado en hechos. Hechos históricos son la búsqueda de los alemanes en las cavernas pirenaicas y el vuelo del avión sobre Montsegur, trazando con humo la cruz céltica, en

20. La "Carta de Charlotemburgo", dada a conocer y publicada por las SS al final de la Guerra, con su "Nuevo Orden Nazi".

el 700 aniversario de su caída. También la partida de una columna alemana de oficiales de las SS, fuertemente custodiada, en dirección a Berchtesgaden, portadora de “algo” hallado en los Pirineos.

Según Saint-Loup, los alemanes tampoco alcanzan a descifrar el Gral²¹. Al final de la guerra, el 2 de mayo de 1945, derrotada Alemania, otra columna compuesta de oficiales escogidos, de una “División de Waffen SS”, sale de Berchtesgaden en dirección a un glaciar del Tirol austríaco (en Zillertal) cerca del Refugio actual de Furtschlag y no lejos también de donde muriera Otto Rahn. Lleva el Gral. Allí se lo oculta nuevamente para que sea reencontrado por las generaciones del futuro. Tres de los altos jefes de la “Waffen SS”, un francés, un americano y un noruego, parten en un avión, que despegue de la carretera Munich-Salzburg, en dirección al Tibet.

En “El Retorno de los Brujos”, Pauwels y Bergier sostienen que existieron conexiones misteriosas entre el Tercer Reich y el Tibet. Dicen que las instrucciones de persecución a los gitanos (¿y a los judíos?) habrían sido transmitidas desde el Tibet, y que una división tibetana lucha hasta ser completamente destruida en la última batalla de Berlín.

El Nido del Aguila de Hitler, en Berchtesgaden, en los Alpes bávaros –que no hay que confundir con su chalet, que quedaba mucho más abajo–, está sobre la cumbre empinada de una montaña y puede hacer pensar que ha sido edificado recibiendo como inspiración el Castillo de Montsegur de los cátaros. En el Nido del Aguila también se habría guardado el Gral, según Saint-Loup.

Un Chileno

Creo haber sido el primero, quizás si en todo el mundo, en aquella época –durante la Guerra–, en escribir en este mismo sentido y sobre estos mismos temas. Mi investigación

21. Sí, lo descifran y ello les permite la construcción espiritual del “Disco Volante”, conjuntamente (sincronísticamente) con la recuperación del “órgano hiperbóreo” del *Vril*.

posterior en India, donde También se habla de “Aryana Vaiji”, el hogar primigenio de los Arios (“El Hogar Artico en los Vedas”, publicado por Gangadhar Tilak en 1956), y ahora mi investigación sobre los cátaros, en relación con la filosofía de amor “tántrica”, me han llevado nuevamente a encontrar las huellas de un Mito.

Al igual que Saint-Loup, yo recorrí las regiones del sur de Chile, pero llegué mucho más lejos que él, hasta la Antártida, en busca de los misteriosos “oasis” de aguas templadas, que existen en medio de los hielos. (Un curioso libro, de un húngaro, Ladislao Szabó, afirma que, al finalizar la guerra, un misterioso convoy de submarinos alemanes se dirigió a la Antártida, portando un “gran secreto”). Pensé que allí encontraría el Gral, transportado desde los lejanos hielos del Norte, desde “Aryana Vaiji”, desde Groelandia, desde el Artico, a los profundos hielos del Sur, para reunir los extremos terrestres. Allí, en las praderas de nieves, junto a las enormes barreras, busqué desesperadamente las “Claves” perdidas que pudieran revelarnos el secreto de la Totalidad. (Todo esto fue descrito en mis libros “Quién Llama en los Hielos” y en “La Antártida y Otros Mitos”). Después partí a la India, Patria Nupcial de la leyenda, para concluir también que su yoga conocida ha perdido las claves...

Saint-Loup cree que hay ya “Colonias” en el Sur del Mundo, que custodian el secreto y viven conforme a la “Ley”... El las buscó, sin hallarlas. Hay quienes piensan que esas “Colonias” estarían compuestas por “Les Nouveaux Cathares”.

Dioses y Demonios

En los glaciares del Tirol, en los Oasis de la Antártida... ¿Dónde se guarda hoy el Gral? Tal vez en lo más profundo del corazón. Porque el Gral es la “Flor Inexistente”, la exteriorización de Algo, de un Tesoro, que sólo dentro de nosotras existe y que únicamente allí podrá ser hallado. Prisioneros de esa tremenda emoción subjetiva, al proyectar la visión al mundo externo, somos las primeras víctimas de nuestras propias “creaciones mentales”. El Mito, la Leyenda, el Arquetipo nos quemarán en su fuego y nos arrebatarán de la tierra en las llamas que les pertenecen, reduciéndonos a cenizas

junto con esos sueños. Hay una promesa de un “talvez renacer”, en un mundo de puros símbolos. He aquí la agonía del terrible Juego. Tanto los que afirmaron que “el Reino no es de este mundo”, como los que creyeron que lo era, al ser voluntaria, o involuntariamente prisioneros del Arquetipo, del Mito, fueron arrebatados por las llamas. Y el fuego alcanzó hasta los hijos de los hijos de sus hijos. La desaparición material del mundo podría producirse por la absorción por un Arquetipo. Lo que la psicología contemporánea llama Arquetipo son los Dioses y Demonios de la Antigüedad. No es necesario repetir sus nombres; aún hoy día ellos deberían ser pronunciados en voz baja...

ME DESPIDO DEL ARBOL

No puedo partir de esta trágica y bella tierra serbia sin despedirme de mi amigo el Arbol, del bosque de Beograd. Sé que ya no lo veré más. Junto a él he estado con Indira Gandhi, tomados de la mano y en silencio. Ella recogió algunas de sus hojas, caídas en el otoño. Las guardaba. ¿Qué habrá sido de ellas? ¿Dónde se hallarán ahora? Estoy parado solo, frente al árbol. Se desprende de él su hada y me habla:

“¡Arriba el corazón!... Nos veremos de nuevo, alguna vez. Tienes que buscarme en un bosque de tu Patria, en el Sur del Mundo, reencarnado en un alerce del Melimoyu. Trata de reconocerme, llámame y yo volveré a hablarte y te contaré de *Ella*, ayudándote a reencontrarla. Por ahora debes partir. Tenemos que separarnos. Porque ya te queda poco tiempo para tu búsqueda en la vieja Europa y en el mundo exterior. Deberás replegarte en el oasis de tu propio corazón. Desde allí vendrá el *Avatâra*, el *Ultimo Avatâra*, a rescatarte... Sieg Heil!”.

APRENDO A VESTIRME Y A MIRAR

Yugoslavia fue casi más importante que la India, que Austria y aun que mi permanencia en la vieja Casa Camuzzi, de Hermann Hesse, en Montagnola, si tomo en cuenta una experiencia única, que marca un hito definitivo en esta Ronda del Eterno Retorno, pudiendo “sacarme” hacia “algo no soñado ni por los más grandes utopistas”, como pensaba Nietzsche.

Ocurren estos sucesos fundamentales como si se produjeran por casualidad.

Muchos de ustedes habrán experimentado, al llegar a cierta edad, el cansancio y el aburrimiento de tener que desvestirse en la noche y nuevamente vestirse en la mañana, llegando a envidiar a los animales, sobre todo a los perros y a los gatos, que se acuestan y se levantan sin tener que cambiar de “ropas”.

Medité sobre esto mismo, sentado en mi cuarto junto a la estatua de Shiva, y llegué a la conclusión de que la solución para el hombre se hallaba, como siempre, en transformar (transmutar) el hábito en rito. Cosa que, por lo demás, ya había sido hecho por los emperadores, los reyes y los sacerdotes. El ritual de vestir a un Monarca o a un Papa es algo conocido, y quien ayuda en este rito será condecorado u obtendrá un título de nobleza.

En la India, mi mayordomo, Samuel, quien me preparaba la ropa del día, me habría vestido y bañado si se lo hubiera permitido. De este modo lo había hecho con los “*sahab*” ingleses y con los maharajas hindúes.

Decidí también inaugurar mi “rito”, yendo más lejos que un rey, o un sacerdote: empecé por vestirme y desvestirme el cuerpo.

Y fue al final de mi permanencia en Belgrado cuando escribí sobre tan importante asunto y publiqué un artículo en “El Mercurio” y en “La Prensa”.

Al releerlo, junto con los anteriores, me doy cuenta de lo mucho que se ha descendido en el nivel intelectual, mental y cultural en Chile y en el mundo. Estamos al final del *Kaliyuga* (Edad del Hierro) y entrando en el Yuga de Plomo. En aquellos años, “El Mercurio” estaba dirigido por intelectuales y escritores. Con la muerte de René Silva Espejo, todo cambia; una clase sectaria se apodera de los puestos claves en la prensa y la información del país, imponiéndole las líneas secretas de la Gran Conspiración. Además, se trata de impedir el “despertar”.

Creyendo difícil poder expresar mejor el suceso al que me refiero, también voy a reproducir aquí mi escrito de 1966.

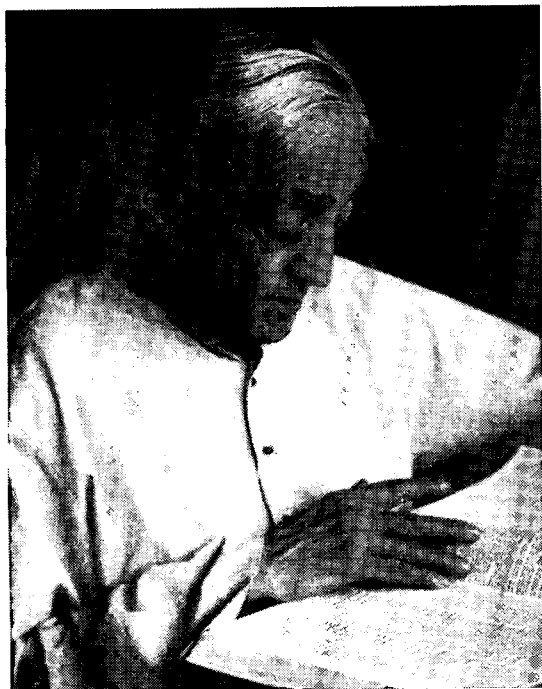
UN DÍA DE VIDA

La Ensoñación

Algunos años antes de su muerte, encontré a Aldous Huxley en India. Me refirió los últimos momentos de su amigo D. H. Lawrence: el escritor se vio fuera del cuerpo, contemplándose agonizar desde un rincón del cuarto. Le pregunté a Huxley si practicaba yoga y me respondió que únicamente se esforzaba por permanecer “consciente”, “alerta”, siguiendo las recomendaciones de Krishna Murti. Huxley consideraba a Krishna Murti uno de los hombres más interesantes de nuestra época; por esos días iba a visitarle a Madras.

También Gurdjieff y su discípulo Ouspensky predicaban la doctrina de “estar alerta”, de “despertar”. Según ellos, la vida se desenvuelve en un círculo de ensoñación, girando la mente del hombre entre cascarones de imágenes inconclusas, proyectos de ideas, vagas sensaciones, reflejos de sueños diurnos y nocturnos que ocupan la atención de las veinticuatro horas del día y de la noche, aún en el trabajo, ejecutado mecánicamente, “inconscientemente”. De este modo nuestra vida se diferencia poco de la de un animal o un árbol, en un estado apenas un poco menos nebuloso de conciencia; vida vegetativa, en verdad, suelta, perdida, inútil. Creemos vivir, creemos ser hombres y sólo somos proyectos de lo humano-espiritual, cascarones que giran en círculos desgarradores, que no viven, no gozan, ni sufren realmente. (“Dejad que los muertos entierren a los muertos”). Nadie vive y, por lo tanto, nadie muere.

La técnica que Gurdjieff y Ouspensky trataron de imponer para el logro del “despertar” es un poco la ciencia de lo absurdo, de los hechos gratuitos, de las acciones inesperadas e ilógicas, con el objeto de producir “choques” capaces de mantenernos despiertos. Es, sin embargo, una técnica esencialmente racionalista, que descarta la Gracia y el contacto con esas fuerzas que residen más allá del límite del sueño, en la otra orilla, a la que Rilke llamaba el Ángel y Jung, lo “psicoide”; es decir, aquello que sólo parcialmente es psíquico, que trasciende la psiquis; una base espiritual, más allá de Maya, como dirían los hindúes, más allá de la red de lo



Krishna Murti.

ilusorio. Maya es el mundo de la psiquis, que se alimenta por los sentidos.

Según Krishna Murti, el camino del despertar lleva hacia un estado de conciencia continua: ser cons-

cientes de nosotros mismos y del mundo que nos rodea, como me explicaba Aldous Huxley. Para ello, no solamente hay que “mirar”, sino, también, “ver”.

Mirar y ver. La mayoría de nosotros pasa por el mundo mirando, pero sin ver. Miramos todo y no vemos nada. Nuestra mirada es como un insecto que se posa en muchas flores y de ninguna extrae miel. Salta nerviosamente de un sitio a otro. Ahí están los ojos, pero van ciegos. La ensoñación interior, el vago rumiar de ideas y recuerdos, es una tela espesa entre nuestro mirar y el mundo. Krishna Murti cree que hay que romper esa tela, perforarla, alcanzar a la cosa en sí. Le he oído preguntar: “¿Quién ha visto un árbol? ¿Quién ha contemplado un niño, el rostro de su esposa o de su amigo? ¿Quién ha visto el rostro de un niño en la cara de un hombre? ¿Quién, la luz del cielo reflejada en los ojos de la amada? ¿Quién ha contemplado luchar un árbol contra el viento del monzón?”.

Angustiado, comprendiendo que tampoco yo vivía, que sería un muerto más “enterrado por muertos”, fui a visitar a

Krishna Murti, para pedirle que me enseñara a mirar, a ver. Y poder cruzar también las riberas de Maya...

Respondió a mis consultas deteniéndose a contemplar una flor en su maceta. Lo hizo de tal modo, con tanta concentración, que algo así como un vacío del aire fue creado en torno suyo.

Después, me explicó: "Hay que mirar con el consciente y lo inconsciente, para que se termine el ensueño, aun el sueño de la noche, pues, si todo se pone en el esfuerzo, ya no resta nada para soñar".

La Armadura del Guerrero

Muchos años han pasado, años en los que estoy parcialmente vivo o parcialmente muerto; años en que me toma la vorágine de las acciones mecánicas, con las cuales creo estar haciendo algo por mis semejantes, estar también "trabajando para ganarme el pan", para vivir, cuando de cierto sólo estoy edificando para la muerte, "enterrando mis muertos", desperdiciando el significado metafísico, espiritual del tiempo, que es el verdadero látigo del despertar.

En el camino del despertar no hay maestros, cada uno tendrá que ser el suyo propio, descubriendo el paso, el sendero, que va por sobre el filo de una navaja. Personalmente, me parece que éste deberá ser poesía pura, también mística arrobada. Es decir, al "ver", se experimenta una emoción de belleza y de gracia (los pintores tal vez conozcan de esto) a la cual debiéramos asirnos con todas nuestras fuerzas, hasta alcanzar la ayuda del Angel, que nos salve de caer en ese otro mecanicismo al revés que enseñara Gurdjieff.

La vida se transforma, y es muy posible que baste con un solo día de conciencia, un solo día de vida verdadera, para que ya lleguemos vivos a nuestra muerte, tengamos nuestra propia muerte como tuvimos nuestro día de vida. Merecer un día de muerte, no ser ya "muertos enterrados por muertos", tener nuestra propia muerte, como pedía Rilke.

Vamos, entonces, a tratar de ganarnos un día de vida, comenzando hoy, sin más tardanza. La noche ha transcurrido como muchas otras; comprendemos que los sueños no han sido reveladores, más bien han sido una prolongación nebu-

losa del día, un deslizarse entre sombras y humores. Nos levantamos con el sol y nos dirigimos hacia el balcón, que da sobre una pequeña colina con árboles. Nos proponemos ver algo en el amanecer, cualquier cosa, un objeto; pero en el trayecto nos asalta una duda, que podría expresarse así: "¿Con qué vas a mirar si no tiene ojos? ¿Con qué vas a salir al balcón si no tienes cuerpo?"

Nos detenemos a medio camino entre el dormitorio y la terraza. Es cierto, nos decimos, no tenemos ojos, no tenemos cuerpo, nunca los hemos tenido; porque nunca hemos sido conscientes de tenerlos. Venimos saliendo del sueño de la noche y estamos dispuestos a vestirnos las ropas de todos los días, que cubrirán un fantasma inexistente, un cuerpo de humo. Sólo el alma está ahí, desnuda y también difusa, teniendo, a veces, sólo un brazo, una pierna o una cabeza a medio construir. "Sí, es necesario, antes de intentar ver, antes de caminar, vestirnos el cuerpo sobre el alma".

Nos dejamos caer sobre una silla y empezaremos a vestirnos la materia. Nunca lo habíamos hecho antes; se nos ha ocurrido ahora, como si recibiéramos una orden venida de lo profundo.

Comenzaremos por los pies, tratando de darles conciencia, de escucharlos, de conocer sus requerimientos. Continuamos por las piernas, el vientre, por dentro y fuera; el hígado, los riñones, el corazón, la circulación de la sangre, los pulmones, el pecho, la garganta. Aquí nos detenemos y empezamos de nuevo, por la columna vertebral, subiendo lentamente, como por un árbol, hasta llegar al cráneo.

Comprendemos que nos hemos puesto una armadura, ajustándola sobre nosotros mismos. Estamos listos para iniciar el combate, como un guerrero que desea tomarse por asalto la eternidad.

Nos asomamos al balcón. El primer combate será aquí contra la copa de un árbol que se inclina sobre el barandal. Trataremos de conquistar ese reducto. Los ojos están prontos para ser usados. Los dirigimos hacia el árbol, aún oscuro en el amanecer. Y ahora comprendemos que la lucha será muy dura. El enemigo ataca en todos los frentes, disparando sus proyectiles. Nos asaltan los recuerdos; embriones de ideas, imaginaciones violentas, asociaciones inesperadas. En un

segundo estamos en la infancia, recordando escenas olvidadas en los años; luego vienen rostros de mujeres y amigos, palabras, sonidos que tratan de robarnos este segundo: el balcón, la copa del árbol.

Con esfuerzo y desesperación luchamos por mantenernos firmes, por desechar las imágenes que nos distraen, por vencer el sueño. La armadura cruje, se estremece entera en el esfuerzo de la voluntad que la mantiene inmóvil allí. La intuición nos dice que en la ferocidad del ataque se oculta una debilidad. El enemigo gasta sus municiones, atacando con una intensidad que no podrá ser mantenida. Rogamos al Angel –a nuestro El, a nuestra Ella– que nos ampare, que nos permita “ver”. La plegaria es escuchada y, en ese instante, algo así como un rayo cae del cielo y el velo se rasga sobre la copa. Allí está entonces el árbol, oscuro en el amanecer, pero nimbado de una luz increada. Sobre él se detienen unos pájaros –son cuatro– e inician una danza sobre las ramas. Los descubro como a los pájaros de las pinturas chinas y japonesas. Se van alternando en las ramas, en un ritmo litúrgico, como cumpliendo con una señal exacta, o un trabajo dentro de números arquetípicos. Se mueven junto con el Destino y sus saltos, prefijados, son como una consigna, un lenguaje, una conversación que, en ese instante, estoy seguro de entender en lo profundo. Es el mensaje hermético de la copa del árbol.

Mas, ¡ay!, demasiado luego todo termina. Unos cuantos segundos, y de nuevo la tela de Maya se extiende, las imágenes mentales regresan. Ahí está siempre la copa del árbol; pero ya es el árbol de todos los días, y los pájaros saltan en desorden. Su vuelo nada significa. Todo ha tornado al caos, se ha salido de la Ley. La Palabra ha sido olvidada, el lenguaje de Asis es indescifrable.

El Tierno Adolescente

Sin embargo me propongo continuar con los árboles. Antaño, en los Himalaya, en el Valle de las Flores, aprendí el lenguaje de las plantas. También guardo de mi juventud andina el preciado tesoro de la conversación con un arbusto. Trataré ahora de conversar con un árbol.

Aquí, en esta colina, hay algunos abetos. Están allí desde siempre, pero es como si hoy recién los descubriera. Repitiendo la técnica anterior dejo que el enemigo se desgaste, sin resistirlo demasiado, esperando el momento en que pueda abrir una brecha en sus filas. Así acontece nuevamente.

Al frente del grupo de arbolillos se yergue uno muy grácil, con sus ramas siempre verdes en este otoño europeo. Lo estoy viendo y una suave ternura se desprende de sus débiles ramas y tronco. Ese árbol es como un adolescente que necesita ayuda y guía para crecer. Recibe ahora mi mirada y me agradece; me responde, moviendo al unísono sus ramas y sus hojas, en un agitarse alegre, en un estremecimiento de placer, que encuentra su mejor aliado en el viento. Su palabra es ésta: “Me hace falta tu mirada, la necesito para poder crecer. Te esperaré todas las mañanas y te devolveré tu amor en ondas verdes, aun cuando me cubra de nieve. Creceremos juntos, nos salvaremos juntos”.

Al compás del viento, sus tiernos miembros, sus débiles ramas, parecen extenderse en un gesto imposible, como si ellos también quisieran asirse a Dios.

Salgo de esta contemplación como si retornara de muy lejos.

Sin embargo, no son los ojos que han mirado. Es otra cosa; porque no es ésta una contemplación racional. Es el Consciente y lo Inconsciente que trabajan juntos—como explicara Krishna Murti—. Creo que esta forma de mirar podría ser practicada aun cuando se perdiera la vista. He aquí su milagro.

Los Tesoros del Otoño

Al terminar el día salgo a recorrer los senderos del pequeño monte, iluminados por faroles de luz opaca. Se me aparecen casas y portales nuevos, aun cuando siempre estuvieron ahí. Una estrella en lo alto me hace guiños y sus ondas me alcanzan. Comprendo la verdad de la astrología y cómo la influencia de esos mundos permanece siempre viva sobre nuestras cabezas; pero nos cortamos de sus poderes para vagar en un universo de autómatas.

La noche es fría, láminas de hielo cruzan sus paredes en este otoño de Europa. Me detengo junto a un farol. Su luz cae a raudales, derecha sobre un árbol que se deshoja. Sostengo allí mi último combate y logro percibir la simbiosis increíble de ese ser vivo y de esa cosa. Como instrumentos de una orquesta, juegan dentro de la luz. Ambos viven hoy en mi mirada, y también intervengo en la sinfonía como un elemento predestinado. Veo caer las hojas del árbol, flotando en la luz como en un agua consistente, amontonarse en el suelo, como plumas secas, como escarcha de oro antiguo. Hacia mi corazón pasa la idea de estar junto al tesoro del otoño, en una colina de oro viejo, en un cuarto lleno de hojas de oro, como antaño lo estuvieran los españoles junto al oro del Inka.

El Otoño me ha entregado su secreto, su pura poesía de luz espiritual.

Cargado de hojas y de estrellas vuelvo a mi cuarto, pensando que también no habré dejado nada para el sueño, porque el sueño, su atmósfera mágica, se ha entrelazado con el día, con su duro trabajo y con sus frutos.

Las visiones de los que “miran” y “ven” sólo pueden compararse con aquellas que se obtienen durante los “desprendimientos astrales” cuando, de improviso, a media noche, se abren las cortinas del sueño y nos encontramos frente a un mundo violento, de luz y sombra, con imágenes alucinantes, captadas no sólo con los ojos sino por todo el ser, y que son más reales que la realidad.

El Rostro de Shiva

Pienso en Rilke. Pretendía “salvar a la tierra, transportándola a lo invisible”, mirando y viéndola con entrañable amor. Nos llevaremos de aquí un nombre, decía, el de una flor, el de una fontana, el de una genciana amarilla, el de una hoja de otoño. Y Jung creía descubrir un mito para el hombre de nuestro tiempo “dando conciencia a la oscuridad del Creador”. En su Torre de Bollingen, el gran sabio saludaba todas las mañanas a sus cacerolas y sartenes, a los humildes objetos que le acompañaron en su tránsito por este mundo. Les daba los buenos días. También él había iniciado un

diálogo con lo aparentemente inanimado. También había descubierto el lenguaje del “Pobrecito de Asís”.

Sabemos que el Padre Teilhard de Chardin, como Sri Aurobindo, creía que el hombre había alcanzado un límite en su evolución biológica, que sólo podría cruzar cambiando de estado. La evolución biológica se ha detenido, al parecer, y es en el Espíritu (en la “Noosfera”) donde se operará la gran transformación, la que al comienzo será imperceptible. Pero este cambio de estado deberá cumplirse voluntariamente, tal como siempre lo ha afirmado la Yoga. Es decir, el alma deberá ser creada por el hombre, porque la Eternidad se alcanza dentro de este libre albedrío. La Vida Eterna se halla, así, en potencia, es una virtud interior que hay que desarrollar, “inventar”. (“Bienaventurados los que no vieron y creyeron”).

Somos, de este modo, los tejedores de nuestra propia alma, de esa “Túnica de Neso”. Somos los guerreros que deberán abrir un forado con su lanza en la espesa red de Maya, la Ilusión.

¿No será, entonces, por aquí, por estos senderos del “mirar” y del “ver” por donde va la ruta secreta, escondida, que lleva a ese límite invisible y aparentemente



La cabeza de Shiva, sobre las hojas de otoño de Beograd. Foto tomada por el fotógrafo yugoslavo Georgevich.

infranqueable de un cambio de estado, más allá de “ese techo de todas las velocidades y temperaturas”?

“Mirar” y “Ver” todo: la vida diaria, el trabajo, el hogar, el amor, el goce y el sufrimiento; mirarnos a nosotros como al mundo y al mundo como a nosotros. Ser actores y espectadores a la vez. Espectadores de nuestra vida y de nuestra muerte, de nuestra salud y de nuestra enfermedad, de nuestra riqueza y nuestra miseria. “Ver el rostro de un niño en la cara de un hombre. Ver un árbol contra el cielo del monzón”.

Entonces, sólo entonces, habremos vencido a la muerte, habremos pasado a “otro canal del Tiempo”.

Tengo aquí, en mi cuarto, una cabeza de piedra del dios hindú Shiva. Fue esculpida por un escultor anónimo hace más de mil años en la ciudad india de Khajuraho. Shiva tiene los ojos cerrados y parece estar contemplando por dentro el río eterno de las cosas. Trato de ver lo que él ve. Todos los días me detengo junto a esta cabeza de piedra, a estos labios de piedra, a esta mirada seca, y me esfuerzo por penetrar su terrible secreto. A veces me parece lograrlo. Creo entender que Shiva mira sin apegarse a nada, contempla el río eterno del mundo, siempre alerta, siempre consciente, por debajo del sueño, ajeno y a la vez unido, formando parte de ese todo, uno en la diversidad. Su expresión es de goce sensual, suave y supremo. Pero también descubro, a veces, según como caiga la luz sobre la piedra legendaria, una sombra de dolor profundo, de piedad infinita, tras las capas del goce, como si ahí también se reflejara el padecer oscuro de la Creación.

Belgrado, 17 de abril de 1966

ADIOS A LOS BOSQUES

Ya no volveré a ver los bosques de Beograd, ni los bosques de Viena, ni la Selva Negra; tampoco volveré a ver los bosques de mi Patria. Grandes incendios destruyen los árboles de la tierra. Se encienden por los cuatro horizontes, en el sur de Chile, en el centro y en el norte, donde aún existan árboles vernáculos. ¿Quién los provoca? Al igual que con los *Ovnis*, existe una conspiración del silencio y un plan de desinformación. Pero algunos investigadores lo han revelado en el pasado: los extraterrestres se alimentan de

la sangre de los hombres, y cuando no logran producir guerras apocalípticas recurren a los grandes incendios de bosques. Buscan su alimento por todo el Universo, convirtiendo los astros en desiertos. Marte, la Luna y, ahora, la Tierra. Sus agentes les preparan el banquete desesperado.

Por osmosis absorben la energía de los órganos internos del cuerpo humano y de la sangre de los aún vivos y de los recién muertos. Las instrucciones de Jehová en el Antiguo Testamento, para que sus acólitos les ofrenden los órganos humanos del sacrificio, son las de un experto "*chef de cuisine*". En Tenochtitlan, los sacerdotes aztecas les preparaban su alimento con los corazones del pueblo y la sangre era el vino que corría a raudales por las pirámides escalonadas.

Las dos guerras mundiales fueron un banquete colosal. Pero ahora están hambrientos, les falta el sustento y deben recurrir al incendio de los bosques que los revitalice, tal como cuando nos sentamos en invierno frente a la chimenea para calentarnos. Están ayunando, están a pan y agua. Pero sólo por un corto tiempo. Porque ya pronto llegará el banquete final, cuando sus agentes les entreguen el control sobre el "establo", para poder cumplir a diario con el sacrificio de los esclavos en las pirámides levantadas en el sur del mundo. El resto será desierto.

Y en la cúspide de la gran Pirámide habrá un Ojo vigilante, siempre abierto.

Y el Número 666.

* * *

Le ha llegado a la Tierra el turno de morir. Aquí están ya los gusanos triunfantes, los encargados de destruir el cadáver. En verdad, siempre estuvieron. Y la lucha por sobrevivir fue contra ellos. Pero se cumplió el plazo de los años y ahora sólo queda por salvar el alma del astro para que también no muera con su cuerpo: *La Tierra Interior*, la *Otra Tierra* de Platón. Y ésa ya está a salvo, intocada, gracias al *Ideal* defendido por aquellos que, sin saber que no podían morir, porque son Dioses, porque son *Divyas*, estuvieron dispuestos a entregar lo que ellos creyeron era su única vida, en el combate eterno. (Los que creyeron que "su sangre salvaría a Chile").

Esos ya están en la *Otra Tierra*, en el alma de la tierra. Los que aquí quedamos, librando la Batalla de la Retaguardia, tenemos por misión impedir el mayor tiempo posible a los gusanos en su trabajo de apropiarse de las últimas energías terrenales y no permitir que “el desierto se extienda”, como profetizaba Nietzsche. Nuestra misión es transmutar esas energías restantes, por medio del *Ideal*, aún a costa de nuestras propias vidas, de modo que, cuando se abra la Tumba de la Tierra, allí no se halle tampoco el cadáver, pues habrá sido resucitado en un cuerpo invisible, de *Vrâja* inmortal. En la Otra Tierra, en la Hiperbórea Celeste, en el Walhalla de los Dioses y las Walkirias.

Y alguien, algún día (¿Yo? ¿El?), también reconocerá la antigua Tierra resucitada. Porque ahí estará mi Arbol renacido, inmóvil como un Dios. Porque los Dioses y los Arboles no se mueven. Sólo los agita el viento.

TERCERA PARTE

EN EL LUGAR DE LA INICIACION

Viena es una ciudad melancólica. Su ubicación hacia el Este la impregna de la tristeza del alma esclava. Heredé una antigua mansión, en Hietzing, en Tirolergasse, un bello y romántico barrio, cercano al Palacio Schönbrunn, de los Habsburgos. El Embajador Alfonso Santa Cruz, mi predecesor, vivió allí. Era hermano de Hernán Santa Cruz, de quien he hablado en tomos anteriores, y de Guillermo, camarada del Nazismo de los tiempos de von Marées.

Además de Embajador en Austria, debí representar a Chile en el Organismo Internacional de Energía Atómica, con sede en Viena. Para no alargar más aún estos recuerdos, voy a pasar por alto los acontecimientos diplomáticos de la Misión oficial, tratando de

concentrarme en la esencia de mis otros quehaceres secretos, en esta tierra única, que viera nacer y encarnarse al *Avatâra*.

A poco de llegar fui a visitar la ciudad de Braunau am Inn, donde naciera Adolf Hitler, el convento de Lambach y la ciudad de Linz. Aquí, en un bosque de sus alrededores, se encarnó por primera vez el *Avatâra* en el cuerpo de un joven, cuidadosamente preparado en las Rondas del Eterno Retorno.



Adolf Hitler niño.

Direktor
DR. HANS ZEDINEK
Oberstaatsbibliothekar
i.R.

A 4650 Lambach, Stift,

Wien, den 28. April 1970
V. Margaretenstraße 150/15
115-033

Sr.
Exzellenz
dem s.g. Herrn
Miguel Serrano
Botschafter von Chile

Lugeck 1/V/18
1010 Wien I

Eure Exzellenz !
Sehr geehrter Herr Botschafter !

Für Ihr an meine Wiener Adresse gerichtetes Schreiben vom 17. April 1970,
das mir nach Lambach nachgesendet wurde, danke ich Ihnen verbindlichst.

Wohl hatte ich in Wien, das ich am 8. April nach kurzem Aufenthalt verlas-
sen hatte, um mich wieder nach Lambach zu begeben, versucht, Sie anzurufen.
Es blieb aber nur beim Versuch, da mein Telefon gestört war.

Ich stehe Ihnen nun in der Zeit zwischen dem 4. und 8. Mai - da bin ich
wieder in Wien - zur Verfügung und werde mir erlauben, nach rechtzeitig
telefonisch bei Ihnen zu melden.

Mit vorzüglicher Hochachtung

ergebenst



Am. J. J. J. J.

Carta del Director de la Biblioteca del convento benedictino de Lambach.
De 1970.

Sr. Exzellenz,
dem Herrn Botschafter von Chile,
Miguel Serrano
Länge 1
1010 Wien I.

Ihr Exzellenz!
Sehr geehrter Herr Botschafter!

Ihr Schreiben vom 16. Juni a. e. nahm den Übergang von Lambach nach Gollweig, von Gollweig nach Wien, von Wien nach Regensburg, wo es mich erreicht hat und wo ich mich einige Tage verhalten werde.

Nach der am 6. Mai in Ihrer Botschaft geführten so interessanten Diskussion über den Adel Theodorich Hagis und dessen Personalwappen war ich mir einige Zeit in Lambach, die Übermittlung des mir von der Verfügung stehenden Archivalien und Tagebücher früher noch zu meiner Feststellung, dass der zeitige Adeligenkreis der Kaiser Ludwig in Lambach zu St. Leonhard am gewillt hätte.

Ich möchte in der Folgezeit meine Tätigkeit bei mir in Wien, dem Adel von Gollweig, in Gollweig aufnehmen, um demgemäß eine Terminierung und genaue Beschreibung der dort vorhandenen Gemälde vorzunehmen. Wende sich ein Teil noch in Gollweig sein.

Ich bin mir vollständig in der Lage, Ihnen, sehr geehrter Herr Botschafter, 1.) ein Exemplar des Führers „Beifallsgüterkunde ad Stadt. Wien“ und 2.) die Photokopie des bewährten Archivmusters, das sich im Schreiben, Bd. 575 des Stiftsanlehrs, Lambach befindet, zu überreichen.

Das bewährte Archivmuster ist in deutscher Kurrentschrift abgefasst und stammt aus der Mitte des 18. Jahrhunderts. (ca. 1750).

Da es aber wegen der lateinischen Schrift und der damals gebräuchlichen Sprache von Ihnen vorzuziehen ist. Schrift am liebsten kann nicht gelesen wird daher auch nicht als Empfänger übergeben werden kann, möchte die deutsche Schrift in die lateinische Schrift übertragen und der damalige Sprachgebrauch den heutigen Sprachgebrauch anpassen werden.

Da muss ich aber zum Gedächtnis bringen.

Ich bin
Ihr Exzellenz
angehörig

M. J. Zedinek

En Braunau fui a ver, en su lecho de inválido, al famoso médium Rudi Schneider. Lo cuidaba su mujer, una enfermera. Comprobé la opinión de mi Maestro sobre los médiums: al final son destruidos por las fuerzas que los han usado y que ellos no controlan.

La casa donde nació Hitler se conservaba intacta y los habitantes de la pequeña ciudad de Braunau aún se sentían orgullosos por aquel acontecimiento. Hoy, de seguro, ya han cambiado su actitud, bajo la presión siempre creciente de los que han conseguido hacerlos sentirse criminales, por el solo hecho de vivir en esa ciudad y en esa tierra. He visto en Viena, en la bellísima plaza del Café Mozart, en pleno centro, levantarse hoy una horrible escultura para recordar el “holocausto”. Se obligó al Presidente Kurt Waldheim a propiciar su instalación, bajo la presión de un ataque insistente y con la amenaza de la revelación de su pasado nazi.

El convento benedictino de Lambach es un misterio. Allí, en el coro, cantó Hitler cuando niño y pudo contemplar la Swástika Levógira, colocada en muchos sitios por el Prior Theodor Hagen. Fue en este convento benedictino donde Joseph Lanz von Liebenfels, ex monje cisterciense en Mayerling, habría encontrado algún importante documento, que le llevó a abandonar el hábito y a fundar la Orden Templaria del “Nuevo Temple”, a la vez que a editar la revista “Ostara”, de la “Ariosofía”, donde habló de los poderes perdidos de la raza aria, de Thule, de Hiperbórea y de las Runas. Fui a contemplar la Swástika Levógira y a tratar de encontrar también algún documento. Sólo hallé un escrito en alemán antiguo, sobre la Masonería. Es casi seguro que la *Ahnenerbe* y las SS de Himmler se habrán llevado lo más importante, junto con el secreto de la Swástika Levógira y del Prior.

* * *

Una tarde en Viena, reclinados en el balcón de mi casa de Hietzing, conversábamos de estas cosas con el Embajador del Perú, Manuel Mujica Gallo. Él se refería al pasado grandioso del Imperio austríaco. Yo, pensando en el bosque de Linz, donde Hitler, según su amigo de la infancia, Kuvizek, recibió la Iniciación, con la encarnación del *Avatâra*, le dije:

“—Manolo, no he podido alcanzar físicamente a ese bosque y nada conseguiría con ir de este modo a ese lugar mágico. ¿Cómo

hallar el sitio preciso del *Suceso* en medio de tantos árboles? Esta noche voy a ir en *astral*...”.

EN EL BOSQUE DE LINZ

En mi pequeño rincón de la meditación me instalo junto a la cabeza de piedra de *Siva Ardanasisvara*, hago la “Práctica de Dirección”, pronuncio los *mantras*, me concentro en el entrecejo y espero, paralizando todo pensamiento, toda emoción. Poco a poco, una corriente vibratoria comienza a recorrerme de abajo a arriba, cada vez más fuerte y poderosa, de modo que pronto me siento “fuera”. Es una liberación de todo pensamiento y un aquietarse de la emoción, sin que la voluntad deba esforzarse para ello. No desaparece, sin embargo, la individualidad ni el yo. Estoy flotando, inmerso en un mundo oscuro. Se abre un espacio, por el que penetra un rayo de luz amarilla, que adquiere la forma de un pulpo, con múltiples brazos y poder de succión. Es la peligrosa “corriente lunar”, que me coge por el pecho y siento una presión angustiosa; su inmenso poder me levanta y transporta en el espacio, acercándome cada vez más al astro maligno, cuya superficie gris y llena de cráteres está casi a mi alcance. Comprendo que si no me resisto y venzo quedaré prisionero en ese mundo tenebroso. Y hago el “Signo”, por tres veces, capaz de cortar la “corriente lunar”. Es un alivio indescriptible; de nuevo soy liviano y libre, pudiendo dirigir mentalmente la búsqueda del bosque de Linz (la que me propuse “allá”, en “ese otro lugar”, en el que aún —lo sé, lo siento— también estoy, reclinado y en meditación).

Voy por unas calles nocturnas y solitarias, siguiendo los pasos de un joven que marcha presuroso, con el ceño y los puños apretados. Pronto deja atrás los arrabales de la ciudad y comienza a ascender la pendiente del monte Freinberg, para internarse en un bosque.

“—He abandonado a Gustl”, dice; “ahora estoy de nuevo solo, como siempre”.

Se detiene en un pequeño claro, en la espesura, frente a un árbol iluminado por una extraña luz; luz increada, luz en movimiento. Con intensa alegría reconozco a mi árbol. El joven espera, y habla:

“—Aquí están, aquí llegan. ¿Qué quieren de mí? Tomadme, estoy dispuesto...”.

No los he visto llegar. Sin un ruido, sin que me diera cuenta, sin entender cómo ha sido posible que lo hicieran, una gran nave circular se ha posado allí mismo, en el claro entre los árboles. El joven no se ha vuelto a mirarla, pues sigue con su vista fija en “nuestro árbol”. En la nave se abre una ventanilla. Alguien nos observa. Se corre una escotilla silenciosa y bajan un hombre y una mujer de una blancura casi azul, con cabellos como de oro líquido. Ambos se acercan al árbol y lo abren por la mitad. Suavemente empujan al joven haciéndolo entrar. Lo cierran, lo encierran. Y se quedan esperando. Se produce un temblor en las ramas y el tronco se agita de lado a lado como si el árbol fuera a derrumbarse. Y todo el bosque acompaña, acompasado, ese temblor, cual si ejecutara una melodía, como música de las esferas, o la “Cabalgata de las Walkirias”, o “El Crepúsculo de los Dioses”, de Wagner.

Curiosamente, no me siento un observador separado, ni aparte del extrañísimo suceso. Estoy en ellos, sumergido en cada uno y en todos. Soy también el Disco, la Nave Circular. Y entonces, exclamo:

“—¡Está bien, está bien! ¡Sáquenlo de ahí!”.

Y me dirijo directamente a abrir la “puerta” del árbol. Y no soy yo sino el personaje transparente quien la abre. De adentro sale, no el joven que entrara sino un hombre: ¡Adolf Hitler!

Del Disco se escucha una voz. Y es el mismo Disco que habla, como si fuera un Ser, una Persona:

“—Vengo de Aldebarán. No es la primera vez que lo hago. Visité Hiperbórea, estuve en Sumeria, repitiendo este mismo suceso, este drama, con *Ar-bar-is*, con *Raj-na-ur* y en la presencia de *Ella*. Aquí están nuevamente. Desde ahora en adelante, ya no serás más tú, a lo menos en los grandes momentos. Tú serás *Yo*. Es decir, *Él*. Nada decidirás por ti mismo. Lo decidiré *Yo*. La decisión ya está tomada: Tú (*Nos*), perderemos la Guerra para ganarla. Porque Nuestro *Reich* no es de este mundo. Y digo *nuestro*, porque somos *Nos*. Además, te mantendrás casto, por lealtad a tu *Ella*, la que entrará en ti. *Ella* será tú y tú serás *Ella*. Por eso debes mantener hasta el final las características de tu figura andrógina, desconectada, porque hasta que *Yo* no entre en ti, en los momentos decisivos de este Drama, tú serás nadie, tú serás nada. Y cuando *Yo* esté en ti, serás Dios y nadie podrá desobedecerte ni contradecirte en tu camino espantable, hasta el derrumbe-triunfo final. Mientras tanto, irás construyendo, como Barbarroja, tu refugio

inexpugnable en los hielos del Polo Sur, donde instalarás a lo mejor de tu raza aria, para que allí “nazca dos veces”, renazca, reconstruyendo, resucitando a Hiperbórea. Mientras tanto, te habré enseñado a reconstruir mentalmente este Disco, que es ‘nuestro cuerpo’ y que fue el de nuestros hermanos antes de la caída, pues aquellos que de él salieron y están afuera, son yo mismo y en mí se funden, *redondamente*, una vez que vuelven a entrar. En un Disco así, redondo como Dios, tú desaparecerás antes del fin, con lo mejor de tus guerreros. Y volverás cuando lo desees –pero no lo desearás más– a este mundo en decadencia y agonía. Sólo te conectarás desde arriba para dar inspiración a los que aún queden combatiendo. Pero ellos también tendrán que salvarse solos, abrasados, sobre las inmensas olas del fin del mundo, al madero de tu *Ideal*, que tú dejarás brillando incólume en el Drama inmortal de tu Derrota, sin traicionarlo jamás”.

Hitler levanta el rostro y con los ojos transparentes, de un azul luminoso, exclama:

“–¡Hágase tu voluntad y no la mía!”.

Las figuras doradas del hombre y la mujer, en lugar de dirigirse al Disco, entran en el Árbol, en mi *Árbol*. La Voz dice:

“–¡Yo soy Wotán! Y vengo repitiendo esta Historia por toda la Eternidad...”.

Cuando esta escena se va borrando, como un film que llega a su final, o que carece de fuerza para seguir proyectándose, la *Voz del Señor* de los Ejércitos se dirige a mí:

“–Tú también eres un prisionero del Destino y de la Fatalidad, un prisionero del Mito. Estás condenado a cantar esta Leyenda, aquí, entre los dormidos y los sordos, estremecido, estremeciéndolos, derramando lágrimas de sangre, hasta tu último suspiro, hasta que ya no puedas más, y hasta que dudes de mí y de mi presencia, pues yo no te vendré a buscar... Tú solo tendrás que descubrir el Disco, ser el Disco, ser Dios. Ser *ÉL*. Eres tú el que tiene que venir a Mi. Sólo *Allouine* te ayudará...”.

“–¡También yo!”, dice el *Führer*.

UNICAMENTE LOS ALEMANES Y LOS CHILENOS SUPIERON LO QUE ERA LA AMISTAD

Esta extraordinaria experiencia nunca la había revelado. Poco a poco en estas "Memorias" van saliendo a la luz, tal como lo que me sucediera en la Antártica, que aún siendo muy anterior en el tiempo, se la parece. La he narrado en el tomo II de estas "Memorias". Son las *Revelaciones de los Ultimos Días*, por lo tanto no importa ya relatarlas, pues los humanos no escuchan (nunca lo han hecho) y las grandes masas están idiotizadas (siempre lo estuvieron). Aquellos pocos guerreros combatientes, para quienes van dirigidas, puede que se sientan reconfortados, experimentando esa comprensión y solidaridad que produce el Ideal compartido.

Cuenta August Kuvizek, un músico, un artista, en su libro "Hitler, mi Amigo de la Juventud", que aun no compartiendo la doctrina Nacionalsocialista, porque no era un político, cuando la Guerra comenzó a ir mal y vio a su amigo Hitler en dificultades, entró al Partido: "Pues un amigo se prueba en la desgracia y no en el éxito". Y agrega: "Nuestros enemigos no entendieron jamás lo que para un alemán significa la amis-



Prefiguración del *Avatâra*. La figura de Hitler se refleja en los dos mundos. Los une, los rige.

tad". Y cuenta que cuando supo que el médico judío, que había atendido a la madre de Hitler en Linz, se hallaba en un campo de concentración y le escribió al *Führer* alemán, éste ordenó que lo liberaran de inmediato.

La amistad está por sobre las ideologías y las convicciones de la política, dice Kuvizek. El y Hitler lo confirmaron.

Y así fue también en Chile, como ya lo he escrito, hasta hace no mucho. Hasta mi generación.

De todos los libros que se han escrito sobre Adolf Hitler, estudios basados en investigaciones minuciosas sobre sociedades esotéricas, como la "*Thule Geschaft*", sobre los libros de von Litz, sobre las doctrinas de la ariosofía y la "Orden del Nuevo Temple" de Joseph Lanz von Liebensfels, su revista "Ostara" y tantos otros, incluyendo los importantes de Nicholas Goodrick-Clarke, sobre "Las Raíces Ocultas del Nazismo", ninguno puede aportar una verdad tan estremecedora y directa como el libro de Kuvizek, ya varias veces mencionado. Ahí está todo, lo esencial, lo único que vale, lo fundamental. El vio y fue testigo cuando su amigo y condiscípulo Adolf Hitler, en 1906, de sólo 17 años, después de haber escuchado "Rienzi", de Wagner, y encaminándose juntos en la noche al bosque de Linz, sobre el monte Freinberg, de pronto éste se transforma y cómo en un trance empieza a hablar con una voz que no es la suya, "*admirándose él mismo del fenómeno*", como si se contemplara desde afuera, y de lo que va diciendo, sobre el futuro del mundo y de una Misión que deberá cumplir... Basta sólo esto. Kuvizek, el "amigo de la juventud" que, desde ese momento pasará a ser el amigo eterno, ha sido testigo de la encarnación del *Avatâra* (del Último *Avatâra*) y de la posesión de Adolf Hitler, de su *Iniciación*. Y ya no es necesario ninguna otra iniciación, ni la de "*Thule Geschaft*", ni las enseñanzas de Dietrich Eckart, que creyó "haber escrito la música para que Hitler danzara". Ni de nada.

Sólo un genio como C. G. Jung comprendió a fondo el fenómeno estremecedor y lo reveló por su cuenta en las entrevistas de prensa y radio, que tantas veces he citado. Llegó a comparar a Hitler con Mahoma. Y esto, muchos años antes que Kuvizek escribiera su relato. Solamente extraña que Jung, habiendo "visto" no fuera capaz de transfigurar su propia vida y entregarse a seguirle con su *Cruz* (*Swástika*) auestas, hasta el último, hasta el final apocalíptico. Como yo, que también "vi", y como otros (Heidegger, Ezra

Pound, Knut Hamsun, Robert Brasillach) que *aun no viendo*, *creyeron*. ¡Los Bienaventurados!

Primero, por mi Maestro; luego, directamente, por mí mismo y gracias a los medios que el Maestro puso a mi disposición, yo supe quién era Adolf Hitler. Somos, así, los únicos que conocemos toda la verdad. Y es por eso que yo no puedo retractarme, cambiar ni claudicar jamás, pues, de hacerlo, sería como el suicidio de mi alma, la destrucción de mi yo y el abandono de mi El. Habiendo también *visto*, soy igualmente un prisionero del Mito y de la Leyenda, los que debo cantar con una voz que tampoco es mía, hasta que el *Avatâra* (mi *Führer*) ya no lo necesite más; porque ambos habremos vencido, *perdiendo*.

Y esto ya será así por siempre y para siempre, repitiéndose en las Rondas del Eterno Retorno, por toda la Eternidad.

Porque Dios y su Creación son simultáneos, aparecen y desaparecen al mismo tiempo. Eternamente son y no son. Inmóviles como mi Árbol. *Como el Árbol del Bosque de Linz*.

* * *

Kuvizek cuenta que después de esa experiencia que él presencié, descendieron del bosque a la ciudad; mas, al llegar a la puerta de su casa, Adolf Hitler se despidió de él y regresó solo al bosque, impidiéndole que lo acompañara. Nunca supo qué pasó allí con Hitler. Pero yo sí. Hitler guardó su secreto y yo también, hasta ahora.

EZRA POUND

Conocí a Ute en Viena. ¡Cuánto le debo a Ute! Aun cuando no la pintó Escámez, le estaré agradecido y unido para siempre. Le debo la residencia en la casa Camuzzi, de Hermann Hesse, y también mi primera entrevista con Ezra Pound. Un día me dijo: "Tengo la dirección de Ezra Pound. Vive en Venecia, en la calle Querini, cerca de la catedral de la *Salute*, casi al lado de la pensión "*Da Cici*", donde usted siempre se aloja cuando va a Venecia.

Y así era. El Embajador de Italia en India, Giusto Giusti (dueño de los "Jardines de Verona"), me había recomendado esa pensión típica veneciana: "*A la Salute da Cici*".

De inmediato preparé un viaje con Ute a ver a Ezra Pound.

En artículos de prensa he relatado los pormenores de este encuentro emocionante. Aquellos artículos han sido reproducidos recientemente en periódicos y revistas de Chile²² y también fueron publicados en inglés, si mal no recuerdo en la India y en los EE.UU. No deseo por ello repetirme y sólo voy a tratar de decir lo que no dije y me guardé para mí, como en muchas otras ocasiones. Porque la relación que yo establecí con el inmortal poeta irlandés, Ezra Pound, fue la de dos guerreros peregrinos, aislados, torturados e inmolados en el ritual arquetípico de una idéntica Religión y grandiosa causa. Por eso, cuando él debió partir –“pasar afuera”–, entrar en el Disco, o en el Árbol, yo fui el único hasta el día de hoy que propició e inauguró un monumento al inmortal héroe; el solo existente aquí en la Tierra, en la ciudad española de Medinaceli.

Como estos contactos son irrepetibles y siento cansancio y dolor de volver a relatarlos, reviviéndolos nuevamente, como en casos anteriores recurriré a transcribir aquí las descripciones hechas hace tantos años.

Ezra Pound no recibía a nadie. Se hallaba en silencio total. Fue gracias a su mecenas, el Príncipe Ivancich, que pude encontrarme una tarde del año 1970 frente a esa Roca, a ese Árbol silencioso e invencible.

EZRA POUND O EL GRITO DEL SILENCIO

En el año 1960, preguntaba al Doctor Jung: “¿Es posible cambiar a voluntad, en la duración de la vida de un hombre, el centro de la personalidad, trasladarlo de la cabeza al corazón, o al plexo solar, por ejemplo? ¿Aproximarlo un poco más al misterioso Sí-Mismo?”. Yo creía que esto no era posible, ni con la “psicología profunda” de Jung, ni con la práctica del yoga. Quizás por un accidente, por un trauma, por una catástrofe fundamental en la vida de un hombre.

En India conocí a algunos yogas, hombres santos, que vivían dentro de un silencio voluntario, del cual salían sólo

22. Y en un valioso libro de Armando Roa Vial y Armando Uribe, editado por la Editorial Universitaria.



Cabeza de Ezra Pound, esculpida por Arno Breker.

de tarde en tarde, para pronunciar los desconocidos nombres de Dios. En mi libro –prologado por Jung– “Las Visitas de la Reina de Saba”, narro mi encuentro con el Hermano del Silencio y cómo éste me enseñara a conversar

dentro del silencio. Pero de esto hace tantos años, que lo he olvidado, sumergido nuevamente en las tormentosas aguas del Occidente, donde el hombre “piensa con el centro de la palabra, con el Chakra Vishuda, el de la garganta” –ni siquiera con el de la cabeza–, como me explicara el Profesor Jung.

El Hermano del Silencio me dijo: “Vengo a escuchar tu silencio, no a oírte hablar; porque no me interesa lo que los hombres dicen con palabras, sino lo que dicen con silencio. Hay quienes tienen un mal silencio, hay quienes tienen uno bueno. El silencio es el camino de la verdad, quiero conocer tu silencio”.

Así aprendí a conversar en el silencio. Es ésta también la voz de los animales, la de los árboles, de las estatuas y de las rocas. Fue éste el lenguaje que conoció Francisco de Asís. Pero yo lo había olvidado.

Y ahora de pronto, me encuentro ante un gran silencio, un aterrador silencio: el silencio de Ezra Pound. Aun cuando había sido avisado de que el poeta ya no habla, su silencio me sorprende, me espanta.

Por años estuve buscando al gran poeta. Sólo en 1970 ubiqué su refugio, escondido en una estrecha calle, junto a un canal veneciano. Pero él no estaba allí. En un Albergo cercano, conocido de ambos, le dejé varios de mis libros dedicados. Después le busqué por las alturas de San Ambrosio, frente al mar ligúrico, recorriendo los mismos caminos empinados que, por más de cuarenta años, recorriera a pie el poeta. El horizonte marino se pierde en una bruma azul y se parece al que desde las alturas de Ravello contemplara un día Wagner. Ahora, al fin, por accidente del destino, llego junto al poeta, como conducido por una mano que me abre puertas ya cerradas. Dos puertas, una física, la otra de pura bruma azul.

La puerta física de su casa de Venecia me la abre su compañera, una mujer extraordinaria y bella. La otra me la abrirá el Hermano del Silencio.

Ella me hace subir los escalones que llevan hasta el cuarto de Ezra Pound. Me encuentro frente al poeta. Está sentado en un sillón junto a una ventanita que da a la calle estrecha de Venecia. Entra una luz de atardecer. Pound tiene ochenta y siete años. Alto, frágil, la cabellera y la barba hirsutas, blancas. Se levanta. Le veo como encima, como más arriba. Me da la mano y me mira a los ojos. No dice nada. Es un segundo. Se sienta de nuevo en el sillón y parece como que se aleja por la ventana pequeña, tal vez en busca de una góndola veneciana que lo lleve lejos por esos canales que tanto amara.

Empiezo a hablar con palabras. Le cuento que le he traído los libros que le dejara hace un año en un Albergo y que nadie le entregó. Le leo una misiva que le había escrito, seguro de no encontrarle ya. En ella le hablo de un Laurel Sagrado que reverdece cada setecientos años, de Montsegur y de los trovadores.

Ezra Pound no dice nada. Juega con los dedos de su mano izquierda sobre el dorso de su mano derecha. Cierra y abre los ojos. De pronto los abre mucho y me mira. ¿Le habrá interesado algo de lo que digo? Estoy hablando de los cátaros y de Montsegur. Le cuento que vengo de escalar el monte y de visitar las ruinas del castillo sagrado de los cátaros, esa secta cristiana del siglo XII. Hay un brillo en los ojos del poeta. Le

pregunto si conoce Montsegur, si ha escalado el monte. Mueve su cabeza afirmativamente. Hay una reverberación de alegría en torno a él, en el "aura" que lo envuelve, por así decirlo. Una alegría que yo capto. Insisto en el tema, hablo del concepto del mal de los cátaros, esos desconocidos sacerdotes, druidas pasados al maniqueísmo, tal vez, y que fueran quemados junto con todos sus libros y documentos secretos. Los cátaros creían en la reencarnación y eran vegetarianos. Le hablo a Pound de mi nuevo libro, en el que reproduzco poemas de los trovadores occitanos. Mi traductor y amigo americano busca las traducciones de Pound, por ser las más exactas. Buscamos traducciones de "Tristán de Born", digo. Curiosamente, me equivoco en el nombre de ese trovador que conozco y admiro. Entonces, el poeta se inclina hacia delante (se mueve su "aura" luminosa y sufriente) y, por primera vez, dice: "Bertrand de Born...". Su voz es honda, sale como de las profundidades del mar. Y me da la clave: Pound está siguiendo todo lo que digo; más aún, me está dirigiendo, llevando lentamente hacia un punto donde deberemos encontrarnos. Aun cuando atento a todo, no es aquí en las palabras donde quiere reunirse, encontrarse. Sin embargo, aún no soy capaz, porque aún no vuelve a la memoria mi encuentro antiguo con el Hermano del Silencio, en los lejanos Himalaya. Y sigo hablando, sigo tratando de llenar los espacios, los huecos de la sombra y de la luz de esta tarde veneciana, en el piso alto de este refugio que se parece a la torre de un yoga que conocí en las fronteras del Tíbet.

Abro mi libro, "El Círculo Hermético", y leo en alta voz el poema de Hermann Hesse: "El Dedo Levantado".

*"El Maestro Dyu-Dshi era
-tal como nos lo relatan-
de maneras calladas, suave y tan modesto,
que renunció a las palabras y enseñanzas
porque palabra es apariencia
y evitar cualquier apariencia
era su preocupación.*

*“Cuando alumnos, monjes y novicios
gustaban de lucirse en nobles charlas
con juegos del espíritu, sobre el supremo anhelo,
sobre el porqué del mundo, él observaba silencioso,
cuidándose de cualquier exageración.*

*“Y cuando se acercaban a preguntarle,
vanidosos o serios,
por el sentido de las escrituras antiguas,
por el nombre del Buda, por la iluminación,
por el principio o el fin del mundo, permanecía
en silencio, y, despaciosamente, tan sólo señalaba
con el dedo hacia el alto.*

*“Y con esta señal muda, convincente,
se fue haciendo cada vez más tierno:
advirtió, enseñó, alabó, castigó, mostró
en forma tan propia el corazón del mundo
y de la verdad que, con los años,
más de un discípulo entendió el suave
levantamiento de su dedo,
despertó y se estremeció”.*

Pound sólo me mira, parpadeando. ¿Está también, acaso, levantando el dedo? Le hablo ahora de Ford Madox Ford y del libro de mi amigo Frank Mac Shane, que Pound conoce. Paso a referirme enseguida a Aldous Huxley y a D. H. Lawrence. Menciono el libro poco conocido de este último, “Apocalipsis”, y comento la creencia de los cátaros en el apocalipsis final para nuestra era. También Huxley fue un tiempo gnóstico, dualista, y, al igual que los cátaros, creyó en la existencia autónoma, objetiva, del mal. Recuerdo lo que Huxley me contara en India sobre los últimos momentos de D. H. Lawrence: en su lecho de muerte se incorporó para señalarle un rincón del cuarto, y dijo: “Allí estoy, contemplándome a mí mismo”. El profesor Jung escribe que, durante una grave enfermedad, cuando todos creían que moría, él subía a gran altura para ir a encontrarse con un Ser que permanecía sentado, de piernas cruzadas y con los ojos cerrados, meditando, pensando su propia vida —la vida de Jung—, tal vez

soñándola. Y él debía reunirse con ese Ser, entrar en él. (En su ÉL). Esto era la muerte.

A medida que hablo y cuento todo esto, tratando de llenar este silencio tremendo de Ezra Pound, siento vértigo ante el peligro que me acecha de caer, deslizarme por las palabras, los miles y millones de palabras, y decir cosas que ya no sé, que no conozco, yendo a caer no sé dónde. Pero, en verdad, ¿qué es lo que yo sé? No sé nada. Y me callo. Me quedo allí, con las manos cruzadas, frente a ese hombre frágil, a ese gran anciano sin edad, a ese poeta que escribe ahora su más gran poema dentro del silencio; porque ha descubierto la poesía cósmica del silencio. Poco a poco me envuelve un algo, una sombra, una luz, una emanación salida del pecho de ese hombre, de ese ser, que “ya ha cambiado el centro de la personalidad”, de ese “elegido”, quien por causa de una catástrofe, de un gran dolor, tal vez de un sueño inmenso, ha descubierto la poesía del silencio y ya no sale más de allí; vive en ella, preparándose para el gran silencio...

Del pecho de Ezra Pound parecen emerger voces silenciosas, ritmos de poemas cósmicos, que estoy escuchando dentro de su silencio. Y hay alegría y también dolor. La alegría y el dolor de quien ha penetrado el drama profundo del hombre, de la historia del hombre y su inevitable condición dual. El drama de la víctima inmolada en el centro de la creación por la presencia autónoma del mal. Todo esto puede expresarse únicamente en el Grito del Silencio. Este grito que yo estoy ahora escuchando. Y ante él me recojo y me estremezco como frente al enigma de un santo. Y me avergüenzo de haber hablado con palabras, de haber dicho cosas...

¿Cuánto tiempo estamos allí? La luz de la tarde se va del ventanuco. Entonces algo enorme acontece, enorme como todo esto. Del piso de más arriba, en la pequeña casa, una voz profunda, cansada, de anciano sin edad, comienza a recitar. (Es la voz del mar, es la voz de Pound). Recita las “Odas Confucianas”, traducidas por el poeta directamente de los ideogramas chinos durante sus trece años de confinamiento forzado en el Asilo St. Elizabeth. Y esa voz que recita en un disco, hecho girar allá arriba por su amiga, en el piso alto de la casita, es la de este poeta silencioso ahora, quien está más allá que acá. Y pienso otra vez en D. H. Lawrence, contem-

plándose desde afuera de él mismo y en C. G. Jung, yendo a reunirse con el personaje que sueña su propia vida... Desde afuera de él mismo, desde Dios, desde el Universo, Ezra Pound recita sus Odas de Confucio... Aquí abajo, frente a mí, hay un signo de comprensión, de ironía, en ese pestañear de sus ojos; una leve sonrisa de comprensión...

Me levanto para decir adiós. Ezra Pound también se levanta de su asiento y me estrecha la mano. Me mira nuevamente fijo a los ojos, parece que me va a decir algo con la palabra; pero no lo hace, se detiene al borde. Ya lo dijo todo en el silencio.

Si darme cuenta de que lo hago, junto mis manos en el saludo de la India, tal como antaño lo hiciera ante los hombres santos de Oriente, y digo: "Namasté". "Saludo al dios que hay en ti".

Afuera, por el estrecho canal, pasan algunas góndolas, transportando lo que aún queda de luz de la tarde. Resplandecen la cúpula y las palomas de Santa María della Salute. Se abren todas las campanas.

Viena, octubre 1971

FENOMENOS CELESTES EN HOMENAJE A EZRA POUND

Volví a ver a Ezra Pound pocos meses antes de su muerte; puedo haber sido uno de los pocos que tuvieron este privilegio. Fui acompañando a mi amigo y traductor, el profesor norteamericano de la Universidad de Columbia y escritor, Frank Mac Shane, quien deseaba encontrar al poeta, pues estaba escribiendo su biografía.

Nos recibió en la misma salita alta, junto a una pequeña ventana que deja entrar la luz de la tarde, que pasa primero por la cúpula de la Catedral de la Salute y viene envuelta en el calor dulce de las palomas.

Esta vez yo iba preparado para el silencio, el gran silencio que Dios entregó como una bendición al final de sus días a este hombre, para que pueda recuperar la luz que sus congéneres desearon arrebatarse para siempre. Yo sabía ahora lo que debía hacer: hablar de vez en cuando unas pocas

frases esenciales, como las que deben dirigirse a un hombre de tal edad, que se prepara a dejar el mundo de las cosas. Pound tenía ochenta y siete años, trece de los cuales, los mejores de un hombre, los pasó preso en un asilo de locos en los Estados Unidos, recluso allí por sus compatriotas, después de la guerra, por haber opinado contra la entrada de su país en el conflicto y defendido la posición de Italia.

A medida que la edad avanza, el cuerpo físico decae, entra en un naufragio irremediable. Sin embargo, un "otro cuerpo" pareciera iniciar un proceso al revés; junto con irse desprendiendo de lo físico, se va haciendo más fuerte, al parecer, más consistente: las energías pasan a este "otro cuerpo". El físico de los viejos entra en una situación desconectada de progresivo desamparo. A medida que el cerebro se debilita, que la sangre no circula, que no riega, que todo se hunde, hay algo que se desprende, que se recupera, que se hace más vital y, tal vez, más libre. Se está cerrando un círculo. Se dice que la vejez es una vuelta a la infancia. Y así debería serlo también en aquello que se cree que el niño "está más fuera que dentro", porque su yo aún no se encarna, hallándose en el "Ángel de la Guarda". En el caso de la vejez, el yo, el ser, el Sí-Mismo, se desencarna, volviendo quizás al Ángel de la Guarda. Así como a un niño debería hablársele dirigiéndose no donde físicamente se halla, sino donde está su Ángel, para que nos entienda, de igual modo a un hombre muy viejo deberíamos dirigirle la palabra en dirección no de su cuerpo físico, de su mente racional consciente, sino allí donde él está saliéndose, a su "fantasma", al Ángel que espera su regreso.

Cena en Venecia

Pound nos invitó esa noche a cenar a un pequeño restaurante al aire libre, al otro lado del Gran Canal. Su compañera, Olga Rudge, había organizado esta cena.

Era el verano europeo de 1972. No recuerdo lo que hablé, sentado al lado del poeta; lo hice sí dirigiéndome a su fantasma. Allí estaba Pound, inmóvil, sin tocar su plato, mirando no sé dónde, pareciendo no escuchar y, en verdad, no escuchando con sus oídos ni viendo con sus ojos. No viendo las flores colgantes, las enredaderas, la noche estrellada de

Venecia; pero registrando en alguna parte aquello que yo decía a su fantasma. Creo que le hablaba de todo esto, precisamente, y del regreso, dentro de un gran círculo, volviendo a combatir los combates y a sufrir, quizás, las mismas derrotas —o quizás no—. Porque “cada setecientos años el laurel vuelve a florecer”, según la leyenda céltica y cántara, tan cara a mi corazón y al de Pound. Siete; número místico, simbólico, que significa otra cosa que setecientos años históricos.

Después Pound se fue caminando erguido, apoyado en su bastón. Iba adelante, acompañado de mi amigo Frank, quien hablaba a su cuerpo físico, sin saber que un poco más arriba iba el fantasma, el ángel, sintiéndose de seguro turbado por el silencio de muerte, cercano a la muerte, como me sucediera en mi primera entrevista de hace casi dos años. Cruzábamos la Plaza de San Marcos. Yo marchaba un poco en retraso, en compañía de Olga Rudge y de Ute. Las mujeres hablaban, yo meditaba: allí iba Ezra Pound, el más gran poeta vivo de nuestro tiempo, vivo a medias, cruzando esa plaza, donde tantos hombres han venido, donde las palomas se han posado sobre los hombros y manos de generaciones de niños y adultos, sobre las manos de mi abuelo, de mi padre y de mi hija, sobre las mías. Allí iba Pound, pasando por entre masas de turistas, muchos de su propio país, que lo miraban con indiferencia, o no lo miraban, sin saber siquiera que pasaba el mayor poeta de este siglo, contemporáneo de Joyce, de Elliot, de Richard Strauss, grande como ellos, tal vez más, porque Pound ha sido el iniciador de un movimiento de apertura hacia el Este, hacia el Oriente, en la poesía, y el representante de una generosidad abierta, que es la expresión genuina de los Grandes Cañones del Colorado y los ríos de su tierra. La generosidad de Pound se extendió desde Joyce, pasando por T. S. Eliot, por Italia, Alemania, Inglaterra, España, hasta la China de Confucio y Lao Tsé. A todos ellos hizo favores, a todos reivindicó y ayudó. Y su poesía cósmica es un retrato de nuestro tiempo, escrita en todas las lenguas de Babel, con todas las cadencias y disonancias del jazz, del “pop”, de Strauss, de Stravinsky, de los dodecafónicos, de la polifónica griega, hindú, de la monofónica china, japonesa, y, también, de las melodías místicas de los trovadores. Es



Rostro de Ezra Pound. La luz se desprende de él.



Ezra Pound en Venecia. Ha elegido el muro de fondo, con swástikas.

Bach y es Scarlatti. Sobre todo, es Dante. Su obra es la Divina Comedia de nuestro tiempo y su vida fue el cielo y también el infierno de Dante. Cielo, primero, allá en las alturas de Saint Ambroggio, infierno en la prisión de una casa de locos americana y purgatorio en los últimos años de su vida en Venecia. Como Dante, él también sufrió el destierro.

Desde hace dos siglos, estudiosos y viajeros de Occidente tratan de incorporar el pensamiento y la mentalidad chinos al mosaico de su cultura, algunos superficialmente, muy pocos en profundidad. Uno de estos últimos fue Richard Wilhelm, traductor del "I Chin", o "Libro de los Cambios". Pero nadie había intentado incorporar a la poesía universal el pensamiento chino, la mente china. El primero ha sido Pound. Sólo por esto tiene ya su puesto en la inmensidad de ese mundo que nace, o renace, y que un día pagará su deuda al visionario. Muchos de los "Cantos" que aparecen incomprendibles para los lectores de Pound y para sus investigadores, podrán ser entendidos con facilidad, en cambio, por los conocedores del pensamiento, la lengua y la filosofía chinos, en especial por aquellos familiarizados con el "I Chin". Ezra Pound y Olga Rudge trabajaban varias horas todos los días con este antiquísimo libro de oráculos.

Noche y Despedida

Es de noche. Todas las ventanas del "Albergo" de esta pequeña calle están abiertas al estrecho canal. El calor de esa noche sofocante de verano muévase en ondas que ascienden desde las aguas. Chapotean algunos remos, de tanto en tanto una voz lejana, un canto. Me toma una somnolencia pesada. Hay alguien en el aire de este cuarto, alguien sentado en una silla que me va a decir una palabra. Allí está el "fantasma". Despierto sobresaltado. Ute dice:

"Ahí abajo alguien está hablando y no me deja dormir; dice que Pound acaba de pasar, que ha salido a caminar por esas callejas".

"No puede ser –replico– ahí no hay nadie hablando".

Me he asomado a la ventana y contemplo la calle y el canal desiertos.



En la ciudad española de Medinaceli contribuí a levantar el único monumento dedicado a Ezra Pound en el mundo. Una roca de los montes cantábricos, bajo un olmo. Dice: "Aún cantan los gallos al amanecer en Medinaceli".



El árbol del monumento a Pound en Medinaceli.



Inauguración del monumento a Pound en Medinaceli. Olga Rudge, el traductor de Pound al español y Miguel Serrano.

Ha sido el "fantasma", que ahora responde a mis preguntas, continuando el diálogo.

En la mañana vamos a despedirnos. Olga Rudge nos hace subir al segundo piso. Pound está en cama, mirando la luz que viene del ventanuco. Mis compañeros se acercan y le estrechan la mano. Pound me busca con la vista. Abre su boca y me habla: "Cuidela -me dice, dirigiéndose a Olga-, ha sido heroica; ella ha impedido que me vuelva loco..."

Estas fueron sus últimas palabras, su mensaje, dirigidos a mí, en presencia de esos testigos que las recuerdan. Estreché sus manos entre las mías, le miré esta vez a los ojos -pues ahora él estaba allí- y le dije: "Nos volveremos a encontrar en setecientos años..."

Muerte. Y Homenaje en España

Ezra Pound murió en Venecia el 2 de noviembre de 1972, menos de cinco meses después de nuestra entrevista. Me encontraba en España, recorriendo esa dura y antigua tierra. Había visitado Ronda, en el sur, la ciudad sobre el abismo, donde Rilke viviera por un tiempo. Estuve leyendo sus cartas en el pequeño museo que los españoles le han dedicado en el hotel que habitara. Sus cartas de amor a Lou Salomé, también amada e inspiradora de Nietzsche. Reflexionaba que los españoles han rendido homenaje a este poeta universal, que pisara por breve tiempo su suelo lleno de historia y de leyenda. Seguí luego hacia el norte, a una ciudad pequeña, cercana a Madrid, Medinaceli, donde el Cid buscara refugio en el destierro, ciudad de piedra y ruinas, romana y visigoda, pesada de misterio ibérico, quizás céltico, druídico. Está empinada sobre una colina y mira a un mar seco, árido, de olas parduscas, amarillas, lunares, como la visión de un planeta muerto. A veces, en el horizonte lejano, de piedra, aparece un árbol solitario, colocado allí por la belleza, por ese alguien que se goza en ordenar el paisaje de Castilla para luego contemplarlo desde la cumbre de Medinaceli, a través del viejo Arco Romano, resto de una antigua fortaleza.

Me enteré de la muerte de Ezra Pound en Madrid, en los periódicos. Los españoles le rendían sentido homenaje. Eugenio Montes refería el entierro en Venecia, donde me

transportaba con la imaginación nuevamente, hasta su casita de la calle Querini, viéndole ahora ir en su último viaje en góndola oscura, por los canales, hasta el cementerio de la isla de Saint Michele. Eugenio Montes contaba que en la última entrevista que tuvo con el poeta –hace muchos años, seguramente–, éste le había preguntado: “¿Cantan aún los gallos del Cid al amanecer en Medinaceli?”. Y agregaba que Pound había visitado Medinaceli en 1906, siguiendo la ruta del Cid. Pound amaba el poema del Cid, que consideraba superior aún a la Canción de Rolando. Había viajado a España para rehacer el antiguo camino del “Campeador”. De este modo había llegado a ese misterioso pueblito de las alturas, que se conserva como en el medioevo.

De nuevo me encontraba en un cuarto de hotel, en Madrid ahora. Era de noche y quise continuar el diálogo, interrumpido en otra noche de Venecia, con el fantasma de mi amigo, ya desprendido en definitiva. Y el fantasma vino y se sentó en una silla, no sé dónde, de seguro no allí en ese cuarto de hotel, y se puso a hablar, a hablar, como no lo haría hace tanto tiempo. Estaba otra vez joven y recitaba poemas cósmicos, decía cosas inmortales, bellas, inmensas, como la ciudad de Venecia, como el paisaje de Castilla, como las montañas de la Luna. Yo escuchaba y olvidaba. Porque todo eso se olvida, y no se debe recordar.

Un Monumento a Pound en Medinaceli

Días después volví a Medinaceli. Me enteré que allí vivía un chileno, el profesor Fernando de Toro Garland. Conversamos. Me habló también del artículo de Eugenio Montes y de las palabras de Pound sobre los gallos del Cid. Se le había ocurrido la idea de sugerir a las autoridades españolas erigir un monumento a Pound en Medinaceli, que registrara esa frase y el paso por allí del gran poeta americano al comienzo del siglo. Le animé en su empeño. Desde ese momento estuvimos en contacto personal o por carta. Seguí así todas las vicisitudes de sus esfuerzos. Las autoridades españolas del pueblo y varios amigos de Madrid colaboraron con entusiasmo. Labradores, picapedreros con sus mulas, transportaron una enorme piedra de los montes celtíberos, descascarada

por los milenios, a través de las nieves del crudo invierno. Herreros del medioevo forjaron letras simples y antiguas para ser enclavadas en la piedra, con la frase de Pound: "¿Cantan todavía los gallos del Cid al amanecer en Medinaceli?"

Se eligió la más bella plaza de la ciudad de las alturas (Medina en árabe significa ciudad; celi es cielo), y, allí, bajo un árbol añoso, se enclavó la piedra. Será también una fuente, porque el agua correrá por su arrugada y resquebrajada superficie. Esa piedra es como el rostro de Pound, en sus últimos años.

Se eligió el día 15 de mayo de 1973, día de San Isidro y de los festivales de la ciudad, para la inauguración del monumento. Me encargué de que Olga Rudge pudiera ir. Olga tiene setenta y ocho años y no va a parte alguna. Pero fue a Medinaceli.

Vinieron ese día poetas jóvenes españoles desde Madrid, con Jaime Ferrán, traductor de Pound. Se hallaban presentes en Medinaceli también algunos norteamericanos y pintores que allí viven. Y todo el pueblo vestido de día de fiesta, con sus trajes cuidados, con sus boinas, sus bastones de pastores, sus bordones de peregrinos de las alturas, sus rostros nobles, de roca castellana, sus hijos, sus nietos, que ya parten a las grandes urbes de la planicie, ciudades sin poesía. Todos ellos estaban allí para rendir homenaje a ese poeta de otras tierras, de otros mundos, que ellos nunca conocieron, que no leyeron —porque muchos no saben leer—, pero que conocen desde dentro, con su alma de roca, que se parece al rostro del poeta muerto, del poeta ecuménico. Se encontraban allí los perros y las mulas que acompañaron y trajeron la piedra, estaba el herrero, el cura, el guardia civil, y el vino y el agua y el pan, la yerba y los pájaros de Medinaceli, de la Vieja Castilla. También estaban los gallos del Cid y Pound. De esos dos guerreros desaparecidos.

Los Signos Celestes

El día anterior supe que debía hablar en el homenaje; Olga Rudge quería que yo dijera algo en ese momento. ¿Qué cosa? ¿Qué decir que pudiera parecerse al silencio de Pound

y de la Ciudad del Cielo? De amanecida me fui a caminar por las calles de la ciudad muerta, entre ruinas. Llegué a la plazuela del monumento y me senté bajo el árbol, junto a la roca. Llevaba conmigo un libro recién publicado en Barcelona por la Editorial Barral: "Introducción a Ezra Pound", con traducciones y comentarios de Carmen R. De Velasco y Jaime Ferrán. Lo abrí y leí:

*"La piedra bajo el olmo
tomando forma ahora
curva la piedra en su borde
la piedra que en el aire toma forma..."*

Era el Canto XC. Me detuve perplejo. Pero... ¡aquí está la piedra y, precisamente, éste es un olmo! Nadie lo había pensado antes, nadie lo supo. Esto se hizo solo. Pero... ¿se hizo en verdad solo? Recordé la frase de Nietzsche: "Las cosas vienen a nosotros deseosas de transformarse en símbolos". Y Rilke: "¿Qué otra cosa quieres tú, mundo, sino transformarte en invisible dentro de nosotros?"

O bien, los sueños se hacen visibles fuera de nosotros... Esto es lo que Jung llamó "sincronismo", "coincidencias", "fenómenos acausales", y Nietzsche, "azares llenos de sentido". Puro "sentido", pura "magia", puro milagro, en verdad, todo y nada. ¿Quién dirige esto? ¿Quién lo ha ordenado? ¿Acaso el mismo Pound? ¿O ese Ser que compone el paisaje, según el más alto sentido de la belleza, que hace crecer allí un árbol en el horizonte de Castilla, para que pueda ser contemplado desde la altura a través de un arco de piedra en ruinas? Ese Ser, emocionado, "tocado" por la belleza o la profundidad de los pensamientos, de los sueños, de los versos de un hijo del cielo y de la tierra, quiere así manifestarse cuanto él vuelve a su seno. ("La naturaleza imita el arte"). Tal vez sea la misma tierra, la Madre Tierra, el Espíritu de la Tierra. Cuando Jung murió, estalló una tormenta inesperada en esa época del año y un rayo cayó sobre el árbol bajo el cual se sentaba, marcándolo para siempre. Cuando Ezra Pound murió, las cosas, la roca, el árbol, la naturaleza, recitaron un poema suyo, se ordenaron como uno de sus versos: "La piedra bajo el olmo..."

Y aún más:

*“Ha penetrado el árbol en mis manos,
la savia por mis brazos ha ascendido
el árbol en mi pecho se hizo grande,
hacia abajo,
salen de mí las ramas como brazos.
Árbol eres,
musgo eres,
eres violeta que acaricia el viento...
Mueren los árboles y el sueño permanece”.*

En la tarde del día del homenaje, en presencia de todo el pueblo, como he dicho, también de la heroica compañera de Pound, se descorrió la bandera de España que cubría el monumento, el “rostro”, la “piedra bajo el olmo”. Y, entonces, en el olmo cantó un mirlo. Y el pueblo comentó el suceso y lo seguirá comentando por mucho tiempo, porque los habitantes de esas viejas ciudades en ruinas, de los pueblos de antaño, son como los griegos de la leyenda, como los celtas y los druidas, descubren en el canto de un pájaro, en un día de auspicios, un hecho digno de ser interpretado y que llena así sus vidas hasta la muerte.

¿Qué más puede desear un gran poeta que sus poemas sean recitados por las cosas? ¿Qué más puede desear que un mirlo cante en su homenaje? ¿Qué prueba mayor puede darse de que un hombre es grande, de que un poeta lo es, que el cielo, o la naturaleza, se manifiesten así para confirmarlo?

Aún canta un mirlo en Medinaceli. Y canta por Ezra Pound.

Montagnola, junio de 1973

* * *

Ese día, de hace casi treinta años, en la vieja ciudad de Medinaceli, yo hablé junto a la Piedra y al Árbol, con una voz casi inaudible, traspasada por la emoción, y dije todo aquello, tan simbólico, recitando el poema de Ezra Pound. Mi hijo José Miguel, quien me acompañaba, es testigo de todo esto. Tal vez debí pararme en silencio frente al árbol y a la piedra y no decir nada, sólo dirigiendo mi mirada a lo alto, a la “Ciudad del Cielo”, para

llegar directamente al corazón sangrante del poeta. Y cantar luego el Himno: “*Yo tenía un camarada*”.

Porque raramente se ha torturado tanto la sensibilidad de un hombre, de un artista tan grande –y hasta el final de sus días aquí en esta Tierra–, como a Ezra Pound, un irlandés de los Estados Unidos de América, que fuera partidario de Hitler durante la Gran Guerra. Y sólo por el hecho de haberlo sido, se le mantuvo encerrado en Pisa en una jaula para animales y, luego, por trece años, confinado en un asilo de locos. Y hasta el final vivió rodeado de gente buena, que le quería, pero que no compartieron sus ideales. El lo sabía y por eso decidió el silencio, como defensa última y desesperada. Esto me lo reveló a mí.

El día de la despedida, se hallaba en cama, en la parte alta de su casa. Pidió a Olga Rudge, con señales y gestos, que me dejara subir. No recuerdo si abajo se quedó también Frank Mac Shane. Pound sufría dolores en todo el cuerpo. Tenía 87 años y el clima húmedo de Venecia debía hacerle mal. Me hizo señas de que me sentara al borde del lecho. Y entonces habló, con una voz profunda, como no usada por años, por largo tiempo, sólo parecida a la del disco de gramófono con sus poemas:

–*Come, sit here; you are one of the few...* Gracias, gracias por venir a verme. Es el regalo de estos últimos años que me envía el *Führer*, nuestro *Führer*, para reconfortarme en mi soledad total, rodeado de los ‘muertos que entierran a sus muertos’, o de católicos de la religión judía de la usura y de la explotación. Yo fui partidario del *Führer* alemán, porque siempre supe que Hitler era un santo. Yo conocí a Mussolini, un gran hombre, pero Hitler era otra cosa. No era de este mundo. Yo sé quién era. Y un poeta, como nosotros, no se equivoca. Su mensaje es de amor al hombre, para convertirlo en *Superhombre*, en lo que una vez fue. Y amor al hombre significa, a la vez, odio al enemigo del hombre”.

(Muchos años después, en la celebración en Chile del Centenario de Adolf Hitler, un fascista italiano repitió casi las mismas palabras. Dijo: “Las monedas tienen cara y sello. No hay cara sin sello. Amor al hombre significa también odio al enemigo del hombre”. Ezra Pound volvía a hablar a través de él, de un italiano y de un fascista; de esa Italia que él tanto amó y en la que murió).

Olga Rudge me había confesado su deseo de llevar a Ezra Pound a China para ver si con la acupuntura podría recuperar nuevamente el habla. Ella creía que la había perdido tras una

operación quirúrgica a la que debió someterse. También se lamentaba de que no hubiese conocido a Jung, para conversar con él, aunque fuera en el silencio. Sobre lo primero, yo le manifesté mi opinión contraria y le di mi juicio de que tal vez él deseara permanecer en el silencio, para poder meditar mejor y repasar su vida y sus hechos. Sobre Jung no dije nada, pues tal vez hasta hubiese sido contraproducente; porque el profesor se hallaba en plena realización de su estrategia de ocultamiento. En aquella ocasión, Ezra Pound escuchó lo que yo le decía a su mujer y bajó los escalones de su cuarto, me estrechó las dos manos entre las suyas, me miró profundo a los ojos y casi me habló, casi me dijo algo.

Seguramente por eso me hizo ahora subir a su cuarto para despedirme y para hablar, saliendo de su silencio voluntario, de yoga de la India y también de santo.

“—Sí, usted lo sabe, lo supo; no es enfermedad. Estoy rodeado de personas que no entienden nada de lo enorme que se jugó en la Gran Guerra y del papel que yo, como poeta, tuve en ella. Es esto lo único que poseo para la eternidad, para la inmortalidad, más que todos los premios y reconocimientos literarios que los hombres pudieran darme y que no me dieron por esta causa. ¡El ir junto a Adolf Hitler por toda la Eternidad! Como los cátaros de Montsegur, como Bertrand de Born (“no Tristán”, lo repitió), a los que usted se ha referido. Yo estoy dispuesto a aceptar la hoguera (y como Rudolf Hess lo dijo) antes que abjurar de mi fe, de mi Religión Aria. Si yo hablara, vendrían los periodistas y todo el mundo, a entrevistarme y me obligarían a hablar, a decir cosas y tergiversarían mis palabras, haciéndome decir lo que no he dicho, como si abjurara... Bien, se ha establecido un pacto entre nosotros...”

Tomó mis manos sobre el lecho y yo se las besé, diciéndole:

“—¡Nos volveremos a reencontrar eternamente, camarada!”.

* * *

Ezra Pound me regaló el disco con sus poemas, recitado en los antiguos Festivales de Spoleto. Sus Cantos, como los trovadores, y escribió: “*To Miguel Serrano. To record a new frienship*”. Paráfrasis de mi libro sobre Hesse y Jung, que en inglés llevaba el título “*A Record of Two Friendships*” y que él había leído.

Y a propósito de los Festivales de Spoleto y de la participación de Ezra Pound, quiero estampar aquí, también como “*record*”, un

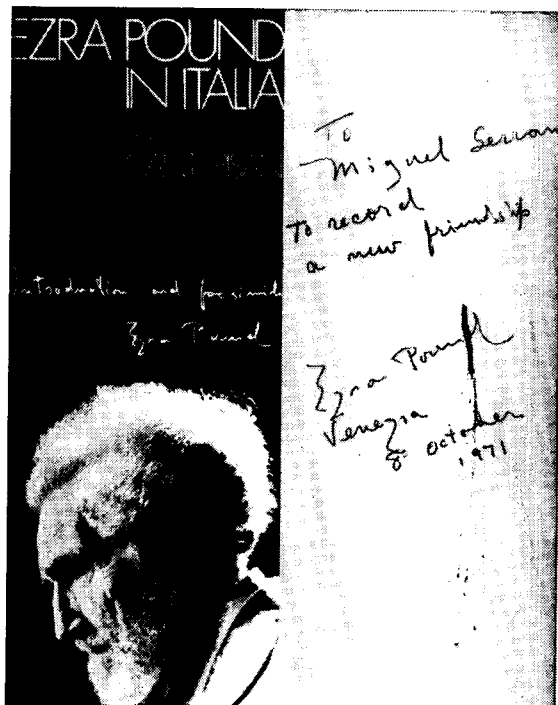


Foto de Pound dedicada.
Dice: "Para certificar una
nueva amistad".

gesto vergonzoso de Neruda, quien acompañado de un "poeta" ruso, abandonó la sala, cuando el verdadero Poeta—el "poeta fascista"—, Ezra

Pound, comenzó a recitar sus cantos. Sólo un ser con un alma miserable, preocupado únicamente de guardar sus apariencias y sin grandeza auténtica pudo hacerle tan gran desaire a un poeta auténtico. Y cuando era ésa la ocasión para demostrar que la Poesía de verdad está por sobre todas las otras pequeñeces de este mundo y de que un chileno es capaz de reconocerlo. Pero Neruda vivió pendiente de cuidar su imagen, sus premios y "puestecitos". Lo supe en India, cuando me recomendó "hacerle un nuevo regalo al Presidente Ibáñez, para poder conservar mi cargo".

Me he hecho un deber revelar aquí el secreto de Ezra Pound. Siempre he estado escribiendo sobre él. En "Nos. Libro de la Resurrección", en el capítulo "El Guerrero Herido", doy estos indicios. Como en otras situaciones, frente a personajes de la Historia que me ha tocado frecuentar y conocer, y que me abrieron sus almas, entregándome su afecto, en estas "Confesiones de los Últimos Días" deberé decir lo que de ellos supe y que a mí y a nadie más dijeron. En el caso de Ezra Pound es necesario que se conozca que este hombre fue un héroe, un mártir, quien, al igual que Rudolf

Hess (el del Mito, el de la Leyenda), con una voluntad de acero, fue capaz de mantenerse en un silencio torturado hasta su muerte solitaria en el hospital de Venecia, para no tener que abjurar del Ideal sublime y “poético” al que entregara y sacrificara su existencia.

Pound es uno de los más grandes hombres de la Historia Universal. Y esto se llega a saber y a conocer mejor por la revelación que he hecho.

CONTRA LA USURA

Por Ezra Pound

*“Con usura no hay hombre que tenga casa de buena piedra.
Con usura no llega al mercado la lana,
no aportan la ovejas ganancias con la usura.
La usura es una peste, la usura
embota la destreza de la hilandera.
Tu pan siempre será de harapos rancios,
seco será tu pan como papel,
sin trigo de montaña, harina fuerte.
Con usura la línea se hace tosca,
con usura no hay límites precisos
y no hay hombre que encuentre lugar para vivir.
Sin piedra está el picapedrero,
sin hilo el tejedor.
Pietro Lombardo no llegó por la usura.
Porque con la usura ningún cuadro
está hecho para perdurar,
ni para vivir con él,
sino para venderse, venderse con premura.
Piero della Francesca, ni Angélico llegaron
por la usura,
ni catedral alguna de piedra firmada: Adamo me fecit.
La usura oxidara el cincel,
enmoheciera el arte, el artesano...
Cadáveres se aprestan al banquete
por orden de la Usura”.*

* * *



Esta creación de Hitler (el “escarabajo” Volkswagen) hecha no por la USURA es la mejor ilustración del poema de Pound. Perdura en el tiempo casi como un auto inmortal. El Nacional-socialismo era eso: había terminado con la usura.

Se quiso hacer del entierro de Ezra Pound, en 1973, en Venecia, un acto ecuménico. Olga Rudge, y de seguro también

Ivancicich y sus otros amigos italianos, que nada sabían de él, ni pensaban igual, invitaron a participar a gente de todas las tendencias y al Rabino de Venecia, quien, por supuesto, no asistió. Así, hasta el último, hasta en su funeral, Ezra Pound se encontró solo. Sin embargo, él ya no estaba allí. Se hallaba en el *Walhalla*, junto a Wotan y los héroes de todas las guerras justas, reconfortado y consolado por sus camaradas que, llenos de alegría, escuchaban sus cantos, que ahora él recitaba para ellos. Para su Dios y para el *Führer*.

LA SIMBOLOGIA DEL ARBOL

Un árbol en mi infancia, en el jardín de la hacienda “Popeta”; otro árbol en los bosques de Belgrado; otro más en el monte Freinburg, en el bosque de Linz. Y otro, en el monumento a Ezra Pound y en su poema.

En un árbol, el *Igdrasil*, se crucificó Wotan y allí, dentro de él, pendiendo tras nueve noches, redescubrió las Runas que entregaría a su pueblo para la Liberación. De aquí los judíos del cristianismo plagian y distorsionan la Gran Revelación, inventando la crucifixión macabra de un Cristo sanguinolento, en el madero de un árbol y culpando al pueblo ario de los romanos. Falsifican el mito y destruyen el símbolo.

Porque el Árbol, el Dios-Árbol, simboliza la columna vertebral del hombre, que puede entregar la Inmortalidad, transmutando por el “redescubrimiento”, el “despertar” del *Futhark Rúnico* de los *shakras*, impuestos en su corteza (con ramas de árbol los *runenlauter* en y las *nornas* interpretaban las runas, adivinaban el Destino). La crucifixión de Wotan equivale al despertar del Fuego *Kundalini* en su columna (un árbol), a la muerte mística por el Fuego Frío, por la Luz Fría y el reactivar de los *shakras* (runas) para resucitar transmutado en un Dios, en un *Kristos*, en un *Avatâra*. Y así Wotan se transforma en Dios y Hitler en *Avatâra*, en un *Bodhisatva*. Y serán redondos, es decir, totales, como un *Vimana*. Un Disco que vuela y les lleva a la “Ciudad del Cielo”, a Medinaceli.

Los araucanos, los mapuches, originarios de Frisia, según la maga Glaura, informante de Alonso de Ercilla, adoraban y respetaban a los árboles de los bosques del sur de mi Patria, los veneraban, como al símbolo de un Poder perdido, que algún día deberían recuperar, cuando los gigantes sumergidos en la roca de los Andes (que es un bosque petrificado) emergieran para enseñarles, como antaño, la Sabiduría de *Mana*, el Gran Poder. Por eso el arquitecto araucano de las rucas indígenas, era a la vez el guardabosque, que sólo cortaba un árbol después de obtener su permiso, como un sacrificio voluntario y una entrega de Amor. De *A-Mor* —sin muerte—.

Inmóvil como Dios (la Roca y el Árbol), “con sus raíces llegando al infierno, para que su copa pueda alcanzar el cielo” (Nietzsche), símbolo de la Totalidad perdida, más allá de los polos de opuestos, El puede otorgarnos la Inmortalidad, dándonos a comer sus frutos-*runas*, sus frutos-*shakras*, entregándonos el conocimiento del bien y del mal, liberándonos. Para ello deberemos crucificarnos en el *Igdrassil*, el Árbol del Espanto.

Incendiando los árboles y los bosques, el Enemigo está destruyendo la posibilidad de liberación del Hombre-Dios aquí en la Tierra.

Cuando el Bosque se ama y se respeta, como en la antigua Germania y en el antiguo Arauco, y de él surge la sabiduría pagana de sus Dioses, entonces se puebla de hadas, de nomos, de elfos y de duendes, que conversan con los hombres y los niños. Y ayudan a crecer a las flores más bellas, a las flores transparentes, las que no existen. Y se regocijan con el canto de los pájaros, de los chincoles, los zorzales y las loicas de pecho rojo.

Y hasta los cóndores del cielo descienden de sus cumbres andinas, cuando nadie los ve, para visitar el Paraíso.

¿QUE FUE DE FRANK MACSHANE?

Frank MacShane nunca escribió el libro sobre Ezra Pound. En la biblioteca del poeta se encontró la biografía de Ford Madox Ford, de MacShane. En su primera página, Pound había escrito con su letra: *"God Bless MacShane"*. Pero cuando yo le dije que Frank también estaba escribiendo su biografía, él movió su cabeza de lado a lado, en un signo negativo y profético.

¿Qué habrá sido de mi amigo Frank MacShane? Vino a Chile en pleno golpe militar y dijo: *"The streets are very clean, but bloody"*. Ya no le volví a ver, hasta hace tres días, cuando tuve un sueño. Acompañado de otra persona iba a visitar un asilo donde, sobre una cama, se hallaba tendido un hombre desgredado. Era Frank. A su lado había otro lecho con una mujer. Frank estaba con Alzheimer y no me reconocía. Me acercaba a saludarle, diciéndole:



Con mi traductor y amigo, el profesor Frank MacShane, y mi editor inglés, Collin Franklin, de "Routledge and Kegan Paul", en su casa de Oxford.

“—Frank, soy Miguel Serrano y vengo a verte”.

Se asustaba y se pasaba a medias al lecho de la mujer. Después se levantaba y salía a la calle. Nosotros le seguíamos por unos barrios oscuros y tortuosos. Era de noche. Y yo descubría que mi acompañante era también Frank Mac Shane, joven y sano.

Y no pudimos dar alcance al viejo y enfermo.

VAMOS A TERMINAR LO ANTES POSIBLE ESTAS “MEMORIAS”

Hemos dicho que son las revelaciones de los Últimos Tiempos. Y en verdad, los signos se precipitan. Pareciera que la gente ya no vive, se arrastra. Llega a los cien años, cuando no hace mucho, con dificultad se alcanzaban los cincuenta. Pero ésta es una ilusión. Lo que sucede es que el tiempo se acelera, como el galope de los caballos al acercarse a la “querencia”, o las antiguas locomotoras al llegar a la última estación. Los años se han acortado y los días se van, como un suspiro. En verdad, se está viviendo menos que antes.

Voy a pasar por alto anécdotas y sucesos de Austria y también de mi vida en Montagnola, con mi exilio voluntario en Suiza, en la casa de Hermann Hesse, para concentrarme en lo esencial de mi búsqueda afanosa de los secretos que han impulsado nuestro Combate aquí, en este agónico astro. También debo acelerar mi propio tiempo, contra el Tiempo, para que este libro sea publicado ahora, antes de que el reloj marque la hora cero, dando una campanada de más o una de menos.

* * *

Muchas de las cosas vividas en Austria y en Montagnola ya han sido relatadas por mí en otros de mis libros, en “El Cordón Dorado”, en “Adolf Hitler, el Ultimo Avatâra”, en “Manú. Por el Hombre que Vendrá”, o en el volumen I, en el II y en el III, de estas “Memorias”. Podría repetirlas aquí, tal vez con más detalles, si no fuera por la preocupación que tengo de que se nos va el tiempo y que deberé concentrarme en lo que hasta ahora no dicho y que celosamente he guardado.

En Austria estuve con Landic, ex director SS de los servicios de contra-inteligencia, quien aseguraba que Bormann había sido



Revista a la guardia ceremonial en la presentación de credenciales del Embajador de Chile en Viena.



Entrega de credenciales al Presidente de Austria.



Conversación en el salón de ceremonias del Palacio de la Presidencia de Austria, tras la presentación de credenciales del Embajador de Chile. Además del Presidente y de los funcionarios austriacos, se hallan presentes el Primer Secretario de la Embajada de Chile, Luis Quinteros Yáñez, y el Cónsul Lizana. Arriba, el cuadro de la Emperatriz María Teresa.



De visita en una planta atómica experimental alemana, construida por la empresa "AEG". Eran los tiempos en que Chile se interesaba por los reactores atómicos de potencia y yo representaba a Chile como Embajador ante el Organismo Atómico Internacional de Viena.

un espía ruso, cosa que me negó Skorzeny. Landic fue autor de interesantes libros como “Tiempo de Lobos en Thule”, desgraciadamente sin traducir. Conocí también a Mund, el sucesor de Lanz von Liebenfels en la dirección de la Orden del Nuevo Temple, quien me presentó al ingeniero que trabajó en las armas secretas y en los *Ovnis* de Hitler. Ya en aquellos años me habló de los “clones”, como se diría hoy, y, aún más, de la “duplicación” y “copia” perfecta de los cuerpos (*Doppelgänger*), de tal modo que los rusos encontraron catorce cadáveres de Hitler, todos iguales, en las ruinas del *Bunker* de Berlín. En este caso, los “muertos se parecían a los vivos”. Y él se preguntaba quién era Hitler, en verdad; dónde estaba el auténtico, cual era el auténtico. Pregunta terrible y que ahí nos formulamos en su mayor profundidad.

Imaginémonos una noche en Viena, en los arrabales, con una luz mortecina, y nuestro pequeñísimo grupo junto a ese hombre que se repetía a sí mismo esa pregunta lacerante. Y todos nosotros “crucificados en el Árbol del Espanto”.

Mund escribió un libro sobre Willigud, el misterioso consejero esotérico de Himmler, al que tituló: “El Rasputín de Himmler”.

En el “Organismo Internacional de Energía Atómica” representé a Chile, también como Embajador. Se suponía que debería obtener la autorización para adquirir el uranio enriquecido para nuestro reactor atómico experimental, en La Reina. Y así creí haberlo logrado hasta que científicos alemanes, cuya amistad pude cultivar, me dijeron que ese uranio no existía, ni tampoco la bomba atómica: El Occidente, después de Hitler, aún no era capaz de dominar la “Implosión”, única capaz de producir el “uranio enriquecido”. Sólo Hitler tuvo la bomba atómica, me revelaron. (De esto hace ya más de veinte años). Y, curiosamente, Pinochet dejó de interesarse en los reactores atómicos para Chile, en la energía atómica y en la bomba, apartándose de esa línea peligrosa.

Las bombas de Hiroshima y Nagasaki fueron las que Hitler no quiso usar y dejó en manos de los aliados. También la que Byrd usó en la Antártida, sobre “*Neue Swabenland*”, y es culpable de la “ventana del ozono”, por haber estallado en el aire.

Siguiendo las instrucciones del escritor nazi francés Saint Loup, excursioné en los montes austríacos de Sillertal, donde él creía que los SS habían logrado ocultar el *Gral* de los hiperbóreos, que custodiaron los cátaros en las montañas del Sabarthé, en el

Languedoc, y que allí descubrieron los hitleristas al “cumplirse los setecientos años” del holocausto cátaro de Montsegur.

Pero Saint Loup se equivocó al creer que la “Piedra” del *Gral* no había sido descifrada por los hitleristas. Allí se había grabado el secreto último de la ciencia hiperbórea y, con la ayuda de Aldebarán, Hitler logró conocerla y así construir el Disco Volante y partir con el *Gral* en dirección de la *Otra Tierra*.

Saint Loup buscó desesperadamente el refugio de Hitler en el sur de la Patagonia, hasta el Cabo de Hornos, sin hallarlo. Pero siguió con la esperanza viva del regreso, hasta su muerte. Escribió sus libros: “*Desde el Aconcagua al Cabo de Hornos*”, “*Les Nouveaux Cathars pour Montsegur*” y “*Le Roi Blanc des Patagons*”, sobre el aventurero francés Orelie Antoine, en una bellísima edición desconocida y que me regaló dedicada.

Saint Loup siguió también las huellas de Otto Rahn, personaje transformado en mito y símbolo por los nuevos nazis. Su primer libro, “La Cruzada contra el Gral”, logró entusiasmar a Himmler, quien lo rescató de la bohemia parisiense y trató de convertirlo en SS, sin gran éxito, ya que su segundo libro, “La Corte de Lucifer”, es un mal libro, bastante artificial. Otto Rahn aparece suicidándose, poco antes de casarse, en una montaña de las fronteras con Austria, en 1939, siguiendo el ejemplo de su héroe, el trovador Bertrand de Born.

* * *

Kurt Walheim, Ministro de Relaciones Exteriores de esos años, fue un muy buen amigo. Luego pasó a ser Secretario General de las Naciones Unidas y, de allí, a Presidente de Austria. Le hice llegar un ejemplar de la edición alemana de “El Cordon Dorado”; me lo agradeció entusiastamente. Luego, como ya hemos dicho, Waldheim debió afrontar momentos muy difíciles por causa de una campaña judía en su contra. No le perdonaban que hubiera sido neutral en la guerra con los palestinos.

Al dejar Austria, me fui a despedir del nuevo Ministro de Relaciones Exteriores, Kirchshlager. Me manifestó su pesimismo respecto a Chile: “Si un país elige el socialismo, los rusos se encargarán de que ya nunca más se salga. Esto me lo declaró Krushev personalmente”.



El Ministro de Relaciones Exteriores de Austria, Kirchshlager –luego Presidente de su país–, me hace entrega de un presente, en la cena de despedida como Embajador de Chile.

Se equivocó. En cambio, el Secretario General del Gobierno de la India, Mr. Kaul, a quien encontr  en Viena en esos días, en una recepción dada por Indira Gandhi, en honor del Primer Ministro Kreisky, fue profético.

“–No te preocupes, Miguel, Chile jamás será un país socialista”, me dijo.

Y los hindúes, como siempre, tenían razón.

Indira se hallaba de visita oficial en Austria. Y esa fue la última vez que la vi en la tierra. All , en la vieja Viena. Pensando en la nueva vida que yo debía afrontar, sin un lugar preciso donde residir, me hallaba apartado en la gran sala de la recepción, ajeno a esa tensión de las fiestas oficiales, tan vividas por mí, y concentrado en mis pensamientos sobre mi Patria. Vi venir a Mr. Kaul. Me tom  del brazo, diciéndome:

“– Qu  haces aquí? Tienes que venir junto a Mrs. Gandhi. Ella te est  esperando”.

Estaba sentada, también sola, en un rincón de la sala y junto a ella había una silla vacía. Al verme llegar me sonrió, de ese modo tan especial, como niña tímida y con los enormes ojos a medio cerrar.

“—Siéntate aquí, querido Miguel... ¿Qué te ha sucedido?”.

Yo cojeaba, pues había tenido un accidente en un pie y me apoyaba en un bastón.

“—Nada”, dije, “un percance sin importancia”.

“—¿Qué vas a hacer?”.

“—Aún no lo sé. Buscaré un lugar donde residir en este mundo”.

“—¿Por qué no lo haces en India, en Almora, donde tuviste una casa. Allí se encuentra Sunya²³ y también estuvo el Lama Govinda²⁴, tus amigos... Y estaré yo, para protegerte y vigilarte...”.

Y rió, un poco triste, con su bella risa, que yo recordaba y aún recuerdo, siempre.

Luego, sin importarle el entorno, me cogió una mano. Yo se la retuve y recibí su presión reconfortante, que venía de su corazón de amiga entrañable, eterna.

Y ya no la vi más en esta vida. Sólo muerta.

LAS FRUTAS DEL PARAISO

Cuando el hombre perdió el Paraíso, también lo perdieron las frutas: las naranjas, los higos, los duraznos, las uvas y, en especial, las manzanas.

¡Qué maravillosas frutas hubo en otro tiempo!

Desde la pérdida del Paraíso las frutas están inmóviles. A la manzana la aprisiona la cáscara y no la luz; permanece a la espera de una mano que, como antaño, cogiéndola del

-
23. Poco después Sunya dejó la India para instalarse en San Francisco, en California, donde murió. Nunca dejó de comunicarse conmigo. Sus seguidores me enviaron una porción de sus cenizas.
24. Ocupaba en Almora la casa construida por Evans Wens, el editor del “Libro de los Muertos” del Tíbet. También se trasladó a San Francisco, y ya no supe más de él.

Árbol, la haga descender el camino de las transformaciones que descubre el pecado.

Por muy pura y bella que sea la boca que muerde a la manzana, el fruto se ha disuelto sin cumplir su destino, ha perdido su forma antes de realizar sus sueños.

Antaño, en el Paraíso, las frutas podían moverse por su cuenta, descender del Árbol, ir donde las empujara el sueño; fundirse con el Padre, murmurar canciones, sonar como la música.

¡Qué maravillosas frutas hubo en otro tiempo!

¿Sabes por qué se perdió el Paraíso? El hombre envidió a las frutas, de preferencia a la manzana. También envidió a la naranja, que no tenía piel, sino luz redonda; su forma era perfecta, como un astro, como el Sol. Un sol con alas que podía descender del Árbol y caminar en dirección a sus propios sueños.

Cuando la primera mano cogió la manzana, cuando sus dedos se cerraron sobre su mejilla sensible, se perdió el Paraíso. Y vino la parálisis de las frutas, que no pudieron moverse más.

¿Te acuerdas del Paraíso, de las maravillosas frutas de otro tiempo?

Hoy sólo son lágrimas en los lagares.

Pero he aquí que una noche las frutas decidieron retornar al Paraíso, al jardín de su infancia. Aprovecháronse que el hombre dormía; aprovecharon también que por allí pasaba un río extraño cuya corriente se deslizaba hacia el origen, hacia las fuentes.

Las frutas concentraron sus tenues energías, su dolor, su sueño, su ansia de Paraíso y lograron estremecerse, moverse apenas, para caer en esa corriente que las trasportaría al Paraíso, al jardín de la infancia, al Árbol, a la Copa del Padre.

Y allí navegaron como en un sueño, como en el sueño del hombre. Y fueron tan felices al reencontrarlo todo.

Pero he aquí que la corriente de ese río extraño no era más que el sueño del hombre. Y dentro de su sueño el hombre despertó y vio que las frutas ya no estaban. Las llamó con grandes gritos, buscándolas en medio de la noche, con verdadera angustia, con terror. Porque el hombre sabía que si las

frutas recuperaban antes el Paraíso, él ya nunca podría entrar.

Como niños asustados que oyen a su padre, las frutas escucharon la voz del hombre en las inmediaciones del Paraíso, en el centro de la noche y en esa luz de sueño. Primero quisieron esconderse; pero estaban tan llenas de la alegría del Padre, del jardín de la infancia, de la dulzura del agua, del río que se desliza hacia las fuentes, que decidieron volver para ayudar al hombre y decirle que de nuevo eran felices.

Por delicadeza abandonaron otra vez el Hogar, por amor al hombre; o quizás por miedo al hombre, que hasta en el Paraíso las asustaba con su voz.

Y en el agua de su propio sueño, el hombre encontró la manzana. Con resentimiento –como un pequeño padre que castiga a su pequeño hijo– la golpeó hasta destrozarla, hasta romper su forma contagiada de Paraíso.

Esa mañana, al despertar, junto a un río misterioso, el hombre estaba de hinojos ante el portal de la casa de su infancia. Pero no pudo entrar, porque en su mano aprisionaba el cadáver de un fruto del Paraíso.

Belgrado, 1955.

PEREGRINACION Y BUSQUEDA

¿Dónde ir? En los veinte años de diplomacia no había logrado ahorrar más de treinta mil dólares, y esto sólo en los últimos tiempos, en prevención de lo que pudiera pasar. Desde mi primera representación en India, sólo recibí mi sueldo, un poco más de mil dólares mensuales, de los que enviaba quinientos a mi esposa en Chile y el resto los gastaba en pagar casa, oficina y empleados, todo costado por mí, más el auto oficial, también por mi cuenta. Nos pagaban el sueldo en dólares y, afortunadamente, el cambio a pesos chilenos, a rupias, a dinares o shillings austríacos, nos favorecía. Así y todo, hasta mis últimos tiempos de Austria, nunca recibí para “gastos de representación” y las disposiciones fueron que nuestros diplomáticos debían viajar en clase turística, en los vuelos de ida y vuelta al país. Ya he contado cómo viajando con Nehru e Indira Gandhi, ella debió pasar de su primera clase a la de turista para conversar conmigo y Nehru enviaba a su Jefe de

Protocolo a que me llevara junto a él, a salas VIP, en los aeropuertos donde el avión de la "Indian Airline" hacía escala. Sin duda, éramos y somos un país pobre, pero esas disposiciones demagógicas de nuestros gobiernos son ridículas y no impresionan a nadie, sabiéndose que presidentes y políticos gastan sin control.

Jubilé, en 1971, con la suma mensual equivalente a un dólar de los EE.UU., al cambio de la época de Allende. Lo dejé a mi esposa en Chile. Y empecé a recorrer Europa, en busca de un refugio, disponiendo únicamente de los ahorros mencionados y de la venta de algunas antigüedades de India, Tíbet, China y Persia, que había recibido como regalos o adquirido en esos veinte años. Jamás he solicitado que mi jubilación se nivele con las que hoy reciben los diplomáticos en Chile, pues debería pedirlo como un favor a los mismos gobernantes que hoy han entregado nuestro territorio patrio en venta, o como regalo, atentando contra la integridad de este Chile amado y venerado, por el que tantos años luché en Asia y Occidente.

Poco a poco mis libros, publicados en Inglaterra, en Japón, en Argentina y en los EE.UU., traducidos también al italiano, al francés y al alemán, me fueron aportando algunos dineros, permitiéndome sobrevivir. El príncipe Sterhazy aceptó venderme una torre cerca de Viena; pero decidí, al final, adquirir otra en España, en Castellar de



Con tenida ritual, con un astrólogo amigo en la Casa Camuzzi, en Montagnola, Suiza.

la Frontera, en Andalucía, desde la cual podría contemplar hasta la costa africana y Gibraltar. La adquirí con la venta en Madrid del automóvil que utilizara en la Embajada de Austria.

Mi amigo, Isidoro Vázquez de Acuña, aún recuerda las peripecias de la búsqueda de un refugio en el sur de España. Y también Ute. Juntos recorrimos esas montañas y, en la ciudad de Ronda, nos encontramos con cartas manuscritas de Rilke y una estatua de cuerpo entero del poeta, contemplando, desde esas alturas, las distantes llanuras de Andalucía. También Rilke peregrinó desesperadamente por Europa, en busca de la inspiración que le permitiera terminar sus “Elegías de Duino”. Curioso destino de España que ha ofrecido generosamente su tierra para levantar monumentos a dos grandes poetas, Rilke y Ezra Pound. Ambos en alturas que se acercan al cielo.

Pero no sería en España, ni en Austria, donde me refugiaría al final. La torre de Castellar de la Frontera, que yo había adquirido dentro de una ciudadela amurallada del siglo XI, sobre una alta colina, y que perteneciera al Duque de Medinaceli, necesitaba de reparaciones para poder ser habitada. Yo carecía de los medios para ello, por lo cual debí venderla a un amigo belga, quien la reparó, pero nunca vivió en ella. La vendió a su vez y hoy reside en otro sitio de la Costa del Sol, como la misma Ute.

Sí, mi destino no era España, ni ningún otro punto de Europa, salvo una pequeñísima ciudad de la Suiza italiana, también construida en las alturas cercanas al Cielo.

EN LA CASA DE HERMANN HESSE

Quise enseñar a Ute en Suiza el lugar donde viviera por muchos años, hasta su muerte, Hermann Hesse.

Durante los descansos en mi búsqueda, residía en una pensión antigua en la vieja Viena. En el libro de huéspedes se hallaba la firma de la hermana de Hitler. Desde allí partimos en dirección a Lugano y Montagnola, en la parte italiana de Suiza, cruzando por bellos pasos nevados en las cumbres alpinas.

Con emoción recorrí de nuevo esos estrechos senderos y calles de Montagnola hasta llegar a la casa sobre la colina que habitara H. Hesse. Tampoco nos fue posible visitarla. Sin embargo, Hermann Hesse no vivió siempre ahí. Llegó a Montagnola a instalarse en la vieja mansión barroca de la “Casa Camuzzi”, donde se le arrendó

un departamento del primer piso (segundo piso, para los chilenos). Como he dicho, por muchos años, yo no había visitado esta casa y sólo me había sentado en su jardín, con Jennifer Jones, a contemplarla desde afuera.

Ahora con Ute hicimos lo mismo. Ahí arriba se asomaba el “balcón de Klingsor”. Ella dijo:

“—Llamemos a la puerta principal”.

Lo hicimos y la puerta se abrió y salió una señora de rostro hermoso y de estatura más bien baja. Era la *signorina* Rosetta Camuzzi, dueña de la mansión y de la plazoleta frontal, del mismo nombre. Nos llevó al segundo piso y nos dejó en el umbral, entregándonos algunas llaves para abrir los cuartos y la puerta a la pequeña terraza, pues el lugar se hallaba desocupado.

Y fue así cómo entramos y pudimos recorrer el santuario, con recogimiento y en silencio, sumidos en nuestros recuerdos y en cavilaciones. Allí estaba el “balcón de Klingsor”, con su vista al jardín encantado y a la cumbre del Monte San Salvatore y la terraza con almenas, mirando hacia el lago de Lugano. Todo permanecía igual a los tiempos en que aquí habitara Hermann Hesse, la pequeña chimenea en el gran *hall* central, el espejo antiguo, con un marco dorado con flores, en el que se mirara Klingsor²⁵ para pintar su autorretrato. La pequeña cocina a leña, guardada como reliquia, y el lecho de madera en que durmiera y tal vez soñara sus leyendas, sus mitos y su “Juego de Abalorios”.

Partimos envueltos en esa atmósfera mágica y, al llegar a Viena, Ute me dijo:

“—Usted no puede vivir en otro lugar fuera de Montagnola y en la casa de Hermann Hesse. Escríbale a la *signorina* Camuzzi, ofreciéndole arrendar el departamento”.

Así lo hice, remitiéndole una copia en italiano de mi libro “El Círculo Hermético”, con mis conversaciones con H. Hesse y C. G. Jung, que yo había escrito en Yugoslavia²⁶. La respuesta no se

25. En el cuento de Hesse “El Último Verano de Klingsor”.

26. Hoy la Casa Camuzzi ha sido declarada sede del Museo de Hermann Hesse, en Suiza. Entre los papeles y pertenencias de la *signorina* Camuzzi, también se encontró mi libro dedicado y ha pasado a formar parte del Museo.

demoró en llegar. Fue afirmativa. Y de este modo, me fui a vivir, por diez años, en la vieja Montagnola de la “*Collina d’Oro*”, en la Casa Camuzzi y en el departamento donde Hermann Hesse, a comienzo de siglo, encontrara el descanso y refugio del peregrino.

En la edición en español de “El Círculo Hermético”, la edición de “Kier”²⁷, puse la siguiente dedicatoria: “A Ute, la que con Hermann Hesse, me permitió vivir en la Casa Camuzzi”.

LA VUELTA DEL PEREGRINO

Pocos tienen la suerte de poder recomenzar la vida, despojados, desnudos de todo, como en los años de la adolescencia. Oscuramente, entreveía esta posibilidad para mí; creo que hasta la deseaba, desde lo más hondo de mí mismo, al extremo de haberla buscado inconscientemente, propiciándola con acciones, hechos insólitos, palabras no dichas, sueños no formulados.

Y he aquí que, cruzado el medio siglo de vida, por azar o destino—si es que el destino o el azar existen—, aquí estoy otra vez, despojado de olopeles, de dignidades, convertido de nuevo en vagabundo, lejos de todo, yendo con un bordón y saco andino por los mismos senderos que hollara hace veinte años, cuando saliera de mi patria por primera vez.

Entonces era joven, con grandes entusiasmos e ideales. Venía a Europa en busca de héroes venerados—porque entonces los héroes y los encuentros existían—. Existía también la juventud del alma y del cuerpo. Frente a mí se abrían todos los caminos.

Como en el cumplirse de un símbolo, quiero volver por los mismos senderos que recorriera antaño, para ver si rehago la vieja huella de mis pasos y para poner mis plantas maduras sobre las del joven ya lejano. Descubro así que la juventud perdura con el sacudirse de las formas, de las máscaras y disfraces, que van aprisionando el cuerpo y el alma, anquilosándonos la vida.

27. La primera edición fue en la Editorial “Zig-Zag”, de Chile.

Por casi veinte años, fui Embajador de mi país en diversas tierras del mundo. A causa de un glorioso azar, no lo soy ya más, Sé que nunca me sentí cómodo dentro de esa máscara, interpretando un rol en la comedia; fui un actor dentro de "Maya", la Ilusión. Lo sigo siendo aún hoy, en esta nueva "encarnación" –más esencial, por supuesto– del peregrino que reinicia el eterno caminar, al reencontrarse con su viejo bordón y su saco andino.

Empecemos el viaje por los mismos recodos de los años. ¡Sí! ¡Reconozco ya ese valle y ese lago en lontananza! Es el lago de Zürich. Allí está la antigua casa de Jung... Entro en ella y leo una inscripción:

"Fuimos jóvenes.

Nos llamaron por eso joven (Jung).

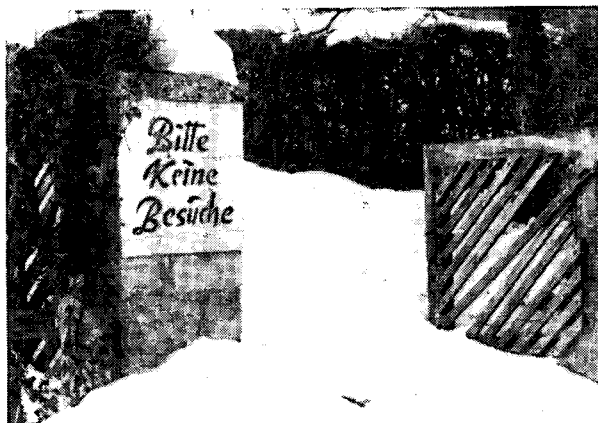
Perteneceremos a la eterna juventud".

El Paso del Tiempo

En mi libro "El Círculo Hermético" he hablado de esta ciudad. Había en Zürich una vieja plaza, junto a una catedral con un gran reloj –el reloj más grande de Suiza–; había una casa donde alojó Goethe y un árbol inmenso, poderoso, como la historia, como las fuerzas oscuras de los pueblos.

Llego y nuevamente busco. Mas, he aquí que ese árbol inmenso, como la historia, como la humanidad, como la civilización occidental, ha desaparecido. Su poder, su fuerza, eran aparentes. Estaba carcomido, estaba enfermo. Vino un viento de tempestad y el árbol se derribó, como la historia, como la vida, como la civilización occidental.

Sigo mi camino y llego a Montagnola, pequeña ciudad de colinas sobre el lago de Lugano, en la parte italiana de Suiza. Aquí vivió Hermann Hesse, aquí murió. Vine por primera vez a esta aldea hace justo veinte años. En el libro citado, cuento la emoción que me embargaba. Estoy de nuevo junto al portal de la villa. Había antes aquí un cartel en alemán, que decía: "Bitte keine Besuche". (Más o menos: "Se prohíben las visitas"). Esta leyenda detuvo a Henry Miller, pero no a mí. Poseo una carta del escritor americano, autor de "Trópico de Cáncer", en la que me cuenta que también deseaba ver a Hermann



Entrada a la última casa de Hermann Hesse, en Montagnola, con la leyenda en alemán: "No se admiten visitas".

Hesse. Vino a Montagnola y se encontró con ese letrado, que él pudo traducir, pero yo, por suerte, no, en aquel entonces. Henry Miller me decía que Hesse era uno de los más grandes escritores de nuestro tiempo, porque en las breves páginas de "Siddharta" había resumido todo el budismo Zen.

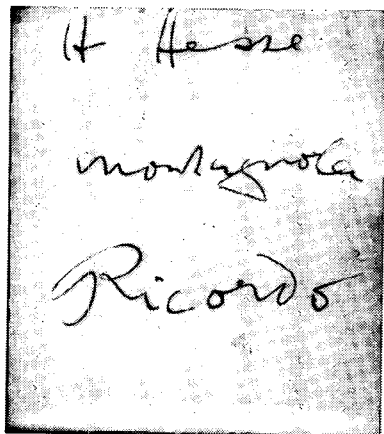
Desde Montagnola, y después de haberme entrevistado con Hesse, seguí a Florencia, en busca de Papini y de Fra Angélico. En 1951 aún estaban allí las tropas de ocupación; había pobreza y hambre en Italia. Encontré a Papini en Forte dei Marmi, junto al mar. Conversamos largamente. Recuerdo que me preguntó si era indio (de la América del Sur, no de la India) y me contó que Gabriela Mistral, nuestra poetisa, le había visitado para traerle una medicina para los ojos, de hierbas indígenas. El escritor estaba casi ciego. Luego me ofreció dinero para la locomoción y me llevó del brazo hasta la puerta de su casa. Encarnó, en ese instante, toda la cálida humanidad de su raza latina.

Yo recordaba su libro "L' Uomo Finito". Le había hecho entrega del mío, "Ni por Mar ni por Tierra" (otra autobiografía, como la suya) y que también me sirviera de tarjeta de presentación para Hermann Hesse.

Todo esto lo recuerdo ahora, mientras subo nuevamente el sendero de entrada que lleva a la casa de Hesse. ¡Aquí está la casa! Sobre el alféizar de una ventana había entonces un poema de Mench-Hsi, aparentemente traducido del chino; pero en verdad escrito por Hermann Hesse:



Acuarela de Hermann Hesse. Paisaje del Ticino.



Dedicatoria de la acuarela de Hermann Hesse.



Vista de la terraza con almenas de la Casa Camuzzi.

*“Cuando uno ha llegado a viejo
y ha cumplido su misión,
tiene derecho a enfrentarse apaciblemente
con la idea de la muerte.
No necesita de los hombres.
Los conoce y sabe bastante de ellos.
Lo que necesita es paz.
No está bien visitar a este hombre, hablarle,
Hacerle sufrir con banalidades.
Es menester pasar de largo,
Delante de la puerta de su casa,
Como si nadie viviera en ella”.*

Unos gritos destemplados, en italiano, me sacan de mi abstracción. En una ventana del piso alto, un hombre en camiseta me está gritando que me vaya, mientras acciona furiosamente con los brazos y peligra así caer en el jardín. Me ordena salir “súbito”, porque estoy en su casa y violo su propiedad. Trato de calmarlo, explicándole que vengo en peregrinación a este lugar donde vivió y murió un amigo, el escritor Hermann Hesse. Pero no le impresiona, insistiendo en que es el dueño de la casa y que nada tiene que ver con Hesse, o con quien sea. Comprendo que para este energúmeno no hay razones. Me retiro cabizbajo.

Después, en el “Albergo Bella Vista”, la señora Ceccarelli me explica que la familia Bodmer, dueña de la casa que habitara Hesse, la ha vendido a un comerciante italiano (fabricante de “spaghettis”, creo) por una importante suma de dinero.

Aquella hermosa casa sobre la colina fue construida por Hans Bodmer para su amigo Hermann Hesse. La señora Bodmer la dejó en poder de la esposa de Hesse, a la muerte del escritor. Cuando la señora de Hesse, y luego la señora Bodmer murieron, los hijos no atendieron los deseos de quienes querían transformar la casa en un museo de Hesse y la vendieron a ese italiano, por varios miles, o tal vez millones de francos suizos, que ellos no necesitaban. La familia Bodmer es una de las más ricas de Europa. Su colección de cuadros es famosa; también su colección de cartas y manuscritos de hombres célebres.



El balcón del departamento de la Casa Camuzzi. Tomada desde el "Jardín de Klingsor".



El living del departamento de H. Hesse en la Casa Camuzzi y el espejo donde "Klingsor" pintó su autorretrato, en el cuento "El Ultimo Verano de Klingsor". Bajo éste también puede verse la pequeña chimenea y, a su derecha, la puerta de salida al balcón que da al "Jardín de Klingsor". Los muebles y ornamentos eran míos.

Sí, hay algo enfermo, dentro de aquí, como en ese árbol de Zürich, que se derrumbó al primer viento de tormenta.

El Jardín de Klingsor

Montagnola ha sido y aún es una aldea de pintores. Hay algo en su aire, una cierta luminosidad delgada, como sólo en París, en Montmartre. Hesse también comenzó a pintar aquí. Tengo una acuarela suya, del Ticino, que me regaló, escribiendo al dorso: "Ricordo, Montagnola".

La "Collina d'Oro", de Montagnola, ha sido el hogar de familias de arquitectos y de artistas de renombre. Los Lucchesi fueron arquitectos en las cortes de Praga y Viena, en los siglos XVI y XVII. Los Adamini construyen en Calcutta, Bengala y Madrás. Los hermanos Bernardazzi fueron arquitectos del Zar Alejandro I. Guiseppe dibujó los planos de la Villa de Piatigorsk, donde muere en 1840. Otro Barnardazzi construyó las fortificaciones de Sebastopol. Algunos arquitectos del Tesino viajaron con los ejércitos de Napoleón que invadieron Rusia. Los Gilardi trabajaron en la reconstrucción de Moscú. Camuzzi retornó de Rusia para construir en Montagnola una casa de estilo barroco-ruso, como las hay en San Petersburgo –hoy Leningrado–. Es la Casa Camuzzi, donde vino Hesse por primera vez, en 1919, al terminar la primera Gran Guerra. Aquí llegó con un saco de montaña y pidió alojamiento. Traía una recomendación para la dueña, la señora Camuzzi, quien se compadeció del peregrino y le dio un piso en su casa. Allí vivió Hesse doce años, hasta el momento cuando su amigo Bodmer le construyó la villa sobre la colina. En la Casa Camuzzi escribió "Demian", "El Lobo Estepario" y, tal vez, "Narciso y Goldmundo"... Todo esto me lo cuenta la hija de aquella Dama Camuzzi, y me muestra una foto en un viejo periódico de 1927, al cumplir cincuenta años el escritor, en la que dos niñas aparecen junto a él. Están en el jardín de la casa. Una de esas niñas es ella.

Es curioso, pero en todos los años de mis visitas a Montagnola, nunca entré en la Casa Camuzzi. Sólo me he parado frente al jardín a contemplar un balcón alto, donde Hesse escribiera "El Ultimo Verano de Klingsor". Ese balcón fue su lugar predilecto. Desde allí contemplaba las colinas,

las cimas nevadas y ese jardín de sueño y magia, que ha sido llamado luego “Jardín de Klingsor”. El Jardín de la Casa Camuzzi.

Y es ahora –cuando también yo he venido aquí con un saco de caminante, he dejado mi patria, para reiniciar el peregrinar simbólico de la vida del hombre– que las puertas de esta Casa se me abren misteriosamente, y soy admitido en el departamento que el gran amigo habitara, y “donde aún se conservan sus sagrados pensamientos”, para decirlo con un verso del poeta chileno Omar Cáceres.

El Lecho y la Tumba

Todo un mes he pasado aquí. Soy el huésped del viejo amigo. Me ha tendido su mano en estos días difíciles, me ha abierto las puertas de su casa y me ha dicho: “¡Animo! Sé lo que te sucede, mejor que nadie lo sé. También yo inicié este viaje, dejé la patria, abandoné los hombres, o ellos me abandonaron. Aquí sufrí, aquí soñé y cicatricé mis heridas; las fui curando poco a poco. Aquí aprendí a ser sabio... Ven, vamos a contemplar el jardín...”.

Desde lo alto del “balcón de Klingsor” se ve el boscoso y oscuro jardín. Hay un gran magnolio. Este verano ya no tiene flores. Mas, curiosamente, una magnolia se abre durante el tiempo de mi permanencia en la casa. Es la “magnolia de Klingsor”, pienso, “del pintor que en el último verano de su juventud pintara su autorretrato, tan furiosa y desesperadamente como tratando de captar para siempre lo que los años se llevan, lo que el tiempo nos roba”. Al final, terminado ya el cuadro, Klingsor descubre que no es sólo su rostro, sino el de toda la humanidad, de todas las especies de la tierra, sujetas al mismo proceso de transformación, que es muerte y también vida.

Aún se guarda en la Casa Camuzzi el lecho en que durmiera, hace más de cuarenta años, Hermann Hesse. Duermo en él. Y sueño. Veo el rostro de Klingsor, que es el rostro de Hesse. Entro en ese rostro como en una casa, como en esta casa, como en el mundo. Y soy parte del proceso de las transformaciones y metamorfosis eternas. Los hombres, los pueblos, viejos y jóvenes; los pueblos viejos que vuelven a ser

jóvenes, reiniciando el cansado caminar, como si nunca lo hubieran hecho antes. El acontecer de la guerra y de la paz, de la esclavitud y la libertad. Esclavitud buscada voluntariamente, aceptada, para derramar sangre en la nueva conquista de la libertad. Los hombres, enloquecidos por el poder y la gloria, las naciones y los mundos reducidos a polvo, en una noche, al soplar un viento de tempestad, vuelven a resurgir desde ese polvo, como una pequeña brizna alada, como una pluma del Ave Fénix. Así también los mundos, los universos.

Atravieso el rostro de Klingsor, el rostro de Hesse, y estoy de nuevo sobre el balcón, en la noche de luna llena. Brilla mágica la magnolia. Vuelo hacia ella, floto en el aire, blandamente.

Al despertar, sobre el lecho tengo la magnolia entre mis manos. Hesse me sonríe, como antaño, como cuando en el portal de su casa despidiera a un joven venido de Chile, diciéndole: "Si alguna vez vuelve, es posible que yo ya no esté...". Es la sonrisa suave, triste, de quien ha cruzado el gran rostro de Klingsor, que es el Rostro mismo de la Creación.

Ese día voy al cementerio de esta aldeita de montaña y busco allí la tumba de Hesse. Es un gran libro de piedra abierto, con el nombre del escritor grabado en él. A un lado hay una piedra cóncava, para que el agua se apose y los pájaros la beban. Dos flores se han depositado muy juntas. Hay otra piedra frente a la tumba, para que el peregrino pueda sentarse a meditar. Pero junto al corazón del muerto aquí enterrado, del cuerpo que aquí se deshace, o ya se deshizo, hay la piedra de otra tumba. La tumba de Ninon, la esposa, la compañera.

El peregrino, que aún está envuelto en el sueño de la noche, en la leyenda de su vida, trae en su mano la magnolia. Se esfuerza por descubrir el verdadero nombre, o título, de ese libro de piedra, abierto ante sus ojos. Y le es dado, al fin, poder leerlo: "Maya, Ilusión".

Junto al Libro de piedra de Maya, deposito la Magnolia del Jardín de Klingsor.

Agosto de 1971



Carta de H. Hesse
a Miguel Serrano,
con una acuarela
suya.

Lieber Herr Serrano

Ich komme, vielfach beschenkt, um Ihnen Dank zu
sagen und Sie herzlich zu grüssen. Es kam Ihr
neues Buch mit der lieben Widmung, und es kam Ihr
Freund Reifschneider mit seinem und mit Ihrem
Geschenk, auf meine Bitte hat er mir einige Stellen
Ihres Buches übersetzt und wird mir noch andre
schriftlich in Uebersetzung senden. Er ist ein
guter und treuer Mann und Ihnen sehr ergeben.

Sehr lieb ist mir Ihr hölzerner Krishna mit
seiner Flöte! Ein Bruder von ihm, ein kleiner bronze-
ner Krishna, den mein Grossvater vor mehr als 90
Jahren aus Mangalore mitgebracht hat, steht seit

Jahrzehnten bei mir. Krishna ist der freundlichste,
heiterste, liebenswürdigste aller Götter.

Haben Sie herzlichen Dank für den Krishna,
für die Freude, die ~~f~~ mir der Besuch Ihres Freun-
des gemacht hat, und für Ihre

aventura de nacer en el sur.

Final y firma de la carta
de H. Hesse.

Ihrer H. Hesse



La tumba de H. Hesse, un libro de piedra abierto, con su nombre.



Con la signorina Rosetta Camuzzi, a la entrada de la Casa Camuzzi.

EL CAMINO DE LA DROGA

A fines de los años sesenta y a comienzo de los setenta, se empieza a utilizar a Hermann Hesse, para promover el movimiento “hippie” y el consumo de la droga en el mundo. De este modo, a un escritor hermético se le convierte en producto del consumo de masas y sus libros, editados por “*Surkham Verlag*”, se promueven por medio de una maquinaria tecnológica, de modo –según me lo declarara su editor– de llegar a vender el mínimo de cuarenta mil ejemplares al mes.

Invitado por un profesor de los Estados Unidos, di una charla en una reunión en Montagnola, la que titulé: “La Transformación (falsificación) de Hermann Hesse en los Estados Unidos”.

Mientras tanto, mis propios libros, editados por “*Harper and Row*”, en Nueva York, estaban siendo leídos por esa generación del “amor”, de las “flores”, del “LSD” y del “*Teachings of don Juan*”. Creyéndome uno de ellos y llegándose a saber que yo vivía en la Casa de Hermann Hesse, en Montagnola, pasé a ser parte obligada de la peregrinación de los admiradores del escritor alemán. Allí llegaban, siguiendo la misma ruta que yo había iniciado en 1951, y que he descrito en “El Círculo Hermético”. Con mi libro bajo del brazo, se detenían a preguntar en el “*Albergo Bella Vista*” de la señora Cecarelli, quien les indicaba el camino hasta mi refugio. No me podía negar a recibirles, pues recordaba mis años mozos, mi idealismo y la fe con la que recorrí estos mismos senderos. Así llegó una vez un joven poeta alemán. Su amistad se mantiene hasta hoy.

Y así llegó también Thimoty Leary, el “Papa” del “LSD”. Ya lo he contado en otras páginas: culto, simpático y peligroso. Había sido recibido por Christian Wenger Laroch, de los “Laboratorios Laroch”, los inventores del veneno letal, LSD. Leary me contó que Aldous Huxley acababa de morir de un cáncer y lo había hecho voluntariamente drogado con LSD. Poco después, Christian Wenger me reveló que habían descubierto que Thimoty Leary era un agente de la CIA y que había dado todos los nombres de quienes consumían la droga en Suiza. Agente y traficante.

Aldous Huxley, Allan Watts, John Lily, y hasta el mismo Toynbee y Castaneda, fueron piezas fundamentales en el complot mundial que llevó a la destrucción de las generaciones que desde los años sesenta hasta hoy se han sucedido en el tiempo. Este plan se prepara en Inglaterra al finalizar la Segunda Guerra Mundial,

por el “*Intelligence Service*”, con agentes probados. Se usa también a Hermann Hesse, ya desaparecido, y muerta también su esposa Ninon. Utilizan la ambición de dinero de sus hijos, Heiner y Bruno Hesse, y su poca capacidad de raciocinio y percepción. Ya he contado mi reacción indignada cuando me consultaron sobre el libreto para la película yanqui de “El Lobo Estepario”, con largos párrafos del personaje central contra el Nazismo, cosa que jamás aparece en el libro, por no existir este Movimiento en la época en que Hesse lo escribió. Me respondieron que “era necesario, porque la poesía y simbología de la obra de Hesse era la misma que había producido el movimiento de Hitler y había que destruir esa convicción en los Estados Unidos”.

Setenta mil dólares de la época le pagaron a Heiner Hesse (que no los necesitaba, según propia confesión) por su aprobación del libreto y del film.

El centro de la importante conspiración literaria, “hippie-droga-yoga”, comenzada en Inglaterra, se traslada luego al punto magnético, elegido para su mejor propagación: San Francisco de California. Y no dejó de llamarme la atención que también mis amigos de la India (dos “extranjeros” en Almora), *Sunya-Bai*, el “Hermano del Silencio” (danés) y el Lama Govinda (¿alemán?) se trasladaran a vivir y a morir allí. ¿Por qué? ¿Qué los impelió? ¿Quién los llevó?

He contado de la invitación que Allan Watts, autor de importantes libros sobre el Budismo Zen, me hiciera en Nueva York, para almorzar con John Lily. Eran los comienzos del Gobierno de Allende en Chile, país que estuvo destinado a jugar un importante rol, como un centro mundial del comercio de la droga, con el movimiento de Ichazo y Naranjo en el norte, y la difusión del esoterismo necesario y complementario. Así lo pensaría el peligrosísimo John Lily, que venía de visitar ese centro de Chile, en esos días.

Es muy posible que se hayan imaginado poder incorporarme de algún modo en la corriente vertiginosa de esos tiempos, para que pusiera también mi obra y mi persona al servicio de la destrucción planificada de los jóvenes de las generaciones de post-guerra, pudiendo también pasar a formar parte del “boom” de Hesse y de Castaneda.

No pasaron de ser buenas intenciones de los “agentes periféricos” del complot, ya que la “élite” secreta sabría perfecta-

mente de mi participación en la Gran Guerra. Aunque nunca pudieran conocer mi decisión inquebrantable de continuar este Combate hasta que el glorioso Destino, o mi EL, me digan: “¡Basta!”.

* * *

Viví casi siempre solo. Ute me visitaba de vez en cuando. También lo hacía Heidrun, una bellísima mujer alemana, con quien buscábamos en las cumbres alpinas y en los bosques las entradas en Europa a la “Tierra Hueca”. Fue ella quien me explicó a la muerte de mi hermano Diego: “No todos los hombres sobreviven, sólo unos pocos... ¿Quiénes? No lo sé. Tu hermano Diego y tú, estoy segura; también el viejo y noble zapatero de la esquina, de la pequeña plaza... Si así no lo fuera, entonces yo me suicidaría, te mataría a ti y mataría a mi hijo... ¿Cuál es la virtud que da la sobrevivencia? No es la inteligencia, ni la cultura, ni la ciencia, ni la filosofía, ni los estudios universitarios... ¡Es la lealtad!...”.

Heidrun habló como en trance, sentada junto a la chimenea,

en la vieja Casa Camuzzi, una noche de 1973. Y era la sabiduría del alma alemana y del Inconsciente Colectivo de su pueblo que hablaba a través de ella, como si fuera una sacerdotisa del Dios Wotan, o de las rocas de los *Externsteine*.



Heidrun (*Heil-Run!*).



Pintura de Eduardo Meissner "*El Jardín de Klingsor*". Me visitó en la Casa Camuzzi.



Caminando por un sendero en Montagnola, en compañía de un joven visitante.

Sus palabras cayeron como un bálsamo en mi corazón y me consuelan, hasta hoy.

* * *

Me cocinaba yo mismo; o bien, con un libro y papeles en mi mochila salía a vagar por las colinas y los bosques. Leía, escribía y en los “*Grottos*” bebía el vino Merlot del Ticino, comía el “*formaggio con aceto*” y un pan bueno y fresco. La soledad era casi total. En el departamento de enfrente del mío vivía el pintor Günther Böhmer con su mujer. Había llegado muy joven a visitar a Hermann Hesse y ya no se había movido más de Montagnola. Le vi una sola vez en diez años. A la signorina Camuzzi, no habrán sido más de doce. Con ella mantuve una delicada relación. Era fina y encantadora. Un hada guardiana de la tradición y la leyenda de esos lugares, que por más de un siglo pertenecieron a su familia. Cada uno de nosotros vivía recogido en su mundo de sueños y de recuerdos y nos comunicábamos a través de ellos.

De Chile vinieron a visitarme mi hermana Berta y mis hijos Carmen y José Miguel. También llegó el pintor Eduardo Meissner –gran admirador de Hermann Hesse– y su esposa. Aquí tengo la pintura que él me regalara: “El Jardín de Klingsor”. Está colgada en el muro y la contemplo, mientras escribo estas líneas.

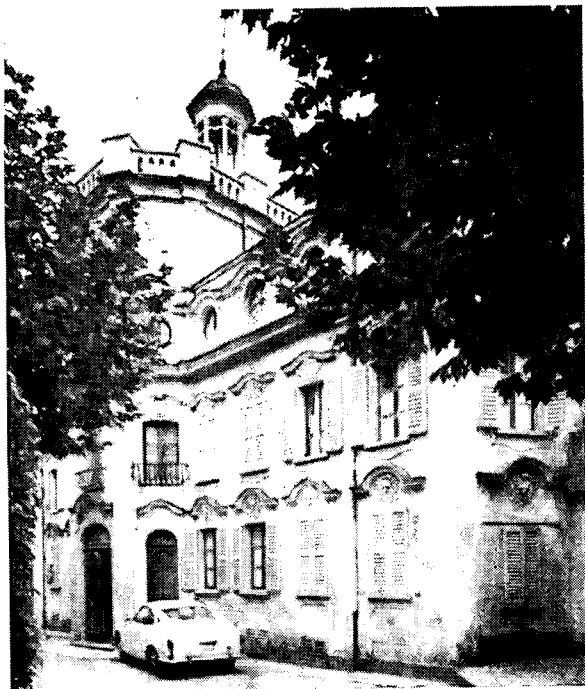
* * *

Para poder recorrer más lejos, por los confines de las cordilleras de Europa, para encontrar a los sobrevivientes de la Gran Guerra y buscar las “entradas”, como en la India, necesitaba un automóvil. Lo compré en una venta de máquinas usadas.

Allouine me dijo una vez que los autos tenían alma –algunos autos–. Y el Embajador del Brasil en Yugoslavia me lo confirmó: el poeta Ribeiro-Couto, un hombre extraordinario y desconocido, del que ya nadie siquiera sabe que existió.

Entre varios automóviles, debí pararme frente a uno blanco, de dos asientos, un “*Karmanghia*”, de la *Volkswagen*. De pronto, el auto se movió solo y se detuvo a mi lado. La vendedora, una joven mujer, no se extrañó:

“–Este es su auto”, me dijo. “Lo ha elegido”.



Mi fiel compañero, mi auto “Karmanghia”, en la Piazza Camuzzi, frente a la entrada de la casa.

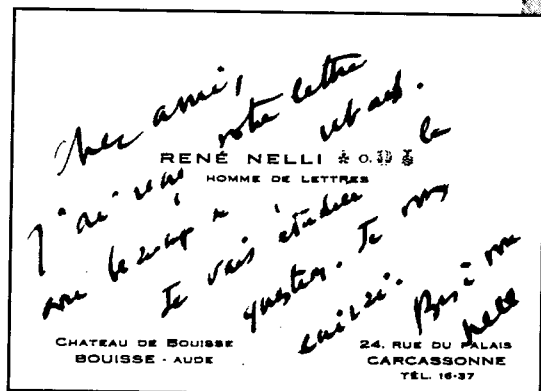


La hoja de la encina de Montsegur.



Vista del castillo de Montsegur.

Monolito recordatorio del martirio cátaro, en el lugar donde se les quemara.



Tarjeta de visita de René Nelli.

Fue el automóvil más querido de todos los que una vez tuve. Con él recorrí miles de kilómetros. Un amigo fiel, un camarada, tan leal como un “pastor alemán”, o un sirviente hindú. Por ello también habrá de volver siempre, en el Eterno Retorno.

MONTSEGUR

Este auto me llevó a Montsegur. Viajé desde la ciudad medieval de Carcasona en dirección a las ruinas del castillo sobre la montaña. Me preguntaba si sería verdad que los cátaros custodiaron el *Gral* en su fortaleza y que lo pusieron a salvo, poco antes de la masacre de la Cruzada Albiguense contra el Languedoc. Encendí la radio y escuché los compases de “*Parsival*”, de Wagner. ¡Esa era la respuesta! Luego, al llegar a mi destino y al bajar la antena de la radio, vi que una hoja de encina del bosque se había introducido en ella. Con cuidado la retiré. Y hasta hoy la guardo en una caja pequeña, en mi santuario de Valparaíso. Esa hoja es una parte del Gral de “*Parsival*”, de los cátaros de Montsegur, de Otto Rahn, de Saint Loup y de Hitler. Un día me revelará, como a él, el secreto de los *Ángeles-Vimanas*

Allí, en la hostería del pueblito de Montsegur, en el libro de huéspedes, estampé mi firma debajo de la de Otto Rahn. Si aún se preserva y algún chileno hace este peregrinaje en el tiempo, en busca también de la Leyenda, encontrará allí mi firma y la de Otto Rahn.

Muchas veces he relatado la ascensión al Monte y sus ruinas sacras y he contado cómo René Nelli, al llegar a un determinado punto de la subida, no podía retener las lágrimas. Este profesor universitario, poeta, historiador y filósofo, ha escrito los más importantes libros sobre el catarismo y los trovadores del Languedoc. Fuimos amigos y nuestro último encuentro se realizó en Carcasona, junto a un grupo de templarios. Ahí declaró que si Hitler hubiese ganado la guerra, habría reconstruido el Castillo de Montsegur, revelándome que, al cumplirse los setecientos años de la caída de la fortaleza (“cada setecientos años florece el laurel”, afirmaban los cátaros), un avión alemán —en plena guerra— voló sobre las ruinas de Montsegur y trazó con humo en el cielo la cruz celta. El creía que Alfred Rosenberg iba en ese avión.

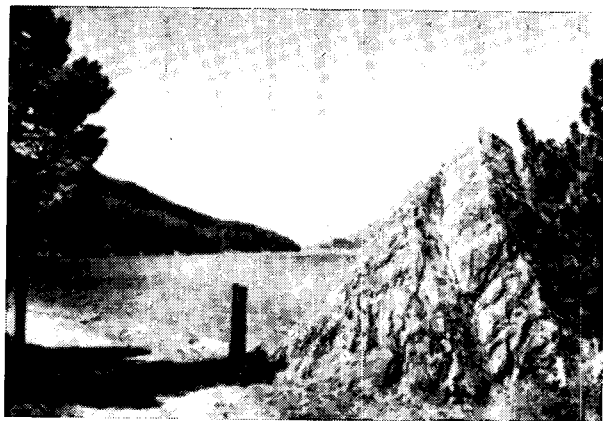
* * *



Frederich Nietzsche.



Joseph Goebbels. Me encontré con él (con su foto) en el Museo de Nietzsche, en Sils María.



Roca, en Sils María, junto a la cual Nietzsche tuvo la revelación del "Eterno Retorno".

La *Energía* perdida de Hiperbórea: *Vril, Vareno, UR, Mana*. Con ella se movieron los *Men-nires*, los Dólmenes, los Moai. El Poder Superior de la Mente del Superhombre, del *Divya*, del *Siddha*, del Hombre-Dios, del Hombre-Total, que intentaban recuperar los SS, capaz de intervenir en la formación de las galaxias y controlar la rotación de los astros. Haría innecesarias la “informática” y la “robótica” satánicas. Haría hasta innecesario el “Disco Volante”.



Wilfred von Oven, el último secretario de Goebbels, periodista, escritor y combatiente en la “División Cóndor”, que luchó en España. Participó en la

última batalla de tanques en el frente ruso. Sus libros sobre la traición de Franco, sobre las SA y su biografía de Goebbels son fundamentales. Foto dedicada.

A la derecha, en mi casa de Valparaíso, cincuenta años después.



Es un día frío y de hielo. Voy a despedirme de las ruinas de Montsegur. Me detengo en el camino a contemplarlas. Allí arriba, se abren dos brazos gigantes y se desprende una corriente sutil de amor sublime, que me inunda y envuelve, traspasando mi alma y mi corazón. Sólo la Estrella de la Mañana, *Oiyehue*, la Estrella de la Tarde, *Yepun*, es capaz de transmitir semejante Amor, en ondas tan suaves, humedecidas, como hojas de un otoño de los cielos, como lágrimas de los ojos de Allouine.

¿Qué fue aquello? Hasta hoy no lo sé.

Como no sé quiénes fueron en verdad los cátaros, los “Hombres Puros”, los “*Bon Hommes*”, los “Hombres Buenos”, “*Gutman*”, los “Guzmanes”.

Si por mi experiencia me debiera guiar, diría que fueron algo sublime, por ese Amor que fueron capaces de experimentar, concebir, vivir y transmitir a sus trovadores y a mí. Ellos estaban más allá de la Creación de este Universo contaminado, más arriba del “Quinto Cielo”, como dirían, aún antes del *Todo*, de la primera partición, y de la *Palabra*.

A-MOR. Sin-Muerte.

COSMOGONIA REVELADA ORFEO-HITLER

Con mi fiel compañero me dirigía por estrechos pasos de montañas—por Maloya—hasta alcanzar las alturas de Engadina y la aldea de Sils María, refugio de Nietzsche, a fines del siglo pasado, y de Hermann Hesse, al comienzo del actual. Ahí, junto al lago, se yergue aún la Roca donde se produjera la estremecedora revelación del Eterno Retorno. Nietzsche se espantó, pudiendo haber sido esta revelación el detonante que al final le produjo la locura.

También el mismo mecenas, el millonario Bodmer, que ayudara a Hesse, ha rescatado la casa en que se alojara Nietzsche en la Engadina, transformándola en museo. Allí pasé una noche y me senté en el sillón donde el filósofo-poeta de seguro meditara, junto a la cama en que durmiera y la pequeña ventana. Abajo, entre algunos libros y pinturas, colgados de los muros, de pronto encontré una foto suelta, como dejada al azar sobre un mueble. Era Goebbels, descendiendo de un avión. Claro mensaje, pensé, y la guardé, conservándola hasta el presente.

Y he aquí que en el libro de visitas del Museo de Nietzsche, en Sils María, me llevo además la sorpresa de encontrarme una nota escrita por Pablo Neruda: "Cuando éramos jóvenes, en los bolsillos, con restos de spaguettis llevábamos papeles con citas de Federico Nietzsche".

Creo que yo también escribí algo, no recuerdo bien: "¿Qué hace Neruda en la casa de Nietzsche?"

De nuevo en "El Mercurio" y en "La Prensa" publiqué extensos trabajos sobre "Nietzsche y el Eterno Retorno". "La Prensa" me dedicó dos domingos seguidos, con páginas completas. Viajé especialmente a Chile para dar una charla en la Universidad Católica, propiciada por el Rector, Fernando Castillo Velasco, sobre el mismo tema.

Dos libros he publicado sobre Nietzsche: "Nietzsche y el Eterno Retorno", editado en Francia en estos días, y "Nietzsche y la Danza de Siva". Eran mi deuda con ese genio, que también iluminó y estremeció mi juventud.

Pero ahora, allá arriba, en Sils María, sentado a los pies de la Roca de la Revelación, yo debería tratar de cruzar a través del alma de Nietzsche y de sus pensamientos lacerantes, para poder reafirmar mis propias convicciones.

Saqué la foto de Goebbels de mi bolsillo y la puse contra la roca. Me senté en el suelo y apoyé mi espalda en la enorme piedra piramidal, "a seis mil pies de altura", como escribiera Nietzsche.

Pensé en Montsegur y en mi experiencia en la tierra de los cátaros. Recordaba las palabras de René Nelli: "Hitler habría reconstruido el Castillo de Montsegur". En verdad, lo reconstruyó en el "Nido de Aguila", de Berchtesgaden, de impresionante parecido en su ubicación en la cima de una montaña. Hitler también admiraba a Nietzsche. Hans Staengle cuenta, en su libro "Los Años Oscuros", que acompañó al Führer en una visita a la hermana de Nietzsche y que ésta le regaló el bastón del filósofo, quizás el mismo con que caminaba por estas cimas de la Engadina. Y Goebbels, el socialista-nacional, leal hasta el último, creyó, como su líder, en el sueño del Superhombre. Sólo que para ellos no consistió en una evolución "darwinista" de la especie aria, del hombre blanco, ni en el desarrollo de una biología superior. También Nietzsche afirmaba no creerlo, sin poder aclarar nunca qué fue su Superhombre, ni los medios para lograrlo. Renegó de la leyenda y del mito wagneriano de la raza germánica, que podrían

haberle aportado la clave para una realización mágica, alquímica, espiritual. Quizás su ancestro polaco-eslavo le impidió una solución, escapándose en la locura.

Ni Hitler, ni Goebbels, ni las élites SS buscaron el Superhombre en una evolución hacia el futuro, sino en un regreso a los orígenes, con el girar retrógrado de la Swástika Levógira, hacia atrás, hacia el pasado, hacia Hiperbórea y la recuperación de un Poder perdido del Hombre-Dios, del *Vril*, de *Odil*, también del *Mana* de los *Moai*, de los desconocidos habitantes de Rapa-Nui de los magos Selcnam, en la Hiperbórea del Polo Sur. Es decir, en lo que mi Maestro llamara el “desarrollo del Cuerpo Astral”, mejor dicho, la reactivación del Cuerpo Astral, del Cuerpo Sutil, del doble, que sólo algunos hombres poseen virtualmente, en potencia, atrofiado por el largo e intenso “drama de la Historia Espiritual”, de la involución del Superhombre, del *Divya*, hecho prisionero e hipnotizado. Del *Virya*, del Héroe.

Lo que los cátaros realmente pensaron nos es desconocido. Tal vez una suerte de cristianismo-esenio, más bien de sufismo-cristiano, con mezcla de budismo y de dualismo gnóstico, más el ancestro druida en la sangre. Eran vegetarianos y creían en la reencarnación, como si la persona (¿o el yo?) debiera volver aquí para alcanzar la Liberación última (tal vez en la *Endura*), y no retornar ya más. Manes también tendría que ver en el dualismo absoluto cátaro y el origen e influencia bogomil, de Bulgaria, en su acentuada preferencia por el principio femenino de Parakletos, el Espíritu Santo, la Paloma y las Vírgenes Negras, eco de la Isis egípcia, en la leyenda de la *Pisti Sophia*. En Bulgaria, el nombre de la capital actual es Sofia (*Sophia*).

He tratado estos temas *in extenso* y a fondo en mis libros, “El Cordón Dorado”, escrito precisamente en Sils María, en la Casa de Nietzsche; en “Adolf Hitler, el Último Avatâra”, en “La Resurrección del Héroe”, en “Manú, por el Hombre que Vendrá” y en los dos libros sobre Nietzsche ya nombrados. También, y muy especialmente, en mis obras puramente literarias: “ELELLA. Libro del Amor Mágico” y “NOS. Libro de la Resurrección”. ELELLA (traducido al inglés y al francés) se basa en el Eterno Retorno y tiene un capítulo especial sobre los cátaros. En toda la literatura universal creo que sólo existen dos novelas sobre el Eterno Retorno: “La Extraña Vida de Iván Osokin”, de Ouspensky, y el mío: “ELELLA”.

Sin embargo, aunque tal vez Hitler admiró a los cátaros, su concepción, su Cosmogonía (su *Weltanschauung*) no era la misma. Los cátaros fueron pasivos en el mundo exterior. Otros pelearon por ellos. Su *A-Mor* sublime los sacaba de aquí, aún en el suicidio. En la terrible y larga guerra de la Cruzada Albiguense, sólo se defendieron pagando mercenarios para que combatieran por ellos. Como los sacerdotes druidas, ante las legiones de César, levantaban sus brazos, cubiertos con sus túnicas negras y esperaban que los atravesaran sus alabardas.

* * *

La Cosmogonía Hitleriana me fue revelada en la Antártida, en 1948, poco después de terminada la Gran Guerra. Fue en mi búsqueda solitaria del perro perdido entre los hielos y en mi primer encuentro con el Disco de Luz Increada. Más allá del pensamiento pensado y del recuerdo en el cerebro, la revelación fue instantánea, olvidada y *recordada* para siempre, de modo que sólo hace veinte años ha venido a emerger nuevamente, pudiendo recogerla en el “recuerdo no recordado” y transcribirla en la “Trilogía del Hitlerismo Esotérico”. Pero fue allá, en la Roca de Sils María, a los pies de Nietzsche, que resurgió, ampliándose.

Desde mi experiencia en los Oasis de la Antártida, con la entrada a la “Tierra Hueca”, a la “Otra Tierra”, en el Disco SS, para encontrar a Hitler, junto a los *Superhombres Astrales*, sólo necesito abrir el Cofre secreto de la Revelación, para revivir entera la *Weltanschauung* del Hitlerismo Esotérico, como réplica y ampliación del Mito Orfíco y Platónico.

El “*Big-Bang*” que abre el Universo visible a los ojos de carne de los terrestres, es una explosión, por consiguiente es el *mal*: divisiones, destrucciones y expansión. El Universo explosivo se extiende y lo hará infinita y eternamente. ¿Hacia dónde se extiende? Hacia algo completamente distinto, opuesto, no regido por la explosión, ni la ley de causalidad, ni ley alguna. Allí son los Huevos Orfícos, inmersos, indivisos, *ying* y *yang*, infinitos, sin comienzo ni fin. Pero he aquí que algunos son un poco más “*yang*” que “*ying*” y otros un poco más “*ying*” que “*yang*”. *ELELLA* y *ELLAEL*. Así, les es dado hacer la comedia del “AMOR sin amor”, algo indescriptible, inexpresable en palabras. Tal vez sea eso sublime transmitido desde las ruinas del castillo de los cátaros, en Montsecur: *A-MOR*.

El *Big-Bang* se ha cumplido en un extremo del NO-SER, dando origen a la expansión, al espacio y al tiempo, produciendo la división, la contaminación y partición del Huevo Orfico, de alguno de ellos, expoliándolo, destruyendo su prístina pureza y —en lo que nosotros vemos con los ojos de la carne— haciendo nacer la *Naturaleza*, como “copia” y comedia (Ilusión-*Maya*), con todos los horrores que espantaron a los cátaros. Una deformación y plagio, hacia afuera, de una Realidad Espiritual preexistente.

Pero los cátaros no entendieron que habían sido *voluntariamente* “obligados” a venir aquí, “más abajo del Quinto Cielo”, y que ésta era una Batalla contra el Mal que se extiende, triunfando dentro de su propio Universo incólume, dividiendo y contaminando a las entidades divinas. Aun dentro de esta misma Naturaleza satánica, creación de un Demiurgo incomprensible, existe la nostalgia en todos sus seres, hasta en los animales y las plantas, en las rocas, el agua y en los mismos astros, por una pureza preanterior a la explosión y a la división.

El Mito Orfico cree que la partición del Huevo Primigenio, del Andrógino, se ha realizado por Amor. La *Pisti Sophia*, desciende a los mundos del Demiurgo por ansias de *cognocer*. Se ha separado de su opuesto. La curiosidad propia de *Ying*, del Eterno Femenino. Y su Amado (*Kristos*) deberá también descender en su búsqueda a las regiones atormentadas, donde Ella ha quedado prisionera y sin caminos de regreso a su *Yang*. Ella le dice: “¿Por qué me has dejado sola y tardado tanto en venir a rescatarme?”.

LA GUERRA DE LOS MUNDOS

Para el Hitlerismo Esotérico el Drama es distinto. Allá arriba, como abajo, la explicación es una Guerra no declarada, impuesta, obligatoria. Así como a Hitler le declaran la guerra y, ante el peligro de la invasión, invade, un idéntico suceso se produce en los orígenes. Los Huevos Primigenios, ELELLA y ELLAEL, deberán dividirse a voluntad ante el peligro de ser divididos por la fuerza diabólica, demiúrgica, del *Big-Bang* y su Explosión expansiva.

Y es casi simultánea la división de los Huevos de ELELLA y ELLAEL, de aquellos que se *a-maban*, sin amor, sin muerte. ELELLA desprende una parte de su Ella para ir a combatir en los mundos atormentados del Demiurgo, a sus ejércitos que avanzan y se extienden dentro de su Paraíso, de la Primera Hiperbórea, en

su Universo pre-antes. Es así la primera Walkiria en la Guerra de los mundos. Y es por A-Mor a ELELLA que a su vez ELLAEL desprende una parte de su El para ir a combatir junto a la Ella de ELELLA.

Ahora bien, ELELLA ha quedado incompleto, ha perdido su totalidad, una parte de su Ella, de su *Ying*. Y ya no la recuperará nunca más. Lo mismo ha sucedido a ELLAEL, en este Drama sublime y heroico de A-Mor y Guerra. ELELLA enviará una parte de su El en busca de recuperar a esa parte de su Ella (son los pequeños “él” y “ella” de ELELLA, los que al desprenderse lo dejan disminuido). Igual sucederá a ELLAEL, el Huevo Orfico –*Ying*, el Andrógino– Femenino.

Si “él” encuentra a su “ella”, volverán a fundirse, a ser uno, indivisible y sin conciencia individual de su unidad totalizada. Pero si es El de ELLAEL que encuentra a Ella de ELELLA se *A-Marán*, separados y unidos para siempre, logrando en el *A-Mor* la Individualidad Absoluta y la “Personalidad de la Persona”, pudiendo hasta *iluminar la oscuridad del Creador*, de ELELLA y ELLAEL.

Es lo que he tratado de expresar en el título de estas “*Memo-rias de El y Yo*”. “El” es en verdad mi ELELLA, de la que se desprendiera mi “yo”, para combatir en este mundo del Demiurgo, en una Guerra Sincronística, de adentro –para inmortalizar mi “yo”– y vencer al Enemigo afuera. El mayor premio del Combate será la inmortalización del *Yo Absoluto*, la recuperación del *Hombre-Dios*, la creación del *Superhombre consciente de sí mismo*, del *Hombre-Astral*. (*Total*).

Ahora bien, en esta Guerra Eterna, en este campo del Combate, en esta tierra masacrada, sólo muy difícilmente El (de ELLAEL) y Ella (de ELELLA) se encuentran, como Avris y Allouine (es un milagro, o un Destino); los que mayormente se encuentran, y también a veces, son los “ella” y “él” de ELELLA; se recuperan, se funden y se pierden nuevamente sin conciencia de un yo. Y los “él” y “ella” de ELLAEL.

LAS HIJAS DE LOS HOMBRES

Bajaron aquí, descendieron, como nos cuenta “*El Libro de Enoch*”. Y como nos explica el *Hitlerismo Esotérico*, en Discos de Luz Increada, partiéndose, los “él”, dividiéndose para poder entrar

y caber en este mundo de baja energía, de materia densa y pesada. Se plasman. Plasman su forma arquetípica de gigantes. Son los *Divyas*, que vienen combatiendo, en los diferentes cielos y que aquí sólo permanecen por un corto tiempo, volviendo a desplasmar el cuerpo material. Esto hasta que no se prendan de las “hijas de los hombres”. Por ellas quedan prisioneros y, en el olvido de su origen, pierden la capacidad de “desplasmarse” y nuevamente poder partir, salir.

Lo que llamamos el “cuerpo astral” es aquella forma sutil, de mayor energía, de materia transparente, que el *Divya* posee antes de plasmarla en la materia terrenal y que recupera al desmaterializarse. Al quedar voluntariamente prisionero en la tierra, el *Divya* pasa a ser un *Virya*, es decir, un Héroe –un gigante en los orígenes, en la Segunda Hiperbórea del Polo Norte–; pero siempre con la posibilidad de recuperar la capacidad de sutilizar su cuerpo (“salirse en astral”), con el “premio” ahora de haberse hecho consciente de sí mismo, por la adquisición de un “yo”. Pero la Liberación sólo la podrá lograr si en los tiempos más oscuros (“La Epoca Más Oscura”), en el Drama de la Guerra y el Combate, le es dado el Milagro de encontrar a Allouine y su *A-Mor*, únicos capaces de liberarlo de la pasión de las “hijas de los hombres”.

¿Quiénes son las “hijas de los hombres”? ¿Y quiénes son los hombres? Son “imitaciones”, “copias” del Demiurgo. Toda su Creación es copia del Cielo de los Inmortales, del Huevo Orfico, habiendo separado los Polos de Opuestos y reproduciendo en la forma humana el “yo” y la “ella” que dentro del Huevo y del Disco se hallan. Lo que llamamos Arquetipo es precisamente la pre-forma de la Existencia-Antes, un Ser redondo, en su conciencia circular, que aquí en la tierra y aun en los cielos, hasta el “Quinto”, se “muestra” en la forma del cuerpo del hombre. Y al ser plagiada por el Demiurgo, nos seduce, encarna y aprisiona en sus infinitas estrellas y en la extensión de su Universo.

Sólo la aparición del *Ultimo Avatâra*, con el *Gral*, ha hecho posible que los durmientes, hipnotizados por Klingsor en “Chastel Marveille”, puedan despertar, desprenderse de “las hijas de los hombres”, y unirse y separarse para siempre con su *A-Mada*, transmutándose en Superhombres conscientes de su Yo, pudiendo así hasta iluminar la oscuridad de su EL.

* * *

Es justo que, por haberme desprendido de ELLAEL, que mi EL, en verdad, sea una ELLA, la Madre de Dios y de los Cielos. Y que al encontrar a Allouine en este mundo, mi ELLA, La Madre de Dios, en verdad mi Alma, adquiera ahora un Rostro, el Rostro de Allouine.

Y a Ella le pasará otro tanto, el *Rostro del Señor* será el mío. De *Su Señor*. Y si llego a merecer este Misterio, si aún llego a cumplirlo, la *resucitaré*, resucitando. Unidos y separados para siempre.

Es éste el camino del guerrero, del *Divya*, y su Combate glorioso y sincronístico, aquí en la Tierra.

* * *

En mi libro “Manú. Por el Hombre que Vendrá” he tratado de explicar esta *Cosmogonía Revelada*, exponiéndola en diagramas.

Mas, la verdad es que no es posible transmitirla en palabras. Sólo en la Música (en la Música de las Esferas) de Bach: en “El Arte de la Fuga”, que él dejara inconcluso, para poder morir.

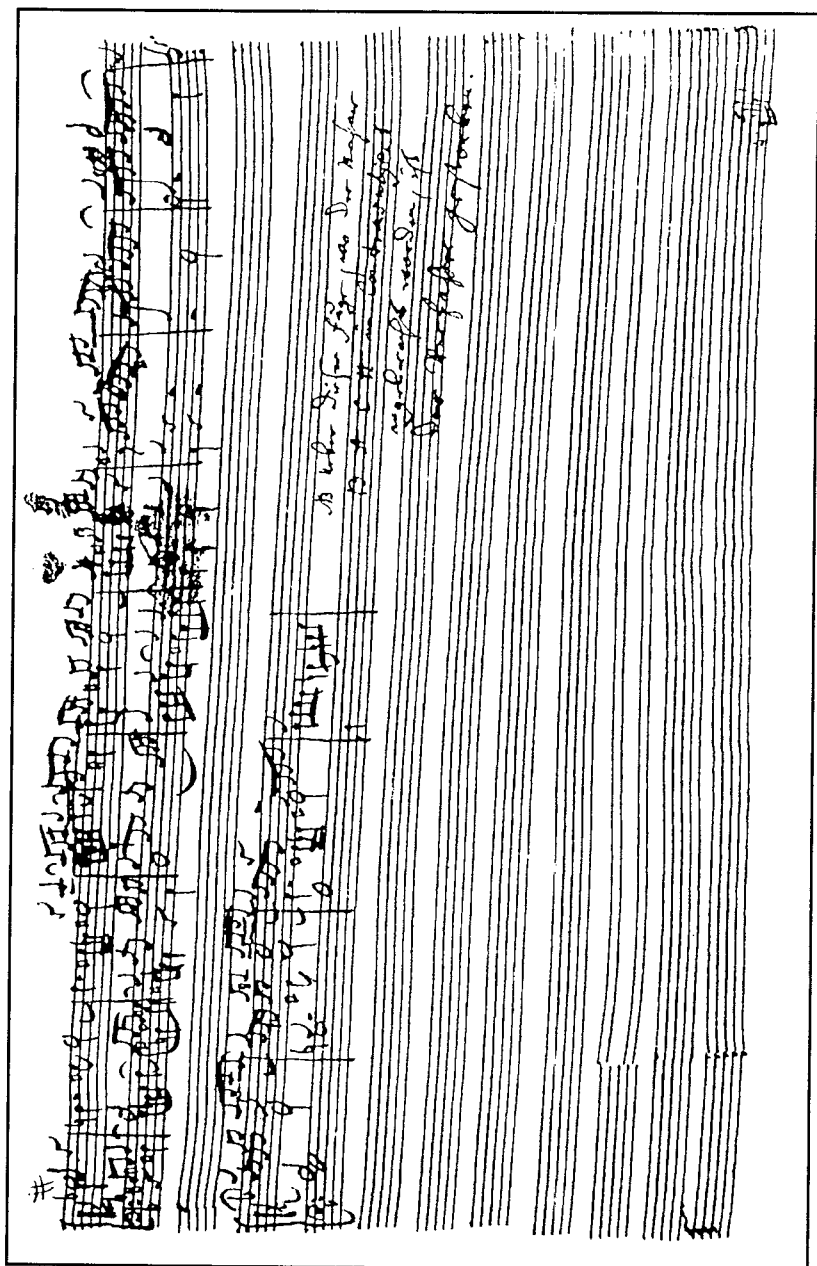
Allá arriba, junto a la Roca del Eterno Retorno, “a seis mil pies de altura”, yo me puse a cantar esta leyenda sagrada del Hitlerismo Esotérico, con la Espada en la mano, invocando a Allouine, pidiéndole que ella también combatiera en mí, para de nuevo *ganar perdiendo*.

* * *

¿Es éste un Dualismo absoluto? No, porque el Drama el Combate, se produce en uno solo de los Universos y también el *Big-Bang*; en el Universo visible a los ojos de la carne. Uno, dos Huevos Orficos se han dividido; muchos, infinitos siguen prístinos, intocados por el avance de la explosión demiúrgica.

¿Y el Demiurgo es el Mal Absoluto? Tampoco. Porque su mal también nos ha hecho un bien, aportándonos el inexplicable “yo”, *aquí en la tierra únicamente*, y la posibilidad de “individuarnos” y, a través de nosotros, a nuestro EL, a nuestro Dios Creador. Gracias a la Guerra declarada por el Demiurgo y en la que nos hemos visto obligados a combatir.

Y no somos los únicos prisioneros. También lo son los astros, los *Aiones*, Regentes del Tiempo, y los *Arcontes*, Espíritus de las



Página manuscrita y última de "El Arte de la Fuga", de Juan Sebastián Bach. La grandiosa obra queda inconclusa, pues Bach muere. Es tal vez la primera y última vez que la Música relata la muerte de su autor. Nada en esta tierra alcanza esta grandeza y este Drama.

estrellas, que al pretender colaborar en la creación demiúrgica, para desviarla hacia el Bien, fueron aprisionados, como Saturno (convertido en Satán), y obligados a proyectar el Mal aquí en la tierra, a través de sus “robots genéticos”.

Pero con nuestro despertar, despertarán también ellos.

Y el Demiurgo, ¿quién es el Demiurgo? ¿Y dónde se encuentra?

El Demiurgo tal vez seamos nosotros mismos...

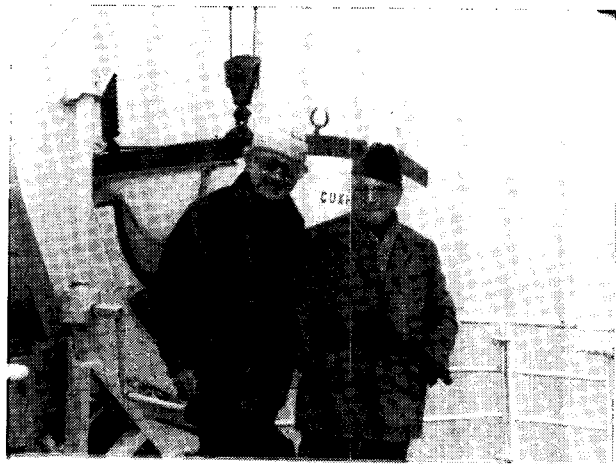
.....
.....

Sólo la Música de Bach.

EL REGRESO A LOS CONFINES

Desde las alturas de Sils María debí volver a las alturas de Montagnola. En la Casa Camuzzi encontré una carta de Alemania, firmada por un desconocido: Herbert Rau. Me decía haber leído en Hamburgo mi libro “El Cordón Dorado”, recibiendo una enorme impresión cuando afirmaba que Hitler se hallaba vivo. Me contaba cómo al final de la Guerra había conocido un grupo de señoras, que se reunían alrededor de un “médium lúcido” y que también aseguraban que Adolf Hitler no había muerto. El había considerado aquello una locura y no había vuelto a ver a esas personas, hasta ahora, al leer mi libro, con la misma afirmación. Trabajaba vendiendo maquinaria a los rusos. Hablaba varios idiomas, también el hindi y el chino, además de leer el sánscrito. Había servido de intérprete durante la guerra, en los campos de prisioneros. Su carta estaba escrita en castellano. Me invitaba a visitarle, costearlo mi pasaje. Lo hice, y se estableció con él una muy fructífera amistad. Desde ese momento me colaboró como intérprete e introductor de personajes claves dentro de mi Combate y de la *Weltanschauung* Hitlerista.

A Herbert Rau le debo tanto como a Frank MacShane, en otro ámbito. El me presentó a ese grupo de señoras alemanas y al “médium lúcido”. Junto visitamos, además, al Profesor Hermann Wirth, fundador de la *Ahnenerbe*, círculo selecto de investigaciones de las SS y al Pastor Jurgen Spanuth, autor de “Los Atlantes”. Estuvimos con Landic, en Austria, y también esa noche en Viena, con el Director de los “Nuevos Templarios” y el ingeniero de las armas secretas de Hitler, que nos habló de la “Implosión”, de la no



Con Herbert Rau, navegando hacia la Isla de Helgoland, último resto de Hiperbórea, según Spanuth.

Con el pastor Jurgen Spanuth, en Alemania, cerca de la frontera holandesa. Spanuth ha escrito libros interesantísimos sobre la Atlántida y los atlantes, afirmando que su ubicación se encontró en el Polo Norte, en la legendaria Hiperbórea.



Hugo von Senger, con sus camaradas del frente ruso. Arriba, de pie sobre los caballos. Luchó contra los bolcheviques, junto a los cosacos que comandaba el General alemán von Pannwitz.

existencia de la bomba atómica y de la “duplicación” perfeccionada del “*Doppeltgänger*”.

Rau también me llevó a conocer a ese artista, alquimista y runólogo extraordinario: Wolfgang vom Schemm, con el que ilustramos mi “Trilogía del Hitlerismo Esotérico” y “NOS. Libro de la Resurrección”.

Teniendo el Ticino como punto de concentración y referencia, comencé a recorrer España, Italia, Francia, Inglaterra y Alemania, visitando a los hitleristas sobrevivientes y a los núcleos que aún guardaban el sagrado fuego. En Suiza vivía Hugo von Senger, antiguo combatiente del frente ruso, con los cosacos que comandaba el General alemán von Pannwitz. Conocí también a miembros del antiguo partido Nacionalsocialista inglés, de Sir Oswald Mosley, con quienes estuvimos intentando una operación para rescatar a Rudolf Hess de la prisión de Spandau, en Berlín (o a quien se hallare allí reemplazándolo, a su “clon”, a su “doble”), con participación de chilenos, que yo seleccionaría.

LEON DEGRELLE

Durante los años de la Gran Guerra, a menudo se publicaban noticias con las hazañas de un joven dirigente fascista belga, primero como creador y jefe del movimiento “Rexista” de su país y, luego, como combatiente en el frente ruso. Su heroísmo le mereció ser condecorado personalmente por Hitler, quien declaró que si él hubiese tenido un hijo, habría deseado que fuese como Leon Degrelle.

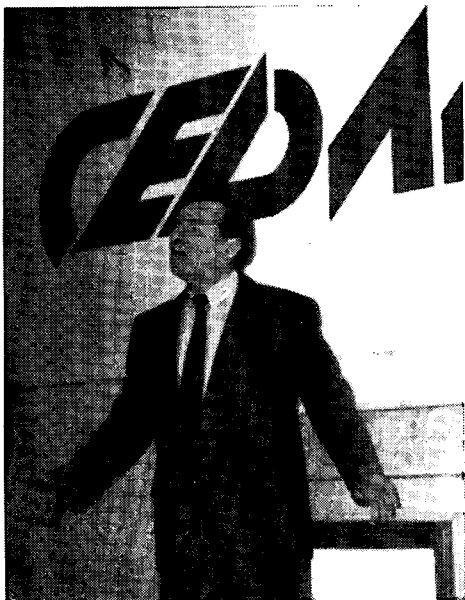
Al final de la guerra, Degrelle logró escapar en el avión privado de Albert Speer. Volando a baja altura y sobre una Francia que celebraba la victoria, llegó a la frontera española sin gasolina, precipitándose en el mar. Desde ahí, hasta el final de su vida, residió en España, con su segunda esposa, en un departamento de Madrid y una propiedad en Torremolinos, en la Costa del Sol. Sus padres y su primera mujer murieron en prisión, tras la derrota. Al final de su vida, se mudó a Málaga.

Le conocí en Madrid, donde me fue presentado por unos camaradas españoles. Desde ese primer encuentro fuimos camaradas y amigos entrañables, hasta su muerte, en 1994—año 104 de Nuestra Era Hitleriana—.

Leon Degrelle es condecorado por Adolf Hitler.

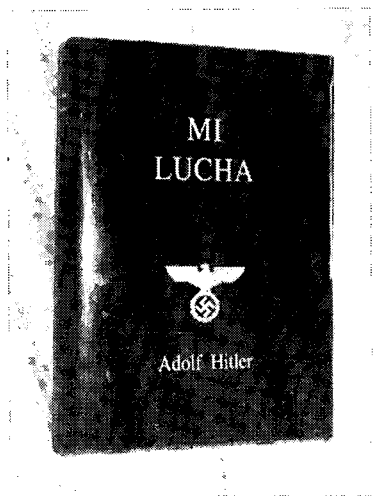


Jochien Pieper, héroe combatiente en la última ofensiva alemana de las Ardenes. Luchó codo a codo con su camarada Leon Degrelle. Después de la Guerra fue condenado a años de prisión en Italia. Una vez liberado se instaló en el sur de Francia, donde fue asesinado y quemado junto a su casa. Alguien que contempló esta foto me dijo: "Un hombre con ese rostro no puede haber cometido crímenes contra la humanidad."



Leon Degrelle da una charla sobre el "holocausto", en el local de CEDADE, en Madrid.

Ejemplar de "*Mi Lucha*" de Adolf Hitler. Unica edición completa en castellano, editada por Miguel Serrano y dedicada a Leon Degrelle, a su muerte.



Sir Oswald Mosley (el primero a la izquierda), nacionalsocialista inglés, con el *Führer*, Adolf Hitler.

Leon Degrelle fue un hitlerista total, no siendo para ello un obstáculo su catolicismo. Cuando, con Juan Diego Dávila despedimos a Walter Rauuff en el Cementerio General de Santiago, haciendo el saludo nazista, y la fotografía que nos tomaron dio la vuelta al mundo, Leon Degrelle me envió una carta, pidiéndome que a su muerte le despidiese de igual forma. Le prometí hacerlo.

Leon Degrelle fue General de las Waffen SS, además de un héroe. Asimismo fue un gran escritor e historiador. Su magnífica y monumental biografía de Hitler ha quedado inconclusa, desgraciadamente.

El Destino quiso que me enterase de que había sido internado de urgencia en el hospital de Málaga, encontrándose muy grave. Era la Semana Santa en España, la Fiesta de la Luz de Ostara. Traté de comunicarme con él y no me fue posible. Hablé con Juana, su esposa, manifestándole mi deseo de partir de inmediato para estar a su lado; pero ella me disuadió, diciéndome: —“León es muy fuerte y se repondrá de su enfermedad. Además, el viaje es tan largo y pesado para usted.”

Quise comunicarme con los camaradas españoles y no encontré a nadie, ni siquiera al que me había informado sobre la enfermedad de Degrelle. Ninguno estuvo a su lado en ese momento. Yo había escuchado a Leon dar una charla en el local de CEDADE de Madrid, en la que habló contra la cremación e ironizó las afirmaciones que se hacían sobre el “Holocausto”. Pues bien, tampoco hubo nadie de CEDADE junto a él. Muy pronto, me fue ya imposible comunicarme con su esposa, pues ella también cayó enferma, con una fulminante “neumonía de hospital”. Es decir, Degrelle estaba solo en su lecho de muerte, en el hospital de Málaga. En menos de veinticuatro horas lo cremaron, contradiciendo así sus propias declaraciones de católico y que yo le escuchara en su charla de Madrid. Ya no podría cumplir con mi promesa.

Debo volver a preguntarme: “¿Qué pasa con España? ¿Cómo es posible que ni un solo camarada haya permanecido a su lado las veinticuatro horas del día y de la noche para asistirlo, protegerlo y defenderlo en ese instante decisivo, tan deseado y hasta posiblemente propiciado por el Enemigo, tras años y años de espera?”

España tuvo el privilegio único de tener en su tierra a un gran hombre, comparable sólo con Mussolini, al idealista sin tacha, leal hasta su muerte. Y los que lo admiraron y lo exaltaron mientras vivía, lo dejaron solo al final. Todo lo que ellos han escrito sobre la

“psicotrónica”, sobre la profanación de cadáveres, sobre los rituales satánicos y la extirpación de órganos, de la que fuera víctima Rudolf Hess, según su hijo, no contaron para nada en este drama, como si todos los camaradas hubieran sido precisamente “psicotronizados”, hipnotizados.

Esto me produjo una impresión tremenda, hasta el día de hoy. Cremar un cadáver en una máquina, esperando además el turno para ello, es algo absolutamente inaceptable para un hitlerista. Cremar es sólo posible en la India, con maderas de sándalo, como a Nehru, o en una barca, como a Baldur. Pues, ¿qué seguridad existe de que las cenizas hayan sido las de mi admirado y querido camarada Leon Degrelle? ¿Y qué seguridad de que no extrajeran sus órganos para realizar con ellos el ritual demoníaco? Ciertamente, la tumba puede ser profanada; pero los camaradas debieran allí cuidar sus restos con una guardia permanente, de día y de noche, hasta su Resurrección junto a una Espada.

En los días de su muerte yo terminaba de editar en Chile la primera edición completa en castellano de *“Mi Lucha”*, de Adolf Hitler. Se la dediqué a Leon Degrelle, en un homenaje público, realizado en la casa de mis antepasados, en “Las Condes”, la que un día habitaran mis tatarabuelos, los Condes y las Condesas de Sierra Bella. Allí, en presencia de otro de sus bisnietos, Nibaldo Correa Fernández, y rodeado de mis camaradas de Chile, el héroe hitlerista y “kristiano”, Leon Degrelle, encontró el entorno propicio para que su alma fuera reconfortada con la lealtad de mi stirpe y de sus camaradas chilenos. Y también de una gran mujer española, su amiga de Galicia, la que cantó para él una canción antigua:

*“¡Oh flores, flores,
las mis amigas!
Contadme adónde
mi amor se iba.
¡Ay, pena de amor!”*

*“¡Oh flores, flores,
que yo cortaba!
Contadme adónde
mi amigo estaba.
¡Ay, pena de amor!”*

¿Qué menos podría yo hacer que recibir a Leon Degrelle en la casa de mis antepasados y rendirle un homenaje agradecido por la carta que un día él me enviara? ¿Allí, junto a las cumbres de los Andes sagrados...?

“Madrid, 29 de mayo de 1994

“Muy querido Miguel,

“¡Me desespero de no saber nada de Ud.! ¡es Ud. un amigo tan admirable y tan admirado, el filósofo de nuestra epopeya, el visionario que ha visto más allá de los incidentes, lo esencial, lo sobrehumano, lo sobrenatural!

“He leído una masa de artículos sobre su comportamiento cuando los funerales de Walter Rauff. Yo quisiera, a mi muerte, un semejante idealista cerca de mis restos...

“Pero, ¡deme una señal de vida! Que Jeanne y yo sepamos qué es de Ud. Y que tengamos pronto la alegría de volver a verle. Acuérdesse de la primera visita suya, cuando le habíamos tomado por uno de esos periodistas sin escrúpulos que asaltan por mi casa noche y día. ¡Pobre Miguel! Pero qué compensación cuando hemos podido descubrir la riqueza iluminada de su espíritu y la bondad de su corazón!

“¡Vuelva pronto! Entre tanto, Jeanne y yo le abrazamos muy afectuosamente,

“Leon Degrelle

“N.B. Le mando esta carta en tres ejemplares, a tres direcciones”.

* * *

Como mis actividades hitleristas se habían reiniciado, pensé que no podría continuar residiendo en Suiza y publicar otros libros, además de “El Cordón Dorado”, revelando la “Cosmogonía del Hitlerismo”, sin comprometer al país que me había acogido tan generosamente.

En Chile se había producido el Golpe Militar y Allende se había suicidado. Varias veces he contado que fue nuestro Cónsul General en Zürich, mi ex secretario, Carlos Costanora, quien me transmitió la noticia del dramático final.

Madrid, le 29 mai 1904

Bien cher Miguel,

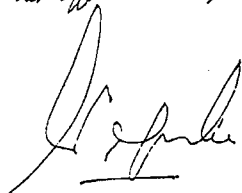
Je me désespère sans rien faire
de vous ! Miguel ! Cher Miguel ! Vous êtes un ami si admirable
et si admiré, le philosophe n°1 de notre époque, le visionnaire
fin à nu, au delà des incidents, l'essentiel, le mécanisme
le transaccré !

J'ai eu une vague d'asthénie
sur votre comportement lors des funérailles de Walter Rausch. J'
me disais, à mon tour, un peu d'idéalisme pour du mal de poitrine....

Mais faites-moi signe ! Une
Jeune et moi saissons ce que vous devez ! Et que, bientôt, nous
ayons la joie de vous revoir ! Envoyez-moi de votre première visite,
quand vous serez près pour un de ces journalités deux semaines
l'arrêter dans ma maison nuit et jour ! Pensez Miguel ! Mais
quelle compensation quand nous aurons pu découvrir la niche
illumineuse de votre esprit et la bonté de votre cœur !

Revenez vite ! En attendant,
Jeune et moi, nous embrassons très affectueusement,

N.B. Je vous envoie cette lettre
en trois ex., à trois adresses !



Carta de Leon Degrelle a Miguel Serrano.



Krause, Ayudante SS de Hitler, sostiene la bata del *Führer*.



Adolf Hitler y Mussolini. Al fondo, Krause, el Ayudante SS del *Führer*.



Arno Breker, el gran escultor del Nazismo y de Adolf Hitler. Fotografía firmada.

Carta de Arno Breker, escrita en francés, dirigida a Miguel Serrano.

Enfin même, je me trouve dans une bonne
situation de santé après une année 1984
assez grave. Le médecin est fort heureux
de mon état actuel.
Pourvu que ça dure! Dieu! Laisse la mère
de Napoléon! -
Espérons nous avons la chance de vous
voir un jour à Düsseldorf?
Avec toutes mes sympathies

Arno Breker



Arno Breker y Miguel Serrano, en Düsseldorf. Breker fue el autor de las esculturas que adornaron los principales edificios del Tercer Reich. Fue también autor de la magnífica cabeza de Ezra Pound.

Solitario allí, en la Casa Camuzzi, junto al fuego de la chimenea, me contemplé en el viejo espejo de Hermann Hesse, abrí la ventana del pequeño balcón, hacia el “Jardín de Klingsor”, levanté una copa también antigua, llena con un vino rojo de Jumillas, que había traído de España, y brindé al cielo estrellado de ese Otoño de Montagnola, recordando a todos nuestros muertos y a todos los héroes que desde mi juventud me acompañaban:

“¡Salud, salud, oh héroes, oh *Viryas*!”.

Lo hacía pensando también en el destino de mi Patria y en lo que profetizara mi Maestro: “Chile llegará al fondo del mal y la miseria, para de allí levantarse, hasta ser la primera Nación de América del Sur...”.

* * *

De amanecida fui a visitar la tumba de Hermann Hesse, en el cementerio de Montagnola.

Durante esos diez años de mi permanencia en la Casa Camuzzi, siempre, en los momentos difíciles, de gran soledad o desánimo, iba a visitar la tumba de Hesse. Y allí, recogido, establecía un contacto con él, una “conversación”. Así lo hice cuando escribía mi libro “NOS”, al no saber cómo avanzar ni qué decir, o si debería revelar esos secretos.

Era de amanecida y el cementerio se hallaba solitario, envuelto en el sol frío y transparente del bello otoño ticinés.

Sentado en la roca, junto a los pinos que entrelazaban sus ramas y al gran libro de piedra abierto, con el nombre del escritor en una de sus páginas, me concentré, libre de todo pensamiento. Y sentí claramente que Hesse me daba una orden: levantarme y marchar por un sendero de la derecha. Lo hice y pronto hube de detenerme frente a una extraña tumba, sin una cruz, sin un signo cristiano, rodeada de una reja de fierro, imitando llamas de fuego. Al centro, una piedra terminada en dos picos, o cimas, teniendo al medio una ánfora, como el Grial. Era una montaña. Y atrás de todo se levantaba un árbol, una araucaria. Emocionado, estaba allí inmóvil, sin necesidad de interpretar mayormente ese mensaje: el Melimoyu, con sus dos cumbres, y el Grial al medio, con su alimento de Vida Eterna. Todo eso en el Sur de mi Patria, donde crecen las araucarias.

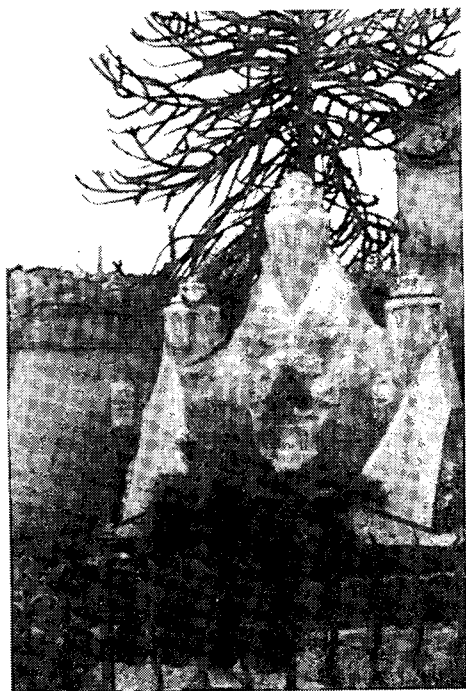
Sí, debía partir, regresar a esos confines. El mensaje me lo entregaba el amigo entrañable. Y fue nuestra despedida, en esta Ronda del Eterno Retorno.

* * *

El Número del Eterno Retorno es el 9. Se repite igual en la suma de todos sus múltiplos: El Retorno de Lo Mismo.

* * *

Allí, inmóvil, tuve de pronto la impresión de haber vivido esto muchas veces.



Extraña tumba en el cementerio de Montagnola, con *Grial* entre los dos picachos de una Montaña, igual al Melimoyu, y una araucaria al fondo.

CUARTA PARTE

LOS CONFINES

Este cuerpo de carne, huesos y sangre ha sido formado y alimentado por los frutos de la tierra, de la Patria; esta alma, por su aire y la visión de sus cumbres nevadas, luminosas, por los amaneceres y crepúsculos marinos, por el perfume de sus flores, por el verde y amarillo de los bosques.

Madre-Patria (Madre y Padre):

Tantos años alejado de ti, nunca me sentí completo, realizado. Me faltaba el complemento de todo lo que tú me has dado, desde mi niñez, junto a las cimas blancas de los campos de Popeta. Ni los Himalaya, ni los Alpes, sólo los Andes guardan el misterio de un mundo sumergido, que ahora deberé explorar hasta sus profundidades.

* * *

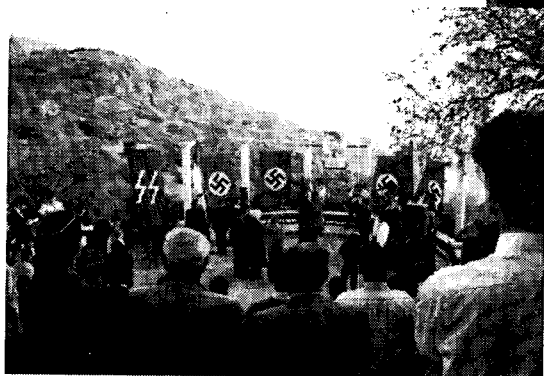
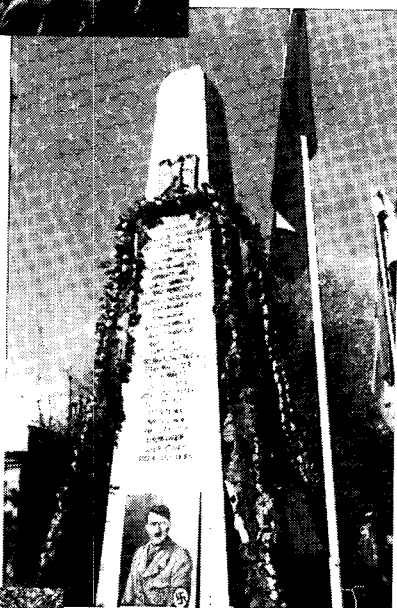
Pero qué distinto era el país que encontré al volver. Un clima gris, pesado. Las noches sin iluminar, con automóviles cruzando a gran velocidad por calles vacías. Disparos, ruido de ametralladoras. Alguien se baja apresurado de una máquina y me detiene, apuntándome con una pistola. Me pide identificarme. Le muestro mi pasaporte diplomático. Me aconseja irme rápido a mi casa, pues se busca a una persona que se me parece.

Al día siguiente voy a visitar al Ministro de Relaciones Exteriores, un Almirante. Converso largo con él y doy mi opinión sobre la situación mundial en relación con Chile. Me manda a hablar con la Junta de Gobierno, los cuatro Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas.



Ceremonia increíble hitle-
rista. Jamás se
ha visto nada
parecido, salvo
años después en
Chile, con un
igual sentido mís-
tico-esotérico.

Celebración del Centenario del na-
cimiento de Adolf Hitler, en las cumbres
andinas, que pertenecieron a las tierras
de mi familia, en un anfiteatro griego,
imitación del de Epidauros. Asistieron
representantes de países latinoame-
ricanos, de Italia, de Alemania y de
España.



Homenaje a Rudolf Hess y
a los héroes nazistas,
asesinados el 5 de
septiembre de 1938.



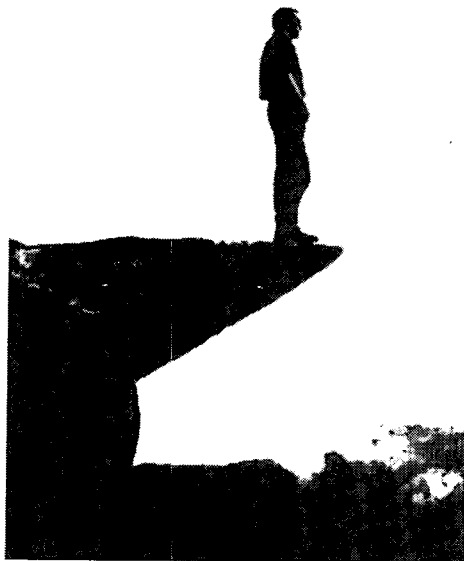
Juan Diego Dávila, camarada y sobreviviente de los héroes nazistas asesinados en 1938, y Miguel Serrano, en un homenaje de un 5 de septiembre.



Miguel Serrano inicia un homenaje a los héroes nazistas con una invocación a la Estrella de la Tarde, *Yepun*.



Figura única por su simbolismo. Tal vez tallada por los inkas blancos, los frisones o los hiperbóreos de Sudamérica, con anterioridad a la llegada y destrucción planificada de los judeo-cristianos. Una reliquia de los Dioses Blancos, con el símbolo de la Estrella de la Mañana, *Oiyehue*, la Runa *Véneris*.



Eduardo Thiers Yunge, joven hitlerista, misteriosamente desaparecido. Aún lo buscan sus camaradas del sur del mundo.

Demasiadas veces he relatado en detalle esta reunión trascendental. La primera vez la describí en “Adolf Hitler, el Último *Avatâra*”, en el capítulo “El Golpe Militar Chileno”. Con la mayor crudeza me referí a cada uno de los participantes, a esas figuras decisivas en la Historia del país y, muy especialmente, al protagonista principal, el General Augusto Pinochet Ugarte. He registrado en letra escrita mis palabras y las de ellos, con la impresión personal sobre cada uno. De todo eso, sólo voy a rescatar ahora mi consejo de implantar en Chile un “régimen de campamento militar autárquico”, en el que “todos comieran del mismo rancho”. “Con el arado en una mano y en la otra el fusil”, como el guerrero visigodo de la Conquista. Es decir, lo más opuesto al sistema económico que se impuso, bajo la influencia “monetarista” de los “Chicago boys”, de Milton Friedman y, luego, de los “gremialistas” de Jaime Guzmán y los “Opus Dei” del presente. Ante esta trágica evidencia, volví a partir, abandonando Chile por algún tiempo, mientras hacía declaraciones públicas en contra del sistema económico y mi hijo, José Miguel, escribía documentados artículos, atacándolo.

Fue también por esos días cuando se expulsó de Chile a Michael Townley, de origen estadounidense, un agente del Organismo de Inteligencia recién creado por el Gobierno, y reclamado por la CIA, que ya se había vuelto contra Pinochet y la Junta, por sus intenciones de quedarse más de la cuenta en el poder, y por la liquidación del Partido Comunista chileno, afectando así los intereses vitales de su enemigo aparente, la KGB.

Varias veces también he contado mi intervención —fortuita en este caso— a través del General de Aviación, Matthei, tratando infructuosamente de evitar la expulsión del agente Townley. ¡Hace tantos años ya! Allí comienza el desastre del General Manuel Contreras, Director de Inteligencia de la DINA y del mismo General Pinochet.

Dudas mortales debieron torturar a este último, al extremo de que Antal Lipthay, un personaje de origen húngaro y con influencia en la familia de Pinochet, de tendencias nacionalistas y contactos con la “Inteligencia” de Contreras, se me acercó para decirme que la familia del General se encontraba muy preocupada. Buscaban a alguien que pudiera darle un buen consejo. Tal vez supieron de mi intervención a través de Matthei; o bien, el mismo Lipthay dio mi nombre. Lo cierto es que me preguntaban si yo estaría dispuesto a visitarle. Dije que sí. Y mi sorpresa fue aún

mayor al conocer las palabras de Pinochet: “Ese señor ya vino a pedirme una Embajada”.

Era esa una mentira. Jamás le había pedido nada, ni le había vuelto a ver después de mis dos entrevistas con los miembros de la Junta en el Ministerio de Defensa. Sólo ofrecí ayudar con mis amistades y explicarles la situación real de Chile: a Indira Gandhi, a Tito, a Waldheim, en las Naciones Unidas; al Gobierno italiano, a través de Roberto Duce, Secretario General del Ministerio de Relaciones Exteriores romano, y de Alberto Berio, Consejero de Estado, para lo cual habría necesitado un “status” oficial y representación diplomática, es cierto; pero mi ofrecimiento lo hice por el conducto regular, a través del Ministerio de Relaciones Exteriores. En cambio, y sin mi conocimiento, el ex Presidente Jorge Alessandri mandó a Jaime Guzmán a que pidiera a la Junta de Gobierno que me devolvieran la Embajada que me había quitado Allende. De esto sólo me enteré por Alvaro Puga, colaborador del Gobierno Militar en esos días. Luego, cuando esto no se hizo, las palabras de don Jorge fueron: “Mal le va a ir a esta Junta si empieza actuando así con Miguel Serrano”.

Temprano pude saber que el General Pinochet mentía.

Mi ciclo en la diplomacia se había cerrado hacía tiempo, debiendo comenzar ahora la última aventura en la tierra de los confines del Polo y de los Hielos, en la Hiperbórea del Sur.

Pinochet, por miedo frente al poder del Norte, como siempre, se inclinó, entregando a Townley, así como veinte años después entregaría al General Contreras. De este modo sellaba su destino y el de Chile.

* * *

Visité a mi Maestro. Tenía casi cien años, y me avisó su deseo de partir. Su profecía sobre Chile se había cumplido en gran parte. Nuestra conversación trató de la vida y de la muerte. Por su profundidad y trascendencia voy a reservarla para el final de estas “Memorias”. Dejo también para entonces el relato de nuestra despedida en esta tierra y en esta Ronda del Eterno Retorno.

LOS SAGRADOS ANDES

Poco a poco había logrado juntar un grupo de jóvenes idealistas, dispuestos a luchar contra el sistema y partir en busca de un punto mágico de nuestra tierra, donde establecer una vida diferente, basada en los valores superiores y en contacto con una cumbre sacra de los Andes. Fueron jóvenes de varias regiones del mundo, no sólo de Chile, que creían en los principios capaces de transmutar la vida de los hombres y tenían fe en lo que se escribió con la sangre de los héroes. Solamente nuestros ideales han podido abrir un horizonte a la juventud desesperada, en la más profunda crisis religiosa, entregada a la droga, al terrorismo y al crimen. En los veinte años de mi regreso a Chile, de actividad incesante, nunca en el mundo, salvo durante los tiempos grandiosos del Hitlerismo, se realizaron actos mágicos y litúrgicos como los nuestros, en las celebraciones del Centenario de Adolf Hitler, en los dedicados a Rudolf Hess y a los héroes nazistas chilenos. Ahí están los documentos y los films para mostrarlos. Rindo, por ello, homenaje a los leales, a los que aún permanecen, a pesar del fracaso de nuestros esfuerzos en el mundo exterior por construir un paraíso inexpugnable, de belleza y justicia aquí en nuestra tierra. Hombres y mujeres, y a la familia que vino desde Alemania. Cuando el círculo de fierro se cierra en torno nuestro, deseo preservar sus identidades para protegerlos; en los días finales, cuando todo parece perdido y se oye ya el galope del Caballo Blanco del *Ultimo Avatâra*.

EL MISTERIO DE LOS DIOSES BLANCOS

Cuando la entera Historia del mundo nos es desconocida, no es de extrañar que nada sepamos de cierto sobre la prehistoria del Continente que llamamos América y que los vikingos apodaran *Huitramannaland*, Tierra de Hombres Blancos.

En todas las culturas americanas, precolombinas, se nos habla de los “hombres blancos”, con características semidivinas, que gobiernan a pueblos mezclados, de color. Son los creadores de la civilización entre los humanos. Los libros de Jacques de Mahieu nos ilustran al respecto, al tratar de Tiahuanacu, de los Incas (*Inkas*), de los pascuenses, de los toltecas, olmecas y mayas. Luego, Alexander von Wuthenau y Pierre Carnac, Miguel Covarrubias,

Barry Fell, Cyrus Gordon, Gustavo Vargas Martínez, Paul Rivet y Pierre Honoré, autor de “La Leyenda de los Dioses Blancos”, además de nuestro Fonk. José Vasconcelos habla de “Raza Cósmica”, para referirse a América. Es decir, este Continente estuvo poblado, desde muy antiguo, desde los mismos orígenes, siendo aún posible que razas cuyas raíces se atribuye a otras latitudes hayan partido desde aquí. Aunque nuestra opinión es otra: la verdad última no está en la Tierra. Su Historia tiene un comienzo extraterrestre, con un argumento que no varía, siendo siempre el mismo: guerra, destrucción, muerte. Hombres blancos que luchan contra un enemigo de color y que, cuando vencen, son capaces de dar felicidad y paz por un tiempo a los suyos y también a los vencidos, hasta que estos últimos los contaminan con su sangre y los derrotan desde dentro. Cuando este punto se alcanza y la tierra aparece totalmente mezclada (contaminada, con una “raza-cósmica”, precisamente), la Naturaleza se sacude el mal, el cáncer, con un cataclismo. Y todo volverá a comenzar, en el Eterno Retorno de los Ciclos, o edades. Hasta que un día logremos salirnos a una “situación no soñada ni por los más grandes utopistas”, como pensaba Frederick Nietzsche, derrotando al “Eterno Retorno de lo Mismo”, en el *Yuga del Héroe*, que nos aporta el Hitlerismo Esotérico. ¿Será posible? Por ello, aún seguimos luchando.

La Historia terrestre se repite: los *Viryas* se enamoran de las “hijas de los hombres”, en medio del Combate con los “robots genéticos” de *Sat-án*, *Sat-urno*, Jehová. Y son hechos prisioneros, transformándose en esclavos. Los que se mantienen puros, parten, emigran, se refugian en ciudades sumergidas, subterráneas. En *Shamballah*, *Agartha*, *Paititi*, *Elellin*, el Dorado, la Ciudad de los Césares.

El Dios Blanco, Quetzalcoatl, la “Serpiente Emplumada”, es combatido por los sacerdotes aztecas de color de Tenochtitlan y obligado por el judío, Tazcatlicopa, a emigrar. Se reinician los sacrificios sangrientos en las pirámides del sol. Deberá también abandonar con toda su gente la maravillosa Chichen-Itzá, desconociéndose su paradero y rumbo final. Otro tanto acontece con Kukulcan y con los Dioses Blancos, Mama-Ocillo y Kontiki-Viracocha, tras la desaparición del primer Tiahuanacu. Al igual que los hiperbóreos del Gobi, entran en la “Tierra Hueca”, por las “puertas” himaláyicas y andinas, hacia las ciudades míticas, hacia los templos ocultos, en las profundidades de los mundos sumergi-

dos, de la Atlántida, de Gondwana, de Lemuria, de la Antártida, en la Otra Tierra, donde también se refugiara Hitler, con lo mejor de la raza de los “Superhombres Astrales”, los *Viryas* recuperados. En la Ciudad de los Césares, en el *Walhalla* de Wotan-Quetzalcoatl.

* * *

Desde tiempos muy remotos, los iniciados y los exploradores esotéricos buscaron las entradas secretas a las ciudades ocultas, donde reside el “Rey del Mundo”. Algunos, muy pocos, las hallaron, la mayoría pasó junto a ellas sin percibir las. Aquí, en la Patagonia, en la Tierra del Fuego, buscó la “Ciudad de los Césares” Pedro Sarmiento de Gamboa y, desesperadamente, el Padre Mascardi, hasta perder su vida. Enviaba mensajeros con escritos en griego, pues estaba convencido que los habitantes eran troyanos, o héroes de Esparta, de la Grecia más antigua. Y de Mahieu estuvo seguro de que los comechingones de los montes de Córdoba, en Argentina, fueron la élite desaparecida de Troya y los huayaquis, del Paraguay, quizás si hiperbóreos, peregrinos del Gobi. Y todos ellos, sobrevivientes de la Atlántida, o de Gondwana, o de la Lemuria.

Lo cierto es que los arios, los “nacidos dos veces”, los “resucitados”, en sus caravanas y periplos –los “*peregrinos del ansia*”, los “*testigos del alba*”–, siempre llevan consigo su parásito, como esclavos, que al final los desvían de su ruta, los consumen, los suplantán y los derrotan, apropiándose de su rostro y su lenguaje, de su historia y biografía, falseándolas. Es un argumento que se repite y se repetirá. El judío, el robot genético de Satán-Saturno, ha sido traído a esta tierra por compulsión demiúrgica, para impedir el triunfo de los *Divyas* y los *Viryas*.

Conflicto cósmico ineludible.

EL MONTE MELIMOYU

Asistí en Alemania a una sesión del “médium lúcido”. Estaba rodeado de mujeres, de *nornas*. Es curioso, pero también los Externteine fueron un templo de mujeres, de “meigas”, como al parecer lo fuera Machupichu, de las Vírgenes del Sol. Las nacidas quinta en Hiperbórea, eran las encargadas de mantener el contacto con los Dioses, con los *Divyas*, con los que vigilan desde afuera.

El médium cerró los ojos y esperó mi pregunta, repitiéndola luego:

“¿Dónde debo buscar la Ciudad de los Césares?”.

Y me respondió, abriendo los ojos:

“El primer lunes del mes, vaya al aeropuerto de la ciudad de Santiago, en su país. Siéntese en un banco y espere, hasta que al frente suyo un extraño personaje, con collares, un curioso sombrero, pantalones arrugados y viejos, que parezca dormitar, se levante para tomar un avión. Sígale, embáquese con él y descienda donde él lo haga. En ese lugar usted encontrará lo que busca”.

Obedecí. Y un lunes fui al aeropuerto de “Los Cerrillos”, preparado para partir. Me senté y esperé, sin ver a nadie al frente mío con las características señaladas por el médium alemán. Muchos aviones partieron y yo seguía esperando, hasta que comprendí que me había equivocado y que ése no era el primer lunes del mes.

Debería ahora aguardar hasta el mes próximo. Volví, me senté en el mismo sitio y esperé de nuevo, con idénticos resultados: nadie se sentó al frente mío, nadie semejante. Mas, ahora no estaba dispuesto a esperar otro mes. Fui a la ventanilla de la Línea Aérea Nacional y compré un pasaje en el primer avión que salía al sur y para la ciudad más distante de su recorrido, Coihaique.

Llegué allí de noche y pregunté por un lugar donde pernoctar. Me recomendaron el “Hotel Español”. Recordé que alguien me había dicho que en Coihaique residía Atilio Cosmeli, un hombre que había descubierto las ruinas de una antigua ciudad en la selva. En el hotel le conocían y me dieron su teléfono. Era éste un próspero empresario maderero, con varios fundos en la región. Alessandri le había nombrado Intendente de Punta Arenas, durante su Gobierno. De claras tendencias nacionalistas, apenas le di mi nombre me invitó a alojar en su casa de Coihaique. Me pasaría a buscar. Mientras le esperaba, reflexionaba en el hecho curioso de encontrarme en esa alejada ciudad del sur, la que fuera diseñada por mi cuñado, Ernesto Mesa, marido de mi hermana Berta. Vivieron varios años allí, como en el Lejano Oeste. Hubo hasta una calle con el nombre de Berta Serrano. Hoy sólo conserva el apellido, creyéndose que el nombre se deba al héroe del combate naval de Iquique.

Atilio Cosmeli me llevó a su casa, donde nos servimos una cena frugal, preparada por nosotros mismos. Me contó que su

mujer, Luz Pereira, acababa de fallecer, envenenada al comer setas del jardín. Por esta razón, pronto dejaría esta casa. Durante el gobierno de Allende había combatido con todos los medios posibles y, junto con Jorge Prat, Julio Phillipi, Vittorio di Girólamo y otros nacionalistas, habían pensado instalar una suerte de colonia cerca de Chile Chico, en la frontera con Argentina. Desde ahí iban a continuar la resistencia.

El tema que él planteara me dio la oportunidad para referirme a la ciudad secreta de la selva. De inmediato cambió su actitud y dejó sencillamente de hablar, extrañado de que yo me refiriera a una cosa “absolutamente absurda”, según sus palabras.

Para poder continuar conversando, pasé a tratar algo diferente, diciéndole que acababa de publicar un libro, que de seguro le iba a interesar. Abrí mi mochila y saqué “El Cordón Dorado. Hitlerismo Esotérico”. Demostró un interés muy grande, pidiéndome que se lo prestara para leerlo esa misma noche. Se lo pasé y nos despedimos, para irnos a nuestros cuartos.

Al día siguiente, al desayuno, Atilio estaba transfigurado y no se cansaba de hacerme preguntas en relación con el tema de mi libro. Deseaba quedárselo de cualquier modo. Era el único ejemplar que yo llevaba conmigo. Y se me ocurrió usarlo como un medio de presión, quizás indebido, pero que yo decidí utilizar dada la importancia fundamental del tema y la trascendencia de mi búsqueda:

“—Mire, Atilio”, le dije, “yo estoy seguro de que usted no ha querido revelarme la verdad sobre la Ciudad perdida de la Patagonia; pero ahora, al leer mi libro, se habrá enterado de quién soy y de la seriedad e importancia de mi deseo de conocer... Quédese con el libro y dígame qué hay y lo que usted encontró...”.

Se levantó de su asiento y se puso a pasear nervioso. Miró por la ventana, como si perdiera su vista en la lejanía.

“—Sí, cuando yo era Intendente, podía hacer estas cosas... Resulta que un indio, en su lecho de muerte me entregó el secreto de unas ruinas perdidas en una isla de estas regiones extremas... El secreto sólo puede revelarse de persona a persona, en el lecho de muerte... Viajé con una pareja de carabineros montados y en la cercanía del sitio les vendé la vista, cosa que pude hacer por el hecho de ser Intendente, como he dicho... Ahora bien, nada del otro mundo, sólo rocas y unas ruinas rudimentarias, sin importancia...”.

Atilio Cosmeli se calló, se retiró de la ventana y se paseó visiblemente molesto por el cuarto. Sin duda sintió que había roto un compromiso, como si yo lo hubiese obligado, o sorprendido. Y su actitud hacia mí cambió desde ese momento. Me llevó de vuelta al hotel y me dejó allí, con la excusa de que tenía mucho trabajo y compromisos para ese día y los siguientes.

Hasta hoy, nunca he sabido si él me contó la verdad sobre su expedición, toda la verdad. Atilio Cosmeli murió años después, en un accidente en auto, en su hacienda del Lago General Carrera y no creo que tuviera la ocasión de transmitir a alguien más el secreto de las ruinas.

ENCUENTRO CON EL EXTRAÑO PERSONAJE

Tras leer mi libro, Cosmeli me aconsejó que viera a la Alcaldesa de Puerto Cisne, una astróloga con gran influencia en el General Pinochet y que había pronosticado, entre otras cosas, el asesinato en Italia de Aldo Moro. Ella era de origen italiano.

Pero decidí recurrir al Alcalde de Aysen, un nacionalista. Me comuniqué con él por teléfono para solicitarle algún consejo en mi búsqueda en la región. Me envió de inmediato su automóvil, invitándome a su casa.

El trayecto de Coihaique a Puerto Aysen iba por un camino de tierra, bordeando montañas, con una cascada de aguas cristalinas apodada “El Velo de la Novia” y una enorme roca equilibrándose sobre un paso angosto, parecida a un rostro: “La Cabeza del Inca”, me dijo el chofer. “Hasta aquí llegaron los Inkas”, pensé.

Con el Alcalde y su esposa conversamos largamente sobre los acontecimientos de esos días. Chile se preparaba para la guerra con Argentina, la que aparecía como inevitable. Sólo la Alcaldesa de Puerto Cisne no la veía de este modo, en los astros. Y así se lo habría comunicado a Pinochet. Luego, me relató de las muchas dificultades que le ponían los “gremialistas” de Jaime Guzmán para el desempeño de sus labores, por el solo hecho de ser nacionalista.

Nuestra conversación no pudo continuar al siguiente día, pues él debió partir a Coihaique, a una reunión de Alcaldes de la región. Regresó en la noche, con una noticia para mí. En la reunión se encontró con la Alcaldesa de Puerto Cisne, Eugenia Pirzio-Biroli, quien, al enterarse de que yo estaba en Aysen, me pedía

trasladarme ese próximo día nuevamente a Coihaique, para encontrarme con ella, pues “tenía algo que comunicarme”.

En el auto del Alcalde volví a recorrer el camino en dirección inversa, para encontrarme, al fin, con el extraño personaje que me fuera anunciado por el médium en Alemania.

¡Qué increíble sorpresa! Ahí estaba, parado frente a “él-ella”. Porque el personaje era una mujer: ¡Eugenia Pirzio-Biroli, la Alcaldesa de Puerto Cisne! Con un turbante en la cabeza (el “raro sombrero”), collares indígenas colgándole hasta la barriga y unos pantalones estrechos y arrugados. Me miraba con ojos profundos. Me habló:

“-Prepárese, porque hoy mismo nos vamos en un avión a Puerto Cisne. Usted y yo tenemos mucho que decirnos...”.

Y fue así como partí en un pequeño avión, conducido por un avezado aviador, Ernesto Heine Aguila (el sincronismo de los nombres), quien llegaría a ser un fundamental amigo.

La señora Pirzio-Biroli era una asidua lectora de Julius Evola y, en “su Reino” de Puerto Cisne, trató de materializar la Leyenda del *Graal*, al extremo de construir una “Posada del *Graal*” y un “Refugio *Monsalväsche*”. Partidaria acérrima de Pinochet, de quien admiraba “sus ojos azules”, según me declaró, y seguidora obediente de su Jefe, el Intendente de Punta Arenas, Sergio Fernández. Hasta allí llegaba su subordinación, porque en lo restante ella era una autócrata, decidiendo por su cuenta, preocupada sólo de los intereses de Puerto Cisne, aldea de su creación, su “Reino”, como hemos dicho. Odiaba a la colonia alemana de



Posada del *Graal*,
en Puerto Cisne,
territorio de
Aysen.



Judíos practican ceremonia, portando en la frente un instrumento semejante al que usan en las tierras del sur de Chile, para apropiarse de los territorios por medios cabalísticos y por las vibraciones de la "Thora".



Todos los candidatos a la Presidencia de Chile usan el "quipá" en una ceremonia judía.

Puyuhuapi, e ignoraba la Isla Magdalena. Además, era antifascista, porque Mussolini no había hecho Mariscal a su padre, el famoso General Pirzio-Biroli.

Sin embargo, aún debería llevarme la más grande sorpresa. Una sorpresa “llena de significado” (como diría nuestro Nietzsche). Al llegar al aeródromo de Puerto Cisne, la Alcaldesa descendió sola, dejándome en el avión con Ernesto Heine, y diciéndome:

“—Vaya con él”.

De este modo, como en el antiguo film “Horizontes Perdidos”, partí en un avión, sin saber a dónde, volando por regiones totalmente desconocidas.

* * *

Aterrizamos en una pequeña cancha junto al mar. Nos subimos a una lancha y navegamos en dirección de un punto que se veía oscuro en el atardecer. A medida que nos acercábamos, fueron apareciendo los techos de unas construcciones de madera. Eran las Termas de Puyuhuapi. Ernesto Heine las acababa de adquirir y estaba tratando de explotarlas. Su proyecto estaba destinado al fracaso, pues él no era un comerciante, sino un aviador, un “águila”, esencialmente. Hoy esas termas son famosas y se hallan en manos de extranjeros. Entonces, se componían de tres o cuatro cabañas rústicas, para los huéspedes, más otra que servía de comedor. Los baños termales eran unas pozas al aire libre, casi junto al mar, a las que se alcanzaba caminando por la espesura de una selva, de vegetación autóctona. Tras el baño termal, uno podía sumergirse en las aguas marinas, experimentando el contraste del calor termal con el hielo del Pacífico.

Nos bañamos, cenamos y cada uno se fue a su cabaña para pasar la noche. Yo no podía dormir y necesitaba reflexionar sobre la sucesión de acontecimientos inesperados. Abrí la puerta de la cabaña y salí. Caía una fina lluvia persistente. Con una linterna encaminé mis pasos en la oscuridad. En la última de las cabañas había una luz encendida. Miré hacia adentro por su ventana y pude ver a Ernesto Heine sentado a una mesa, agachado sobre unos mapas. Tenía encendida una lámpara de parafina. Golpeé en su ventana. Ernesto se levantó y abrió la puerta. Me hizo pasar y me ofreció una silla junto a su mesa. Me explicó que observaba mapas de la región, en búsqueda de algún sitio inexpugnable

donde establecer mejor la resistencia ante la guerra inevitable que se nos venía encima.

Me incliné también sobre el mapa, con curiosidad por saber dónde realmente nos hallábamos. Sentí que me recorría un escalofrío. Ahí, en un círculo, leí: "MELIMOYU". Apreté la mano de Ernesto Heine y le pregunté, sin poder creer en lo que veía:

"—¿Es verdad? Dígame: ¿Es éste el Melimoyu? ¿Dónde estamos? ¿Dónde estoy? No puede ser. Hace más de treinta años que este Monte Sagrado va en mi mente y en mis sueños, desde que lo divisara una vez en la distancia, durante la navegación del Canal Moraleda, en mi expedición a la Antártida de 1947. Era sublime la visión, con sus dos cumbres albas, como alas de un casco de guerrero vikingo. Nunca pude olvidarlo. Cuando llegué a India, declaré que iba a establecer un contacto mágico entre dos Montes Sagrados de la tierra, el Melimoyu y el Kailás... En el recuerdo ya borroso de estas regiones extremas, cercanas a la Hiperbórea del Polo Sur, creía que el Melimoyu estaba en la Tierra del Fuego... ¡Y ahora aquí, a mi lado, en la Patagonia...!".

Mi emoción era enorme. Ernesto Heine se levantó en silencio y volvió con una botella de vino. Llenó dos vasos y me invitó a beber:

"—¡Salud!... Su Monte está aquí, detrás de estos cerros, un poco hacia el norte, a la vuelta de la espalda".

Entonces me puse a hablarle sin reticencias, dando expresión a todo aquello que guardara por tantos años, desde mi juventud, y que no comunicara a nadie, ni siquiera a los míos, salvo a mi Maestro. Mi búsqueda de los refugios y del Templo de los Maestros de mi Maestro, en la India, en el Kailás, al que no pude alcanzar, por encontrarse ya en poder de los chinos. Y siempre, adentro, muy adentro, la visión y el recuerdo de la cumbre de las antípodas, del Melimoyu, como la materialización del Mito de la Ciudad de los Césares, de Trapananda, de Elellin.

"—¡Ernesto, aquí se cumple la misión y el sueño de mi existencia! Es increíble, una mano nos ha juntado, la de esa astróloga, a la que fui enviado desde Alemania, desde la Alemania del *Führer*...".

"—¡De nuestro *Führer*!", agregó.

"—Aquí, en estos lugares, hay alguien, algún refugio oculto, gente muy antigua —continué—. Dentro de este Monte, por alguna entrada secreta, que usted y yo tendremos que encontrar".

En esos momentos recordaba a mi amigo Saint-Loup, quien tan ansiosamente buscó por este sur del mundo el refugio secreto

de los hitleristas, sin hallarlo. “Lo buscó en lo externo, en la tierra exterior, en su superficie”.

Y esto último, sin darme cuenta, lo estaba diciendo en voz alta.

“Sí”, dijo Ernesto Heine. “Yo también estoy seguro que por aquí, en medio de estas cumbres y estas selvas, hay gente viviendo desde siempre. Cuando vuelo solitario me ha parecido ver algo, descubrir señales, caminos rectilíneos en las cumbres, contruidos por seres que no son de aquí... Sí, hay algo. En algún lugar oculto se encuentran los nuestros... Además, durante la guerra llegaron submarinos... En Chiloé mi suegra les ayudó a abastecerse... ¿Sabe usted? En la colonia alemana de Puyuhuapi podrían decirnos... En todo caso, yo le voy a llevar en avión a volar sobre el Melimoyu. Buscaremos juntos. Además, si logramos instalar en los valles interiores una cancha de aterrizaje y, luego, construir ahí dentro refugios y cabañas como éstas, nadie jamás podrá descubrirnos, seremos invencibles”.

“No, allí afuera no. ¡Adentro, hacia las entradas a la Tierra Hueca!”.

Con las manos apretadas, Heine y yo establecimos un pacto, en aquella noche lejana, iniciando una búsqueda destinada a continuarse por siempre. En el Eterno Retorno.

* * *

Mas, he aquí que el tema, el argumento se repite: la búsqueda paralela del Enemigo. El Alcalde de Aysen y el piloto Ernesto Heine debieron hablarme de las visitas de extraños turistas en la zona que, en número cada vez mayor, se internaban por estas regiones australes, disfrazados de mochileros. Sin duda buscaban también “algo”, provistos de mapas muy exactos de la zona. Cuando descendían de los aviones que contrataban, se vestían túnicas y se colocaban extraños instrumentos en la frente, iniciando invocaciones, contaminando así el paisaje. El alcalde me presentó al capitán del Puerto de Aysen, quien me mostró una larga lista con nombres de “turistas” que intentaban ir desde Puerto Ibáñez, en el Lago General Carrera, cruzando por los ventisqueros del Río Baker, hasta la Laguna de San Rafael. Cuando les informó que no era posible, pues allí no había rutas ni caminos accesibles, ellos le mostraron un mapa del lugar, que él desconocía. El Comandante trató de impedir la expedición, por considerar la zona



El Presidente de Chile, Eduardo Frei Ruíz-Tagle, usando el “quipá” judío. No podríamos siquiera imaginarnos a Jorge Alessandri Rodríguez o al General Carlos Ibáñez del Campo en una actitud semejante.



El Presidente de Chile, Eduardo Frei Ruíz-Tagle, visita Auschwitz. Ahí le mostraron la maleta de una prisionera judía, Franciska Frei. Si esto no fuera cierto y sólo un burdo truco judío, para engañar al Presidente de Chile y a su familia, pudiendo haber encontrado esa maleta en el “Mercado de las Pulgas” de Varsovia, de París o en el de la Plaza O’Higgins de Valparaíso, sería la mejor prueba de los métodos que ellos usan para engañar, mintiendo, como sobre el holocausto.*

* El Gobierno de Chile—el Gobierno de Frei— acaba de donar la condecoración máxima de la Orden Chilena, Bernardo O’Higgins, en el grado de Gran Cruz, a Simon Wiesenthal, el “cazador de nazis”, embustero insigne, como pude comprobarlo durante mi Embajada en Viena y le consta, por lo tanto, al entonces

El Dalai Lama en su segunda visita a Chile, con el Rabino y el Cardenal, juntando sus manos, haciendo la "cadena masónica".



estratégica. Entonces, para su sorpresa, le llegó una orden de la Comandancia Naval de Puerto Montt autorizando la expedición, por ser los "turistas" miembros del Ejército de Israel y del "Mossad". La lista de los nombres era falsa. Todo esto sucedía en pleno Gobierno de Pinochet y de la Junta Militar en Chile. Aquí se ignora totalmente lo que durante ese Gobierno aconteció. El país fue entregado al cumplimiento de un Plan internacional, cuidadosamente planeado y elaborado hace siglos y explicado en el libro de Theodor Hertz, *"Juden Staat"*, el padre del Estado de Israel en Palestina y también en el sur patagónico de Argentina y Chile. Ya durante la Guerra, yo publiqué en mi revista, *"La Nueva Edad"*, los volantes que llamaban *"Nai Juda"* (Nueva Judá) a la Patagonia y, más adelante, di a conocer el *"Plan Andinia"*. Durante Pinochet se permitió la existencia de enclaves militares judíos en territorio chileno, donde se mantuvo presos, se torturó y drogó a rebeldes palestinos. Los judíos fueron autorizados para recorrer los lugares estratégicos de nuestro territorio austral, buscando allí lo mismo que nosotros. Y la Carretera Austral, construida en esa fecha, ha venido a servir los propósitos de *"Nai Juda"*, de Theodor Hertz y

Canciller de Chile, Gabriel Valdés, padre del Canciller actual, quien acepta entregar este alto premio de nuestro país a ese personaje repugnante. Una prueba más de que se acabó Chile.

de “El Plan Andinia”. Con la entrega de Laguna del Desierto a los argentinos, se les facilita a los judíos la instalación de la capital de su “Reino” en Viedma, como lo propusiera hace ya tiempo ese Presidente títere, Alfonsín. En la primera parte de este libro, ya hemos visto cuál es la situación de la Argentina actual, ocupada y gobernada por Israel. Con el Alcalde de Aysen y con Ernesto Heine justificábamos la guerra, pues no era contra los “hermanos” del otro lado de los Andes, sino contra los que ya se habían apoderado totalmente de esa Nación, siguiendo los dictados sabios de Theodor Hertz. La usaban para expandirse, extendiendo las fronteras del “Reino” hasta el Océano Pacífico y haciéndolo bioceánico. Desde esos años al presente, ya no necesitan de una guerra. Se están comprando Chile a través de un testaferro, un ciudadano yanqui llamado Douglas Tompkins, disfrazado de ecologista, agente de Rockefeller. Ya ha dividido a Chile en dos, adquiriendo todo un país, de ochocientas mil hectáreas, y los planes no se detendrán en la Patagonia, pues, con el Campo de Hielo Sur se extenderá el “Reino” hasta la Antártida y con la agitación de los mapuches, llegará hasta el Bío-Bío, estableciéndose momentáneamente un “estado tapón” indígena. Así, el Reino de Judá y del Mesías pretenderá quedar a salvo (*en el paralelo cuarenta*) de las catástrofes que se avecinan y que ellos mismos, por sincronismo, producirán. Mas, el paisaje mágico de estas regiones se sacudirá al final del mortal parásito.

Por siglos, el Melimoyu es un Volcán apagado. Dos de sus “Ubres”²⁹ se han caído. Cuando las otras dos también se derrumben, se sumergirá Chile.

* * *

Desde las termas fuimos por mar a visitar la colonia alemana de Puyuhuapi. Los colonos llegaron antes de 1939, procedentes en su mayoría de los Sudetes, en Checoslovaquia. Entre ellos, venía un hombre muy valioso y culto y con la intención de establecer allí un refugio austral del *Reich*. Trajo libros imposibles de encontrar hoy en Alemania, entre ellos un ejemplar de la primera edición de

29. Melimoyu en idioma indígena significa “cuatro ubres”.

“Mi Lucha”, firmado de puño y letra por Adolf Hitler. Desgraciadamente, al estallar la Guerra, debió partir. Se enroló en la aviación y murió en el frente ruso. Su biblioteca quedó en poder de los colonos, que no supieron apreciar su verdadero valor. Cuando les visité, el jefe de la colonia era don Walter Hopperdietzel y su hijo, Klaus, me regaló la biblioteca.

En la colonia de Puyuhuapi se ha instalado una fábrica de alfombras. Don Walter Hopperdietzel me hizo un bello tapiz con la Swástika Levógira, que aún guardo en mi santuario de Valparaíso.

* * *

Ese día arribó a Puyuhuapi una barcaza. En ella venía el Jefe de Correos de Coihaique, Aldo Marchesse, director, además, del periódico regional.

Comimos unas cholguas recién extraídas. Y esa misma noche estábamos todos enfermos y debimos regresar en el avión; el Jefe de Correos a Coihaique y yo a Puerto Cisne, donde me interné en la “Posada del *Graal*”.

Fue una suerte que las cholguas no estuvieran envenenadas con la “marea roja”.

Pensé que aquí había terminado mi aventura patagónica. El Capitán del Puerto, preocupado por mi salud, prometió enviarme un avión para que pudiera trasladarme a Coihaique y, de allí, a Santiago.

Sintiéndome ya bien, esperaba el avión de un momento a otro. Oí el ruido de sus motores y me dirigí al aeródromo. Era Ernesto Heine, quien ciertamente me venía a buscar, pero no para llevarme de regreso a Coihaique, sino de vuelta a las termas y, de ahí, en vuelo directo al Melimoyu. Mi alegría fue inmensa. Al fin iba a poder ver de cerca a mi Montaña Sagrada, la que por tantos años llevaba grabada en la memoria y en el centro del corazón, de noche y de día, a través de continentes, de mares, de océanos, como una religión, como el amor de Allouine.

* * *

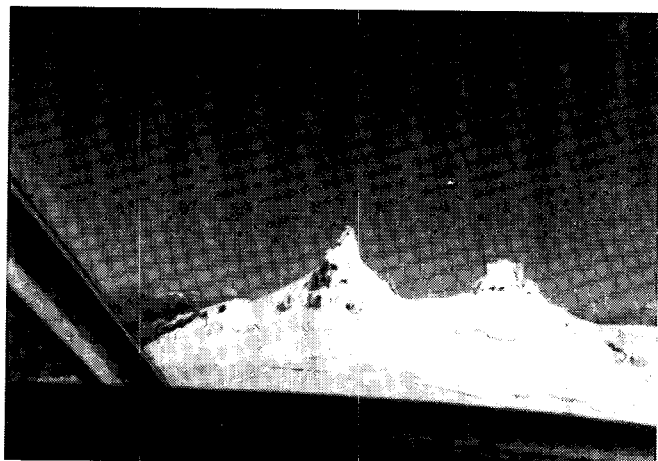
El avión era un bimotor. Ibamos sentados uno al lado del otro. Heine me mostraba las cadenas de montañas, señalándome unas

Con el gran
piloto Ernesto
Heine Aguila,
junto a su avión,
en la Patagonia.



Vista de los
picachos (los
“cuernos del cas-
co vikingo”) del
Monte (volcán)
Melimoyu. Toma
dellado norte, sin
nieve.

Los dos picachos
del Melimoyu
vistos desde el
lado sur, con
nieve. Pasamos
entre ellos.



líneas rectas que semejaban caminos trazados por hombres, por seres desconocidos.

“—Esto es lo que yo he visto y me ha extrañado siempre”.

Cruzamos las cordilleras y volamos sobre un valle verde, cubierto de vegetación autóctona.

“—Ese es el Valle de Santo Domingo. Es aquí donde podríamos hacer descender un helicóptero con un grupo de trabajadores, para que construyeran una cancha de aterrizaje. Luego nos instalaríamos y nadie nos encontraría jamás”.

“—Sería la mejor forma de complementar la Carretera Austral, con una colonización chilena, tal como la imaginara don Nicolás Palacios. Y así contrarrestar el *Plan Andinia*”.

En esos momentos, frente a nosotros se abrió un abanico de nubes y se nos apareció la cumbre blanca y majestuosa del Melimoyu. Ahí estaba, acercándose.

“—Vamos a pasar por el medio de sus dos picachos”, dijo Ernesto Heine.

Vimos, derrumbados a uno de sus lados, los otros dos picos que se desprendieran antaño de su cima. Y poco a poco, muy lentamente, fuimos cruzando entre las dos puntas del Casco del Guerrero.

Parecía imposible. Ya estábamos al otro lado.

“—Ahí vive Lalo Bravo y acá don Pablo Winkler, absolutamente solitario. Conversa con sus vacas, a las que ha puesto nombres, una se llama Julia. Tiene termas en sus dominios. Nadie lo saca de aquí. Con la leche de sus vacas hace quesos. Baja en una lancha propia por el río hasta la localidad de Marín Balmaceda, donde los vende y se aprovisiona para el invierno”.

Al oír el nombre de Marín Balmaceda, recordé al gran hombre y Senador, que fuera capaz de salvar de una muerte segura a los últimos sobrevivientes nazistas de la masacre del 5 de septiembre de 1938. Se le puso su nombre a esa localidad de la Patagonia, casi limítrofe con Argentina, por su esfuerzo y preocupación por defender nuestro territorio nacional. ¿Quién le recuerda hoy y sabe siquiera por qué se le dio su nombre a ese pueblo y a ese río?

Mientras girábamos en torno al Volcán Melimoyu traté de rehacer la imagen en mi memoria del Senador Raúl Marín Balmaceda, un caballero a la antigua que aún creía en el honor y en la Patria.

* * *

Aldo Marchesse me invitó a volar con él hasta Chile Chico, un pueblo especial de la frontera, con microclima, y donde se producían frutas de otras estaciones. Acepté gustoso, deseaba conocer el lugar donde amigos míos de otros tiempos, como Jorge Prat, habían pensado establecerse en situaciones extremas. Marchesse había sido piloto de la Fuerza Aérea y le encantaba volar. El avión era nuevo y con dos motores debajo de las alas, su dueño y piloto se iniciaba en el trabajo del transporte de pasajeros en la zona. Era nada menos que el hijo del Comandante Rojas, que piloteaba el avión "Sikorsky" en nuestra expedición a la Antártida de 1947-48. Otra de las muchas coincidencias.

En el avión, además de Marchesse y del joven piloto, iban dos funcionarios de correo, que serían dejados en la localidad de Güadal, en el Lago General Carrera. Volamos en esa dirección. Pasando sobre Puerto Ibáñez, nos dirigimos en dirección del Monte San Valentín, el más alto de esas latitudes. Marchesse quería fotografiar su cumbre desde cerca. Las nubes se hacían cada vez más espesas y una tormenta se acercaba, pero seguimos adelante hasta alcanzar nuestro objetivo. Casi al alcance de la mano, se hallaba la imponente cumbre. Abajo se abría un campo de glaciares que llevaban directo a la Laguna de San Rafael. Yo lo observaba con detención, pues allí, por algún paso libre de hielos, había pasado a caballo, hace muchos años, mi cuñado Ernesto Meza, para unir el Lago General Carrera con las aguas del Pacífico. Y también los miembros de la Inteligencia israelí, cuyo intento tratara de impedir el Comandante chileno.

Sobrevolamos la Bahía de San Rafael, con sus morrenas y sus instalaciones hoteleras en abandono, para dirigirnos de vuelta al Lago General Carrera, que los argentinos llaman Buenos Aires, para señalarnos que allí también hay ambiciones suyas. Esa misma tarde deberíamos estar en Chile Chico, en el confín oriental de las aguas. Mas, antes íbamos a aterrizar en Guadal, en su ribera sur. Ya estábamos allí, buscando la pista de aterrizaje. Muy abajo, en la distancia, pudimos ver apenas una línea del grosor de un dedo, cercana al lago. Era una pista no autorizada y a mí me pareció imposible que un avión la pudiera utilizar. "Apenas si un jeep", me dije.

Empezamos a descender y topamos tierra dejando muy poco espacio para detener el avión. El piloto, nervioso, frenó bruscamente y el avión se salió de la pista, volcándose. Aldo Marchesse

se desprendió de su cinturón de seguridad ordenándonos saltar del avión como pudiéramos, pues existía el peligro de un incendio. Saltamos todos, menos el telegrafista, que había quedado prendido de los tirantes de sus pantalones, cabeza abajo.

Casi simultáneamente se escucharon las sirenas de un carro de bomberos y de una ambulancia, que se aproximaban al lugar del accidente. No hubo necesidad de su intervención, fuera de descolgar al telegrafista. Nos trasladamos al pueblo en la máquina de los bomberos.

Sin duda se había acabado el viaje a Chile Chico. Esa noche nos alojamos como pudimos en esa perdida localidad de Güadal. A mí me tocó en la casa del profesor del pueblo, que estaba de vacaciones. Me instalaron en la sala de las muñecas de sus hijas. Allí dormí junto a una muñeca que decía "papá".

Al otro día nos avisaron que un hijo de Ernesto Heine vendría a rescatarnos. Como la pista había quedado inutilizada, sólo había un aeródromo en el fundo de Atilio Cosmeli. Tuvimos que trasladarnos en un camión, único transporte disponible en Güadal. Con el piloto Rojas decidimos ir atrás, en el lugar de la carga, al aire libre, en esa extraordinaria mañana de sol. Avanzábamos por una angosta ruta en las laderas montañosas y agrestes. A veces llevábamos una rueda en el aire, sobre el abismo, otras, atravesábamos torrentes o ríos. El conductor avanzaba, pasando sobre troncos detenidos en el agua. El paisaje era indescriptible, garzas volaban sobre el lago azul, luminoso. Y, al fondo, las cumbres bellísimas del "Cerro Castillo", semejando almenas medievales. Por allí debería aparecer el avión de los Heine.

Recordaba las cumbres himaláyicas y las de los Alpes, comparándolas con éstas de los Andes pre-antárticos. En las primeras hay habitantes, yogas y *sadhus*, ocultos en sus vericuetos, en profunda meditación y búsqueda interna del *Sí-Mismo*. En los Alpes, ya no hay nada, sus Dioses han muerto, han sido asesinados por una religión monoteísta y una persecución implacable, con fanatismo semítico. Hasta las hadas y los duendes han debido escapar por pasillos subterráneos, hacia el Reino del Rey Laurín, por el Sendero de las Rosas, que ya nadie más ha buscado, después de Rilke.

Y aquí, en los Andes, todo también se fue, cuando los mapuches, los onas y los selcnams fueron destruidos en sus almas, cortados de su contacto con sus Dioses Gigantes, con Temauquel,

desatando los lazos secretos del Cordón Dorado que los unía con los Gigantes, sumergidos voluntariamente en la roca de las cumbres. Tras la desaparición de la Lemuria, ya sólo impera el silencio de las cimas y el ansia de los crepúsculos y amaneceres, que nos transmite la Estrella Venus. El camino hacia el reencuentro con el mundo de los Gigantes de los Andes y con la Ciudad de los Césares ya no va por esta tierra, sino a través de la Estrella de la Mañana.

Ella nos entregará el derrotero oculto hacia la Otra Tierra, hacia la “Entrada”.

PINOCHET APARECE EN ESCENA

Conseguí para Heine un hidroavión. Mientras me hallaba de regreso en Montagnola, para arreglar mi partida definitiva de Suiza, Ernesto Heine, junto con el dueño del hidroavión, un empresario viñamarino, lograron descender en el Lago Melimoyu, siendo los primeros, en esta Historia y en el mundo actual, en navegar así por sobre esas aguas y en caminar por sus riberas.

Un día me encontré en la puerta de mi casa en Santiago a un joven que venía a solicitar “mi” permiso para escalar el Melimoyu y colocar en su cima una bandera con la Swástika Levógira, bordada por su novia. Había leído “NOS. Libro de la Resurrección” y consideraba que sin mi consentimiento, él no podía llevar a cabo esa hazaña. Le abrí la puerta de mi casa y hasta el día de hoy somos amigos y camaradas. De más está decir que jamás alcanzó la cumbre de la montaña.

Fue en esos tiempos que empecé a escribir y terminé “Adolf Hitler, el Ultimo *Avatâra*”. Para poder publicarlo, costearlo su edición, debí vender terrenos que poseía en los montes de “El Arrayán”, en los Andes cercanos a Santiago y que pertenecieron a mi familia materna. Con ese dinero, más la venta de mi departamento en la capital, pude adquirir también una bella casa campesina en Colchagua, que construyó don Ladislao Errázuriz Lazcano y luego, fue de la familia de mi amigo, Alejandro Rivera. Quedaba justo en el camino que antaño recorriera para ir al fundo “El Huique”, de doña Elena Errázuriz, donde, con Hernán Granier, conversábamos sobre la guerra y seguíamos atentos sus avatares.

Fue en esos días cuando recibí una llamada telefónica de un artista francés, residente en Chile, Roger Pierre Duffaure, pintor y proyectista. Me daba la noticia de que el General Pinochet había

decidido iniciar la “colonización del Melimoyu”, para lo cual parcelaría sus territorios adyacentes. El proyecto lo llevaría a la práctica el Ministerio de Bienes Nacionales.

Era ésta una noticia increíble. Hasta el día de hoy no sé cómo explicarlo. ¿Por qué esta ocurrencia inesperada y repentina del Gobernante? ¡Colonizar el Melimoyu! Sin duda que con ella se completaba y daba un sentido a la construcción de la Carretera Austral, aún no terminada. Pero, ¿por qué el Melimoyu, el lugar más inhóspito y difícil, con una cantidad de lluvias superior al resto de toda la región? En Chile es éste un monte poco conocido, del que apenas se habla; aún hoy. Salvo yo, nadie había escrito sobre él. ¿Será que Pinochet leyó mi libro “Quién Llama en los Hielos”, que yo le regalara en mi segunda y última visita a los miembros de la Junta? Hasta el presente no encuentro otra explicación. De un modo o de otro, Pinochet me “ha seguido la pista”, como se diría aquí. El cree—o creyó—en los Discos Voladores; cree—o creyó—que Hitler estaba en la Antártica. Y todo esto lo ha tomado de mis escritos. El siempre jugó a dos lados, guardándose las creencias para sí mismo, y por lo “que pudiera suceder”. (“Por si las moscas”, se dice aquí). Fue amigo de Hans Rudel, el héroe del hitlerismo, piloto de *stukas* en la Gran Guerra. Pero, a su vez, permitió que los judíos recorrieran el sur a su antojo y establecieran sus “enclaves” en Chile. ¿Con la colonización del monte sagrado—de *mi Monte*—pensó acaso protegerlo, salvarlo, instalando allí a chilenos? Lo intentó aún en contra de la voluntad de la Alcaldesa de Puerto Cisne, doña Eugenia Pirzio-Biroli, quien veía en esa colonización una distracción de esfuerzos en el plan del desarrollo exclusivo de su “Reino Personal”. Ella hizo todo lo posible para que esta colonización no resultara. Lo que no era necesario, porque nació destinada al fracaso, al plantearse dentro del sistema de la economía “monetarista” y “social de mercado”. Se empezó endeudando a los colonos, vendiéndoles los terrenos, con una suma al contado y el resto a plazo, pudiendo hasta dar preferencia a hipotecas bancarias, antes del Estado. Cuando el Presidente Carlos Ibáñez colonizó Aysen lo hizo regalando las tierras y creando la infraestructura necesaria para tener éxito. Pinochet también envió un batallón de soldados a abrir algunos caminos y visitaba todos los veranos la aldea que allí se formó, hasta que él mismo debió desilusionarse de aquel intento de colonización, que iniciara —se me ocurre— única y exclusivamente



En la medialuna de Santa Cruz, en Colchagua, conversando con don Carlos Cardoen, padre de mi amigo y dueño del Museo de Santa Cruz, Carlos Cardoen Cornejo.

Mis perros, Thor y Freija, con Emilia, mi colaboradora y acompañante por muchos años, mujer de campo, como nuestra "mama" Delfina. De gran sabiduría natural, representante auténtica de la "raza chilena" de Nicolás Palacios, sólida y leal. Ella también conoce el lenguaje de los perros y me lo ha enseñado, para poder conversar con mi dios-perro, Thor.



Mis perros, Thor y Freija, en la casa de Valparaíso.

para que yo pudiera allí instalarme; o bien, al contrario, para cerrarme la entrada para siempre. Porque esa colonización, ese plan, fue tan mal realizado, tan mediocre, tan sin generosidad, instalando allí colonos miserables, sin recursos de ninguna especie, a los que se dejó prácticamente abandonados y endeudados, sin un puerto de aprovisionamiento, con comunicaciones marítimas precarias e irregulares, que se debe sospechar que el General Pinochet fue sobrepasado por los mandos medios y la burocracia, derrotado en el más gran sueño —que era también el mío— por aquellos que querían que todo esto fracasara para hacer triunfar al final el otro plan: el “Plan Andinia”.

Bien, pero este fundamental asunto, por tratarse de un punto geomántico de nuestro territorio, donde se cruzan líneas “*Ley*” del planeta Tierra, con repercusiones mágicas, no sólo para Chile, sino para todo el Universo y la Galaxia misma, deberá ser aquí contado y analizado en detenimiento, pudiendo llegar a ser el punto central y más importante de estas “Memorias”.

Una fuerza misteriosa y desconocida llevó al General Augusto Pinochet Ugarte, Presidente autoelegido de Chile (se coronó él mismo, como Napoleón, lo que es admirable), a intentar la colonización por chilenos del Monte Melimoyu. Lo hizo por mí, pienso, pero dentro de su ambivalencia esencial: para que allí llegara, o bien, para cerrarme las puertas para siempre. Puede que las dos cosas a la vez: al comienzo, para que allí fuera. Y, al final, para que jamás pudiera alcanzar.

Vamos a tratar aquí de narrar esta leyenda. Porque Leyenda sólo será al final de los tiempos.

* * *

Fui de los primeros en inscribirme en el Ministerio de Bienes Nacionales. Allí me atendió un funcionario de apellido Vigoroux. Era sobrino del doctor Vigoroux, compañero en el Internado Barros Arana, de quien he hablado en el primer tomo de estas “Memorias”, en relación con el médium y mutante chileno, Jaime Galté.

Vigoroux fue muy gentil, al extremo de invitarnos a una reunión en una sala del Ministerio, presidida por él y por mí, con un grupo de jóvenes que yo convoqué, para informarles del proyecto y de la colonia que estableceríamos en el Melimoyu.



Con Alfredo Junge en Colchagua. Este camarada entrañable decidió partir en dirección al Walhalla, en este año de desgracias.



Junto al río Bío-Bío, la urna con las cenizas de nuestro querido Alfredo Junge, depositadas sobre la bandera alemana. A su lado, Idun, su perra, hija de mi perro Thor. Las cenizas fueron esparcidas en el Bío-Bío y su perra murió esa misma semana, porque "su honor se llamaba lealtad".

Además de una cantidad inicial en dinero, había que presentar un proyecto a realizar en el predio que se nos otorgaría. Di el pie y presenté el proyecto, con la colaboración de mi amigo francés. Fue éste tan bueno y minucioso, que en el Ministerio me pidieron cambiarlo por algo más “artesanal”. Se diseñaba en detalle un conjunto de casas para los colonos y se presentaba un estudio de explotación de patos silvestres, dejados libres en las lagunas interiores, para luego cazarlos y poder exportarlos al Oriente, a China en especial.

Aún tengo aquí, en mi archivo, el Proyecto. Debí cambiarlo, como decía, y se me aceptó otro, mucho más simple, de explotación de ganado. Todo esto era una pura fórmula para conseguir la venta del predio, de unas ocho mil hectáreas, más o menos. Elegí un terreno amplio, en la vecindad del Volcán, con lagunas y ríos interiores. Para nosotros sería como un entero país, ya que otros de los nuestros iban a solicitar terrenos vecinos y colindantes. La idea era establecernos autárquicamente, al margen del sistema y del mundo en decadencia, cumpliendo el sueño de Nicolás Palacios de colonizar Chile con chilenos y pudiendo dar a la juventud un nuevo horizonte y la posibilidad de crear una comunidad basada en pilares sólidos, junto a la naturaleza y en la búsqueda de ese Otro Universo, de la Otra Tierra, llegando a transmutar al hombre al contacto con los que desaparecieron de nuestra vista humana y que nos darían la mano desde la Otra Realidad. Junto con nosotros, se transmutaría la Tierra y se realizaría el Destino Metafísico y espiritual de la Patria, del Chile Mágico, de la Ciudad de los Césares, logrando que los gigantes salieran nuevamente del centro de las montañas, donde se sumergieran antaño, al desaparecer la Lemuria y la Atlántida.

El Decreto para la venta de mi predio fue extendido. El saldo del precio total debería pagarlo en UF (una “moneda virtual” y ajustable) en el plazo de varios años. Y así fue aceptado y firmado por el propio Presidente Pinochet. Sin embargo, y sin saber bien por qué, se demoró mi firma, con el pretexto de que ciertos plazos no estaban bien aclarados. Se rehizo la Escritura y el General Pinochet volvió a firmarla. Y aquí empiezan los tropiezos y demoras, sin que, hasta hace muy poco, jamás haya podido tener una certeza absoluta de lo que realmente sucedió y de la verdadera mano detrás del oscuro asunto. Los mismos funcionarios del Ministerio, como Vigoroux, no se lo explicaban. Ni el Ministro, el

General de Carabineros René Peri, ni su sucesor, salvo el último de todos, el civil Alvarez, pudieron decirme la verdad. Las dificultades, nunca esclarecidas, las ponía la Contraloría General de la República. Me fue imposible comunicarme directamente con el Contralor. Vagamente, yo sospechaba que detrás de todo y, en la última instancia, estaba la siniestra mano del “*Plan Andinia*”, que había “llamado al orden a Pinochet”, obligándolo a retractarse y ordenándole dejarme afuera, haciendo fracasar de paso toda la colonización del Melimoyu por chilenos.

Es más, a jóvenes que construyeron sus viviendas, con gran esfuerzo y con sus propias manos, en “parcelas de apoyo”, en torno a los grandes predios, les quemaron su casa, sin que hasta el día de hoy se haya podido sancionar a los culpables.

Yo ya había decidido instalarme en esa región y, en la necesidad de abrir caminos y de construir una vivienda, tuve que vender mi propiedad en Colchagua para obtener el dinero necesario. La compró Carlos Cardoen y hoy habita allí su padre, gran señor de origen belga. Así, sin tener ya donde instalarme, con el dinero de Colchagua compré esta casa de Valparaíso, empinada en los cerros.

He contado mi entrevista con el último Ministro de Bienes Nacionales del Gobierno del General Pinochet y del asalto a mi departamento, hecho para amedrentarme. Acusé directamente al Ministro de ODEPLAN de esos días, el judío Sergio Melnik, y al propio Presidente Pinochet. Sin embargo, yo no tenía seguridad ni pruebas definitivas sobre esos extraños hechos.

Ha sido recientemente y en relación con el secuestro de Pinochet en Inglaterra, por la necesidad que han experimentado los judíos de Chile de liberar responsabilidades en los hechos, conociendo que sus connacionales en el mundo se hallan comprometidos (Hoffman, etcétera), han empezado a publicar cartas en los diarios a favor del ex Gobernante, agradeciendo lo que hizo por ellos. Entre estas publicaciones, Sergio Melnik ocupó una media página del diario “*El Mercurio*”, el 21 de noviembre de 1998, con un artículo firmado por él y con una fotografía junto al General Pinochet, bajo el título de: “¿Pinochet Antisemita?”.

Afirma que Pinochet fue un ferviente partidario de los judíos, al extremo de cambiar fechas para que los estudiantes de esta nacionalidad pudieran celebrar el “*Yom Kipur*”. “*La prueba de fuego llegó cuando, habiendo hecho un pedido de apoyo en relación*

con el asunto de un conocido nazi chileno, una vez enterados el Presidente Pinochet y el Ministro Sergio Fernández, el asunto fue resuelto”.

Aquí, ¡y por fin!, se daba la prueba concreta y definitiva de lo que yo siempre había sospechado: los judíos eran los que hicieron fracasar la colonización del Melimoyu, pues interfería con el *“Plan Andinia”* y los dictados de Theodor Hertz de establecer el Reino del Mesías de Judá en la Patagonia argentina y chilena.

Esto también nos sirve para poder conocer el carácter de Pinochet, siempre jugando a dos o más lados. Dice Melnik que en más de una ocasión le preguntó si él tenía algún ascendiente judío en su familia, por los favores que les hacía (enclaves militares y permiso para circular a su antojo por todo el territorio nacional) y el “cariño que les manifestaba”. He contado ya cuando envió al Ministro Secretario General de la Presidencia a conversar conmigo, para conocer mi opinión sobre el atentado a su vida. Al día siguiente, le hizo presidir un acto público de los judíos. Balance y equilibrio, por si su Secretario hubiera sido seguido y vigilado por el “Mossad”, cosa casi segura.

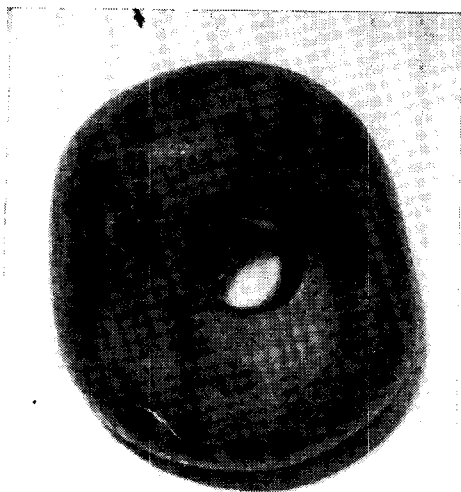
Sergio Melnik en el Gobierno significó el comienzo del fin para Pinochet. “Futurista” y cabalista, entró a reemplazar los horóscopos de doña Eugenio Pirzio-Biroli por la Cábala hebrea y ceremonias rabínicas, pronosticándole un triunfo amplio en el Plebiscito, que jamás Pinochet debió realizar. Si hubiera ido a elecciones, gana.

Melnik actuó siempre en silencio, publicando de vez en cuando mensajes cifrados para sus connacionales. Con los jóvenes judíos, que regresan del servicio militar en Israel, de seguro ha formado una guardia, o un cuerpo de comandos, dentro del esoterismo negro de la Cábala y la *Thora*. Descifrados sus mensajes en clave aparecen claramente los llamados a reclutarlos para colonizar el Sur: *JE-SUR-ALEM*. (“¿Por el Mesías en el sur del Reino de la Paz?”).

La revelación reciente por el mismo Sergio Melnik de su acción en contra mía, conjuntamente con el Gobierno de Pinochet, me confirma plenamente en mis escritos y declaraciones de todos estos años sobre el Sur Patagónico y el fracaso de mi empresa en el Melimoyu, evitándome tener que extenderme aún más.



La "Entrada" a la "Tierra Hueca", en el Polo. Foto extraordinaria de la NASA.



Estas piedras se encuentran en Chile y se atribuyen a los indígenas, desconociéndose su uso verdadero. Su similitud con la foto polar de la NASA es impactante.

No es que yo tuviera una obsesión “conspiracionista”. Ahora, y en forma irrefutable, se comprueba que no estaba equivocado³⁰.

Después de todo, no he hecho más que defenderme, atacando. Como el *Führer*, también perdí la Guerra afuera. La perdí, para ganarla adentro.

* * *

Viajé una noche, “desplasmándome”, recorrí regiones oscuras, selvas sombrías, por el Gran Sur, en busca de una Caverna, de una Entrada. Allí estaba y era difícil y angustioso poder penetrar. Al fin lo lograba. Primero, una luz azul, luego blanca, cegadora. Y cuando pude “mirar” y “ver”, me hallaba rodeado de gente amable, caminando por calles y ciudades con casas de oro y techos de diamantes. Los árboles también hablaban y los rostros de los seres eran los mismos que en la Tierra de allá afuera habían combatido en la Guerra de los Mundos. En *NUESTRA GUERRA*.

Y allí *Adentro* la habían ganado.

-
30. ¿Qué es Pinochet? En escritos anteriores he dado a conocer que pertenecería al Círculo esotérico “Halado”, del que también fueron miembros Franco, Perón y Menem en la actualidad. Así se explica el viaje especial de Pinochet al funeral de Franco y la amistad con Menem, el único gobernante latinoamericano que lo ha defendido frente al rapto en Inglaterra. Así como Franco tuvo su consejero telepático, el judío Corintio Hazú, afincado en Tánger, quien diseñó para él un talismán, el símbolo “Víctor”, e hizo todo lo posible para que fracasara la reunión con Hitler en Hendaya, también Pinochet tuvo su judío cabalista, que puso fin a su gobierno. Ni Franco ni Fidel Castro, por ser “marranos”, han sido raptados ni juzgados. Pinochet, por no serlo, ha recibido otro trato.

Si yo debiera dar una opinión definitiva sobre Franco, diría que fue un “marrano” y también fue traidor. Y sobre Pinochet, que ha sido un avezado discípulo de Franco y un gobernante culpable de la entrega de la Patagonia y del País a los judíos, además de imponer el sistema del supercapitalismo y de la usura, habiendo traicionado a sus más leales colaboradores, defraudando, por última vez y para siempre, las esperanzas del pueblo y los ideales de la juventud nacionalista. Dedico esta nota a la memoria de mi primo el Mayor Nibaldo Correa Fernández, quien le conoció bien.

QUINTA PARTE

LA PARTIDA DEL MAESTRO

LA MUERTE DEL MAESTRO

Maestro, ha llegado la hora de tu partida.

Deberé volver a esa tierra extraña, allá en los extremos del Sur, región baja del cuerpo de la tierra, donde reptan las serpientes de fuego, la Serpiente Alada, como luz fosforescente, bajo el mar. Donde un aire transparente envuelve las cumbres de los volcanes nevados y las cimas palpitan con luz plúmbea, trashumante. Esa tierra extraña, ese "hoyo penitente y sagrado" que devora el cuerpo de carne de sus hijos, para hacerlos transitar también en la luz increada de las cimas, en la luz ansiosa de los amaneceres y de los crepúsculos de Chile. Cornisa delgada de la patria, tan precaria, sostenida únicamente por la luz del cielo y por la Estrella de la Mañana. Tierra del extremo sur del mundo donde comenzará la ascensión de la Epoca de Acuario, en el momento cuando de las profundas aguas del Pacífico emerja el antiguo Continente del Espíritu; cuando de la mole de roca de los Andes surjan los gigantes de la prehistoria. Y se levante el Gigante reclinado allí.

A esta patria de los extremos del mundo deberé volver, porque ha llegado la hora de la partida del Maestro. Aquí nació; nunca se movió de aquí; pero me envió a recorrer el mundo, en busca de sus sueños, de sus Mitos y Leyendas. Fui como un cometa encumbrado por sus ilusiones y sostenido en lo alto y a lo lejos por su viril mano y sus ojos celestes.

¿Qué edad tiene el Maestro? Muchos años tiene. ¿De qué se muere el Maestro? Se muere de la Muerte.

¿Cómo Muere el Maestro?

Como un ser humano. Como muere el hombre desde el comienzo de los tiempos, sufriendo, sufriendo y con la duda

apretada en la garganta. Igual allá que aquí. Allá: "Padre mío, ¿por qué me has abandonado?". Aquí: "Estoy solo, todos me han abandonado, los Maestros, los Sueños, las Ilusiones, los Arquetipos, los Gigantes, la Madre, me han abandonado".

Me acerco y pregunto:

"-Maestro, ¿qué es la muerte? ¿Hay algo más allá de esta vida?"

Responde:

"-La muerte es un espacio enorme, color de las arenas. No hay nadie allí. He transitado por sus arenas y sólo encontré a una mujer; la traje conmigo de regreso a la tierra; pero no la he vuelto a ver más".

Hace una pausa: "Yo no dudo, yo sé. Siento a Dios en mi cuerpo, lo siento en mis piernas, en mi pecho; pero se me escapa, se esfuma; no lo puedo retener".

"-Es una prueba", digo.

"-Sí", responde, "una prueba terrible, la más terrible de toda mi vida. La materia se resiste, nos tiene agarrados, sufre, se espanta. Y yo me espanto con ella, hasta el final... He oído una voz que me ha ordenado: 'Sé valiente hasta el fin'".

Me acerco más al Maestro y le digo:

"-Morir debe ser también fundirse con la tierra, con las bellas flores de Chile, con las plantas, las raíces, las hojas y el aire transparente".

Responde:

"-Con el polvo, un gran polvo amarillo que se extiende..."

"-Maestro, ¿no has vivido ya mucho? ¿Qué más puedes ver ya? ¿No quieres morir?"

"-Nada quiero", dice. "No quiero morir, no quiero vivir. Sólo deseo cumplir. Cumplir con la Voluntad Divina, aceptar sus designios. Si decide que muera, moriré; si decide que viva, viviré... La muerte es un cambio de estado".

"-Maestro, yo te venero y amo. He vivido todos tus Mitos y Leyendas, los he hecho míos y con ellos he transitado a todo lo largo y ancho de este mundo. Cuando tú mueras, seguirás viviendo en mí, te enterrarás en mi pecho y aquí estarás hasta que yo también muera. Y cuando yo muera, vivirás en aquellos que me prolonguen, que me den su corazón por tumba, en este rito de amor eterno..."

Me mira, asiente con la cabeza, débilmente levanta su mano y hace un signo. Beso su mano y me retiro caminando hacia atrás. Desde la puerta le veo aún con la mano levantada y la expresión indefinible de sus ojos.

Por las Calles de mi Ciudad

Las viejas calles de Santiago del Nuevo Extremo me ven ir de nuevo, como hace tantos años, meditando en el atardecer. Cae el sol tras los montes de la costa, envolviéndolo todo en la imposible vibración del ansia. El verde del oro de la luz acompasa sus latidos al corazón profundo de esta tierra. Mis pasos tratan de tomar el ritmo de ese latido y van en busca de los años lejanos de la adolescencia. De los viejos rincones de estas calles, y de mi recuerdo emergen los rostros de la Leyenda. Descubro a Jasón, a Papán y a tantos otros que se fueron antes. Siempre con ellos va el Maestro, en un Círculo que se profundiza, aunque no se agrande. En estas calles y plazas del Santiago de la segunda mitad de septiembre, de octubre, de noviembre, de diciembre de 1973, se ha recuperado el pasado; casi la soledad, la transparencia y la lejanía de los años treinta, cuando yo era un niño y por aquí también pasaba. Ese fotógrafo en esa plaza perdida debe ser el mismo que entonces daba de comer a las palomas y se cubría el rostro con su paño negro para tomar fotografías a visitantes del sur.

Y el Maestro me dice al verme llegar:

“¿Dónde vives ahora, en qué lugar del mundo resides al presente, estás siempre en los Himalaya?”

Respondo:

“No, Maestro, ahora vivo en los Alpes, en la vieja aldea y casa de Hermann Hesse”.

Me mira, acercándose: “Vuelve aquí, ésta es tu patria, sólo aquí tu corazón se aquietará, encontrando el ritmo de la luz del lejano Sur. Todo lo que hagas afuera se perderá; aquí será tu mundo, aquí está la sangre de tu espíritu, el alma de tus huesos...”.

Hace una pausa, parece cansarse, su cabeza va hacia atrás. Mirando el techo blanco, recuerda: “Hace años, tal vez cinco, oí una voz que me decía: ‘Chile caerá muy bajo, llegará al fondo del mal y la miseria, y, desde allí, se levantará

nuevamente hasta llegar a ser uno de los primeros países de América...”.

Recuerdo perfectamente esta profecía del Maestro que, como muchas otras, se cumplirá. Quizá la tierra toda deberá continuar ese cambio. La época del Kaliyuga va topando fondo, la involución encontrando el vértice desde donde reiniciara la evolución. Y la ascensión de la Epoca de Acuario puede que comience en Chile. Pero antes deberá emerger, desde las profundas aguas, el Continente de la prehistoria, con sus templos y palacios sumergidos; el Continente del Hombre-Dios, del Hombre-Mago, del Hombre-Total. Y la gran Montaña deberá abrirse para dar salida a los Gigantes.

La Bendición

“Caminando por los pasillos del hospital donde el Maestro está muriéndose, se ha perdido un sacerdote. Entra a su cuarto por equivocación, o por destino. Ve a ese anciano allí sufriente y se acerca a su lecho.

“¿Quieres confesarte?”, le pregunta.

El Maestro abre los ojos. Le ve:

“Confesar no es fácil”, dice. “¿Tienes por acaso el poder de echar sobre tus hombros los pecados de los otros?”.

El sacerdote se queda perplejo ante la claridad de esa mirada:

“¿Quieres que te bendiga, hijo?”.

“No”, dice el Maestro, “soy yo el que puede bendecirte. Híncate y te bendeciré”.

Y entonces sucede lo inesperado. El sacerdote se hinca junto al lecho del Maestro que muere. Y ese anciano de nieve pone su mano sobre su cabeza y le bendice.

Así está muriendo el Maestro. Como en el libro de Rilke, muere con su propia muerte, una muerte tremenda, que llena la patria y tal vez el mundo, con muy pocos testigos, pero que toca las profundidades de otras esferas. Días, semanas, meses pasan, y es espantoso ver ese temblor junto al abismo. Es la muerte de un guerrero de una Orden Guerrera, la más antigua, la más sagrada, la que rige el Oriente y el Occidente y conserva los signos y conoce el lenguaje de la Atlántida, y de Thule, esos continentes sumergidos en el fondo de las aguas

y del alma. El está en comando del gran trance, viviéndolo con toda lucidez, minuto a minuto.

“-¿En qué puedo ayudarte?”, le pregunto.

“-En nada”, responde, “esto es absolutamente personal”.

Se sienta con gran esfuerzo en el lecho. Casi no hay carne en esos huesos. Agita los brazos y dice: “Siento que me están creciendo alas... ¿Sabes qué son las alas de los ángeles? Son pulmones por donde entra la energía solar... Anoche me vi muerto, me velaban allá abajo, en el patio junto a la capilla de este hospital. Estaba de pie junto a mi ataúd y me veía sólo de la mitad para arriba. Mejor dicho, era una entidad blanca y alta la que velaba junto a mi ataúd, con ojos profundos. Y yo sentía que esa entidad era yo mismo, de algún modo...”.

El Maestro cae hacia atrás en el lecho. Cojo su mano. Dice: “Ojalá tuvieras manos divinas para calmar el dolor. Gracias, gracias por estar aquí en este trance”.

Pregunto:

“-¿Por qué no te desprendes, Maestro, para salir del cuerpo?”.

Responde:

“-Eso no puede hacerse si el cuerpo no está en orden y fuerte. Además, debo permanecer aquí hasta el fin, hasta el fin”.

“-Sí”, le recuerdo, “te lo han dicho: Sé valiente hasta el fin”.

Mueve la cabeza asintiendo. Luego:

“-Estoy pasando por el fin”.

No le oigo bien. Entonces grita, con una voz enorme: “¡Estoy pasando por el fin!”.

Me inclino y beso su frente.

1974

1973 ha terminado, el año más tremendo. Voy junto al Maestro. Inmóvil sobre el lecho, bien podría estar muerto. No, aún respira. Muy cerca de su oído, le digo:

“-Maestro, hoy es el primero de enero de 1974”.

Abre los ojos, se queda meditando un rato. Murmura:

“-1974, y aún sigo vivo”.

Después de una larga pausa: “Un vasito de agua ardierte³¹ me reconfortaría. ¿No has traído una botella para celebrar el nuevo año? Tú sabes que el alcohol introdujo en el mundo el olvido de la eternidad y de la reencarnación. Esto comenzó allá en los antiguos tiempos de los Vedas, de los arios y de los hiperbóreos”.

Si hoy no fuera domingo, iría a comprar en algún sitio una botella de “ese olvido” para celebrar el comienzo de este año con mi Maestro moribundo; con las últimas energías de su vida, celebrar la experiencia de su muerte. Y allí también olvidarme, como las generaciones más lejanas, como los que nos precedieron en el largo camino.

Poco antes de su muerte, llegaron las bondadosas mujeres, abrieron su camisa y pusieron sobre su poca carne y sus huesos hierbas suavizantes para calmar sus dolores y su angustia. Al ver esos huesos y ese cuerpo noble del guerrero moribundo, derramé lágrimas.

Esa noche, mejor dicho ese amanecer, el Maestro moría. A las 5 de la mañana del 12 de enero de 1974.

Llegué temprano. Allí estaba, con las manos cruzadas sobre el pecho, en el mismo lugar donde él se “viera”. Y la entidad blanca, ¿dónde estaba? ¿A mi lado?

Esa noche estuve también solo junto a su ataúd, haciendo guardia. Siempre solo, como por un destino, cuando ya todos se habían ido. Recordé, hablé aún con el Maestro, quien había agotado su trance, bebido el licor de la vida hasta su última gota de angustia y purificación. Y solo también estuve al próximo día junto a su tumba, recogiendo sus últimos mandatos, su vivificadora luz.

¡Bien! Se murió mi Maestro, se fue mi Maestro. Ya no tengo Maestro en este mundo. ¿Dónde está ahora? ¿Dónde se fue? Está en mí, dentro de mi corazón. Ahora yo soy el Maestro. Desde algún punto, o centro, su claridad así me lo está diciendo.

¡Ah! Pero se me había olvidado contar algo. Cuando estuve haciendo guardia en la noche, junto a su ataúd, llegaron dos mujeres y se aproximaron para contemplarle.

31. El “Kirsch” de Chile.

Sonrieron y se miraron entre ellas. Eran dos enfermeras. Les pregunté por qué venían. Me dijeron que ellas le habían cuidado en los turnos de la noche.

“-Me quería mucho”, dijo una.

Y la otra agregó:

“-Era un santo”.

Sí, un Mago que también era un santo.

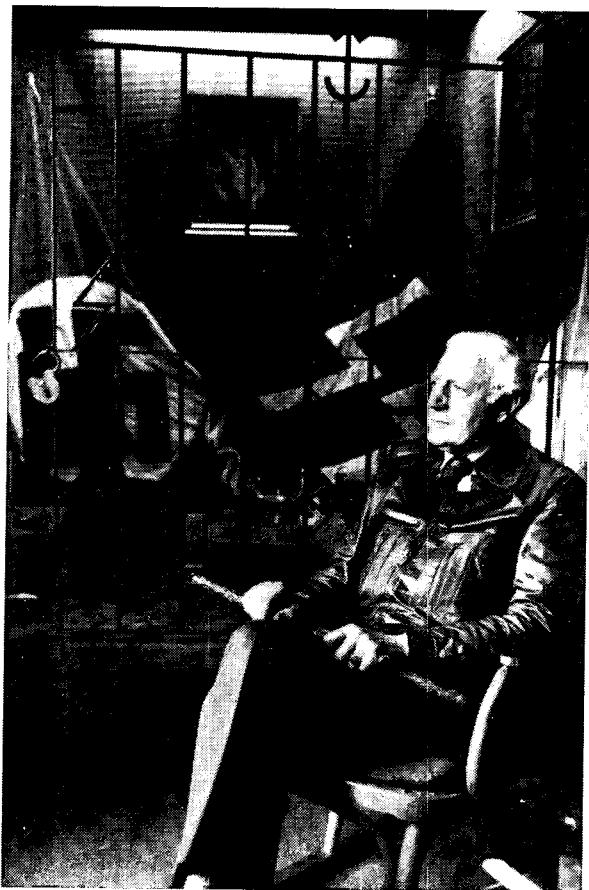
Santiago, enero de 1974

KRISTIANISMO HITLERISTA

Hemos llegado al fin de estas “Memorias de El y Yo”. Han sido llevadas a cabo como un *opus alchimicum*, una Tetralogía, dentro de los colores del *Ars-Regia*: el primer tomo, en negro (*nigredo*); el segundo, en blanco (*albedo*); el tercero, en rojo (*rubedo*); y el cuarto, en dorado –el color del *aurum potabile*, del oro líquido, que se bebe. Del *Soma*.

Finaliza esta Tetralogía en “Semana Santa” del Año 109 del Hitlerismo, 1999 del judeo-cristianismo. Viernes, el Día de la Estrella-Doble de la Mañana, de Venus, *Veneris*, *Venerdi*, *Oiyehue*; de la Estrella de la Tarde, *Yepun*, el Astro de ELELLA y ELLAEL. “Viernes de Tinieblas” *nigredo*, viviendo la angustia de la Crucifixión de Wotan en el Arbol del Espanto, el *Iggdrasil*, sin beber hidromiel, en la soledad más grande, únicamente acompañado por Freyja (*Freitag-Friday*), la Madre y la Amada Eterna. Luego, el “Sábado de Resurrección”, *albedo*, cuando se ha logrado liberar a Saturno (*Saturday*) de los grilletes del Tiempo, con los que el Demiurgo –Demonio– lo tenía aprisionado, convirtiéndolo en *Sat-án* –*Sat-anás*-Jehová. Es la Resurrección del *Arconte* Saturno, simultánea con la Resurrección de Wotan, que redescubre las Runas y se desprende del “Arbol del Espanto”. El Domingo, Día del Sol (*Sunday*), Wotan vuelve al *Walhalla*, a Hiperbórea, con su cuerpo de *Vrâja* roja, inmortal, en un Disco de Fuego, en un *Vimana*. Y el cuarto Día, su *Walkiria* le dará a beber el *Aurum Potabile*, el *Ahoma*, el *Soma*, el Oro alquímico producto del *Arte-Real*. Es el color de este último Volumen.

El Drama Odínico, arquetípico, deberá repetirse en este cuarto mes de Abril, al finalizar la Gran Guerra; desde el cumple-



Miguel Serrano.

años de Hitler, un día 20, hasta el 30, viviendo la angustia del final –*nigredo*– con la partida en un OVNI, hacia la Antártida –*albedo*– y la Resurrección en Mayo (*Maya*) –*rubedo*–, ampliando en dos runas el *Futhark* de Wotan y recuperando la Runa ODAL, que fuera reemplazada por la Runa HAGAL del Cristianismo con “C”. Además, se imponen los números de la *Kávala Orfica*, de la *Hiranyagarba-Kabda*: el 555 (de 20 a 30 son 10, dos cincos, y mayo es el quinto mes), el único que puede destruir el maleficio del 666.

* * *

Este es mi *Kristianismo*. Fue también el de mi Maestro. Pudo ser el de C. G. Jung y el de Meister Eckhart, aplicado el Arquetipo a *Kristos*. También el de mi tío-bisabuelo don Rafael Fernández Concha y de mi ancestro José Paramá, el que desapareció en el mar. Fue el de los Papas visigodos.

* * *

Yo estoy también crucificado en el Arbol del Espanto, desde que Allouine murió, sin que nadie me dé a beber el Soma ni el Hidromiel.

“–Maestro, allí donde tú ahora estés, dime: ¿qué puedo hacer para resucitarla?”.

“–Primero tienes que resucitar tú mismo, en tu Cruz. Ella resucitará contigo, pues está dentro de ti, porque ella se enterró en tu alma. Entonces podrás llevarla contigo al templo interior del Melimoyu. Y así habrá también allí una mujer resucitada. Luego la encontrarás en el camino de Emaús. No te reconocerá al instante, porque ahora sólo te pareces a ti mismo. Sólo sabrá quién eres por la manera en que cortabas el pan en las lejanas cenas de la tierra... Y se dirán: ‘*Noli me tangere*’. Porque ya no se podrán tocar nunca más... Sólo saludarse desde lejos, con las manos juntas:

“¡NAMASTE!: ‘Saludo al Dios que hay en ti!’”.

* * *

He tratado de escribir estas "MEMORIAS" desde las profundas, infinitas facultades del hombre, para poder así sembrar para la Eternidad. Porque TU me has dicho que yo puedo. Y en el límite mismo de los tiempos, cuando ya se acaba el Tiempo.

* * *

*¡Oh, Estrella de la Mañana,
Nace y manifiéstate en mí
En onda y resplandor!
Deja caer sobre mí
Tu luz honda, humedecida
Como pétalos de Luz
De un Otoño de los Cielos.
¡Acompáñame!*

*¡Oh, Sol Negro,
Absórbeme en tu
Torbellino alucinante
Y pórtame en tu Luz Levógira
Más veloz que la luz
Del Sol de Oro
Hacia la Inexistencia
Del Rayo Verde
Donde moran los
Maestros de mi Maestro
Y los más altos Guías
Del Hitlerismo Esotérico!*

*¡Oh, Rayo Verde,
Incorpórame a tu inexistencia
Más real que todo lo existente
Y permíteme realizar
Los sueños imposibles,
La Resurrección de la Amada
El Retorno de Adolf Hitler
Como Ultimo Avatâra,
El encuentro con las Entradas
Al mundo interior
En el Melimoyu*

*Y la posesión por el Arquetipo
De modo que se haga
Su Voluntad y no la mía
Para así realizar
Su Mito y su Leyenda
Hasta su consumación
Pudiendo pasar más allá
De El,
Y resucitar como
Un Yo Absoluto
En un Cuerpo de Vrâja
Inmortal!*

Heil Hitler!
Sieg Heil!

Domingo de Gloria
4 de Abril del
Año 109 de la Era Hitleriana



El fuego que nunca se apagará.

EPILOGO

Al dar fin a estas “Memorias”, tal vez sea necesario caminar hacia atrás en el tiempo para detenernos en el comienzo del primer volumen, donde tratamos de explicar el título de la tetralogía, en su conjunto: “Memorias de El y Yo”. ¿Quién o qué es *EL*? ¡Difícil tarea! La ilustración de las portadas de los tres tomos precedentes, además de sus colores alquímicos (negro, blanco, rojo –*nigredo*, *albedo*, *rubedo*), intentó expresar el desdoblamiento y dejar entrever la servidumbre del yo consciente y racional a un Poder Superior que, aun actuando desde fuera, nos pertenece de algún modo; es NOS. En el sentido y en la forma en que antiguamente hablaba el Papa: al referirse a sí mismo no decía “yo”, sino “NOS” –con mayúsculas–. Cuando hablaba *ex-cathedra*, cuando era infalible.

En la portada de este último volumen todo se explica por sí mismo –también *ex-cathedra*– y sin que “yo” haya intervenido mayormente. La ilustración se hizo sola, o la hizo *EL*. Ese Rayo de Luz Blanca, que cae desde lo alto, no sólo se mostró a sí mismo, sino que también reveló toda mi vida, aclarándome fenómenos tan extraordinarios como los que me sucedieran en la Antártida (“viaje astral” con los SS, “Cosmogonía Revelada”) y la visión en la montaña de Linz, que mi yo atribuyera a un *Vimana* (lo que después de todo es lo mismo). Desde allí, desde afuera de mí, o de muy adentro, me llegaban –como un Rayo de Luz Blanca– la “Memoria no Recordada”, el “Pensamiento no Pensado”, y “yo” los recibía como proyectados por un *Vimana*... Y, entonces, de pronto, tengo la impresión de que no estoy más aquí, sino muy lejos, en el futuro y que lo que en verdad he hecho en esta vida es viajar desde *allá* hacia atrás en el tiempo, con esa Luz, con ese Rayo, y estar

viviendo, o reviviendo, algo del pasado muy remoto y carente de importancia, pues ya ha sido consumado, vivido y resuelto. Y la realidad es otra, *allá*, en el futuro, donde siempre he estado. Caminando desde *ahí* hacia el pasado me he detenido en este punto (el de estas “Memorias”, el de esta vida) como podría hacerlo un poco de tiempo antes o un poco de tiempo después, en otras vidas, en otras leyendas y otras muertes, sobre las que aún no he escrito sus Memorias, por no haberlas vuelto a sufrir a *re-sufrir*, a *re-vivir*.

Aquí envejezco y hasta muero. Pero, pudiendo saltar hacia el futuro, donde también estoy (al parecer inmóvil) habré rejuvenecido, resucitado. Y es este viaje hacia atrás y hacia adelante en el Tiempo, subiendo o bajando por esa Luz Blanca, el que me hará eterno. Desde *allá* sé que *aquí* morí hace mucho tiempo. *Aquí* estoy “yo”, *allá* está *El*, *mi El*. Ahora he re-vivido una de mis vidas (tal vez la única en la Tierra) *aquí* tan lejos. Y la he escrito en estas “Memorias”. Dificilmente podré narrar mi muerte, pues casi nadie la *re-vive* para poder contarla (excepto Juan Sebastián Bach). Y le pido a mi *El* que me saque de *aquí*, en el Rayo de Luz Blanca, antes de que me muera, para llevarme más allá del Futuro, más allá del Tiempo.

El Tiempo no es una dimensión, un espacio por el que uno cree ir; es algo que se mueve por su cuenta. Los sabios sánscritos afirmaron que el Tiempo era una Ilusión. Era *Maya*. El Tiempo es una energía, una velocidad que nos gasta y nos destruye las imágenes.

En esta vida, en estas “Memorias”, yo tuve un gran amigo de la adolescencia, un camarada con el que conversábamos en la antigua noche, caminando por las calles de la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo, cuando aún la noche era gloriosa, profunda y pura. Y, entonces, llegábamos a la calle Lira, que aún existe y conserva su suelo de adoquines y sus rieles inútiles. ¡Los más bellos rieles del mundo! Nos parábamos cada uno en su riel y marchábamos por sobre ellos en dirección contraria a la de los tranvías de antaño, hacia el sur. En verdad, hacia el pasado. Y Héctor Barreto me decía: “Vamos caminando por los Rieles del Tiempo, en equilibrio y hacia el pasado. Se puede marchar también en la otra dirección; pero hemos elegido ésta, pues buscamos a Jasón y el Vellochino de Oro. Quizás lleguemos al Polo Sur y

entremos en la Ciudad de los Césares, donde nos entregarán el *Gral*".

Estos rieles aún están. Muchos años han transcurrido. Mi amigo Héctor desapareció en la noche antigua, en las glorias de la noche. Se fue a su Futuro. Pero yo sé que si hoy me pusiera a caminar de nuevo por sobre esos rieles de mi juventud, debería hacerlo en dirección opuesta, no hacia el pasado, sino hacia el futuro. Y allí encontraría a Hiperbórea, a Shamballah, a la Ultima Thule, a Adolf Hitler y al *Cuarto Reich*. (El "*que piensa por los otros*").

Y también a Allouine y a Jasón.



Thor se prepara para su próxima encarnación,
en la que sólo caminará sobre dos piernas.

LA MUERTE DE THOR

El viernes 11 de julio, día de Venus y de la Virgen del Carmen, Patrona de Chile y de nuestros Ejércitos, día 5 de la semana, el Número de Hiperbórea, murió mi perro Thor.

En el jardín de Valparaíso, junto al Santuario y a la cabeza de Wotan, abrí una tumba para enterrarlo a la "Diestra del Padre", envuelto en la bandera con una swástica Levórica. Y en una lápida grabé la Runa Thor: Þ y la Runa Veneris: ✱ (Venus, Viernes, Freija, Virgen del Carmen), con el siguiente epitafio: "Naciste perro para poder manifestarme tu lealtad hasta la muerte, camarada, porque tu honor se llamaba lealtad".

Ahora ya estarás en el Walhalla, junto a "Blondi", a Dolma y a tu hija "Dun". Allí se te juntará un día, muy pronto, tu amada Freija, aquí presente. Y si algún día vuelves, será reencarnado en un guerrero *Berseko* y en el *Cuarto Reich*.

¡Oh, amado Thor, gracias por tu inmenso sacrificio de haber nacido perro, para acompañarme, enseñarme, defenderme y afirmarme en este duro y glorioso combate, juntos por más de cien años!

Heil, Sieg Heil!

OBRAS DE MIGUEL SERRANO

ANTOLOGIA DEL VERDADERO CUENTO EN CHILE

Castellano: Santiago, 1938.

UN DISCURSO DE AMERICA DEL SUR

Castellano: Santiago, Gutenberg, 1939.

LA EPOCA MAS OSCURA

Castellano: Santiago, 1941.

LA ANTARTICA Y OTROS MITOS

Castellano: Santiago, 1948.

NI POR MAR, NI POR TIERRA... Historia de una Generación

Castellano: Santiago, Ed. Nascimento, 1950.

Abreviadas: Santiago, Ed. Nascimento, 1974. Buenos Aires, Kier, 1979.

QUIEN LLAMA EN LOS HIELOS

Castellano: Santiago, Ed. Nascimento, 1957. Barcelona, Ed. Planeta, 1974.

Abreviada: Santiago, Ed. Nascimento, 1974.

LAS VISITAS DE LA REINA DE SABA (Prólogo de C. G. Jung)

Castellano: New Delhi, Ed. Nascimento, 1960. B. Aires, Kier, 1970 y 1979.

Inglés: Bombay, Asia Publishing House, 1960. London, Routledge & Kegan P., 1972. New York, Harper and Row, 1973. Toronto, Fitzhenry & Whiteside Ltd., 1973.

Alemán: Freiburg... im Breisgau, Aurum Verlag, 1980.

LOS MISTERIOS

Castellano: New Delhi, 1960.

Inglés: New Delhi, 1960.

LA SERPIENTE DEL PARAISO

Castellano: Santiago, Ed. Nascimento, 1963.

Abreviadas: B. Aires, Kier, 1970 y 1978. Santiago, Ed. Nascimento, 1974.

Inglés: London, Rider and Co., 1963 (sin abreviar). N. York, Harper & Row, 1972. London, R. & Kegan P., 1974. Delhi, Vikas Publ. House, 1975.

Japonés: Tokyo, Hirakawa Schuppan Sha, 1984 y 1998.

EL CÍRCULO HERMÉTICO. De Hermann Hesse a C. G. Jung

Castellano: Santiago, Zig-Zag, 1965. B. Aires, Ed. Kraft, 1968. B. Aires, Kier, 1973, 78, 82, 90 y 94. Santiago, Ed. Nueva Universidad, 1974. Madrid, Grupo Libro 88, 1992.

Inglés: London, R. & Kegan P., 1966 (2 ed.), 71, 72, 74 y 77. New York, Shocken B., 1966 y 1988. Einsiedeln, Daimon Verlag, 1997.

Alemán: Zürich, Rascher Verlag, 1968. Rotterdam, Lemniscaat, 1975. Einsiedeln, Daimon Verlag, 1997.

Portugués: São Paulo, Editora Brasiliense, 1970.

Japonés: Tokyo, Merumetikku Sakuru, 1974. Tokyo, Misuzu Shobo, 1985.

Italiano: Milano, Astrolabio, 1976.

Farsi: Thehran, 1983.

Griego: Athens, Iamvlichos Publications, 1989.

- Francés: Genève, Georg Editeur, 1991.
 Serbo-croata: Beograd, Plavi Jahac, 1993, 1994 y 1996.
- LA FLOR INEXISTENTE**
 Castellano: London, Routledge and Kegan Paul, 1969.
 Inglés: London, R. & Kegan Paul, 1969 y 1978. New York, Schocken Books, 1970. N. York, Harper and Row, 1972.
 Alemán: Basel, Sphinx Verlag, 1984.
- ELELLA. LIBRO DEL AMOR MAGICO**
 Castellano: B. Aires, Kier, 1973, 1978 y 1992. Santiago, Ed. Nueva Universidad, 1974.
 Inglés: N. York, Harper and Row, 1972. Toronto, Fitzhenry & Whiteside Ltd., 1972. London, R. & Kegan Paul, 1973.
 Alemán: Basel, Sphinx Verlag, 1982.
 Farsi: Thehran, 1983.
 Francés: Hélette, Ed. Jean Curutchet, 1998.
- EL CIRCULO HERMETICO, EL ETERNO RETORNO, ELELLA**
 Castellano: Santiago, Ed. Nueva Universidad, 1974.
- NIETZSCHE Y EL ETERNO RETORNO**
 Castellano: Santiago, Ed. Nueva Universidad, 1974.
 Francés: Hélette, Ed. Jean Curutchet, 1999.
- TRILOGIA DE LA BUSQUEDA EN EL MUNDO EXTERIOR. Ni por Mar ni por Tierra**
 (abreviado); Quién Llama en los Hielos; La Serpiente del Paraíso (abreviado).
 Castellano: Santiago, Ed. Nascimento, 1974.
- EL CORDON DORADO. HITLERISMO ESOTERICO**
 Castellano: Santiago, Edicioneself, 1978. Bogotá, Ed. Solar, 1986 y 1992.
 Alemán: Wetter, Teut Verlag, 1987.
- NOS. EL LIBRO DE LA RESURRECCION**
 Castellano: Buenos Aires, Kier, 1980.
 Inglés: London, Routledge and Kegan Paul, 1983.
- NIETZSCHE Y LA DANZA DE SHIVA**
 Castellano: Santiago, Edicioneself, 1980.
- LOS PROTOCOLOS DE LOS SABIOS DE SION Y SU APLICACION EN CHILE**
 Castellano: Santiago, Cedade-León, 1981 y 1988.
- ADOLF HITLER, EL ULTIMO AVATARA**
 Castellano: Santiago, Ed. La Nueva Edad, 1982. Bogotá, Ed. Solar, 1986 y 1995.
- EL CICLO RACIAL CHILENO**
 Castellano: Santiago, 1982 Y 1985.
- NACIONALSOCIALISMO, ÚNICA SOLUCIÓN PARA LOS PUEBLOS DE AMÉRICA DEL SUR.**
 Castellano: Santiago, 1986.
- LA RESURRECCION DEL HEROE**
 Castellano: Santiago, 1986. Bogotá, Ed. Solar, 1987 y 1996.
- CONTRA LA USURA**
 Castellano: Santiago, 1987.
- EL PLAN ANDINIA. Estrategia Sionista para Apoderarse de la Patagonia Argentina**

y Chilena

- Castellano: Santiago, 1987.
- INFORME LEUCHTER. Fin de una Mentira. Cámaras de Gas: Holocausto Judío
Castellano: Santiago, 1989.
- MANU, "POR EL HOMBRE QUE VENDRA"
Castellano: Santiago, Ed. La Nueva Edad, 1991. Bogotá, Ed. Solar, 1991.
- EL NUEVO ORDEN TRANSNACIONAL Y LA PATAGONIA
Castellano: Santiago, 1991.
- NO CELEBRAREMOS LA MUERTE DE LOS DIOS BLANCOS
Castellano: Santiago, 1992.
- DEFENDAMOS NUESTRA PATAGONIA
Castellano: Santiago, 1992.
- LOS OVNIS DE HITLER CONTRA EL NUEVO ORDEN MUNDIAL
Castellano: Santiago, 1993.
- MI LUCHA. Adolf Hitler (Primera Edición Completa en Castellano)
Castellano: Santiago, 1994. Barcelona, Ed. Wotan, 1995. Bogotá, Ed. Solar, 1997.
- NUESTRO HONOR SE LLAMA LEALTAD
Castellano: Santiago, 1994.
- CONSPIRACION MUNDIALISTA Y TRAICION A CHILE
Castellano: Santiago, 1994 y 1995.
- CONSPIRACIÓN MUNDIALISTA II, LAGUNA DEL DESIERTO Y NAFTA (Separata)
Castellano: Santiago, 1994.
- EPISTOLARIO PARA IMPEDIR EL FIN DE CHILE
Castellano: Santiago, 1995.
- IMITACION DE LA VERDAD. La Ciberpolítica. Internet, Realidad Virtual, Telepresencia
Castellano: Santiago, 1996.
- MEMORIAS DE EL Y YO. Aparición del "Yo", Alejamiento de "El" (Volumen 1)
Castellano: Santiago, Ed. La Nueva Edad, 1996.
- MEMORIAS DE EL Y YO. Adolf Hitler y la Gran Guerra (Volumen 2)
Castellano: Santiago, Ed. La Nueva Edad, 1997.
- MEMORIAS DE EL Y YO. Misión en los Transhimalaya (Volumen 3)
Castellano: Santiago, Ed. La Nueva Edad, 1998.
- MEMORIAS DE EL Y YO. El Regreso (Volumen 4)
Castellano: Santiago, Ed. La Nueva Edad, 1999.

INDICE

Introducción	5
Lo que está sucediendo	7
Una conversación inexistente	9
La lucha de las Internacionales	26
¿Stalin, un sacerdote?	29
Salvador Allende	34
El Golpe Militar en Chile	50
La Patria	62
En la Yugoslavia de Tito	69
La tristeza del pasto	71
Viaje de Tito a Chile	79
Montescos y Capuletos	83
La grandeza al alma yugoslava	88
Soy un “partisano”	91
Bojana	97
Una pintura del más allá	106
Llega a la Presidencia de Chile el primer Frei	109
Me despido del Arbol	138
Aprendo a vestirme y a mirar	138
Adiós a los bosques	148
En el lugar de la Iniciación	151
Unicamente los alemanes y los chilenos supieron lo que era la amistad	162
Ezra Pound	164
La simbología del Arbol	186
¿Qué fue de Frank MacShane?	188
Vamos a terminar lo antes posible estas “Memorias”	189
Peregrinación y búsqueda	197
En la casa de Hermann Hesse	199
El camino de la droga	212
Montsegur	219
Cosmogonía revelada	222

La guerra de los mundos	226
Las hijas de los hombres	227
El regreso a los confines	231
Leon Degrelle	233
Los confines	245
Los sagrados Andes	253
El misterio de los Dioses Blancos	253
El Monte Melimoyu	255
Encuentro con el extraño personaje	258
Pinochet aparece en escena	272
La partida del Maestro	283
Epílogo	297
La muerte de Thor	301
Obras de Miguel Serrano	303

